G.K. Chesterton

La taberna errante

1914

Acuarela Libros, 2004
Edición electrónica a cargo de sinDominio.net

La taberna errante
Gilbert Keith Chesterton

Título original: *The Flyinng Inn* (1914).
Traducción: Tomás González Cobos y José Elías Rodríguez Cañas, con la colaboración de Ione B. Harris y Jonathan Gleave.

Edición digital realizada en LaTeX por Miquel Vidal, con permiso del editor y a partir de la edición en papel. Permitida su copia y reproducción en los mismos términos que la edición en papel de Acuarela Libros.

Índice

PRÓLOGO: *Defensa del sedentarismo andante*, S. Alba Rico 2
I. El sermón de las tabernas 12
II. El fin de la isla de los olivos 18
III. El letrero de El Viejo Navío 25
IV. La taberna echa a rodar 30
V. El pasmo del administrador 38
VI. Un boquete en el cielo 45
VII. La sociedad de las almas simples 53
VIII. Vox Populi, Vox Dei 59
IX. La eminente crítica y Mr. Hibbs 66
X. El carácter de «Quoodle» 74
XI. Vegetarianismo de salón 81
XII. Los vegetarianos del bosque 89
XIII. La batalla del túnel 98
XIV. La criatura que el hombre olvida 108
XV. Las canciones del club del automóvil 116
XVI. Los siete estados de ánimo de Dorian 125
XVII. El poeta en el parlamento 133
XVIII. La República de Peaceways 143
XIX. La hospitalidad del capitán 152
XX. El turco y los futuristas 159
XXI. La ciudad de vuelta y revuelta 167
XXII. Las pócimas de Mr. Crooke 177
XXIII. La marcha sobre Ivywood 186
XXIV. Los enigmas de Lady Joan 194
XXV. En el que se descubre al superhombre 203
NOTA DE LA TRADUCCIÓN 206
APÉNDICE: Canciones 207

Prólogo

Defensa del sedentarismo andante

En un momento de su juventud y según propia confesión, G. K. Chesterton estuvo a punto de rodar hacia la mente y acabó elevándose hacia las cosas. El autor inglés, que defendió a algunas grandes personalidades porque transportaban una mayor cuota de «impersonalidad», era un hombre modesto y no nos habla apenas en su autobiografía de la naturaleza de esta crisis ni nos aclara el contenido de esa «exuberancia imaginativa» que le llevó a «imaginar las más depravadas atrocidades y los peores desatinos», pero sí sabemos que a ese accidente que lo salvó en su juventud unas veces lo llama cristianismo y otras veces sencillamente salud y sabemos también que tiene que ver con el hecho de «mirar hacia afuera» y de «pasar buenos ratos». Cuando estaba casi condenado a creer en «el solo pensamiento» –hasta el punto de aficionarse al espiritismo y participar en sesiones de *ouija*– descubrió el sentido común, que es un sentido porque es él el que nos descubre las cosas y que es común porque sólo se activa a partir de un suelo compartido. A ese suelo común, el único en el que pueden germinar los dientes de león, la cerveza y las asambleas políticas, a Chesterton le pareció bien llamarlo Dios.

En el prólogo a *El club de los negocios raros*, Borges lamenta que un hombre tan ingenioso incubase siempre en sus relatos un germen de moralismo. Si Chesterton fue un moralista –pardiez– lo fue de un modo bastante raro, como bien lo demuestra el escándalo con el que, hace no muchos años, fue recibida en las comunidades cristianas de EEUU una antología de sus ensayos. Contra el aborto, Chesterton defendía el infanticidio; frente al suicidio, elogiaba el asesinato; y con tal de no ser vegetariano se inclinaba al canibalismo. A la bonhomía de un pacifismo abstracto, oponía siempre la superioridad de un plan de ataque bien diseñado. Cuando el buen párroco de la aldea en la que acababa de pronunciar una conferencia le ofrecía un té, Chesterton cruzaba la calle y se metía en la taberna. Cuando tenía que entregar un artículo al día siguiente, su mujer le encerraba con llave en el despacho para que no saliera a cantar baladas inglesas con sus amigotes. Y como para demostrar que nunca se hace el ridículo cuando uno se ríe de sí mismo, incluso aceptó disfrazar su robusta humanidad de pistolero, con cartucheras y sombrero tejano, para protagonizar una película del Oeste, dirigida por sir James Barrie, que nunca llegó a estrenarse. Chesterton quizás hubiese admirado la exquisita factura de los poemas de Borges y la sutileza de sus enigmas, pero hubiese incluido con un bostezo al argentino entre esos «deístas tristes» a los que abrumó toda su vida con un granizo de paradojas. Borges era un genio hosco, gruñón, altivo, ascético; tenía todo el empaque de un predicador y Chesterton, que los conoció de todas las clases, no podía sufrir a los predicadores. Ya predicasen el arte por el arte, el socialismo o el nombre de Cristo, siempre le pareció más decisivo, a la hora de clasificarlos, el temperamento que todos ellos compartían que las doctrinas que los enfrentaban. Nunca predicó contra ellos; los desnudó a golpes de razonamiento, los azotó, sacudió y derribó con sus argumentos e incluso arrojó a uno de ellos –o lo intentó– por la ventana. Sobre todo, les ofreció a cambio «los restos del naufragio» a los que llamamos mundo, con sus desconcertantes, loquísimas frases victorianas, para que pudiesen agarrarse a *algo* en el caso muy improbable de que no prefiriesen ahogarse. A los predicadores de izquierdas les reprochaba el «materialismo místico» en el que disolvían todas las diferencias, hasta el punto de no distinguir entre un cardo y una estrella o entre un clavo y una mano y al extremo de no reconocer que, por pocas que sean, las cosas buenas de este mundo son buenas. A los predicadores de derechas les afeaba su aristocratismo nihilista, que sacrificaba el patriotismo al imperialismo y los vicios más decentes a las virtudes más criminales. No soportaba a los escépticos que no creían ni en la tabla de multiplicar ni en los milagros, pero sí en los periódicos y las enciclopedias; ni a esos otros que, al mismo tiempo que sospechaban del arte, se vanagloriaban de sus propias obras. Tampoco soportaba a los creyentes desmesurados incapaces de medir una castaña y, aún menos, una montaña, tan ocupados en dejarse devorar por Dios como para desdeñar comerse un pollo; ni a esos otros tan henchidos de fe que dudaban de sus propios razonamientos y temían sus pasatiempos. A unos y a otros les reprochaba, en definitiva, lo mismo: que nunca estuviesen de humor para las cosas y que, a fuerza de no apoyar en nada su lógica o sus misterios, acabasen por predicar –y promover– la Nada contra los hombres. El cristianismo de Chesterton era tan raro como su moralismo: era una batalla para conquistar flores y bares, para *hacer realidad* las piedras, las parras y los niños, para convertir el vino en vino y en pan los panes, para materializar, en definitiva, la existencia de las cosas en un mundo dominado por «dos sexos y un sol», despojos en la playa que era urgente no perder, pero a los que quizás no hacía falta agregar ya nada más. Por eso, cuando Chesterton se puso a escribir vidas de santos, no pensó en el «oriental» San Antonio ni en los ambiciosos Santo Domingo o San Ignacio ni en el sutilísimo San Agustín; pensó en San Francisco, que llamaba «hermanitos» a los osos y a las nubes, y en Santo Tomás, que sentía la muy pedestre manía de inducir e inducir para llegar lo más lejos posible por una pasarela de concreciones. Frente al «materialismo abstracto» de los ateos, Chesterton reivindicaba el «misticismo concreto» del hombre ordinario. Por eso, al contrario, se rió siempre de los libertarios de salón que se azacanaban de club en club y de conferencia en conferencia obsesionados con «abrir las mentes» de los hombres: pues «(estos audaces) pensaban que el objetivo de abrir las mentes es simplemente abrirlas, mientras que yo estoy absolutamente convencido de que el objetivo de abrir la mente, como el de abrir la boca, es cerrarla de nuevo sobre algo sólido».

Pero Borges no dejaba de tener razón, aunque la razón, como ocurre tan a menudo, sólo le sirviese en este caso para privarse de un placer. El propio Chesterton reconoce en su *Autobiografía* que difícilmente podían llamarse novelas a los larguísimos artículos dramatizados que escribió: «no podía ser novelista, porque en realidad a mí me gusta ver las ideas y los conceptos forcejear desnudos, por así decirlo, y no disfrazados de hombres y mujeres». LA TABERNA ERRANTE, en este sentido, no es una excepción. Como en las pésimas novelas de Sade, una rutinaria trama de placeres carnales se alterna con interminables piezas de oratoria al servicio de una demostración o de un derribo. Pero si Chesterton se sitúa en las antípodas de Sade no es solamente por la naturaleza de estos placeres y el contenido de los parlamentos aquilatados en su defensa. Chesterton tenía tanto talento y tanta capacidad para disfrutar ingenuamente de él –como de cualquier otra cosa– que no podía comunicar una idea sin hacer disfrutar también al lector; es decir, sin incurrir en la literatura. Hasta tal punto era sano, mundano, feliz, que esta «caída» le parecía su mejor argumento, la premisa mayor de aquello que quería demostrar. El procedimiento era, por así decirlo, el ejemplo. En todo caso Chesterton participaba de una tradición y explotaba un modelo en el que la mejor literatura se anticipaba al nacimiento de la novela. Nunca fue capaz de construir un personaje, al estilo de Tolstoi o de Dickens; los suyos eran «arquetipos», sí, pero hay un género milenario en el que precisamente los «arquetipos» (la princesa, el mendigo, el rey, el sempiterno hijo del panadero) nos hacen gozar. Tampoco supo nunca guardar las distancias como Flaubert; sus arquetipos encarnaban diferencias absolutas, en efecto, pero hay un genero milenario en el que la frontera entre el «bien» y el «mal» (San Jorge y el dragón) nos colma de inocente satisfacción. Las cuatro novelas de Chesterton (al Padre Brown lo consideró siempre un pasatiempo) coinciden en que todas ellas defienden las leyendas y los cuentos de hadas; pero coinciden, sobre todo, en que todas ellas copian la estructura, los recursos, la entonación de las leyendas y los cuentos de hadas. *El Napoleón de Notting Hill*, *La esfera y la cruz*, *El hombre que era jueves* y LA TABERNA ERRANTE son todo lo contrario de «novelas de tesis»; son algo así como «leyendas de combate». De *combate* porque narran un torneo arquetípico e ilustran una controversia social; *leyendas* porque movilizan y evocan el génesis mismo de la cultura humana no menos que la *Odisea* o *Blancanieves*: la relación –a saber– entre los placeres y los límites.

Chesterton insistió una y otra vez en «el placer de los límites» como inseparable de todos los placeres humanos y como condición, al mismo tiempo, de la libertad en el mundo. El universo sólo es realmente grande si es discontinuo; el hombre sólo es realmente libre si puede abrir muchas puertas, cajones y escotillas a su paso. El minúsculo torreón vuelve *inmensa* la estepa, que hasta entonces era infinita; la habitación prohibida franquea el resto de la casa, que sin ella sería una gran prisión. Chesterton amaba las cosas bien definidas; es decir limitadas; es decir acabadas; es decir *las cosas*. Esos primeros límites, que sólo el nihilismo puede superar y que ya hace un siglo comenzaban a perder su capacidad de contención y su común valor pedagógico, son los verdaderos protagonistas de los cuentos. Contra la literatura políticamente correcta destinada a los niños, Chesterton defendía los grandes clásicos (de Perrault a Stevenson) como vehículos de una indispensable «lección de empirismo» a través de la cual se aprendía la sujeción a los colores primarios y la satisfacción de las diferencias elementales.

Quizás todo lo que aprendemos en *Pulgarcito* es a mirarnos los dedos. Lo decisivo de *Caperucita* es que incluye una lista de la compra y un pequeño curso de anatomía. Lo que nos emociona de *Robinson* no es la lejanía de la isla a donde va a parar sino «el hacha, el loro, las armas y el pequeño depósito de grano» que constituyen todas sus posesiones. Las cosas son fortificaciones contra la *indiferencia*, en todos los sentidos de la palabra. Y este es precisamente el «patriotismo local» que Chesterton oponía sin cesar al imperialismo que trataba de seducir a los ingleses con un dominio inconmensurable en el que nunca se ponía el sol. «No veo ninguna utilidad a un imperio sin puestas de sol», replicaba.

Más allá de esos límites impuestos al color y a la piedra que llamamos cosas, hay otros límites inseparables del destino individual de los humanos y sin los cuales dejaríamos de hacernos daño, aunque sólo a cambio de renunciar también al placer de matarnos recíprocamente –o consolarnos y divertirnos– en una zona común. Los cuentos de hadas y las leyendas explotan y protegen aquello que todos los hombres por igual tienen de lastimoso y de risible, eso que nos lleva a compadecer al más fuerte y a reírnos del más sabio: lo «trágico común» (el hecho de que todos vamos a morir) y lo «cómico común» (todos producimos hilaridad cuando corremos detrás de un sombrero), esos dos anchísimos suelos que compartimos con el primer homínido, pero quizás ya no con los futuros sobre-hombres del capitalismo; los dos peldaños comunes que nos permiten no sentirnos completamente desamparados en una ciudad desconocida, encontrar un cierto aire de familia en un chino y en un yanomami y seguir entendiendo a Shakespeare y a Al-Muqafa, pero erosionados ahora tal vez (los peldaños) por la inmodestia de nuestros productos y la impúdica seriedad de nuestra publicidad.

Pero la «literatura popular» ilumina también esos otros límites que tienen que ver, no ya con las cosas o con los individuos –aunque los presupone–, sino con sus *relaciones*. Obscuramente sentimos que nuestra capacidad para disfrutar –de los cuentos y de los placeres, de nuestro vino y de nuestros congéneres– está asociada, mediante un inflexible paralogismo, a la tan ridícula como absoluta barrera que la mayor parte de las leyendas imponen a sus protagonistas. ¿Por qué prohibir a Adán y Eva las *manzanas*? ¿Por qué exigir a Cenicienta volver de la fiesta a *medianoche*? ¿Por qué ordenar a Basilio que traiga *tres* pelos del diablo? Lo que Chesterton quería demostrar es que la arbitrariedad de los límites garantiza la libertad de los recintos, que en las caprichosas prohibiciones de las hadas nos jugamos nuestro derecho a que la nieve sea blanca y las ciruelas redondas y que confiar más en las enciclopedias que en las leyendas anuncia un mundo en el que la higiene sustituirá definitivamente a la moral, los psicólogos a los revolucionarios y los banqueros a los héroes. Imaginemos qué quedaría de los cuentos si Dios hubiese prohibido a Adán y Eva «comer más de cinco o seis manzanas al día» o si el hada hubiese recomendado a Cenicienta que volviese «entre las doce y la una» o si el rey malvado hubiese enviado a Basilio a traerle «un montón de pelos» del diablo. El resultado sería exactamente nuestra moderna sociedad liberal, a la que Chesterton reprochaba sobre todo haber cambiado de posición las virtudes, anulando e invirtiendo sus efectos: pues ha colocado la razón al principio y los límites al final sin entender que ni se puede pensar sin medida ni se puede tampoco gozar sin lógica. Es siempre algo irracional lo que nos permite razonar, algo invisible lo que nos permite mirar y algo prohibido lo que nos hace libres. Sólo se puede mostrar aquello sin lo cual no podríamos demostrar y Chesterton cree poder señalar su evidencia en las viejas leyendas y en los cuentos populares. Somos incapaces de explicar por qué, pero lo cierto es que si Dios no hubiese prohibido las manzanas no percibiríamos el sabor de las peras ni el color de las amapolas y si Cenicienta hubiese vuelto después de la medianoche no habría sido ya libre para «elegir» a su amado. Si Dios hubiese sido «razonable» y se hubiese limitado a recomendar a Adán y Eva no atiborrarse de manzanas para evitar una indigestión, Pitágoras no habría descubierto nunca su teorema ni Noé el cultivo de las viñas ni Julieta la dulce carne de Romeo. Chesterton sabía, en todo caso, hasta qué punto había motivos para burlarse de los que creían poder prescindir de las cosas, de la muerte y de las reglas y seguir siendo razonables o –peor aún– de los que creían que para ser razonables había precisamente que prescindir de las cosas, de la muerte y de las reglas.

Motivos para burlarse de ellos, sí, pero también para temerlos. La gran carcajada que truena juguetona en las páginas de LA TABERNA ERRANTE es la manera chestertoniana de identificar y conjurar una amenaza. Chesterton siempre se defiende a risotadas, porque le hace mucha gracia no ser Dios y tener que conformarse con ridiculizar los errores y disparates de sus enemigos. ¿Qué terrible peligro revela, pues, la irresistible comicidad de esta novela de dignos borrachines vagabundos? ¿El Islam? ¿La abstinencia? ¿El arte abstracto? Chesterton, es verdad, no soportaba a los intelectuales y aristócratas que rechazaban los placeres del hombre ordinario y, dicho sea de paso, si jamás pudo entenderse con Bernard Shaw se debió menos a sus discrepancias políticas y filosóficas que a la desconfianza que nuestro autor sentía hacia un hombre que no comía carne ni bebía vino (y contra cuyas «espirituales» costumbres «he defendido siempre la institución de la chuleta y la cerveza»). En cierto sentido, LA TABERNA ERRANTE es un formidable, hilarante alegato contra el vegetarianismo y la abstinencia, lo que ya bastaría para justificar esta reedición y una nueva lectura un poco desafiante en un mundo monstruosamente higiénico en el que los asesinos de masas se preocupan por su silueta y el negocio farmacéutico amarga el carácter y abrevia la vida de los otrora risueños, respetados y saludables barrigones –con la complicidad represiva de una sociedad que ha perdido al mismo tiempo el valor, la inteligencia y la alegría. Pero el asunto es mucho más serio. La cuestión del menú solapa, si se quiere, una cuestión de clase y en este sentido LA TABERNA ERRANTE arremete a golpes de diafragma contra el «idealismo» de las clases altas. Chesterton, que siempre tomó partido por el «hombre ordinario», sabía que había «dos tipos de vida sencilla: la falsa y la verdadera». La verdadera era la de los cocheros, los obreros y los menudos ganapanes de los barrios populares de Londres. La falsa era la de los grandes burgueses y los refinados aristócratas, divididos –a decir de Chesterton– en dos grupos: los pretenciosos y los mojigatos. «Los primeros son los que quieren entrar en sociedad; los segundos, los que quieren salir de ella y entrar en asociaciones vegetarianas, colonias socialistas y cosas por el estilo». Estos dos modos de «vida sencilla», la falsa y la verdadera, están representados en LA TABERNA ERRANTE por sendos arquetipos cuyo épico antagonismo conduce, al final del relato, a la insurrección del pueblo inglés contra su gobierno. Frente a Patrick Dalroy, el proscrito irlandés, con su talla de gigante y su corazón simple, su antagonista Lord Ivywood es un miembro de la nobleza provisto de todas las virtudes que puede otorgar una buena educación. Es culto, inteligente, exquisitamente cortés; es un reputado «esteta» («lo contrario de un poeta») y está además inflamado de ideas emancipatorias. Por desgracia, se le ha concedido el poder para remodelar la civilización, a golpe de decreto, a la medida de sus sueños de armonía universal. Busca desesperadamente la sencillez y su desesperación adquiere un formato institucional. «Lo que choca en ellos», dice Dalroy, «es que siempre quieren ser sencillos y jamás despejan una sola complicación. Si les toca escoger entre el bistec y los pepinillos, verás que suprimen el bistec y se quedan con los pepinillos. Si les toca elegir entre un prado y un auto, sacrifican el prado. [...] Ve a comer con un millonario que pertenezca a una liga prohibicionista y no verás nunca que haya suprimido los entremeses ni los cinco entrantes, ni siquiera el café. Pero habrá suprimido el oporto o el jerez, porque los pobres lo beben como los ricos. Sigue observando y verás que no suprime los cubiertos de plata, pero en cambio ha suprimido la carne porque a los pobres les gusta... ¡cuando pueden hincarle el diente! Luego verás que no ha abolido los jardines lujosos ni las mansiones suntuosas. ¿Por qué? Porque son cosas vedadas a los pobres. Pero presumirá de levantarse temprano, porque el sueño es un bien que está al alcance de todas las fortunas. Es prácticamente lo único que todo el mundo puede disfrutar. Pero nadie oyó decir que un filántropo renuncie a la gasolina, a su máquina de escribir o a sus criados. ¡Ni loco! Sólo se priva de las cosas simples y universales. Renunciará a la cerveza, a la carne o al sueño... porque esos placeres le recuerdan que no es más que un hombre.». La cuestión gastronómica dirime, pues, una cuestión social, una especie de lucha de clases epicúrea y, más allá, un insoslayable problema antropológico. En la guerra entre los ricos y los pobres, entre la falsa y la verdadera sencillez, son los pobres los que representan la cultura humana y la civilización. Ese es el secreto que oculta la cruzada de los ricos contra los placeres del hombre ordinario. ¿Por qué renuncian en realidad a la cerveza, a la carne, al sueño? El portavoz irlandés de Chesterton lo explica con una frase lapidaria: «no sacrifican más que lo que les une a los demás hombres». Lo que les uniría a los demás hombres, lo que une en general a los hombres son los «lugares comunes»; y de entre todos los «lugares comunes» el más universal, el más accesible, el más democrático es la taberna. LA TABERNA ERRANTE narra este conflicto «civilizacional» –como está en boga decir hoy– entre una cultura de vínculos y una cultura de místicos, entre la raza de los racimos y la raza de las esferas: el combate, pues, entre un hombre excepcional que quiere liberar al mundo disolviéndolo en el aire y un hombre ordinario que quiere más bien encadenarlo a un barrilito de ron y a una rueda de queso. Como los lectores de cuentos saben bien, apenas si resulta paradójico que el aristócrata libertario al que molestan los límites acabe prohibiendo las tabernas mientras que al soldado que defiende las tabernas le gustaría empezar por prohibir el incesto, la poligamia y los negocios.

Comer o no comer, beber o no beber, no era para Chesterton, pues, una simple cuestión de temperamento; este «temperamento» –el de los predicadores más arriba citados, eclesiásticos o leninistas– era inseparable, el espejo o la consecuencia, de una determinada visión del mundo. Desconfiaba de Shaw más por sus costumbres alimenticias que por sus discrepancias filosóficas o políticas porque sus discrepancias filosóficas y políticas tomaban cuerpo en sus irreconciliables costumbres alimenticias. La afirmación de la cerveza o, mejor, el rechazo de los abstemios militantes era la proa de un sistema, el pecho de una filosofía; incluía al mismo tiempo una teología, una economía, una antropología y una política. La teología de Chesterton tenía que ver con su estupor agradecido ante el amarillo de una flor: «Me preguntaba yo qué encarnaciones o purgatorio prenatal debía de haber vivido para haber merecido la recompensa de contemplar un diente de león». Su economía era apenas una prolongación por la misma ladera abajo: «No tiene sentido no apreciar las cosas como tampoco tiene ningún sentido tener más cosas si se tiene menos capacidad de apreciarlas». Y su antropología, por tanto, tenía que ver con los vínculos y la alegría de encadenarse: «Nunca pude concebir una Utopía que no me dejase la libertad que más estimo: la de obligarme. La anarquía completa no sólo impide toda disciplina o fidelidad, sino que imposibilita todo capricho. Es decir: que no valdría la pena comprometerse en una apuesta, si la apuesta no importase una obligación. La disolución de los contratos no sólo arruinaría la moralidad, sino que estropearía todos los deportes».

¿Y su política? De joven se consideraba socialista porque «la única alternativa a ser socialista era no serlo» y no ser socialista «era algo absolutamente espantoso». Significaba ser «un imbécil y un snob arrogante» o «un horroroso viejo darwinista» partidario de mandar a «los más débiles al paredón». Pero fue socialista «a regañadientes» como fue un demócrata a su manera, en nombre de los viejos gremios medievales traicionados por el Parlamento burgués. Fue socialista y defensor de la democracia contra lo que él llamaba con enorme desprecio la «plutocracia» capitalista, que había comprado los periódicos, socavado las instituciones y quemado sueños y vidas en las chimeneas de las fábricas. «Es cierto que podemos decir que la democracia ha fracasado, pero eso sólo significa que ha fracasado su puesta en práctica. Es una tontería decir que los complejos y centralizados Estados capitalistas de los últimos cien años han sufrido por una extravagante idea de la igualdad de los hombres o por la simplicidad del ser humano. Lo máximo que podríamos decir es que la teoría cívica ha proporcionado una suerte de ficción legal a la que un hombre rico se podía acoger para gobernar una civilización cuando antes sólo podía gobernar una ciudad, o con la que un usurero podía lanzar sus redes sobre seis naciones cuando antes sólo podía lanzarlas sobre una aldea». Chesterton odiaba esta «plutocracia» por razones estéticas y morales, por lo que producía y por lo que destruía; y contra ella propuso siempre el programa muy inglés de devolver la propiedad a los obreros en la forma de una vivienda unifamiliar rodeada de un jardincillo.

Pero las objeciones de Chesterton a la «plutocracia» que se ha apoderado del planeta no eran sólo de orden político ni atañían únicamente a la suerte individual de todas esas víctimas de la miseria interesada, la muerte inducida y la explotación. Para Chesterton el capitalismo incluía sobre todo un elemento *inhumano*, en el sentido más esencial de que transformaba por completo la naturaleza social de la humanidad. De esto se ocupan precisamente los disparates de LA TABERNA ERRANTE. «Los pensamientos más profundos», decía Chesterton, «son lugares comunes». Hemos hablado de lo que une a los hombres, del suelo compartido y del sentido común y de hasta qué punto la grandeza imprescindible de estos pilares depende de cosas muy pequeñas: cosas de comer, cosas de usar, cosas de mirar*. El capitalismo, al minar, desmantelar y deshacer todos los «lugares comunes» (de la plaza a la taberna, de la familia a la asamblea) hace imposibles los «pensamientos más profundos», pero también las bromas más ligeras; desbarata los compromisos más estables, pero también las compasiones más divertidas; destruye para siempre ese «hombre ordinario» cuya resistencia le parecía a Chesterton la mejor garantía contra los delirios de la razón pura. El «hombre ordinario» no es una necesidad de la naturaleza; es sólo, por desgracia, una necesidad política. Hoy, en cualquier caso, al menos en Occidente, no cabe esperar que los hombres se rebelen en masa para defender sus tabernas –aunque sí tal vez sus televisores– o que asalten la sede del gobierno para que les devuelvan las plazas invadidas por los automóviles –aunque sí tal vez para que abran más temprano los concesionarios. Chesterton entendió muy bien ese proceso de ablandamiento, fluidización y disolución de todas las cosas acabadas y de sus vínculos concomitantes en el pasapurés del capitalismo globalizado; supo ver por anticipado la sustitución del «mundo», con sus relaciones *entre* objetos verticales y sus referencias firmes, por un «mundus» líquido, siempre incompleto, siempre renovado, en el que todo el tiempo disponible está dedicado a ganar más tiempo (para ganar más tiempo) y en el que por eso nunca hay suficiente (tiempo) para desgastar los instrumentos ni para pararse a mirar –allí– los cuerpos, las palabras y las flores; reconoció los primeros signos de una agresión antropológica sin precedentes mediante la cual el «materialismo abstracto» de los ricos estaba a punto de dejar a una gran parte de la humanidad sin el refugio de una sociedad en la que poder seguir reproduciendo, como al bies o entre líneas, inalcanzables para los predicadores, los lazos más básicos de la supervivencia. Supo ver todo esto, pero quizás confió demasiado en la capacidad del «sentido común» para soportar la agresión y sublevarse. ¿O no?

Puede parecer extraño que la reciente recuperación en España de un autor de derechas –irregular, heterodoxo, pero de derechas– venga haciéndose, de algún modo, desde la izquierda. A mí no. La apocalíptica descripción que hace el *Manifiesto Comunista* de ese torrente en el que se disuelven «la dignidad personal», «los abigarrados vínculos feudales» y las «venerables tradiciones» y en el que «todo lo estable se esfuma» y «todo lo santo es profanado» se han hecho angustiosa, dramáticamente realidad; y conviene preguntarse si, antes de seguir adelante, no es necesario recomponer algunos de esos lazos para poder, al mismo tiempo, combatir desde alguna parte y conservar alguna cosa para cuando haya que comenzar de nuevo. La explosión de movimientos «indigenistas» en todo el mundo y el aumento del poder de licuefacción global del capitalismo contra el que éstos se organizan debe invitar a la reflexión. Durante dos siglos la izquierda ha temido enfrentarse a la «cuestión antropológica», atrapada como estaba en la tiranía «progresista» del capitalismo, a la que ha sucumbido a menudo henchida de entusiasmo. El Orwell desencantado de la guerra de España columbró quizás el error. También ahora el subcomandante Marcos. En todo caso, tenía mucha razón Chesterton al denunciar burlonamente la placenta común al socialismo y al imperialismo. El capitalismo ha convertido en pesadillas atenazadoras todos y cada uno de los sueños emancipadores del socialismo, lo que tal vez demuestra que esos sueños se habían incubado en un suelo parcialmente podrido. El socialismo demandaba un mundo nuevo y el capitalismo nos proporciona uno cada mañana, sin historia y sin memoria, a cuya modernísima hechura los hombres tienen que ajustar su «antigüedad» física y moral. El socialismo quería producir más valores de uso y el capitalismo ha arrojado sobre nuestras cabezas tal avalancha de mercancías que su propio exceso suspende toda condición de uso. El socialismo quería eliminar la división del trabajo y las «especializaciones» alienantes («cazadores por la mañana, pescadores al mediodía, pastores por la tarde y críticos literarios después de cenar», sugería Marx) y el capitalismo nos ha concedido inmediatamente el trabajo precario, la flexibilidad laboral, la deslocalización y las empresas de empleo temporal. Frente a la utopía con dientes y sobre ruedas del capitalismo, los movimientos antiglobalización y el nuevo socialismo deben articular una respuesta al mismo tiempo revolucionaria, reformista y conservadora. Debe ser, en efecto, revolucionaria en el ámbito económico, reformista en el ámbito político y conservadora en el ámbito antropológico. Debe transformar la estructura de la propiedad y la distribución de riqueza que la acompaña. Debe aprovechar y corregir algunos de los «progresos de la razón» cristalizados en instituciones que sólo pueden funcionar bien *fuera* del capitalismo, pero que deben aún cumplir su papel. Y debe, finalmente, conservar *las cosas*, ecológica y ontológicamente amenazadas, y las *buenas* relaciones humanas que en torno a ellas se traban. La primera radical transformación del mundo que debemos abordar es la de *conservarlo*. Ya hemos «progresado» lo suficiente; de hecho hemos progresado tanto que hemos dejado atrás algunas de las estaciones correspondientes a Otros Mundos Posibles modestamente superiores a éste. Ahora de lo que se trata –de lo que debe tratar un nuevo proyecto de izquierdas– es de *pararse*.

La dificultad estriba en los procedimientos de un combate librado en las mismas condiciones que dicta el torrente a restañar. Amador Fernández-Savater, gran lector de Chesterton y él mismo de temperamento muy chestertoniano, formula esta paradoja al preguntarse si los que aspiramos a una vida «digna de vivirse», basada «en costumbres y no en modas, en leyendas y no en rumores, en tradiciones y no en caprichos, en lazos sociales duraderos y arraigados en lugares vivos» no estaremos condenados, «como Moisés», a renunciar a «la tierra prometida». Pensar en tiempo real, organizar respuestas puntuales y lábiles, volver a empezar una y otra vez frente al recomienzo brutal del capitalismo: «es muy difícil» –dice Fernández-Savater– «simplemente 'resistir' mientras todo se desmorona: muchas veces se impone más bien 'surfear' ese desmoronamiento y ver si se puede reconstruir algo más adelante y en otro sitio». Pues, en efecto, «uno se termina pareciendo a aquello que combate: disperso, inestable, sin hábitos, agitado sin fin ni finalidad». La solución a este problema habrá también que construirla sobre la marcha, pero Chesterton nos ofreció a cambio un cuento, LA TABERNA ERRANTE, en el que el irlandés Dalroy y el viejo Hump, fugitivos pero combatientes, ruedan y ruedan con su barrilito y su queso, parándose de vez en cuando –y ésta es al mismo tiempo su forma de lucha y de supervivencia– para clavar en el suelo la muestra de El Viejo Navío. Cada vez que lo hacen se produce el milagro y cristaliza alrededor una sociedad completa; la barrica y el queso son el centro de una telaraña fantástica de placeres comunes y compromisos concretos. La solución es siempre un cuento. La solución es LA TABERNA ERRANTE: las tabernas errantes, los cimientos flotantes, el sedentarismo andante: «la comunidad» –dice Fernández-Savater– «de los que ya no tienen comunidad, la patria de los que ya no tienen patria, la casa de los que ya no se sienten en casa en ninguna parte». De la paupérrima complexión de nuestra cultura dan buena medida los sórdidos intersticios donde aún coagula un poco de espesor social (los viajes organizados, por ejemplo, que los turistas contratan no por comodidad sino llevados de la sed antigua de una aventura común). Pero cabe hacer la agotadora revolución permanente, y perderla permanentemente, ganando sin embargo la hucha de muchos buenos ratos anticipatorios. El pasaje más chestertoniano de Marx es ése de los *Manuscritos del 44* en el que nuestro viejo y a menudo malhumorado maestro habla de los obreros comunistas que se reúnen para «ocuparse de entrada de la teoría, la propaganda, etc.». Pero hete aquí que, mientras discuten del destino de la humanidad, estos hombres simples y curtidos «fuman, comen y beben»; y cada vez que fuman, comen y beben les colma «la compañía, la asociación, la conversación que abarca el conjunto de la sociedad» y «la fraternidad humana es para ellos una verdad y no una simple frase». Fumar, comer, beber... ¡diablos! ¡Quiera Dios que nunca seamos lo bastante ricos para tener que renunciar también a eso!

Se dirá que Chesterton era un pensador reaccionario. Su teoría del pecado original y su visión de una «guerra de civilizaciones» –apuntada también en las páginas de LA TABERNA ERRANTE– lo emparentan quizás con Donoso Cortés. Su «democracia de los muertos» parece muchas veces inspirada en Burke, en De Bonald o De Maistre. Pero Donoso, Burke, De Bonald y De Maistre eran predicadores. Podían predicar la salvación del genero humano, las excelencias de la tradición o incluso la felicidad, pero no podían hacer feliz a nadie. «La única objeción que tengo que hacer a una pelea es que pone fin a una discusión», decía Chesterton. Nos lo imaginamos en un pub londinense de atmósfera fuliginosa, los pies frente a una chimenea crepitante, un estofado de carne sobre la mesa y una gran jarra de cerveza caliente en la mano, inmenso, un poco colorado, la corbata desanudada con británica compostura, discutiendo con quince parroquianos a la vez y haciendo retorcerse de risa a toda la concurrencia, simples y letrados, amigos y enemigos. Un hombre así tiene por fuerza algo que enseñarnos, aunque sólo sea esto: que mucho más importante que encontrar la solución es poder discutir eternamente el problema en torno a un barrilito de ron y una rueda de queso.

Nos hacen reír las cosas claras, las cosas grandes, las cosas muy ruidosas. Nos reímos también de comprender, de haber comprendido. LA TABERNA ERRANTE puede hacer gozar a todo el mundo, pero el que no sea feliz con este libro entre las manos jamás podrá ser un revolucionario.

SANTIAGO ALBA RICO

I

El sermón de las tabernas

El mar era de un fantástico verde claro y la tarde había recibido ya el toque misterioso del anochecer, cuando una joven morena, vestida con traje de color cobrizo y de corte caprichoso, caminaba despreocupada bajo una sombrilla que no le impedía lanzar repetidas miradas al horizonte marino. El motivo por el que miraba instintivamente la línea que separa las dos inmensidades era el mismo que tuvieron tantas y tantas muchachas desde que el mundo es mundo. Pero no se divisaba ningún barco.

En la playa, junto al paseo marítimo, se formaban corros en torno a los charlatanes habituales en tales sitios: negros, socialistas, payasos y pastores. Había un hombre que manipulaba unas cajas de cartón, y los desocupados le rodeaban con la esperanza de descubrir en qué acabarían sus trajines. Pocos pasos más allá, un personaje con sombrero de copa, provisto de una Biblia muy grande y acompañado de una mujer muy pequeña que permanecía callada, combatía violentamente la herejía sublapsario-milniana,[1] tan frecuente en los balnearios de moda. Era tal su exaltación que costaba seguir el hilo de su discurso, pero a cada momento aludía con sarcasmo a «nuestros amigos los sublapsarianos», lo que bastaba para saber que continuaba machacando sobre el mismo tema. A poca distancia peroraba un joven de forma tan incomprensible para los oyentes como para él mismo, y que si atraía la atención del público lo debía quizás a la guirnalda de zanahorias que ceñía su sombrero. Lo cierto es que las monedas se amontonaban en su platillo con mayor abundancia que en el de sus rivales. Después venían los negros. Más allá un servicio religioso de niños, dirigido por un individuo de cuello interminable, que llevaba el compás de los cánticos con una palita de madera. A continuación, un ateo agitado por una especie de frenesí rabioso señalaba con índice agresivo al coro infantil, mientras hablaba de «las más bellas creaciones de la naturaleza, corrompidas por los secretos de la Inquisición española» o sea, por

[1]El sublapsarianismo, también conocido como infralapsarianismo, es una doctrina que considera que Dios decidió primero crear al hombre y tras la caída optó por ofrecer la salvación a los elegidos, orden contrario al que establecen los supralapsarianos, que mantienen que la caída estaba decretada por Dios desde el comienzo.

el individuo de la palita de madera. El ateo, en cuyo ojal asomaba una condecoración encarnada, tampoco escatimaba insultos para su auditorio. «¡Hipócritas!», les gritaba, y las monedas caían, dóciles, a sus pies. «¡Impostores, papanatas!», y las monedas se multiplicaban. Cerca, entre el coro religioso infantil y el ateo, se alzaba un vejete con perfil de lechuza, tocado de un fez rojo y provisto de una sombrilla verde que su mano agitaba débilmente. Su rostro era moreno y arrugado como una cáscara de nuez; su nariz se encorvaba según el patrón que asociamos a las tribus de Judea; su barba era negra y tupida según el modelo que solemos motejar de persa. Era un ejemplar aparte en aquel museo de charlatanes y chiflados. Y como la muchacha, que le veía por primera vez, pertenecía a esa clase de persona en que el sentido de lo cómico va acompañado de una cierta tendencia al tedio o a la melancolía, se detuvo un instante y se apoyó en la barandilla del paseo para oír mejor.

Necesitó más de cuatro minutos para comprender lo que decía aquel hombre. Hablaba con un acento tan estrambótico que al principio supuso que se estaba expresando en su propia lengua oriental. Todos los sonidos que emitía eran rarísimos, pero el que llamaba más la atención era la confusión constante de la «o» con la «u», de forma que decía «puner» en lugar de «poner». La muchacha no tardó, sin embargo, en acostumbrarse a aquel lenguaje y empezó a entender el sentido de las palabras, aunque tuvo que aguardar un buen rato antes de columbrar la naturaleza del tema. Poco a poco comenzó a entender que el buen hombre tenía la chifladura de creer que la civilización inglesa había sido creada por los turcos o quizá por los sarracenos, después de desbaratar las primeras cruzadas. Y estaba firmemente convencido de que los ingleses no tardarían en participar de su opinión, que, a su juicio, quedaba reforzada por los progresos del antialcoholismo. La muchacha era la única persona que, al parecer, le escuchaba.

—Fijaos –decía agitando un índice curvo y renegrido–, fijaos en vuestras tabernas, las tabernas que aparecen en vuestros libros. En sus orígenes, no fueron creadas para vender las bebidas alcohólicas de los cristianos, sino que fueron fundadas para expender las bebidas no alcohólicas de los mahometanos. Así lo demuestran sus nombres. Todos son orientales, asiáticos. Ahí tenéis, por ejemplo, ese famoso establecimiento hacia el que se dirigen en procesión los autobuses, llamado Elephant and Castle (Elefante y Castillo). Este nombre no tiene nada de inglés. Es asiático. Me diréis que no faltan castillos en Inglaterra y yo os daré la razón. Por ejemplo está el castillo de Windsor. Pero, ¡vamos a ver! –exclamó severamente mientras blandía su quitasol verde en dirección a la muchacha–, ¿dónde está el elefante de Windsor? ¡He buscado por todas partes en el parque de Windsor y no he visto ningún elefante!

La muchacha sonrió y empezó a pensar que aquel hombre valía más que sus competidores. Sometiéndose a la extraña costumbre de donación religiosa que priva en los lugares de veraneo, dejó caer dos chelines en el platillo de cobre que había junto al orador. Digno y desinteresado, el vejete del fez rojo no se enteró siquiera de aquel gesto y prosiguió su calurosa aunque oscura argumentación.

—En esta misma localidad tenéis un establecimiento de bebidas llamados El *Turo*...

—Querrá decir El Toro –rectificó la muchacha con voz melodiosa.

—Tenéis un establecimiento de bebidas denominado El Turo –repitió el vejete con una especie de cólera abstracta–. ¡Y no me diréis que no es un nombre ridículo!

—Pero señor... –contradijo con suavidad su única oyente.

—¿A santo de qué un turo? –vociferó deformando la palabra con redoblado ahínco–. ¿Qué hace un turo en un establecimiento de bebidas? ¿A quién se le ocurre poner un turo en el jardín de las delicias? ¿Qué falta nos hace un turo cuando podemos ver a las vírgenes con vestidos color de tulipán bailando o escanciando la deslumbrante agua de rosas? Vosotros mismos, amigos míos –y miraba a su alrededor, triunfante, como si se dirigiese a una muchedumbre–, vosotros mismos tenéis un proverbio que dice: «No es prudente introducir un turo en una tienda de porcelana». Pues no es tampoco prudente meter un turo en una taberna. Esto es clarísimo.

Clavó el quitasol en la arena y después chasqueó los dedos, como quien ha llegado al meollo de la cuestión.

—Es tan claro como la luz del día –declaró solemnemente–, es tan claro como la luz del día que la palabra turo, absolutamente ajena a toda noción agradable o refrescante, no es más que el vocablo *turoturo*,[2] que significa ruiseñor en nuestra lengua y que, legítimamente, se ha asociado siempre a todos los lugares frescos y amenos.

Al decir estas palabras su voz alcanzó una vibración de trompeta y sus manos se abrieron de pronto como las hojas de una palmera. Después de esta impresionante demostración, se apoyó gravemente en su quitasol y continuó en tono más moderado:

—Encontraréis esta influencia oriental en la designación de todas vuestras tabernas inglesas. Y no solamente la hallaréis en este dominio, sino en todos los términos relativos a vuestras fiestas y entretenimientos. Pero si hasta el mismísimo nombre de ese líquido traidor que empleáis para fabricar casi todos vuestros licores es un vocablo árabe: ¡alcohol! Es evidente que en él habéis introducido el artículo árabe «Al» como en Alhambra o en álgebra; y no hay que reflexionar mucho para descubrirlo de nuevo en las palabras que designan vuestros lugares de placer como en la cerveza Alsop, en vuestro personaje cómico Ally Sloper[3] y en vuestro relativamente agradable Albert Memorial. Pero donde sobre todo os daréis cuenta de su presencia es en vuestra fiesta de Navidad que tan erróneamente suponéis derivada de vuestra religión. ¿Qué es lo que decís de ese día: «Quiero un cachito de Francia», o «Quiero un pedazo de Irlanda», o «Un pedazo de Escocia», o «Quiero un poco de España»? ¡Nooo! –y el sonido de su denegación se prolongó como el balido de una cabra–. Decís: «Querría un poco de pavo», que en inglés llamáis *turkey*. ¡Y *Turkey* es el nombre con que también designáis a Turquía, el país de los siervos del Profeta!.

Y una vez más abrió los brazos como para invocar al este y al oeste, al cielo y a la tierra. La muchacha, que dirigía su vista y su sonrisa al verde horizonte, aplaudió con sus manos enguantadas. Pero el vejete del fez no había acabado ni mucho menos.

[2] El juego de palabras del original es intraducible al castellano, ya que «bull» significa en inglés «toro», y «bulbul» es en árabe, y también en castellano, el nombre genérico de un tipo de pájaros entre cuyas especies se encuentra el ruiseñor. En la traducción se ha procurado salvar el efecto cómico sacrificando el texto original.

[3] Personaje de cómic que alcanzó gran popularidad en los semanarios británicos de humor entre 1867 y 1916.

—Quizá me objetaréis... –prosiguió.

—¡Oh, no! –murmuró la joven embelesada–. ¡No objeto nada! ¡No formulo la menor objeción!

—Quizá me objetaréis –continuó implacable el viejo catequista– que algunas de vuestras tabernas y posadas han sido bautizadas de acuerdo con vuestras supersticiones locales. Me diréis sin duda que The Golden Cross (La Cruz de Oro) se halla enfrente de Charing Cross (La Cruz de Charing) y luego me diréis que si King's Cross (La Cruz del Rey), que si Gerrard's Cross (La Cruz de Gerrard)... y todas las «cruces» que se ven en los alrededores de Londres. Pero no debéis olvidar –y al llegar a este punto se puso a blandir su quitasol verde como si tuviese la intención de hacer cosquillas a la muchacha–, no debéis olvidar, amigos míos, el número infinito de calles con forma de cuarto creciente o media luna que vosotros llamáis *crescent* y que pueden también hallarse en Londres. ¡Denmark Crescent! ¡Mornington Crescent! ¡St. Mark's Crescent! ¡St. George's Crescent! ¡Grosvenor Crescent! ¡Regent's Park Crescent! ¡Y cómo voy a olvidarme de Royal Crescent! ¡Y menos aún de Pelham Crescent! ¡Por todas partes, a diestro y siniestro, se rinde homenaje al símbolo sagrado de la religión del Profeta! Comparad esta superabundancia de medias lunas, que cubre, por no decir que inunda, toda la ciudad, con el tímido despliegue de las cruces que da testimonio de una superstición efímera ante la cual, tiempo ha, tuvisteis la debilidad de inclinaros.

La hora del té estaba próxima y la gente que aún quedaba en la playa se retiraba con prisa. El poniente se tornaba cada vez más claro y se acercaba el momento en que el sol desaparecería detrás del mar como detrás de un muro de cristal. Tal vez la transparencia del cielo y del agua infundía a aquella muchacha, que veía en el mar un inmenso escenario de aventuras y de tragedias, un destello de desesperación. Subía la marea formada por millones y millones de esmeraldas, mientras el sol se hundía, pero el río del absurdo humano seguía fluyendo sin descanso.

—Y soy consciente –continuaba el vejete– de que mi tesis ofrece algunas dificultades y todos los ejemplos no son tan evidentes. Por ejemplo, es a todas luces evidente que un nombre de taberna como Cabeza de Moro es una corrupción de la siguiente verdad histórica: «El moro marcha en cabeza». Mas no pretenderé que sea tan evidente que El Dragón Verde haya significado primitivamente El Dragomán Verdadero, aunque confío probarlo en un próximo libro. Solamente os diré por ahora que es mucho más probable que para atraer al viajero que va errante por el desierto se adopte el emblema de un guía amistoso y verídico que el de un monstruo devorador. El origen exacto de tales vocablos es a veces difícil de descubrir, como sucede en el nombre de la taberna que conmemora las hazañas de nuestro gran guerrero musulmán, Amir Alí bin Bhoze, nombre que vosotros habéis transformado curiosamente en este otro: Almirante Benbow. A veces la verdad resulta más inaccesible para el que la busca. Por ejemplo, ese establecimiento de bebidas que no está lejos de aquí y que se denomina El Viejo Navío...

La mirada de la muchacha estaba clavada en el horizonte con tanta fijeza como el mismo horizonte, pero la expresión y el color de su semblante cambió de repente. La playa estaba casi desierta; el ateo estaba tan ausente como su propio dios, y los curiosos que deseaban descubrir qué es lo que preparaba el hombre de las cajas de cartón habían tenido que retirarse sin resolver el enigma. Solamente la muchacha continuaba apoyada en la barandilla. Su rostro expresaba un interés vivísimo y su cuerpo parecía paralizado.

—Es preciso admitir –balaba entretanto el turco– que la huella de una nomenclatura oriental no resulta obvia en El Viejo Navío. Pero quien busca la verdad de buena fe tiene que ponerse en contacto con los hechos. Por eso, yo le he preguntado al dueño de El Viejo Navío, un tal Mr. Pumph, si no mienten mis notas...

Los labios de la muchacha se estremecieron.

«¡Pobre Hump! –pensó–. Casi le había olvidado. Debe de estar casi tan preocupado como yo. ¡Ojalá este buen hombre no diga demasiadas tonterías sobre él! Preferiría que hablase de otra cosa.»

—Y Mr. Pumph me ha dicho que su taberna había recibido tal nombre en honor de un amigo suyo muy íntimo, un irlandés, capitán de la Armada Real Británica, que dimitió para protestar contra el mal trato infligido a Irlanda. Aunque había abandonado el servicio, conservaba en parte su superstición de marino y deseaba que la taberna de su amigo fuese bautizada con un nombre que recordase su «viejo navío». Pero como el nombre de su navío era precisamente *Reino Unido*...

Sería exagerado decir que la oyente del vejete estaba rendida a sus pies pues de hecho estaba a una altura superior en la barandilla, pero no puede negarse que seguía con gran expectación esta parte del discurso. En la vasta soledad de la playa, su voz resonó limpia y cristalina:

—¿Podría decirme el nombre del capitán?

El vejete del quitasol verde se sobresaltó, parpadeó sorprendido y acabó por fijar en ella sus pupilas de búho. Después de haber estado horas y horas hablando como si estuviese dirigiéndose a una multitud, pareció desconcertado al tener que enfrentarse con un auditorio estrictamente singular. En aquel momento podía afirmarse que eran ellos dos las únicas criaturas humanas que había en la playa, e incluso los únicos seres vivos, aparte de las gaviotas. El sol, al ponerse, parecía haber reventado como una naranja cuyo jugo se desparramaba en franjas de rojo intenso por el horizonte. Este resplandor súbito y tardío dejaba sin color el fez rojo y el quitasol verde del vejete, pero su figura sombría, que destacaba sobre el mar y sobre el crepúsculo, permanecía impasible, aunque algo más agitada.

—¿El nombre del capitán? –dijo–. Me parece haber oído que se llamaba Dalroy. Pero lo que yo deseo indicar, lo que yo quiero exponer, es que también en este caso el amante de la verdad puede establecer una relación entre sus ideas y los hechos. Mr. Pumph me contó que ha estado haciendo importantes reformas en su establecimiento para celebrar una fiesta cuando regrese el capitán en cuestión, quien al parecer después de haber servido en una marina de importancia menor, la ha dejado para regresar al país. Y notad, amigos míos –continuó dirigiéndose a las gaviotas–, que el encadenamiento lógico tampoco falla en este punto.

Continuó dirigiéndose a las gaviotas porque la muchacha, después de haberle mirado durante un momento con ojos arrobados y de haberse abalanzado sobre la baranda, le había vuelto la espalda y desaparecía apresuradamente en la penumbra vespertina. Cuando sus pasos dejaron de oírse, no quedaron otros ruidos que el fragor potente, pero sordo, del mar, el grito de las aves marinas y el murmullo del interminable soliloquio.

—¡Notad todos! –continuaba bajo su fez, blandiendo su quitasol con tanta furia que por poco se abre como una bandera verde desplegada, clavándolo después en la arena donde sus antepasados habían levantado tantas veces sus tiendas–. ¡Notad todos este hecho maravilloso! Yo estaba ya atónito, descompuesto y, como decís vosotros, pasmado por la ausencia de todo vestigio oriental en el nombre de El Viejo Navío, cuando al preguntarle a su dueño de qué país volvía el capitán, me contestó solemnemente: «¡De Turquía, de Turquía!». Del más próximo país de nuestra religión. Ya sé que algunos dicen que no es nuestro país; que nadie sabe de dónde venimos ni cuál es nuestro país. Pero, vengamos de donde vengamos, ¿qué importancia tiene desde el momento que traemos un mensaje del paraíso? Lo traemos al galope de nuestros caballos y por eso no tenemos tiempo de detenernos en parte alguna. Pero este mensaje es el único verdadero, la única creencia que respeta lo que vosotros, en vuestra grandilocuencia, llamaríais la virginidad de la razón humana, que no eleva a otro hombre por encima del Profeta y que respeta la soledad de Dios.

Y de nuevo extendió los brazos, como si se dirigiera a una muchedumbre de millones de personas, totalmente solo en la oscura playa.

II

El fin de la isla de los olivos

El gran dragón marino de cambiantes colores que serpentea alrededor de los continentes como un gigantesco camaleón se mostraba de un verde pálido en torno a las rocas de Pebblewick y de un intenso añil alrededor de las islas Jónicas. Uno de los innumerables islotes de este archipiélago, poco más que una roca en medio de la inmensidad azul, se conocía por el nombre de Isla de los Olivos, no porque fuese pródigo en esta clase de árboles sino porque el capricho combinado del suelo y del clima había hecho crecer dos o tres ejemplares de inusitada altura. Incluso en el pleno ardor de los países meridionales es raro que un olivo sobrepase en altura a un peral pequeño, pero los tres olivos que se erguían como una especie de emblema sobre aquella tierra pelada y estéril podían, si no hubiese sido por su forma, pasar por pinos o alerces del norte. Tenía también que ver con alguna antigua leyenda griega relativa a la diosa Palas, patrona de los olivos, ya que todo aquel mar es la cuna de la primitiva mitología de la Hélade. Desde la terraza de mármol situada bajo los olivos se divisaba el perfil gris de Ítaca.

Bajo tales árboles había una mesa al aire libre cubierta de papeles y de tinteros. Sentados a su alrededor había cuatro hombres, dos de uniforme y dos vestidos de negro. Edecanes, secretarios y otras personas de similar rango se agrupaban discretamente en un segundo plano. Detrás, sobre el mar, se columbraba una fila de dos o tres barcos, anclados y silenciosos. Se acababa de dar la paz a Europa.

Había en aquel momento terminado uno de esos largos e infructuosos esfuerzos que hacía Europa para librar del poder de los turcos a las pequeñas naciones cristianas. Otros muchos conciliábulos se habían celebrado ya antes que éste, a medida que, una tras otra, las pequeñas potencias abandonaban la lucha por voluntad propia o bajo la presión de las grandes. De modo que al final las partes interesadas se habían reducido a cuatro: Inglaterra y Alemania, a las cuales habían confiado su representación las demás naciones europeas, dispuestas a dejar en sus manos la solución del conflicto sobre la base de aceptar las pretensiones turcas; un representante del sultán, naturalmente; y, por último, el único enemigo de éste que no había sido obligado aún a rendirse.

Porque una diminuta potencia había proseguido la guerra meses y meses, con una tenacidad y unos éxitos esporádicos que habían maravillado al mundo entero. Un príncipe misterioso y apenas reconocido por nadie, que se hacía llamar rey de Ítaca, había llevado a cabo por todo el Mediterráneo oriental unas hazañas casi tan fabulosas como las del marido de Penélope. Los poetas se preguntaban si no sería el propio Ulises redivivo, mientras que los patriotas griegos, obligados a deponer las armas, se morían de curiosidad por saber qué sangre corría por sus venas y cuál era la ciudad afortunada que podía vanagloriarse de tenerlo por hijo. No nos extrañe, pues, que el mundo se enterase con cierto regocijo de que el supuesto vástago de Ulises no era más que un audaz aventurero irlandés, llamado Patrick Dalroy, ex oficial de la Armada Británica que a causa de sus simpatías por los fenianos[1] se había visto en la necesidad de renunciar a su cargo. Desde entonces, había corrido diversas aventuras bajo uniformes no menos variados, metiéndose o metiendo a otros en todo tipo de líos, con una extraña mezcla de cinismo y de quijotismo. En su reino, tan pequeño como extraordinario, fue su propio general, su propio ministro de Exteriores y su propio embajador; pero siempre tuvo cuidado de seguir al pie de la letra los íntimos deseos de su pueblo respecto a la paz y la guerra, y si ahora estaba dispuesto a envainar la espada era sólo por complacerle. Aparte de su gran habilidad profesional, se había hecho célebre por su extraordinario vigor físico y su descomunal estatura. Los diarios de hoy día han tomado la costumbre de decir que la simple fuerza muscular ha perdido todo valor en la guerra moderna, pero semejante opinión puede resultar tan exagerada como la contraria. En las guerras del Oriente Próximo, en las que luchan poblaciones enteras con pocas armas y abundan los combates cuerpo a cuerpo, un jefe que esté en condiciones de vender cara su vida tiene considerables ventajas y sería un grave error suponer que la fuerza bruta no le va a servir para nada. Así tuvo que reconocerlo lord Ivywood,[2] el ministro plenipoten-

[1]Nacionalistas revolucionarios irlandeses que luchaban en el siglo XIX por la independencia de Irlanda.

[2]Este personaje de la novela coincide en numerosos aspectos con la descripción que de Bernard Shaw hace Chesterton en su *Autobiografía* (Acantilado, Barcelona, 2003, traducción de Olivia de Miguel), por lo que en el enfrentamiento entre Dalroy y Ivywood podría verse una alegoría o representación cómica de las amistosas polémicas intelectuales («Mi experiencia fundamental –afirma Chesterton– ha sido polemizar con él») que protagonizaron ambos escritores. A continuación se muestran algunos ejemplos reveladores en el retrato que G. K. hace de Shaw:

> «Desde entonces, he discutido con él sobre casi todos los temas del mundo y siempre hemos estado en bandos contrarios, sin hipocresía ni animosidad. Yo he defendido la institución familiar contra sus platónicas fantasías sobre el Estado. He defendido la institución de la chuleta y la cerveza contra la higiénica severidad de su vegetarianismo y su abstinencia total. He defendido la vieja idea liberal del nacionalismo contra la nueva idea socialista del internacionalismo. He defendido la causa de los aliados contra la perversa simpatía que sentían los pacifistas por los imperios centroeuropeos. He defendido lo que considero las sagradas limitaciones del hombre contra lo que él considera el vuelo ilimitado del superhombre. En realidad, fue en este asunto del hombre y del superhombre en el que sentí que la diferencia era más clara y definida; la discutimos mucho y desde todos los ángulos. Mi amigo Lucian Oldershaw anunció su intención de escribir una respuesta a Hombre y superhombre que se titularía *Shaw and Oldershaw*.
>
> »»[...] Pero en realidad, todas esas diferencias se reducen a una diferencia religiosa, como creo que sucede con todas las demás. Al principio, yo no sabía qué era la diferencia religiosa, y todavía menos qué era la religión. Pero la diferencia consiste en que los partidarios de

ciario británico, que una vez comentaba al rey de Ítaca la superioridad del cañón de campaña turco por su ligereza, y el monarca de Ítaca, admitiendo dicha superioridad técnica, le replicó tomando el cañón en brazos y echando a correr. También era de la misma opinión el más grande de los guerreros turcos, el terrorífico Omán Pachá, tan famoso por sus heroicidades durante la guerra como por sus atrocidades durante la paz, que lucía en la frente un recuerdo del sablazo que le descargara Patrick al cabo de tres horas de duelo a muerte y que el asiático recibió sin guardar luego rencor ni vergüenza, hay que reconocerlo, pues los turcos en dichas circunstancias están en su terreno. Mr. Hart, un financiero amigo del representante alemán, también podía dar fe de la eficacia muscular de Patrick Dalroy; pues éste en una ocasión, después de preguntar al diplomático germano por qué ventana de la fachada quería volver a entrar en su casa, lo había proyectado a través de la de su cuarto, situado en el primer piso, con tanta precisión y cortesía que fue a caer sobre su propio lecho, donde mejor podía recibir asistencia médica. De todos modos, un caballero irlandés, por muy fornido que sea, no puede combatir indefinidamente contra toda Europa, y al que nos ocupa le fue preciso acudir, no sin cierta sorna, para aceptar las condiciones que le dictaba su patria adoptiva. No podía arrojar al suelo a todos los diplomáticos (como estaba en su poder y en su gusto), porque se daba cuenta, utilizando la parte más racional de su persona, de que aquellos hombres, como él, simplemente obedecían órdenes. Así es que se sentó, pesado y somnoliento, a la mesilla de los plenipotenciarios, vestido con el uniforme verdiblanco que él mismo había ideado para la Marina de Ítaca; un verdadero toro, monstruosamente joven para su corpulencia, con cuello de toro, ojos azules con mirada de toro y coronado por una cabellera roja que brotaba como fuego de su cuero cabelludo, de tal manera que parecía dar razón a los que decían que su cabeza ardía en llamas.

El más distinguido de los personajes presentes era el propio Omán Pachá, con su rudo semblante demacrado por las privaciones de la guerra y cuyos bigotes y cabellos parecían haber blanqueado más por obra del rayo que por culpa de los años. Llevaba un fez rojo, y entre el fez y el bigote se extendía una cicatriz en la que el rey de Ítaca procuraba no poner la vista. Su mirada resultaba terriblemente inexpresiva.

Lord Ivywood, el ministro británico, podría haber pasado por el hombre más guapo de Inglaterra, si no fuese por su piel blanquecina y su pelo de albino. Sobre el fondo de aquel mar de cobalto, se asemejaba a una de nuestras antiguas estatuas de mármol,

---

Shaw creen en la evolución exactamente igual que los viejos imperialistas creían en la expansión. Creen en algo enorme que crece y sigue creciendo como un árbol, pero yo creo en la flor y el fruto, y la flor es a menudo pequeña. El fruto es final y, en ese sentido, finito; tiene forma y por tanto, límite.

»»[...] Su austeridad es tan inherente a su personalidad y a su limpieza de miras que no se puede desear que cambie; no obstante, sigue siendo cierto que el puritano no comprende la moral ni la religión del cavalier. [...] Wells comprende el color y el calor del buen humor, aunque sea humor animal, y comprende la saturnal en la que a veces el senador puede relajarse como el esclavo. [...] Para decirlo en dos palabras, Wells comprende la música, y Shaw sólo comprende la música celestial.»

puras de líneas, pero sin otros matices que el gris y el blanco. Tan sólo la iluminación del lugar en que se hallara dictaba si su pelo había de mostrarse de un mate plateado o de un castaño pálido. Era uno de los últimos oradores de la vieja escuela parlamentaria a pesar de su edad relativamente joven. Podía convertir cuanto mencionaba en flores retóricas, aunque sólo sus labios conservaran un hálito de vida en aquel rostro muerto. Era algo anticuado en sus maneras, dejes del antiguo Parlamento, como, por ejemplo, la de ponerse en pie, como ante una numerosa asamblea, para dirigir la palabra a los tres hombres que estaban reunidos con él en aquel peñón rodeado de agua.

Quién sabe si esto contribuía a darle más relieve y más carácter que al hombre que se sentaba a su lado, un hombre que nunca decía nada, pero cuya cara hablaba sola. Este hombre era el doctor Gluck, el representante alemán, que no tenía ni las facciones ni la expresión soñolienta de su raza. Su rostro era tan vivo, tan animado como una fotografía retocada o una película. Sus ojos almendrados brillaban con los cambiantes destellos de un ópalo, su bigotito ensortijado se erguía como por impulso propio, como una serpiente negra, pero ni el más leve sonido salía de sus labios. Puso un papel delante de lord Ivywood, que se caló las gafas y con ellas se echó encima diez años más.

No se trataba más que del orden del día, con las pocas cuestiones que tenían que ser resueltas en aquella última conferencia. La primera decía así:

«El embajador de Ítaca pide que las jóvenes incorporadas a los harenes después de la toma de Pilos sean devueltas a sus familias. No se accede a ello.»

Lord Ivywood se levantó. La sola belleza de su voz sobrecogió de admiración a todos los que no le habían oído antes.

—Excelencias, señores –comenzó–, un estadista cuya política no puede ser la mía, pero a cuya reputación histórica no puedo aspirar, os ha hablado, con frase hoy día célebre, de la paz con honor. En este momento en que vamos a celebrar la paz entre dos soldados de la talla legendaria de Omán Pachá y del rey de Ítaca, creo que tenemos derecho a sustituir el término «honor» por el más brillante de «gloria».

Hizo una pausa de medio segundo, pero sus palabras habían sido tan maravillosamente dichas que el silencio del mar y de las rocas pareció poblarse de aplausos.

—Creo poder afirmar que estamos dominados por un solo pensamiento, por grandes que hayan sido las divergencias que nos han separado en el transcurso de estos meses de negociación laboriosa. Creo, repito, que un solo pensamiento nos domina: que la paz resulte tan fecunda como la guerra, ¡tan valerosa como la guerra!

Se detuvo de nuevo y de nuevo pasó, si no por las manos, por los cerebros, el fantasma de una ovación.

—Si hemos puesto fin a la lucha, podremos ponerlo también a las recriminaciones, y cuando una paz tan sublime viene a terminar una guerra tan gloriosa, se impone como una necesidad un estatuto restrictivo, o si os parece mejor, una amnistía. Si en mi calidad de viejo diplomático puedo atreverme a daros un consejo, no os daré otro que el de velar porque nada perturbe las uniones amistosas o domésticas contraídas durante el curso de estos tiempos de agitación. Me reconozco lo bastante anticuado para deciros abiertamente que toda injerencia en la vida íntima de las familias podría engendrar un precedente no exento de peligros. No voy a mostrarme tan poco liberal que conceda menos respeto a las antiguas costumbres del islam que a las añejas costumbres de la cristiandad. Se nos pide que entremos en un nuevo combate de recriminaciones para poner en claro si ciertas personas que han desertado de sus hogares lo han hecho por propia voluntad o por la fuerza. No concibo controversia más peligrosa de abrir ni más difícil de cerrar. Y me aventuro a decir que expreso la opinión de todos cuando digo que cualesquiera que sean los anteriores agravios de unos y de otros, el estado actual de los hogares, de los matrimonios y de las instituciones familiares del gran Imperio otomano debe permanecer como está hoy en día.

Nadie se movió, excepto Patrick Dalroy, que llevó la mano al puño de su espada mientras miraba a los demás con ojos que se salían de las órbitas. Pero enseguida dejó caer la mano y soltó una carcajada.

Lord Ivywood aparentó no haber oído nada, tomó de nuevo el documento y se caló otra vez las gafas que tanto le avejentaban. Leyó el segundo artículo y, ocioso es decirlo, no en voz alta. Lo que el representante de Alemania, de aspecto tan poco germánico, había escrito allí para el inglés era lo siguiente:

«Coote y Bernstein insisten en la necesidad de emplear la mano de obra china para la explotación de las canteras de mármol. El empleo de mano de obra griega parece inoportuno en las presentes circunstancias.»

—Pero –continuó lord Ivywood–, si deseamos ver respetadas las instituciones fundamentales, como lo es la familia musulmana, no somos, sin embargo, partidarios del estancamiento social. Lejos de nosotros la intención de sostener que la tradición del islam sea capaz por sí sola de dar solución a todos los problemas del Oriente Próximo. Y pregunto seriamente a Sus Excelencias si podemos caer en la vanidad de suponer que únicamente el Occidente Próximo puede remediar las dificultades del Oriente Próximo; si nuevas concepciones, si una sangre nueva, se revelan necesarias, ¿qué más natural que apelar a esas poblaciones laboriosas y fuertes que forman las profundas reservas del Asia? Las incursiones de Asia en Europa, si mi amigo Omán Pachá me permite esta observación, han revestido siempre un carácter guerrero. ¿No podríamos asistir por fin a una pacífica compenetración de ambas civilizaciones? Éstas son, por lo que me concierne, las razones que me conducen a declararme en favor de un proyecto de colonización.

Asiéndose con una mano a la rama de olivo que pendía sobre su cabeza, Patrick Dalroy se levantó de su asiento y se enderezó bruscamente. Para asegurar su equilibrio apoyó una mano en el tronco del árbol y pasó revista a los presentes. Experimentaba como nunca la impotencia de la fuerza física. Podía sin duda arrojarlos a todos al mar; pero, ¿qué ganaría con eso? Las potencias habrían simplemente acreditado a otros representantes que se situarían al otro lado de la mesa en la batalla diplomática, mientras que de su lado el único paladín de la justicia quedaría desacreditado para siempre. Su brazo sacudió furiosamente la rama de olivo que aún tenía asida. Pero no consiguió turbar un solo momento a lord Ivywood, que precisamente acaba de leer el artículo tercero en su memorando: «Omán Pachá exige la destrucción de las viñas» y a renglón seguido pronunció el famoso discurso que hoy figura en muchos libros y manuales sobre retórica. Estaba a la mitad cuando Dalroy, apenas repuesto de su estupefacción y de su rabia, empezó a comprender a qué se refería.

—... ¿Estamos realmente seguros –decía el diplomático– de no deber gratitud alguna al gesto de altivo rechazo con que, hace varias centurias, el gran místico árabe apartó de sus labios la copa de vino? ¿No debemos nada a la sobriedad de su heroica raza y al prolongado ayuno con que ha sabido oponerse a la insidiosa seducción de la viña? Vivimos una época en que los hombres empiezan a darse cuenta de que un credo tiene tesoros para los otros credos, una religión tiene secretos que revelar a las otras, una fe puede comunicarse con otra, y una Iglesia enseñar a otra Iglesia. Si es cierto, y otra vez pido perdón a Omán Pachá por lo que voy a apuntar, si es cierto, repito, como yo creo, que nosotros los occidentales hemos podido brindar algo, algunas luces, al islam, sobre todo en materia de paz y de orden civil, ¿por qué no vamos a admitir que a su vez el islam puede ofrecernos algo precioso, algo susceptible de sembrar la paz en miles y miles de hogares y con ello poner freno a la locura que ha frustrado las virtudes de la cristiandad? En mi propio país, aquellas orgías que deshonraron las noches de las familias de alto linaje no son más que un recuerdo del pasado. La legislación ya se afana con creciente empeño por librar al pueblo del azote de la más destructora de las drogas. Sin duda, es justo que el Profeta de la Meca obtenga el premio de su esfuerzo y que el sacrificio de los viñedos sea la prenda más significativa para complacer al más valeroso de sus campeones en este día glorioso en que el Oriente se verá libre del monstruo de la guerra y el Occidente libre del monstruo del vino. Comprendemos que esta decisión le produzca cierto pesar sentimental al gallardo príncipe que por fin ha aceptado esta conferencia para ofrecernos una rama de olivo, no menos gloriosa que su espada. Pero confío en que vivirá lo bastante para darse cuenta personalmente de los felices efectos de dicha medida. Y por otra parte no puedo dejar de recordar que la viña no fue jamás la única fuente de prosperidad de las regiones meridionales. Existe otra planta sagrada, limpia de oprobio, no manchada por la sangre de Penteo o de Orfeo, ni responsable de la ruptura de su lira. Pasaremos nosotros como todo pasa y perece:

Se alejan nuestras naves, llamadas por lo ignoto.
Las luces de la costa se extinguen una a una.
Nuestras glorias de ayer no están menos difuntas
que las de Babilonia, de Nínive y de Tiro...[3]

«Pero mientras el sol siga brillando y la tierra nos dé alimento, unos hombres y mujeres más felices que nosotros volverán los ojos hacia este encantador islote y divisarán estos tres olivos que se yerguen en un gesto de bendición inmortal sobre este humilde lugar que habrá dado cuna a la pacificación del mundo.»

Los otros dos diplomáticos no podían apartar la vista de Patrick Dalroy, que empuñaba con redoblada obstinación la rama de olivo que tenía asida y cuyo gigantesco esfuerzo hinchaba los músculos de su amplio pecho. De entre las raíces del árbol salió disparada una piedra como un enorme saltamontes. Después, lentamente, las raíces

[3]Estos versos pertenecen al poema de Rudyard Kipling «Recessional (A Victorian Ode)», una composición patriótica sobre el Imperio Británico escrita en julio de 1897 con motivo del segundo jubileo de la reina Victoria.

del olivo surgieron de la tierra como los miembros de un dragón que despertase de su sueño.

—Voy a ofreceros una rama de olivo –dijo el rey de Ítaca, bamboleando el tronco casi enteramente descuajado, de forma que proyectó una sombra más grande que el propio árbol sobre los diplomáticos–. ¡Una rama de olivo más gloriosa que mi espada! Y también más pesada... –balbuceó.

Y con un nuevo esfuerzo, lo tiró al mar que se extendía a sus pies. El alemán, que no parecía alemán, había levantado los brazos con miedo cuando la sombra del árbol pasó sobre su cabeza. Al ver que el terrible irlandés se disponía a arrancar un segundo árbol, se apartó precipitadamente de la mesa. El segundo descuaje fue más fácil que el anterior y, antes de mandarlo a reunirse con el otro, lo mantuvo un momento encima de su cabeza como un malabarista.

Lord Ivywood mostró más aplomo, pero se levantó con expresión de profundo disgusto. Sólo el turco permaneció impávido, con la mirada perdida. Dalroy arrancó el último árbol y lo tiró al mar, dejando la isla enteramente calva.

—¡Ahí lo tienen! –dijo Dalroy mientras el tercero y último olivo desaparecía en un remolino de espuma–. Y ahora me voy. Hoy he conocido algo peor que la muerte y a lo que vosotros habéis dado el nombre de paz.

Omán Pachá se levantó y le tendió la mano.

—Tiene razón –le dijo en francés–; confío en que nos veremos en la única vida que merece ser vivida. Y ahora, ¿adónde va usted?

—Voy a volver a El Viejo Navío –dijo Dalroy con aire pensativo.

—¿Va a unirse de nuevo a la Armada del rey de Inglaterra?

—No –contestó el otro–. El Viejo Navío al que voy a volver es el que se halla detrás de los manzanos de Pebblewick, cerca del lugar en que el río Ule se desliza entre los árboles. Me temo que allí no nos vamos a encontrar.

Después de un momento de vacilación, sacudió la mano rojiza del gran tirano y se dirigió hacia su barco sin conceder una sola mirada a los diplomáticos.

III

El letrero de El Viejo Navío

Son raros los hijos de mujer que se han visto obsequiados con el apellido de Pump y menos aún los que por añadidura han recibido el nombre de Humphrey. Tal era, sin embargo, el caso en que se encontraba el propietario de El Viejo Navío, cuyos padres no previeron o no quisieron prever que sería llamado Hump por sus mejores amigos y Pump[1] por un vejete turco que no se separaba de su quitasol verde. Todo esto lo soportaba el buen tabernero con la sonrisa en los labios porque era un hombre de temperamento estoico.

Mr. Humphrey Pump se hallaba delante de su taberna, situada en las inmediaciones de la playa, tras una cortina de manzanos raquíticos, torcidos y salados por el aire de mar. Ante él se extendía un terreno para jugar a los bolos con los bordes muy pronunciados. Inmediatamente después el camino se hundía bruscamente en el misterio del valle umbroso. Mr. Pump estaba exactamente debajo del letrero[2] de establecimiento, que, clavado en el césped, consistía en un poste de madera pintado de blanco que soportaba un tablero pintado de blanco también, pero decorado además con un grotesco navío azul, que se diría dibujado por un niño, y al que el patriotismo de Mr. Pump había añadido una cruz de san Jorge de exageradas dimensiones.

Mr. Pump era un hombre de mediana estatura, pero muy ancho de espaldas. Vestía una especie de traje de caza completado por unas polainas. Se ocupaba en aquel momento de limpiar y recargar una escopeta de dos cañones, arma corta aunque potente

[1]Se trata de nombres poco usuales en inglés y de resonancias cómicas. «Hump» también significa «joroba», mientras que «Pump» significa «bomba» o «surtidor».

[2]La costumbre de colocar un letrero o muestra a la puerta de un establecimiento es muy antigua, no sólo en Inglaterra. Dice el *Diccionario de Uso del Español* de María Moliner (2ª edición, formato electrónico): «Objeto que se ponía antiguamente, cuando el saber leer no era corriente, en el exterior de las tiendas, como anuncio de lo que se vendía en ellas o de su nombre; podía ser una muestra de la mercancía, el objeto correspondiente al nombre de la tienda, por ejemplo una imagen de un santo, una pelota o una flor, o un objeto convencional, como el manojo de ramas que se colgaba a la puerta de las tabernas, costumbre que aún se conserva en algunos sitios.»

que él había inventado, o por lo menos perfeccionado, y que incluso si se la comparaba con los fusiles modernos no resultaba ni incómoda ni anticuada. Y es que Pump era uno de esos hombres habilidosos que parecen poseer cien manos como Briareo; él mismo se fabricaba casi todos los objetos que le hacían falta y por este motivo todos los utensilios que usaba diferían ligeramente de los que se encuentran habitualmente en otras casas. En todo lo relacionado con los pájaros y los peces, las plantas y los frutos del bosque, resultaba tan ladino como Pan o como un cazador furtivo. Su mente era un terreno fértil de recuerdos subconscientes y de tradiciones; su conversación resultaba enigmática porque hablaba siempre mediante alusiones a la historia local, como si todos sus oyentes conociesen el folclore del condado tan al dedillo como él. Solía contar las historias más misteriosas y extraordinarias sin que se moviese un solo músculo de su rostro, que se diría tallado en madera nudosa. Su cabellera castaño oscuro terminaba en dos rudimentarias patillas que le daban el aspecto de un jinete de otra época. Su sonrisa algo pícara y sardónica contrastaba con la mirada dulce y bondadosa de sus ojos pardos. En definitiva, era un tipo netamente inglés.

En general sus movimientos, aunque rápidos, eran acompasados; pero en aquella ocasión dejó apresuradamente la escopeta sobre la mesa y echó a andar mientras se limpiaba las manos con una gran agitación. Entre la línea verde de los manzanos y la línea azulada del mar se perfilaba la silueta de una muchacha vestida con un traje de color cobrizo y tocada con una especie de pamela. Bajo las anchas alas, se veía un rostro grave y hermoso, aunque muy moreno. Estrechó la mano de Mr. Pump, que le ofreció ceremoniosamente una silla y la llamó «lady Joan».

—Me apetecía volver a ver este viejo rincón –dijo– donde nos divertimos tanto cuando éramos unos muchachos. Supongo que no ves a casi ninguno de nuestros antiguos amigos.

—A muy pocos –respondió Pump pensativo, retorciendo su pequeño bigote–. Lord Ivywood se ha convertido en una especie de pastor metodista desde que ha heredado el título y sólo piensa en cerrar tabernas. Y a Charles le mandaron a Australia porque montó una buena en aquel funeral. Igual se pasó un poco, pero hay que confesar que la vieja señora era verdaderamente patética.

—¿Estás en contacto con el irlandés, el capitán Dalroy? –preguntó lady Joan.

—Más que con los otros –contestó el tabernero–. Parece que en Grecia ha hecho cosas extraordinarias. ¡Qué pena que dejara la Armada Británica!

—No podía tolerar que insultasen a su patria –dijo la muchacha mirando al horizonte, mientras sus mejillas se teñían de grana–. Al fin y al cabo su patria es Irlanda y es normal que aquello le molestara.

—Y la que se lió cuando pintó de verde al capitán –prosiguió Pump.

—¿Que lo pintó de qué? –preguntó lady Joan.

—Pintó de verde al capitán Dawson –prosiguió Mr. Pump con voz inalterable–. El capitán Dawson había dicho que el verde era el color de los traidores irlandeses y por eso Dalroy lo pintó de verde. Y es que el bote de pintura que había junto a la valla del jardín que estaban a punto de pintar era una verdadera tentación... Pero la cosa no le benefició en su carrera.

—¡Vaya historia! –exclamó lady Joan estupefacta y con una risita muy poco alegre–. Podrías añadirla a tu repertorio de leyendas locales. Nunca había oído esa versión. A lo mejor el nombre de la taberna El Hombre Verde viene de ahí.

—¡Qué va! –contestó Pump–. El Hombre Verde existe desde antes de Waterloo y estaba a cargo del viejo Noyle hasta que no hubo más remedio que encerrarlo. ¿No te acuerdas del viejo Noyle? Aún está vivo, según me han contado, y continúa escribiendo cartas de amor a la reina Victoria. Lo que pasa es que no las echan al correo.

—¿Y no has tenido noticias recientes de tu amigo irlandés? –preguntó la joven mirando a lo lejos.

—Sí. Recibí carta la semana pasada. Parece probable que regrese a Inglaterra. Ha estado representando a no sé qué país griego en las negociaciones, pero ya han terminado. Es curioso que haya sido precisamente su señoría quien ha representado a Inglaterra.

—Te refieres a lord Ivywood –precisó fríamente lady Joan–. Sí, evidentemente es un hombre que hará carrera.

—Ojalá le diera por ensañarse menos con nosotros –dijo Pump con una mueca–. Me temo que no va a dejar una sola taberna abierta en toda Inglaterra. Pero los Ivywood fueron siempre una familia de chiflados. Acuérdate del abuelo.

—Muestras poco tacto –dijo lady Joan con una sonrisa amarga– al pedir a una dama que se acuerde de su abuelo.

—Ya me entiendes, Joan –contestó él de buen humor–. Personalmente no tengo nada en contra de lo que hizo; cada cual tiene sus manías en este mundo. A mí no me gustaría que trataran a mis cerdos de ese modo, pero si otro se complace en llevarlos a la iglesia y sentarlos a su lado en el banco de la familia, ¡allá él!

Lady Joan se echó a reír de nuevo.

—Conoces unas historias increíbles –dijo ella–. Me tengo que marchar, Pump... En otros tiempos te llamaba Hump, ¿te acuerdas...? ¡Ah, Hump!, ¿crees que alguno de nosotros volverá a ser feliz como entonces?

Esta vez fue Pump quien fijó la vista en el mar.

—Supongo que eso depende, sobre todo, de la Providencia –dijo.

—¡Oh!, por favor, repítelo: ¡Providencia! –exclamó la muchacha–. Casi suena tan bien como Masterman Ready.[3]

Después de este intrascendente comentario, la joven echó a andar por el camino que había junto a los manzanos y volvió al paseo marítimo de Pebblewick.

La taberna El Viejo Navío quedaba un poco a las afueras del pueblo pesquero de Pebblewick, y éste, a su vez, se hallaba separado por un espacio de media milla de la nueva estación balnearia de Pebblewick-on-Sea. Pero la muchacha de cabello castaño andaba a buen paso a lo largo del paseo marítimo, sobre una larga hilera de charlatanes que el optimismo insensato de la moda había extendido de este a oeste en los lugares de veraneo. A medida que se acercaba a la parte más concurrida miraba con creciente atención a los grupos que se formaban en la playa. La mayoría no se diferenciaba en nada de los que había visto un mes antes. Los buscadores de la verdad (como les llamaría

[3]Personaje que da título a la novela *Masterman Ready* (1841) de Frederick Marryat.

el hombre del fez), reunidos a diario para descubrir lo que se proponía hacer el hombre de las cajas de cartón, no habían logrado su objetivo, pero la fatiga no había podido con su peregrinaje intelectual. La gente también seguía echando monedas al ateo en reconocimiento de sus incesantes injurias, cosa tanto más desconcertante cuanto que el público era indiferente y el ateo manifiestamente sincero. En cambio, el individuo del cuello largo que, palita en mano, dirigía el coro infantil que cantaba los cánticos de la Iglesia baja,[4] había desaparecido; lo cual no debe extrañarnos, ya que los servicios infantiles suelen ser ceremonias ambulantes. Pero el hombre cuyo solo distintivo consistía en una guirnalda de zanahorias en el sombrero estaba allí, impertérrito, y parecía tener en su platillo más dinero que nunca. A quien lady Joan no podía encontrar era al vejete del fez. Pensó que habría fracasado en su intento apostólico y su melancolía la indujo a creer que su fracaso se debería precisamente a que los desatinos que propalaba tenían un toque de esa insólita y disparatada clarividencia que jamás será patrimonio de los imbéciles vulgares. Pero lo que la muchacha no parecía dispuesta a confesarse a sí misma era que el interés que sintió por el vejete del fez y por el posadero era el tema que había tratado con ellos.

Mientras seguía con cierta displicencia su paseo, vio a una joven vestida de negro, cuyos cabellos rubios coronaban un rostro inteligente y tímido que estaba segura de haber visto antes. Recurriendo a su educación aristocrática para recordar el semblante de la gente modesta, se dio cuenta de que se trataba de una cierta miss Browning que le había hecho unos trabajos a máquina hacía un año o dos. Y en parte por bondad y en parte por ganas de distraerse de sus pensamientos, se apresuró a saludarla. Su tono fue tan franco y tan cordial que la muchacha vestida de negro se sintió con valor suficiente para decirle:

—Siempre he querido presentarle a mi hermana, que es mucho más inteligente que yo, aunque apenas salga de casa, contra lo que hoy se estila. Conoce a toda clase de intelectuales. Y precisamente está conversando con uno de ellos, con ese Profeta de la Luna del que todo el mundo habla. Permítame que se la presente.

Lady Joan Brett había conocido a muchos profetas de la luna y de otros astros, pero con esa cortesía innata que en parte redime los vicios de su clase, acompañó a miss Browning hasta uno de los bancos del paseo. Saludó a la hermana de ésta con la mayor amabilidad, cosa que, en verdad, tenía su mérito, ya que le costó mucho mantener en ella la mirada, pues el hombre que estaba sentado a su lado había atraído toda su atención. Era nada menos que el vejete que había perorado sobre las tabernas inglesas. Llevaba el mismo fez, pero lucía un chaqué negro que revelaba claramente su reciente prosperidad.

—Ha dado una conferencia en nuestra sociedad de moral –musitó miss Browning– sobre la palabra «alcohol». Únicamente sobre la palabra «alcohol». Ha sido un encanto. Y de Arabia y de álgebra, y de cómo todo viene de Oriente. Estoy segura de que le habría interesado mucho.

—En efecto, me interesa –dijo Joan.

[4]Dentro de la Iglesia anglicana se produjo a finales siglo XVIII la división entre la Iglesia alta, que opta por una mayor adhesión a los sacramentos y a la liturgia católicos, y la Iglesia baja, de tendencia calvinista.

—Pregúntese –decía a la hermana de miss Browning el hombre del fez– qué sentido podrían tener los nombres de sus tabernas si no conmemorasen la ilimitada influencia del islam. Existe en Londres una concurrida taberna, una de las más distinguidas y de las más céntricas, que se llama La Herradura. ¿A qué viene esto? ¿Quién puede tener hoy interés en conmemorar una herradura? No es más que el accesorio de una criatura más interesante que el accesorio mismo. Como ya he dicho hay aquí un bar llamado El...

—Precisamente –interrumpió Joan– yo quería saber...

—Un bar llamado El Turo –continuó el hombre del fez, sordo a toda interrupción–, y he demostrado que el turo es fuente de inquietudes, al paso que el turo-turo es algo tranquilizador. Pero ni siquiera vosotros, amigos míos, tendréis la ocurrencia de bautizar un establecimiento con el nombre del anillo que suele pasarse por la nariz del toro en vez de designarlo con el del propio toro. ¿A santo de qué, pues, se designaría un sitio con el nombre del calzado, el simple calzado del casco del caballo, en lugar de darle el nombre de ese noble animal? No hay duda, es a todas luces evidente que el término herradura es un término críptico, un vocablo esotérico, un vocablo acuñado durante los tiempos antiguos en que la fe musulmana sufría opresión en este país por la efímera superstición de los galileos. ¿Acaso esa forma curvilínea, esa doble curva que vosotros llamáis «herradura», no representa transparentemente la Media Luna? –y el vejete abrió ambos brazos como había hecho la otra vez–. ¿La Media Luna del Profeta y del Dios único?

—Desearía saber –volvió a preguntar lady Joan– cómo explica el origen de El Hombre Verde que se halla precisamente detrás de esa hilera de casas.

—¡Precisamente, precisamente! –exclamó el Profeta de la Luna preso de una exaltación febril–. ¡Difícilmente hallaría el buscador de la verdad un ejemplo más concluyente de sus principios! Vamos a ver, amigos míos, ¿cómo puede ser que haya un hombre verde? Todos habéis visto la hierba verde, las hojas verdes, quesos verdes, judías verdes, pero, ¿quién de vosotros, en su círculo de conocidos, por extenso que sea, ha dado jamás con un hombre verde? Está claro, amigos, está claro que es una versión imperfecta, una versión abreviada de las palabras originales. ¿No es evidente que la expresión original no era otra que «El hombre del turbante verde», alusión al uniforme de sobra conocido de los descendientes del Profeta? Turbante es, cabalmente, la palabra que por su carácter extranjero e insólito se presta como ninguna a ser eliminada.

—Una leyenda local –dijo Joan con calma– explica que un gran héroe, al oír que alguien insultaba el color que su patria tiene por sagrado, por toda respuesta le echó un cubo de pintura verde a su enemigo en la cabeza.

—¡Leyenda! ¡Pura leyenda! –gritó el hombre del fez con una nueva y radiante expansión de sus brazos–. ¿Acaso no es evidente que algo así jamás pudo haber ocurrido?

—¡Oh, sí...! ¡Ya lo creo que ha ocurrido! –dijo la joven con amabilidad–. No abundan en este mundo las cosas reconfortantes, pero algunas hay. ¡Ya lo creo que ha ocurrido!

Y despidiéndose gentilmente del grupo, prosiguió su caminata sin objeto por el paseo marítimo.

IV

La taberna echa a rodar

Mr. Humphrey Pump estaba otra vez a la puerta de su taberna, con su escopeta limpia y cargada sobre la mesa, mientras el letrero blanco de El Viejo Navío se balanceaba suavemente sobre su cabeza a impulsos de la brisa marina. Su rostro apergaminado se contraía por culpa de una nueva preocupación. En la mano tenía dos cartas de bien distinta procedencia, pero que aludían al mismo problema. La primera decía así:

> Querido Hump:
>
> Estoy tan desazonada que no tengo más remedio que llamarte por el nombre familiar que utilizaba en mejores días. Comprenderás que debo conservar buenas relaciones con mi gente. Lord Ivywood es primo mío, aunque lejano, y por esta causa y por otras, mi pobre madre se moriría si la ofendiese. Como sabes, padece del corazón; pero tú sabes todo lo que se puede saber de cuanto sucede en el condado. De todos modos, te escribo para informarte de algo que se prepara contra tu vieja taberna. No sé lo que va a ser de nosotros. Hace un mes o dos, oí a un viejo chiflado que peroraba en la playa bajo un quitasol verde y que soltaba las mayores majaderías que he escuchado en mi vida. Hace tres semanas me dijeron que había dado conferencias en las sociedades éticas[1] –o lo que sean– a cambio de unos magníficos honorarios. Bueno; pues la última vez que fui a la mansión Ivywood –tuve que ir porque a mi madre le gusta– me encontré allí con ese lunático ambulante, vestido de etiqueta y tratadoa cuerpo de rey por personas que pueden o que deberían saber lo que hacen.
>
> Lord Ivywood está enteramente sometido a su influencia y opina que es el mayor profeta que vieron los siglos. No obstante, lord Ivywood dista de ser un loco, y una no puede dejar de admirarle. Mi madre, tengo la impresión, quiere que haga algo más que admirarle. Te cuento todo esto, querido Hump, porque creo que va a ser ésta la última carta sincera que escribiré en esta vida. Y te advierto que lord Ivywood obra con perfecta buena fe, lo cual es todavía más terrible. Quiere ser el

[1] Grupos que propugnaban una forma de vida ética libre de dogmas filosóficos o religiosos. El movimiento fue fundado a finales del siglo XIX por Felix Adler en Nueva York y se extendió posteriormente por Europa.

más grande de los estadistas ingleses, y tiene el firme propósito de acabar con... los viejos navíos. Si en el futuro me ves colaborando en semejante cruzada, espero que me perdones.

Confío a tu amistad la persona de la que hemos hablado y a la que no veré nunca más. Es la mejor cosa que puedo confiarte, a excepción de una sola, y aún no es seguro que no resulte la mejor sin excepción alguna. Adiós.

J.B.

La segunda pareció causar a Pump más inquietud que sorpresa. Decía así:

Estimado señor:

La Junta de la Comisión Imperial para la Inspección de las Bebidas Alcohólicas se ve obligada a llamar su atención por haber hecho usted caso omiso de la advertencia concerniente al artículo 5º apartado a) de la Ley Reguladora del FFuncionamiento de los Establecimientos de Bebidas, por lo cual se le debe aplicar el artículo 47, apartado c) del reglamento de la mencionada ley. Los cargos que se concretan contra usted son los siguientes:

I. Infracción del párrafo 23, apartado f) de la Ley, que prohíbe que los establecimientos que paguen un impuesto anual inferior a cuatrocientas libras exhiban en el exterior letrero alguno.

II. Infracción del párrafo 113, apartado d) de la Ley, que prohíbe la venta de bebidas espirituosas en toda posada, taberna o establecimiento público; se exceptúa el caso de demanda justificada mediante receta de un médico colegiado y salvo las excepciones nominativamente designadas del Criterion Bar y el Hotel Claridge, en los cuales el carácter de urgencia ha sido previamente reconocido.

No habiendo usted acusado recibo de nuestras advertencias anteriores, le comunicamos que de forma inmediata se tomarán las medidas oportunas establecidas por la Ley.

Reciba un cordial saludo de

El presidente,

IVYWOOD

El secretario,

J. LEVESON.

Mr. Humphrey Pump se dejó resbalar sobre el banco que estaba junto a la mesa y exhaló un silbido que, combinado con sus patillitas, le dio el aspecto de un mozo de cuadra. Al poco rato su natural inteligencia y su agudeza volvieron a reflejarse en su semblante y se puso a contemplar el mar gris y frío con sus ojos cálidos y oscuros. Pero el mar no le sugirió gran cosa. Desde luego, Humphrey Pump podía arrojarse de cabeza al océano, lo cual era preferible a verse separado de El Viejo Navío. Inglaterra podía quedar sepultada bajo el mar, lo cual era preferible a no ver nunca más lugares como El Viejo Navío en Inglaterra. Pero semejantes ideas no solucionaban ningún problema y Pump tuvo la impresión de que el mar no había hecho más que combar su espalda, al igual que había ocurrido con los manzanos. En resumen, el mar se le antojó un espectáculo bastante triste. Una silueta solitaria recorría la playa. Y sólo cuando esta figura, cada vez más cercana y voluminosa, sobrepasó la estatura normal de los seres humanos, Pump se puso bruscamente en pie y lanzó un grito. Porque, además, en aquel momento, la luz horizontal de la mañana iluminaba su cabellera, y su cabellera era roja.

Era el rey de Ítaca. Subía despacio, y como quien no quiere la cosa, el sendero que conduce desde la playa hasta El Viejo Navío. Le había traído a tierra la chalupa de un barco de guerra que se divisaba en el horizonte y vestía aún el uniforme verde y blanco de aquella Marina que jamás había existido plenamente, pero que ahora había dejado completamente de existir. De su cinto pendía aún su sable recto de marino, ya que en las cláusulas del tratado no se había exigido su entrega, y junto al sable, dentro del uniforme, se hallaba, como siempre, un mocetón pelirrojo, de aspecto a ratos cohibido y cuya desgracia consistía en que, a pesar de tener un cerebro sólido, su fuerza y sus pasiones corporales resultaban demasiado fuertes para su cerebro.

Antes de que el posadero hallase palabras para expresar cuánto se alegraba y se sorprendía de volverlo a ver, el enorme peso del recién llegado ya se había instalado en una silla. Su saludo fue éste:

—¿Tienes algo de ron?

Luego, como si percibiese que su actitud precisase una explicación , añadió:

—Supongo que después de esta noche nunca más volveré a ser marino. Así que hoy beberé ron.

Humphrey Pump poseía el don de la amistad y comprendía a sus antiguos amigos. Se metió en su casa sin decir palabra y volvió a salir dando puntapiés a dos objetos que por su forma y por su aptitud para rodar incitaban al fútbol. Uno de ellos era un barrilillo de ron; el otro, un enorme queso de bola. Entre las mil mañas de que estaba dotado, Pump poseía la de abrir un tonel sin necesidad de espita ni de otro accesorio que le impidiese rodar. Estaba buscando en su bolsillo el instrumento con que solía realizar el susodicho milagro cuando el irlandés pareció despertar bruscamente, y erguido sobre su asiento, se puso a perorar con un fuerte y curioso acento irlandés.

—¡Oh! Gracias mil veces, Hump; pero creo que no necesito nada. Ahora que puedo beber, se me pasa la sed. ¡Lo que quiero –y al decir esto descargó tan terrible puñetazo sobre la mesa que una de sus patas estuvo a punto de rajarse–, lo que quiero es que alguien me cuente lo que ocurre en Inglaterra, lo que ocurre de verdad, y no una sarta de estupideces!

—¡Ah! –dijo Pump acariciando pensativo las dos cartas que llevaba en el bolsillo–. ¿Y qué entiendes por estupideces?

—Llamo estupidez –exclamó Dalroy– la pretensión de meter el Corán dentro de la Biblia en lugar de los textos apócrifos. Llamo estupidez la idea descabellada de ese pastor loco que quiere colocar la Media Luna sobre la catedral de San Pablo. ¡Ya sé que los turcos son actualmente nuestros aliados, pero también lo fueron otras veces y nunca oí que a Palmerston o a Colin Campbell[2] se les ocurrieran semejantes majaderías!

[2]Henry John Temple, vizconde de Palmerston (1784-1865), ministro británico de Asuntos Exteriores (1830-34, 1835-41 y 1846-51) y primer ministro (1855-58; 1859-65). Tras sofocar la primera fase de la Rebelión de los Cipayos de la India en 1857 transfirió la responsabilidad de la colonia, hasta entonces en manos

—Es verdad que lord Ivywood está muy entusiasmado con esas ideas –dijo Pump tratando de contener la risa–. El otro día, en la Feria de Horticultura, aseguró que estábamos maduros para una unión completa del cristianismo y el islam.

—Y podíamos llamarlo *crislam* –exclamó el irlandés con una mirada sombría que no tardó en fijarse en el bosque gris y púrpura que se extendía detrás de la taberna y en el que desaparecía un camino blanco. Aquel camino inclinado parecía el comienzo de una aventura, y Dalroy era un aventurero.

—Pero tampoco hay que exagerar –repuso Pump, frotando otra vez la escopeta– en lo de la Media Luna sobre San Pablo. No era eso exactamente lo que proponían. Si no he entendido mal, la proposición del doctor Moole era crear una especie de doble emblema combinando la cruz y la Media Luna...

—Sí; la *cruciluna* –murmuró Dalroy.

—Tampoco puedes decir que el doctor Moole sea un pastor –agregó Mr. Pump sin dejar de frotar su escopeta–. En realidad, dicen que es ateo, lo que se llama un agnóstico, algo así como el terrateniente Brunton, que se divertía mordiendo los álamos en Marly. La gente de la nobleza se mueve por modas, capitán; pero que yo sepa nunca han durado mucho.

—Me temo que esta vez la cosa es más grave –le replicó su amigo meneando su cabellera roja–. Esta taberna es la única que queda abierta en esta costa y pronto será la única en toda Inglaterra. ¿Te acuerdas de la taberna Cabeza de Moro, en Plumsea, junto al mar?

—La conozco –asintió el tabernero–. Mi tía estaba allí cuando ahorcaron a aquella mujer; es un sitio muy agradable.

—Acabo de pasar por allí –dijo Dalroy–. Ya no hay taberna.

—¿Un incendio? –preguntó Pump, suspendiendo por un momento el fregoteo de su escopeta.

—No; una inundación de limonada –replicó Dalroy–. Le han quitado la licencia, o la patente, o como se llame. He compuesto una canción en su honor, y te la voy a cantar...

Y a renglón seguido, con todo el aspecto de un hombre que acaba de recobrar su buen humor, se puso a rugir con voz atronadora las siguientes coplas, para las que él mismo había inventado una tonadilla:

Cabeza de Moro,
¡qué triste es tu sino!
Ayer, sin desdoro,
me dabas buen vino,
cerveza de oro,
licor peregrino.
Mas hoy han venido
señoras sin fe,
que te han convertido

---

de la Compañía de las Indias Orientales, a la Corona británica.

Colin Campbell (1792-1863), militar británico al mando del Ejército británico durante la Rebelión de los Cipayos.

en salón de té.

De Arabia has venido,
Cabeza de Moro.
El buen rey Ricardo
te trajo consigo.
En cada descanso
del largo camino,
clavó su estandarte
honrado e invicto;
clavó su estandarte
que luce en sus pliegues
Cabeza de Moro.

Mas hoy han venido, etc.

Trofeo de gloria
y no de venganza.
Cabeza de Moro
corona su lanza,
que aquí se clavó
como remembranza.

Mas hoy han venido, etc.

¡Cabeza de Moro,
qué triste revancha!
Hoy sirves tan sólo
agua que no mancha.

—¡Vaya! –exclamó Pump, prolongando esta exclamación con un tenue silbido–. Diría que ese que viene es su señoría lord Ivywood. Y hasta apostaría a que el pollito con gafas que le acompaña es el secretario de la Comisión o lo que sea.

—¡Que vengan! –dijo Dalroy, y continuó cantando con un vozarrón que hacía temblar las piedras:

¡Moruna cabeza
cual mascarón,
que al fin nos privaste
de vino y cerveza,
de sidra y de ron!

Mientras se extinguía el último eco de esta expansión lírica entre los manzanos que crecían al borde del camino y el bosque colindante, el capitán Dalroy se retrepaba en la silla y saludaba con un movimiento de cabeza lleno de buen humor a lord Ivywood, que se quedó parado en el césped, frío como el mármol, según su costumbre, pero con la boca ligeramente fruncida. Detrás de él había un joven moreno, con gafas de recios cristales y con un fajo de papeles impresos bajo el brazo; sin duda J. Leveson, secretario. Por la carretera venía un trío que a Pump se le antojó algo disparatado, digno de figurar en una farsa cómica. Estaba compuesto de un inspector de policía, de uniforme; un obrero con mandil de cuero, y finalmente un vejete incómodamente vestido a la europea, pero cubierto con un fez rojo. Decía algo a propósito de la taberna, y el inspector y el carpintero que le escuchaban parecían esforzarse por disimular su regocijo.

—¡Bonita canción, milord! –dijo Dalroy con agradable fatuidad–. Le voy a cantar otra... –y se aclaró la voz con una breve tos.

—Mr. Pump –dijo lord Ivywood con su hermosa voz cristalina–. He querido venir personalmente para demostrarle que hemos llevado nuestra indulgencia hasta los límites de lo posible. La fecha en que ha sido fundada esta taberna la coloca de lleno bajo los preceptos de la Ley de 1909; fue construida en vida de mi abuelo; aunque, según creo, tuvo otro nombre...

—¡Ah, milord! –interrumpió Pump con un suspiro–. Preferiría habérmelas con su abuelo, aunque se casó con cien negras en vez de una, más que ver a un miembro de su familia quitando el pan a un pobre hombre.

—La ley fue precisamente concebida con la intención de acabar con la pobreza –continuó imperturbablemente lord Ivywood–, y sus consecuencias serán ventajosas para todos los ciudadanos.

Se volvió un instante hacia al secretario de pelo oscuro y le dijo:

—¿Tiene el segundo informe?

Tomó el pliego que le tendía el secretario, se caló las gafas y lo desplegó diciendo:

—Este informe expone claramente que la ley que estamos aplicando tiene por principal objeto la protección de las clases más necesitadas y humildes. En el tercer párrafo, nos dice concretamente: «Aconsejamos con particular insistencia que se excluya del comercio ese producto de nocividad reconocida que es el alcohol, salvo, claro está, en los lugares que el Gobierno estime convenientes, y especialmente el Parlamento y otros sitios de similar utilidad pública. Aconsejamos igualmente que se prohíba la exhibición procaz y desmoralizante de los letreros de tabernas, excepto en los casos antes aludidos, ya que la desaparición de tales tentaciones contribuirá, a nuestro juicio, a mejorar la comprometida situación financiera de las clases trabajadoras». Esto bastará, me figuro, para persuadir a Mr. Pump de que nuestra acción, por otra parte inevitable, de reforma social, no tiene nada de opresora. Sin duda, Mr. Pump, desde su personalísimo punto de vista, pensará que es una medida de gran dureza con él, pero –y aquí la voz de lord Ivywood adquirió su particular estilo oratorio–, ¿qué mejor prueba puede darse de la insidiosa influencia de la pérfida bebida, qué mejor demostración de la corrupción social que engendra que la existencia de ciudadanos como Mr. Pump, que ayer gozaron de excelente reputación y hoy, por culpa de las emanaciones alcohólicas y de las reflexiones antisociales que inspiran, sólo ven su caso egoísta y se ríen de la miseria de los indigentes?

El capitán Dalroy no había dejado un segundo de examinar a lord Ivywood con sus ojos más azules y brillantes que nunca. Pero cuando se puso a hablar, lo hizo en términos inesperadamente mesurados:

—¿Me permite una palabra, milord? –preguntó–. No estoy seguro de haber entendido bien uno de los puntos de su discurso. Debo comprender que van a ser retirados todos los letreros de las tabernas, pero ¿sin que ello implique supresión de la venta de bebidas? Más claro: ¿quiere decir que aunque un inglés no pueda encontrar una sola taberna en toda Inglaterra, si ve un letrero es señal de que el establecimiento que lo tiene puede, con la graciosa autorización de su señoría, seguir llamándose taberna?

Lord Ivywood poseía un admirable dominio de sí mismo que le había ayudado extraordinariamente en su carrera. No quería perder tiempo en discutir el derecho del capitán a intervenir en el asunto y replicó con sencillez:

—Exacto.

—Por consiguiente, dondequiera que encuentre un letrero autorizado por la policía, ¿puedo entrar y pedir un vaso de cerveza, con toda legalidad?

—Eso es, siempre que haya un letrero –respondió Ivywood con manifiesta amabilidad–; pero confío que no tardaremos en suprimirlos todos.

El capitán Dalroy levantó su corpachón de la silla, desperezándose y bostezando.

—Bueno, Pump; me parece que lo mejor que podemos hacer es llevarnos las cosas importantes.

Con dos vigorosos puntapiés disparó el barrililllo de ron y el queso de bola por encima de la valla, de tal manera que ambos tomaron la pendiente y rodaron por ella con creciente velocidad hasta llegar al bosque sombrío. Después agarró el poste que sostenía el letrero, y con un par de sacudidas lo arrancó de su hoyo como si se tratase de una manta de hierba.

Todas estas operaciones fueron ejecutadas sin que nadie tuviese tiempo de moverse y sólo cuando Dalroy empezaba a bajar por la pendiente, el policía corrió tras él. Pero el gigante le dio tal trastazo en pleno pecho con la tabla del letrero, que salió despedido hasta la cuneta al otro lado del camino. Inmediatamente, se volvió hacia el turco y colocó la punta del poste en el punto preciso en que su cadena de oro cruzaba el chaleco, haciéndole sentar de un golpe en el suelo con un semblante extraordinariamente serio.

El secretario hizo un amago de acudir en auxilio de sus compañeros, pero Humphrey Pump, con un grito, echó mano a la escopeta que estaba en la mesa y le encañonó; el espanto de J. Leveson, secretario, fue tan grande que estuvo a punto de virar en redondo y de echar a correr. Pump, en vista de esto, con la escopeta debajo del brazo, salió correteando detrás del capitán, que a su vez correteaba tras el queso y el barrilillo de ron.

Mucho antes de que el policía pudiese levantarse del suelo, los dos habían desaparecido en la espesura del bosque. Lord Ivywood, que había presenciado sin ni siquiera pestañear toda esta escena, no había dado muestra alguna de temor, impaciencia ni, preciso es reconocerlo, de diversión. Alzó la mano y detuvo al policía en su carrera.

—Persiguiendo a esos dos vagabundos no conseguiríamos más que poner a la ley y a nosotros mismos en ridículo. En el actual estado de las vías de comunicación, no pueden ni hacernos daño ni escapársenos. Lo que realmente urge es que destruyamos sus depósitos y centro de operaciones. La Ley de 1911 nos da derecho a confiscar y destruir cuanto se halle dentro de una taberna en que la ley ha sido infringida.

Y durante varias horas se quedó de pie en el césped, regalándose los oídos con el ruido de las botellas que se rompían y de los toneles que se despanzurraban, embriagándose con los goces del fanático, que eran los únicos que conocía su extraña naturaleza, incapaz de apreciar los manjares, ni el vino, ni las mujeres.

V

El pasmo del administrador

Lord Ivywood adolecía del defecto común a cuantos se alimentan sólo de libros; ignoraba no sólo el valor sino hasta la existencia de otros medios de información. De modo que Humphrey Pump se daba perfecta cuenta de que lord Ivywood le tenía por un ser ignorante que llevaba en el bolsillo los *Papeles póstumos del Club Pickwick* de Dickens, pero que era incapaz de leer ningún otro libro. En cambio, lord Ivywood no advertía que cada vez que Mr. Pump le veía no podía evitar recordar lo bien que se disimulaban sus cabellos de rubio grisáceo y su cara cenicienta en la penumbra de un bosque de abedules. Hay motivos para pensar que Mr. Pump, durante su juventud, se había obsequiado con perdices y faisanes del coto de lord Ivywood, el cual no sólo ignoraba que estaba ofreciendo semejante hospitalidad, sino que vivía convencido de la imposibilidad material de burlar la eficacia de su sistema de vigilancia. Y es que quien se supone superior a las cosas materiales vale más que no se meta a hablar de imposibilidades materiales.

Se equivocaba, pues, lord Ivywood, cuando aseguraba que los fugitivos no podían escapar en la Inglaterra moderna. En la Inglaterra moderna se pueden hacer muchas cosas que la mayoría de los mortales no conocen más que de oídas o en pintura. Si, por ejemplo, os habéis percatado de que los setos que hay a lo largo de los caminos son más altos y más tupidos de lo que parecen y que hasta el hombre de mayor corpulencia, si se tiende de bruces detrás de ellos, ocupa mucho menos sitio del que podría pensarse; si estáis enterados de que innumerables ruidos de la naturaleza se asemejan entre sí más de lo que un oído fino pueda creer, como sucede con el rumor del viento en las hojas y del mar en las playas; si sabéis que resulta más cómodo caminar descalzo que calzado, a condición, eso sí, de pisar en el lugar apropiado; si sabéis que el número de perros realmente capaces de morderos es notablemente inferior al de personas capaces de asesinaros en un vagón; si sabéis que no tenéis por qué ahogaros en un río a no ser que la corriente sea muy fuerte o que vuestra intención original sea la de suicidaros; si sabéis que las estaciones de algunos pueblos tienen salas de espera en que jamás espera nadie y que los campesinos si os da por hablarles no os harán caso, pero que si no les decís nada hablarán de vosotros todo el día; si sabéis todo esto entonces os serán fáciles y hacederas muchas cosas.

Fue mediante el empleo de conocimientos de este orden y de algunos otros, que Humphrey Pump consiguió guiar a su amigo –que no abandonaba barrilillo, queso y letrero– a través de montes y llanos, ora atravesando terrenos vedados, ora hollando pasos prohibidos, hasta salir de un pinar sombrío y poner pie en un camino blanco que se deslizaba por un territorio donde era probable que nadie fuese a buscarlos.

Delante de ellos se extendía un campo de trigo y a su derecha una casita rodeada de pinos, cuyas paredes medio derrumbadas parecían ceder al peso de su techo de paja. Al verla, la fisonomía del irlandés pelirrojo se iluminó con una curiosa sonrisa. Clavó el letrero al borde del camino y fue a llamar a la puerta.

Abrió con temor un viejo de cara tan arrugada que las arrugas resultaban más marcadas que sus propias facciones, las cuales parecían perderse en un laberinto. Lo mismo se le podía suponer salido del tronco nudoso de un árbol que atribuirle mil años.

No pareció advertir el letrero que quedaba algo a la izquierda de la puerta, pero los últimos restos de vida que quedaban en sus ojos parecieron despertar y maravillarse al ver la estatura de Dalroy, su extraño uniforme y la espada que llevaba al cinto.

—Discúlpeme –dijo cortésmente el capitán–. Temo que mi uniforme le sorprenda; es la librea de lord Ivywood. Todos sus criados deben llevarla. En realidad, creo que todos sus arrendatarios y quizás usted mismo... Excuse mi sable. lord Ivywood da mucha importancia al sable. Sin duda estará usted al corriente de su magnífica elocuencia: «¿Cómo podemos profesar –me decía el otro día mientras yo le cepillaba los pantalones–, cómo podemos profesar la doctrina de la fraternidad de todos los hombres, si al mismo tiempo les negamos el derecho de ostentar el signo de la virilidad? ¿Cómo nos atrevemos a afirmar que la prohibición de llevar lo que siempre simbolizó la diferencia entre el hombre libre y el esclavo sea un progreso? No tenemos motivo alguno para temer que se haga del sable el uso bárbaro que pronostica mi digno amigo el afilador; al contrario, llevar dicha arma no es más que un acto de sublime confianza en nuestra unánime pasión por los austeros esplendores de la paz. Porque sólo tiene derecho a herir el que sabe retener su brazo».

Mientras soltaba esta retahíla de despropósitos con acompañamiento de amplios gestos oratorios, Dalroy había metido el queso y el barrilillo en la casa del campesino estupefacto. Mr. Pump le seguía, plácido y digno, con la escopeta bajo el brazo.

—Lord Ivywood –continuó Dalroy, poniendo el barrilillo sobre la mesa– desea que beba usted un vaso de vino a su salud, o mejor dicho, un vaso de ron. Por Dios, no vaya a dar crédito a todas las habladurías que nos pintan a lord Ivywood como un enemigo de la bebida. No le digo más, que en la cocina le llamamos *Tres Botellas* Ivywood. Pero, ah, es preciso que se trate de ron; no le dé otra cosa a los Ivywood. «El vino puede convertirnos en bufones», nos decía hace pocos días... Y con una elocuencia tan feliz que parecía extraordinaria incluso en boca de su señoría. Yo estaba en el rellano de la escalera y dejé de fregar los escalones para escucharle... «¡El vino –iba diciendo– puede extraviarnos, las bebidas fuertes pueden conducirnos al furor, pero en ningún libro sagrado hallaréis la menor censura contra el dulce licor que adoran cuantos desafían los peligros del mar! ¡No, ninguna lengua de sacerdote ni de profeta se ha movido jamás para romper el sacro silencio de las Sagradas Escrituras respecto al ron!» Y me explicó entonces –continuó Dalroy mientras hacía señas a Pump para que pusiese en práctica su arte de abrir barriles–, me explicó entonces que el gran secreto para evitar las enojosas consecuencias que puede experimentar un bebedor novato después de ingerir una o dos botellas de ron consiste en comer queso y, especialmente, queso de esta clase que tengo aquí y de cuyo nombre no me acuerdo en este momento.

—Cheddar –dijo Pump con gravedad, procediendo a ejecutar la orden.

—Pero, ¡cuidadito! –prosiguió el capitán con una expresión casi feroz y agitando un índice enorme junto a las narices del viejo–, ¡cuidadito!, ¡ni una miga de pan! ¡Nada de pan con el queso! ¡Las espantosas ruinas que han devastado tantos hogares de este país, prósperos en otra época, son debidas a la funesta e insensata manía de comer pan con cheddar! Puede estar tranquilo que yo no le daré pan. Lord Ivywood ha prescrito que toda alusión a esta costumbre tan infame como atrasada se elimine del Padrenuestro. ¡A su salud!

Había servido ya un poco de ron en dos recios vasos de vidrio y en una taza sin asa, que había obtenido del anciano, con el que brindó solemnemente.

—Me hace usted mucho honor, caballero –dijo el anciano haciendo oír por primera vez su voz cascada. Enseguida se echó el ron al coleto y su semblante se aclaró como una lámpara cuando su llama empieza a elevarse–. Pues yo tengo un hijo marino.

—Le deseo buen viento –dijo el capitán– y voy a cantarles una canción sobre el primer marino que se hizo a la mar y que, como afirma certeramente lord Ivywood, vivió mucho tiempo antes de que se inventase el ron.

Y, sentado sobre una silla de madera, entonó su canción con voz sonora mientras marcaba el compás con la taza sin asa.

A Noé dentro del arca se le vació el vientre de pena;
asose una avestruz, friose una ballena,
y a guisa de entremeses, zampose un palomino.
Mas antes y después, su néctar requería
y con la copa en alto, así decir solía:
Por fuera corra el agua, por dentro corra el vino.

El cielo se venía abajo hecho raudales:
los astros palpitaban en turbios barrizales,
quizá ya se apagaban los fuegos infernales.
El pico más enhiesto rindiose a su sino...
Noé, a pesar de todo, sereno y sin temor
alzaba a Dios los ojos, rezando con fervor:
Por fuera corra el agua, por dentro corra el vino.

Noé pecó y nosotros también hemos pecado,
por eso el cielo justo castigo nos ha dado
y el monstruo Antialcoholismo se ha desencadenado
¡Ay, ese no poder, ni con dinero en mano,
beber zumo de viña ni zumo de manzano!

¿A quién se le ocurrió, tamaño desatino?
¡Bah! ¡Qué más da! ¡Volvamos la espalda a los pedantes!
y con la copa en alto, digamos como antes:
Por fuera corra el agua, por dentro corra el vino.

—Es la canción favorita de lord Ivywood –concluyó Patrick Dalroy echando otro trago–. Ahora, cante usted.

Con gran sorpresa del auditorio, el anciano, sin hacerse rogar, se puso a cantar con voz temblorosa:

El rey Jorge meditabundo
está en su torre de Londres,
para defender el trono
ha convocado a sus hombres.
Bonaparte, Bonaparte,
¿qué es lo que tú te propones...?

Quizá sea una suerte, desde el punto de vista de la agilidad de esta narración, que la canción del viejo, integrada nada menos que por cuarenta y siete estrofas, fuese interrumpida al llegar a este punto por un curioso incidente. La puerta de la casa se abrió y dio paso a un hombre vestido de fustán que se quedó unos segundos de pie sin decir palabra, y después, sin más preámbulo, soltó:

—Cuatro cervezas.

—¿Cómo dice? –preguntó cortésmente el capitán.

—Cuatro cervezas –repitió el hombre con decisión. Después, viendo a Humphrey, pareció recordar otras palabras de su vocabulario–. Hola, Mr. Pump. No sabía que El Viejo Navío hubiese cambiado de local...

Con una sonrisa furtiva, Mr. Pump señaló al anciano que repentinamente había dejado de cantar.

—Quien se ocupa actualmente de esto es Mr. Marne –dijo Pump con la meticulosa cortesía que se estila en el campo–. Pero tengo que advertirle, Mr. Gowl, que por ahora sólo tiene ron.

—Menos da una piedra –replicó Mr. Gowl dejando unas monedas ante el anciano Marne, que no entendía ni jota. Mientras se despedía secándose los labios con el revés de la mano, la puerta se abrió de nuevo dejando entrar la luz del día y un hombre con un pañuelo rojo al cuello.

—Buenos días, Mr. Marne, buenos días, Mr. Pump, buenos días, Mr. Gowl –dijo el hombre del pañuelo rojo.

—Buenos días, Mr. Coote –respondieron sucesivamente los interpelados.

—¿Una copita de ron? –preguntó amablemente Humphrey Pump–. Por el momento es lo único que puede servirle Mr. Marne.

Mr. Coote tomó a su vez un vaso de ron y dejó también una moneda ante la mirada distraída del respetable aldeano. Mr. Coote se lanzó a perorar sobre el rigor de los tiempos, explicando que la situación estaba mal para la cosa del beber, pero que mientras hubiera un letrero no había problema. Por lo menos, así se lo había asegurado un abogado de Grunton Abbot. En aquel momento todos los presentes fijaron su atención en un personaje que acababa de entrar, un ruidoso calderero ambulante que encargó inmediatamente una ronda general y explicó que había dejado delante de la puerta su asno y su carro. Siguió una conversación bulliciosa, confusa y dilatada en que se evaluaron los méritos respectivos del animal y del vehículo. Gradualmente, Dalroy se fue dando cuenta de que el calderero trataba de venderlos.

De repente asaltó su cerebro una idea digna de la absurda aventura romántica en que se había metido y al momento se precipitó al exterior para echar un vistazo al carro y al burro. Al minuto volvió a entrar y preguntó al calderero qué precio pedía y sin esperar respuesta le ofreció una suma que aquél no había soñado siquiera. La cosa fue tomada como la ocurrencia de un aristócrata chiflado; el vendedor se atizó otro vaso de ron para celebrar el pago y Dalroy presentó sus excusas a la asamblea, tapó el barrilillo de ron y lo cargó, junto con el queso, en la parte trasera del carro. El precio del ron que se había bebido quedó amontonado ante la barba plateada del anciano Marne.

Cuantos conocen la extraña y silenciosa camaradería de las clases pobres de Inglaterra no necesitan que se les diga que todos los presentes salieron de la casa para ver cómo cargaban el vehículo y enjaezaban el burro, todos menos el anciano, que se quedó como hipnotizado por el montoncito de monedas. Y en aquel momento divisaron una silueta oscura en el camino blanco que no les causó la menor satisfacción. Era Mr. Bullrose, el administrador de las propiedades de lord Ivywood.

Mr. Bullrose era un hombrecito corpulento, de cabeza cuadrada con bucles negros y tupidos, con cara de sapo y dos ojos vivos y recelosos. Llevaba un sombrero de copa e iba envarado dentro de la exigua levita de los hombres de negocios. Mr. Bullrose no era simpático. A decir verdad, no es frecuente que el administrador de una gran propiedad resulte simpático. En cambio, no es raro que el propietario lo sea, y lord Ivywood estaba dotado de una fría magnanimidad que bastaba para que mucha gente prefiriese dirigirse a él personalmente. Pero Bullrose era mezquino, como todos los tiranuelos con sentido de la eficacia.

Es evidente que no entendía lo que ocurría delante de la casa, pero no dejó de notar que allí había gato encerrado. Quería poner al viejo Marne en la calle, sin ofrecerle, claro está, indemnización alguna. Confiaba en que el anciano finalmente se moriría, pero sabía que en cualquier caso el desahucio sería fácil porque el anciano no tenía con qué pagar el alquiler de una sola semana. Y no es que el alquiler fuese elevado, no; pero resultaba exorbitante para el bolsillo del inquilino, falto de todo recurso e incapaz de obtener ningún crédito. He aquí la caballerosidad de nuestro aristocrático sistema de propiedad agraria.

—¡Adiós, amigos! –estaba diciendo el coloso del uniforme fantástico–. «Todos los caminos llevan a ron», como dijo lord Ivywood en uno de sus momentos de mayor felicidad; no tardaremos mucho en volver aquí para inaugurar un hotel de gran lujo. Pronto recibirán un folleto con toda la información.

En aquel momento el rostro del batracio del administrador se afeó aún más en una expresión de asombro, y los ojos se le salían de tal modo de las órbitas que parecían, más que de rana, de caracol. La imperdonable alusión a lord Ivywood ya hubiera bastado por sí sola para desencadenar una tempestad, pero el anuncio de la apertura de un hotel sin licencia provocó un verdadero terremoto. Apresurémonos a decir que tanto el temporal como el terremoto abortaron antes de estallar con el efecto que produjeron el poste y el letrero que se erigían ante la miserable casa de Mr. Marne.

—¡Ah, ahora sí que le pillé! –murmuró Mr. Bullrose–. ¡De esta no sale! ¡Le pongo de patitas en la calle!

Y rápidamente se plantó en la entrada de la choza al tiempo que Dalroy arreaba a su asno.

—¡Oiga, caballero! –estalló Mr. Bullrose apenas puso el pie en el umbral–. Esta vez se la ha buscado usted mismo. Lord Ivywood ha sido demasiado indulgente, pero ¡se acabó! Lo que acaba de hacer, sabiendo cuál es la opinión del señor sobre la materia, es la gota que colma el vaso.

Se calló un instante y a continuación dijo con sorna:

—Así que o paga hasta el último céntimo de los alquileres que debe o se larga. Estamos hartos de gentuza como usted.

De manera torpe y titubeante el anciano empujó el montoncito de monedas que tenía delante hacia el administrador, que se hallaba al otro lado de la mesa. Mr. Bullrose se sentó bruscamente en la silla de madera sin quitarse el sombrero. Contó el dinero, lo volvió a contar y lo contó una tercera vez. Luego miró fijamente las monedas, más sorprendido de lo que se había quedado el propio Marne.

—¿De dónde ha sacado el dinero? –acabó por preguntar brutalmente–. ¿No lo habrá robado?

—¡Ya no tengo fuerzas para robar! –contestó el anciano con una tristeza irónica.

Bullrose lo miró y después miró las monedas y recordó con rabia que aunque Ivywood era un juez riguroso en el tribunal del condado no por ello dejaba de ser justo.

—¡No importa! –exclamó–. De todos modos, con lo que sé tengo de sobra para desahuciarlo. ¡Ese letrero que ha clavado ante la casa va contra la ley y además vulnera las cláusulas de nuestro contrato! ¿Qué dice a eso? ¿Eh?

El inquilino no contestó.

—¿Eh? –repitió el administrador.

—No sé –contestó el arrendatario.

—¿Tiene o no tiene un letrero de una taberna delante de su casa? –vociferó Mr. Bullrose, golpeando la mesa con el puño.

El anciano le miró largamente con rostro paciente y venerable.

—Tal vez sí, tal vez no... –contestó al fin.

—Ya le daré yo tal vez... –chilló Bullrose levantándose y echándose atrás el sombrero de copa–. No sé si estará demasiado borracho para verlo, pero yo lo he visto con mis propios ojos. ¡Salga y niéguelo si se atreve!

—¿Eh? –dijo Mr. Marne con aire de duda.

Y siguió con paso inseguro al administrador, que acababa de abrir la puerta con una furia incontenible. Bullrose se detuvo de repente en el umbral, sin decir palabra durante un rato. En el fondo de su espíritu materialista luchaban dos ideas que durante mucho tiempo fueron sus enemigas: los antiguos cuentos de hadas en los que todo se puede creer y el nuevo escepticismo que inclina a no creer en nada... En el paisaje no quedaba rastro de letrero alguno.

En el rostro apergaminado del viejo Marne reapareció fugazmente esa sonrisa que ha permanecido dormida desde la Edad Media.

VI

Un boquete en el cielo

Tierra, cielo y mar se calentaban con ese reflejo de rubí que constituye uno de los más escasos pero más delicados efectos del crepúsculo, como si todo el planeta estuviera bañado en vino. Y ese mismo reflejo tornaba de escarlata la cabezota de Dalroy, mientras se detenía con sus amigos en un monte donde crecían retamas y brezos. Uno de estos amigos estaba examinando una escopeta de dos cañones y el otro comía cardos.

Dalroy, por su parte, desocupado y meditabundo, las manos en los bolsillos, contemplaba el horizonte. Hacia el interior del país, llanos y sierras reposaban en una luz rosada que viraba lentamente hacia el púrpura y el violeta, de un cielo de tempestad, tendido en la lejanía marina.

Súbitamente se despertó con un sobresalto y se pasó la mano por los ojos o al menos por sus cejas rojizas.

—¡Pero si estamos en el camino de Pebblewick! –exclamó–. ¡Ya diviso esa condenada capilla de hojalata, allí, junto a la playa!

—Es verdad –contestó su guía y amigo–. Hemos dado un paseo de liebre y aquí estamos otra vez a las puertas de la madriguera. Casi siempre es lo mejor. Es lo que hacía el reverendo Whitelady cada vez que la policía le buscaba porque había robado algún perro. He seguido su ejemplo paso a paso; ¿qué mejor que seguir los buenos ejemplos? En Londres, todos dicen que Dick Turpin huyó galopando hacia York, pero puedo asegurarle que no es cierto, porque mi abuelo, que vivía en Cobble's End, conocía íntimamente a los Turpin –a uno lo tiró al río una Nochebuena– y estoy seguro que lo que sucedió es lo siguiente: Dick, que al fin y al cabo no era tonto, se lanzó al galope por la antigua carretera del norte, gritando: «¡A York! ¡A York!», o algo por el estilo sin darles tiempo para reflexionar, y después dio un pequeño rodeo y al cabo de media hora se paseaba por el centro de Londres con la pipa en la boca. Parece que el viejo Bonaparte solía decir: «Atacad por donde menos os esperen» y supongo que, desde su punto de vista militar, tenía razón. Pero cuando se trata de un caballero que procura escurrir el bulto a la policía, como por ejemplo nosotros, no es ésta la máxima que conviene. Yo más bien diría: «Ve allí donde es más probable que te esperen» y comprobarás que, en lo que a esperar se refiere, tus semejantes no hacen lo que se supone, como en cualquier otro asunto.

—Este trozo de tierra –monologaba el capitán profundamente absorto–, este trozo de tierra entre el mar y nosotros, lo conozco tan bien... ¡que ojalá no lo hubiera visto otra vez! ¿Sabes –preguntó de pronto señalando una zona de arena blanca entre brezos que se divisaba a cien metros de allí–, sabes por qué ese lugar es tan célebre en la historia?.

—Sí –contestó Mr. Pump–; es el sitio en que la vieja Grouch mató de un solo tiro al pastor metodista.

—Te equivocas –dijo el capitán–. Un episodio de ese género no provocaría comentarios ni lamentaciones. No; ese sitio se elevó a la inmortalidad el día que una muchachita, más o menos mal educada, perdió un lazo de sus trenzas morenas y alguien la ayudó a encontrarlo.

—Ese alguien, ¿era persona bien educada? –preguntó Pump con una leve sonrisa.

—No –contestó Dalroy, con la vista fija en el mar–, más bien al contrario.

Después, sacudiendo la cabeza como para apartar una imagen insidiosa, tendió el dedo hacia un punto detrás del arenal entre brezos.

—¿Conoces la célebre historia del viejo paredón al otro lado del barranco?

—No –replicó su compañero–, como no sea el Circo del Hombre Muerto, aunque creo que eso fue más lejos.

—No me refiero al Circo del Hombre Muerto –dijo el capitán–. La célebre historia del viejo paredón consiste en que la sombra de cierta persona se proyectó sobre él y que dicha sombra resultaba más deseable que la realidad de cualquier criatura viviente. Y *eso* –gritó, volviendo casi violentamente a su tono jovial–, eso, y no el trivial y cotidiano incidente de un hombre muerto caminando hacia un circo, es lo que lord Ivywood está a punto de conmemorar con la reconstrucción de un muro de oro macizo y de mármol robado por los turcos del sepulcro de Sócrates que rodeará una columna de cien metros de altura, también de oro macizo, y coronada por la colosal estatua ecuestre de un irlandés que se arruinó completamente y que ahora, vuelto de cara al rabo, irá montado sobre un pollino.

Levantó una de sus largas piernas y simuló que la pasaba sobre el pollino como si se preparase a servir de modelo para la escultura en cuestión. Enseguida volvió a juntar los pies y a examinar la brillante raya púrpura del horizonte marino.

—¿Sabes, amigo Hump, que empiezo a temer que la gente de hoy no tiene ni idea sobre la vida? Esperan de la naturaleza cosas que ella no prometió jamás y se empeñan en destruir lo que realmente les ofrece. En todas esas capillas ateas de Ivywood no hacen más que hablar de Paz, de Paz Perfecta, de Paz Absoluta, de Alegría Universal y de unión de las almas. Pero no parecen más felices que los demás y lo único que saben hacer es destruir las mil y una bromas, historias, canciones y amistades que habitaban El Viejo Navío –y al decir esto dejó caer su mirada sobre el letrero que yacía en el suelo, como para asegurarse de que no había desaparecido–. Me parece –continuó–, que eso es pedir demasiado y no dar bastante. No sé si Dios creó al hombre para una felicidad terrenal Absolutamente Absoluta, pero lo que sí quiso es que lo pasáramos bien y yo tengo la intención de pasarlo bien. De modo que si no puedo satisfacer mi corazón, por lo menos satisfaré mi sentido del humor. Los cínicos, que se creen muy listos, nos dicen «sed virtuosos y seréis felices... ¡pero no os divertiréis!». Y, como siempre, los cínicos se equivocan. Lo que dicen es exactamente lo contrario a la verdad. Dios sabe que no aspiro a ser santo, pero hasta un canalla tiene a veces que combatir el mundo a la manera de un santo, *et militavi non sine*..., ¿cómo se dice en latín pasar un buen rato? Yo no pretendo, ciertamente, alcanzar la Alegría y la Paz y demás, sobre todo en esos brezos. Yo no he sido feliz, Hump, pero he pasado buenos ratos.

Renació la calma del crepúsculo, turbada apenas por el ligero ruido que producía el asno al pastar la hierba. Pump, en avenencia con su amigo, se quedó callado.

Fue Dalroy el que reanudó su parábola.

—Me parece, Hump, que este tipo de ideas nos afecta demasiado, de igual modo que este sitio afecta a mis sentimientos. ¡Maldita sea, hay cosas mejores en las que ocuparse en lo que nos queda de vida! Yo no quiero todas estas complicaciones sentimentales que no hacen más que volver desgraciados a los hombres. En mi actual estado de espíritu, me inclino resueltamente a la acción. Por lo cual –añadió hinchando la voz, síntoma de una nueva explosión de su invencible vitalidad instintiva– voy a cantarte una canción que he compuesto contra las canciones.

—Yo que tú no cantaría en este lugar –dijo Humphrey Pump, poniéndose la escopeta bajo el brazo–. A campo abierto, haces demasiado bulto y tu voz se oye desde lejos. Pero te llevaré a ese Boquete de Cielo del que tanto has hablado para esconderte como cuando te escondía de tu tutor... Es curioso, nunca me acuerdo de su nombre... Aquel que sólo podía emborracharse con vino griego de Mr. Wimpole...

—¡Hump! –exclamó el capitán–, abdico del trono de Ítaca. Eres mucho más listo que Ulises. Mi corazón se ha sentido desgarrado por mil tentaciones que van desde el rapto hasta el suicidio, y sólo porque he visto ese rincón entre los brezos donde solíamos venir a pasar la tarde. ¡Y pensar que había llegado a olvidarme hasta de que le llamábamos el Boquete en el Cielo! ¡Qué nombre tan perfecto en todos los sentidos!

—Creí que lo recordarías por la broma del joven Mr. Mathews.

—En el calor de un combate salvaje cuerpo a cuerpo en Albania –dijo tristemente Dalroy pasándose una mano por la frente– he debido de olvidar, por un momento, la broma del joven Mathews.

—No era muy buena –respondió Mr. Pump con sencillez–. ¡Ah!, a quien se le daban bien esas cosas era a tu tía. De todos modos, con el viejo Gudgeon se pasó un poquito.

Y en éstas, Pump dio un brinco y desapareció como tragado por la tierra. Y es que habían llegado al borde del arenal de que hablaron antes. Entre las verdades que el cielo negó a lord Ivywood y quiso revelar a Mr. Pump está la siguiente: hay escondrijos que resultan invisibles de cerca, pero que se divisan perfectamente desde un punto alejado. Así ocurría con aquella especie de arenal en que se abría una caverna medio derrumbada, y que por el lado que la abordaban estaba obstruida por matorrales que la hacían invisible como por arte de magia.

—¡Al pelo! –gritó la voz de Pump atravesando un techo de matas y de hojarasca–. Cuando estés dentro te acordarás. Es un sitio perfecto para que cantes la canción irlandesa que compusiste en el colegio y que luego berreabas como un toro de Basán.

Recuerdo que la letra era sobre corazones, solapas o algo así... Y me acuerdo también de que ella y su tutor no oían nada, porque el banco de arena sofocaba todas las voces. Son cosas que vale la pena saber y deberían incluirse en los libros de texto. Y ahora, venga esa canción contra los sentimientos o como quiera que se llame.

Dalroy sólo tenía ojos para contemplar aquella caverna, tan olvidada y tan familiar, en que antaño había venido a merendar tantas veces. Parecía haber perdido todo deseo de cantar al caminar a tientas por la casa oscura de su adolescencia. Un hilillo de agua manaba entre la arenisca, debajo de los helechos, y recordó que en otro tiempo se esforzaban en hervir el agua en una tetera. Hasta le venía a la memoria una cierta discusión provocada por la tetera que se había derramado, discusión que, en la fiebre del primer amor, fue causa de infernales tormentos. Cuando el enérgico Mr. Pump volvió a abrirse paso a través del zarzal para ir a recoger su curioso equipaje, el irlandés recordó una espina clavada en un dedo, con una emoción que era a un tiempo sufrimiento y música celestial. Y cuando Pump con un puntapié impulsó el barrilillo y el queso por la pendiente arenosa, Dalroy soltó una carcajada casi furiosa recordando que él mismo se había dejado resbalar por aquella pendiente y que entonces consideraba la cosa como una verdadera hazaña. En aquel entonces tenía la impresión de que estaba rodando por las laderas suavemente inclinadas del Matterthorn. Y ahora, se percataba de que la altura de aquella pendiente alcanzaba a duras penas la del segundo piso de una de las casitas que había visto a su regreso. Comprendió que había crecido, corporalmente al menos, ya que en otros aspectos le parecía dudoso.

—¡El Boquete en el Cielo! –exclamó–. ¡Qué nombre tan bien elegido! ¡Qué poeta era en aquella época...! El Boquete en el Cielo... Pero, ¿es la entrada o la salida del cielo?

Los rayos horizontales del poniente proyectaban sobre la última superficie iluminada del arenal la sombra fantástica del cuadrúpedo de orejas largas que Pump acababa de atar junto a unas hierbas próximas. Al percibir la sombra abultada del borrico, Dalroy lanzó una carcajada corta y vehemente como la que soltó cuando se cerraron definitivamente las puertas de los harenes con las cautivas que habían hecho los turcos en la guerra. A pesar de que no le faltaba locuacidad, jamás explicaba el sentido de semejantes risas.

Humphrey Pump, otra vez sumergido en la gruta, se dedicaba a abrir el barrilillo con su procedimiento habitual.

—Mañana conseguiremos algo más. Por esta noche comeremos queso y beberemos ron, y además tenemos agua del grifo, por así decirlo. Y ahora, capitán, es la hora de la canción contra las canciones...

Patrick Dalroy bebió un trago de ron en un cubilete que el misterioso Mr. Pump había extraído de manera no menos misteriosa de un bolsillo de su chaleco. Pero la sangre había subido a la cabeza roja del marino, cuya frente estaba casi tan encendida como su cabellera. Por el momento, no parecía muy dispuesto a cantar.

—No veo por qué tengo que cantar siempre yo. ¿Por qué demonios no cantas tú? –exclamó con acento irlandés cada vez más marcado, efecto quizá del ron que hacía tiempo que no probaba–. Y ahora que lo pienso, ¿qué ha pasado con tu canción? Toda mi juventud se me sube a la cabeza en este dichoso escondrijo y me acuerdo de aquella famosa canción tuya que no existió ni existirá jamás. ¿Te acuerdas de aquella noche en que canté por lo menos diecisiete canciones de mi cosecha?

—Me acuerdo perfectamente –contestó reservado el inglés.

—¿Y no te acuerdas –continuó el irlandés, con una solemnidad grotesca– que te amenacé si no cantabas la tuya con...?

—Con cantar la decimoctava –completó el impenetrable Pump–; también me acuerdo.

Sacó tranquilamente unos papeles gastados de sus bolsillos, que parecían más de cazador furtivo que de tabernero.

—La escribí cuando me la pediste –declaró con voz llana–, pero no la cantaré antes de que hayas cantado la tuya contra las canciones.

—¡Bravo! –exclamó entusiasmado el capitán–. ¡Con tal de escuchar tu canción soy capaz de cualquier cosa! Aquí va la canción contra las canciones, Hump.

Y de nuevo se elevó su voz como un rugido en el silencio de la noche:

La canción de Melisandra
es una triste canción.
La canción de Mariana
es simplemente un tostón.

Con la del Cuervo famoso,
¡qué pronto te aburrirás!
Te repite a cada estrofa:
«¡Nunca más! y ¡nunca más»
Baudelaire ya cantó al vino,
pero con poco más que candor.
Dios mío, ¿no habrá un poeta
que quiera hacerlo mejor?

Fragoletto, tu canción
es pesada e iracunda.
La del joven de Shropshire
es nada menos que inmunda.

La del feliz futurista
no vale para canción.
Le sobra la picardía
y le falta el corazón.

Yo quiero componer un canto juvenil
que invite a la bebida no menos que a la lucha,
que alegre bajo tierra a nuestro padre Adán
si aún está despierto y por azar lo escucha.
Porque a base de Amor y de Arte y de Belleza,
cantan unas monsergas sin sal y sin pimienta
que tornan nuestra vida más turbia y soñolienta.

—Toma un poquito de ron –concluyó el oficial irlandés con afabilidad– y oigamos tu canción de una vez.

Con su seriedad, parte integrante del decoro campesino, Mr. Pump desplegó el papel en que había expresado la única emoción violenta que había conmovido su templanza casi infinita de británico hasta el punto de llevarlo a derramar su cólera en una canción. Primero leyó el largo título con calma:

—*Canto contra los tenderos*, por Humphrey Pump, único propietario de la taberna de El Viejo Navío, en Pebblewick célebre por haber albergado varias veces a la reina Carlota y a Jonathan Wilde, y en la que confundieron al heladero con Napoleón.[1] Esta canción ha sido escrita contra los tenderos:

Cuando Dios creó al tendero,
quiso darnos testimonio
de que sabe con esmero
sacar copias del demonio.

Y así nos mostró el camino
para llegar al siguiente bar,
donde hallaba el blanco vino
un paraíso sin par,
donde un dueño diligente
se afanaba por servir;
¡allí verdaderamente
era beber y reír!

¡Ah, tendero del averno
vendería por vender,
a su madre, a su mujer,
y hasta el mismo Padre Eterno!
Taimado y concupiscente,
le veréis siempre detrás
del benévolo cliente,
preguntándole insistente:
«¿No le falta nada más?»

¡Qué distinto el tabernero,
tan amable y hablador,
tan leal y placentero,
que a las veces te convida
a una copa de licor!
La amistad le es media vida;
la otra media, el buen humor.

El tendero sin gran pena
se enriquece como un villano,
vendiendo sacos de arena

[1]Es posible que Chesterton se inspire en la leyenda que afirma que Napoleón era un gran aficionado a los helados.

como si fuesen de grano.

Él también os vende alcohol,
pero no a la luz del sol,
sino a la chita callando.
Hijos suyos no le ayudan,
sino gentes mercenarias
que se agitan y que sudan
y que dan la voz de «¡Caja!»
con tan poca discreción
que diríase que dudan
si el cliente es un ladrón.

Eso explica que el tendero
ni en pintura pueda ver
al simpático tabernero
que se sabe hacer querer
y procure con inquina
arrastrarlo a la ruina
y dejarlo sin comer.

Pero todo llega a su tiempo,
y habrá justicia inmediata:
aunque viva dentro de un templo
fabricado de hojalata,
pagará el tendero mezquino
por haber escondido el vino
y obsequiarnos con horchata.

El capitán Dalroy empezaba a estar seriamente acalorado por influencia del licor predilecto de los marinos y su entusiasmo por la canción de Pump se manifestó de una manera no sólo ruidosa, sino activa. Se empinó de un brinco con el vaso en alto.

—¡Pump! –exclamó–. ¡Deberías ser poeta laureado! ¡Y además tienes razón! ¡No podemos tolerar por más tiempo este estado de cosas!

Y escalando impetuosamente la pendiente arenisca, señaló con el poste del letrero la colina ensombrecida por la noche, en la que se distinguía aún la forma chata del edificio con techo de hojalata.

—Ahí está el templo del tendero –exclamó–. ¡Prendámosle fuego!

A alguna distancia de allí se levantaba la estación balnearia de Pebblewick, pero costaba distinguirla en el horizonte ondulante de las sierras y bajo la luz escasa del crepúsculo. Sólo se columbraba una especie de capilla cubierta de palastro acanalado que se levantaba sobre la playa y las estructuras de ladrillo rojo de tres mansiones en construcción. Dalroy miraba el pabellón y las tres

mansiones con violenta hostilidad.

—¡Mira...! –exclamó–. ¡Es Babilonia!

Lanzando maldiciones y blandiendo el letrero como si fuese una bandera, partió a grandes zancadas hacia las casas.

—¡Oh, Pebblewick! –vociferó–. Dentro de cuarenta días no quedará piedra sobre piedra y tus perros lamerán la sangre de J. Leveson, secretario. Los unicornios...

—¡Vuelve, Pat! –gritó Humphrey–. Has bebido demasiado ron.

—... y los leones rugirán en sus cumbres –berreó con más fuerza el capitán.

—Por lo pronto, los asnos ya rebuznan en ellas –observó Pump–. Pero me figuro que un asno debe ir en pos del otro.

Y desatando el cuadrúpedo lo cogió por el roncal y se lo llevó.

VII

La sociedad de las almas simples

Bajo la claridad a un tiempo severa y dulce de un crepúsculo que pintaba de sombrío violeta el mar plomizo y esparcía sobre toda la escena una luz propicia a la tragedia, lady Joan Brett volvía a caminar sin rumbo, sola y melancólica, por la orilla del mar. La tarde había sido lluviosa y el cielo estaba cubierto de nubes; la temporada de vacaciones tocaba a su término y ella era casi la única persona en la playa, pero había tomado la costumbre de dar largos paseos junto al mar, lo que al parecer satisfacía algún apetito subconsciente de su compleja psicología. A pesar de sus agitadas meditaciones sus sentidos permanecían extrañamente alerta; respiraba el olor del mar, aunque se hubiese replegado casi a los confines del horizonte. Con la misma facilidad, a pesar del viento y del rumor de las olas, percibió el roce y el aleteo de un vestido de mujer, que caminaba apresuradamente detrás de ella. Hay algo inconfundible, pensó, en los movimientos de una dama que camina habitualmente despacio pero por alguna razón tiene prisa.

Se volvió para a ver quién era; levantó las cejas y le tendió la mano. Conocía a la recién llegada: era lady Enid Wimpole, prima de lord lvywood. Era una mujer alta y llena de gracia, aunque poco favorecida por un traje moderno, a la vez fúnebre y fantástico, que se había puesto. Su cabellera abundante era de un rubio clarísimo y su rostro aguileño no sólo resultaba bello, sino refinado.

Cuando se la examinaba con atención, se advertía en sus facciones una expresión de modestia, de sensibilidad, hasta de emotividad, pero sus ojos, de un azul desleído y ligeramente saltones, tenían ese frío entusiasmo que se nota en las mujeres que hacen preguntas al orador en las reuniones públicas.

Lady Joan Brett pertenecía, como ella misma decía en la carta dirigida a Hump, a la familia de lord Ivywood. Lady Enid Wimpole era prima de éste y a todos los efectos prácticos como una hermana, ya que desempeñaba el papel de ama de casa. La madre de Ivywood, reducida por su avanzada edad a un papel pasivo y casi mudo, era poco más que un mueble; de forma que era Enid la que llevaba las riendas. Su semblante revelaba el mismo buen sentido, distante y algo distraído, que caracterizaba la fisonomía de su primo.

—¡Oh, qué contenta estoy de haberte alcanzado! –dijo a Joan–. ¡Lady Ivywood desea tanto que vengas a pasar el fin de semana con nosotros, mientras Philip está en casa! A él siempre le ha encantado tu soneto sobre Chipre y querría hablar contigo de sus asuntos políticos en Turquía... Naturalmente, está ocupadísimo como siempre, pero yo le veré hoy después de la reunión.

—Ningún mortal –dijo Joan con una sonrisa– le ha visto a otra hora que antes o después de una reunión.

—¿Eres un Alma Simple? –preguntó ingenuamente lady Enid.

—¿Que si soy un alma simple? –repitió Joan frunciendo ligeramente las cejas–. ¡Dios me salve, no! ¿Qué quieres decir?

—Celebran una reunión esta noche en el pequeño Salón Universal, y Philip ocupará la presidencia –explicó Enid–. Está muy contrariado porque tiene que retirarse antes de que termine la reunión para ir a tomar la palabra en la Cámara de los Comunes. Pero le sustituirá Mr. Leveson. También estará allí Misysra Ammon.

—¿Tu qué? –preguntó cándidamente lady Joan.

—De todo te burlas –dijo lady Enid con una cortés desaprobación–. Es el hombre del que habla todo el mundo y lo sabes tan bien como yo. Las Almas Simples se crearon precisamente por su influencia.

—¿De veras? –dijo lady Joan Brett. Y después de un silencio agregó– ¿Pero, qué es eso de las Almas Simples? Me gustaría conocer alguna, si es posible –y volvió su semblante pensativo hacia el mar de un violeta cada vez más oscuro.

—¿Quieres decir que aún no has conocido a ninguna? –preguntó lady Enid.

—No –dijo Joan con la vista fija en la línea del horizonte–. En toda mi vida no he hallado más que un alma simple.

—¡Entonces tienes que venir a la reunión! –replicó lady Enid con una vivacidad sin calor–. Tienes que venir ahora mismo. Philip estará tan elocuente como siempre y Misysra Ammon es siempre un portento.

Aunque no tenía una idea muy precisa de dónde iba a meterse ni de por qué iba allí, lady Joan se dejó llevar hacia un pabellón metálico de una sola planta, situado más allá de los últimos y aislados hoteles. Las delgadas paredes dejaban escapar los ecos de una voz que creyó reconocer. Cuando entró en la sala, lord Ivywood estaba en pie, vestido de impecable etiqueta; su abrigo de entretiempo yacía sobre una silla próxima. A su lado, con indumentaria de menor gusto, pero más vistosa, estaba el vejete que lady Joan había visto en la playa.

No había nadie más sobre el estrado, pero con gran sorpresa, lady Joan reconoció delante de la tarima a miss Browning, que vestida de negro taquigrafiaba con diligencia las palabras de lord Ivywood. Y con mayor sorpresa aún vio a la hermana de aquélla, la hogareña miss Browning, sentada un poco más lejos y también dedicada a tomar notas.

—Ahí está Misysra Ammon –murmuró lady Enid, señalando con su delicado índice al vejete que estaba sentado al lado del presidente.

—Lo conozco. ¿Dónde ha dejado su quitasol verde? –preguntó lady Joan.

—Es evidentísimo –decía lord Ivywood– que una de esas incompatibilidades ancestrales ha desaparecido para siempre. Oriente y Occidente son una misma cosa. Oriente ya no es Oriente;

Occidente ya no es Occidente, puesto que por la brecha abierta en un pequeño istmo, el Atlántico y el Pacífico han mezclado definitivamente sus aguas. Y nadie, seguramente, ha contribuido en mayor escala a semejante obra de unificación que el brillante filósofo que van a tener el gusto de escuchar esta noche y que yo, sintiéndolo mucho, voy a verme privado de oír, porque así me lo vedan asuntos más urgentes, ya que no más importantes. Mr. Leveson ha aceptado sustituirme y, antes de retirarme, quiero expresaros mi profunda simpatía por los objetivos y los argumentos que van a ser definidos aquí, puesto que ya desde hace tiempo vivo íntimamente convencido de que el islamismo, pese a esa máscara de austeridad que ha llevado a través de los siglos, en lo cual se asemeja a la religión judía, es la religión con más potencial progresista que existe; de manera que en un siglo o dos quizá veamos las causas de la paz, la ciencia y la reforma impulsadas en todas partes por la religión de Mahoma de igual modo que ocurre con la de los judíos. No en vano, creo yo, esta fe ha adoptado como símbolo la luna en creciente, es decir, la cosa que avanza. Mientras que otras creencias se adornan con emblemas más o menos significativos de fijeza, la imperfección del suyo resulta un motivo de orgullo para esta fe llena de esperanza. Los hombres, de hoy en adelante, marcharán con renovada intrepidez por los caminos recién abiertos, fijos los ojos en la creciente curva que se alza sobre su horizonte como una promesa eterna del orbe.

Aunque realmente tenía mucha prisa, lord Ivywood no dejó de sentarse con su lentitud y gravedad características en medio de una gran ovación. Para el gran orador no sólo eran indispensables los aplausos, sino ese arte que había puesto en el movimiento de sentarse: sólo así la estética de la peroración resultaba completa. Y cuando se hubo extinguido la última palmada y el último pataleo de entusiasmo, lord Ivywood se volvió a levantar con presteza, gabán en mano, estrechó la mano del conferenciante, se inclinó ante el auditorio y se deslizó rápidamente hacia la salida. Entonces, Mr. Leveson, el joven de tez morena y gafas caídas sobre la nariz, se aproximó hasta la tarima, ocupó el sitio que acababa de dejar vacante el presidente y presentó en pocas palabras al eminente místico turco, Misysra Ammon, a veces designado con el nombre de Profeta de la Luna.

Lady Joan notó que el trato con la buena sociedad había mejorado un poco la pronunciación del profeta, aunque seguía modificando la «o» con el mismo deje ovino, y sus observaciones conservaban la misma extravagancia furibunda y candorosa que caracterizara su elucubración sobre las tabernas inglesas. Al parecer esta vez el sermón trataba de la superioridad de la poligamia, pero empezó por una defensa general de la civilización musulmana, alzándose contra la acusación de esterilidad y de ineficacia en el terreno material que suelen achacársele.

—Es precisamente en la esfera material donde nuestros métodos, si los apreciáis imparcialmente, resultan superiores a los vuestros. Nuestros antepasados inventaron el sable curvo porque con el sable curvo se corta mejor. Vuestros antepasados, al servirse de la espada recta, no hacían más que obedecer a una cierta fantasía romántica sobre la condición de rectitud que tanto se aprecia en las cosas morales. Pero voy a tomar un ejemplo más sencillo, fruto de mi propia experiencia. Cuando por primera vez tuve el honor de conocer a lord Ivywood no estaba acostumbrado a vuestras diferentes formalidades y tuve una dificultad, una pequeña dificultad, cuando quise efectuar mi entrada en el hotel de Mr. Claridge, al que me había invitado su señoría. Un empleado del hotel se hallaba junto a mí en el umbral de la puerta, cuando me agaché para quitarme los zapatos. El empleado me preguntó: «¿Qué está haciendo?». Le contesté: «Amigo mío, me quito los zapatos».

Se oyó algo así como una risa sofocada en el sitio que ocupaba Joan, pero el conferenciante no lo notó y siguió con admirable sencillez:

—Le expliqué que en mi país, para demostrar el respeto que nos inspira un lugar, nos quitamos los zapatos y no el sombrero. Y, a pesar de mi explicación, cuando él vio que persistía en mi propósito de quitarme los zapatos y quedarme con el sombrero, dio a entender que Alá me había sorbido el seso. ¿No resulta chocante?

—¡Mucho! –dijo lady Joan tratando de sofocar su risa con el pañuelo.

Algo que podría calificarse de sonrisa se asomó en el serio semblante de dos o tres de las más inteligentes entre las Almas Simples, mientras que las demás se quedaban más simples que nunca, con sus rostros desvalidos y mustios, con sus cabellos lacios y trajes como viejas cortinas verdes.

—Pero yo le expliqué –continuó el orador–, yo le expliqué extensamente que era más práctico, más conveniente para hombres de negocios y, en resumidas cuentas, más útil, quitarse los zapatos que quitarse el sombrero. Hay que considerar, le decía, hay que considerar que las quejas contra el calzado son numerosas, al paso que las quejas contra los sombreros son escasas. Os quejaréis sin duda si unos zapatos llenos de barro pisan la alfombra de vuestro salón; ¿alguna vez os habéis quejado de las manchas que pueda haber producido el paso de un sombrero fangoso? ¡Cuántos de vuestros maridos la emprenden con vosotras a puntapiés! En cambio, ¡qué pocos os azotan con el sombrero!

El turco paseó sobre la asamblea una mirada de una seriedad radiante que dejó a lady Joan tan incapaz de expresar su aprobación como de dar rienda suelta a su hilaridad. Se dio cuenta de que se hallaba ante un hombre realmente convencido.

—Pero el empleado que estaba en el umbral no quiso comprender –continuó penosamente Misysra Ammon–. Me dijo que la gente joven formaría corro si persistía en mi propósito de quedarme con los zapatos en la mano. Yo no sé por qué en vuestro país tenéis la costumbre de poner a los jóvenes en primera línea de las multitudes. ¡Y os aseguro que aquellos jóvenes eran escandalosos!

Lady Joan se levantó bruscamente y mostró un vivísimo interés por la parte del auditorio que ocupaba el fondo de la sala. Se dio cuenta de que si continuaba mirando un segundo más el rostro grave del turco, con su nariz semítica y su barba asiria, iba a acabar poniéndose en evidencia, y lo que es peor, pondría en ridículo al conferenciante. En tal apuro, creyó que la contemplación en masa de las Almas Simples podría ejercer una acción sedante. Y no se equivocó; la vista de las Almas Simples producía no sólo un efecto calmante, sino también deprimente. De modo que lady Joan pudo volver a sentarse sin perder la compostura.

—¿Por qué –decía el filósofo oriental– os he contado esta pequeña historia de Londres, algo que sucede todos los días? El pequeño error no causó perjuicio alguno. Lord

Ivywood salió finalmente a la puerta del hotel. No se esforzó en hacer entender mi punto de vista sobre un asunto tan importante al empleado de Mr. Claridge, a pesar de que dicho empleado no se movía del umbral. No hizo más que mandarle que recogiese mis zapatos, que habían caído sobre los escalones de la entrada, mientras yo le explicaba lo inofensivo que resultaba el sombrero. De manera que al final no sufrí inconveniente alguno. Pero, ¿por qué os estoy contando esta historia?

Volvió a separar las manos en forma de abanico, según su costumbre oriental. Pero inmediatamente las juntó con tal violencia que lady Joan se estremeció e instintivamente se volvió para asegurarse de que aquella seña mágica no había hecho aparecer quinientos esclavos negros cargados de joyas. No: se trataba sólo de un gesto oratorio y Misysra continuó con una exaltación que aumentaba la extravagancia de su fonética.

—Porque, amigos míos, ésta es la mejor prueba que puedo daros del carácter difamatorio y erróneo de la acusación de que descuidamos la economía doméstica y que nos equivocamos particularmente en nuestra manera de tratar a las mujeres. Apelo al testimonio de todas las mujeres y al de toda mujer cristiana. ¿No es más devastador, más temible para la casa, el zapato que el sombrero? El zapato salta, se dispara, corre por todas partes, rompe mil cosas, deposita sobre las alfombras el barro de los jardines. El sombrero, en cambio, permanece juiciosamente colgado del perchero. ¡Miradlo, miradlo qué tranquilo y qué lindo en su percha! ¿Por qué no dejarlo tranquilo sobre la cabeza?

Lady Joan aplaudió calurosamente, como la mayoría de las damas, y el sabio, alentado, prosiguió:

—¿No podéis pues, señoras mías, confiar en que esta gran religión os sea igual de útil en lo demás como en lo concerniente a los zapatos? ¿Cuál es la objeción habitual de los que se oponen a la poligamia? Que menosprecia y rebaja a la mujer. ¿Cómo es posible, pregunto yo, que mi religión os menosprecie cuando, precisamente, permite que las mujeres abunden en tan gran número? Cuando en vuestra Cámara de los Comunes reunís cien diputados ingleses y un solo miembro galés, no se os ocurre decir: «¡El galés reina! ¡El galés es nuestro sultán! ¡Viva el galés!», y si vuestro jurado estuviese compuesto por once señoras grandes y gruesas y por un solo hombre, tampoco diríais: «Aquí se agravia a las señoras grandes y gruesas». ¿Por qué habría de repugnaros a vosotras, señoras mías, este gran experimento poligámico que el mismo lord Ivywood...

Los ojos negros de Joan permanecieron fijos en el terco y arrugado conferenciante, pero a partir de aquel momento no escuchó una palabra más del discurso. Su reluciente rostro de coloración española comenzó a palidecer sobrecogido por una emoción extraordinaria, pero no se movió ni un ápice.

Por la puerta, que había quedado abierta, se percibían los ruidos exteriores, no muy frecuentes en aquella parte casi desierta del pueblo. Primero se oyó cómo se acercaban dos hombres por el paseo marítimo, uno de ellos cantando. Es bastante corriente que los obreros canten al volver del trabajo, y la voz, aunque fuerte, sonaba demasiado lejos para que Joan pudiera distinguir lo que cantaba. Pero ella conocía la letra, casi veía formarse cada palabra ante sus ojos, trazada por una escritura redonda y vacilante, escrita tiempo atrás en las páginas rosadas de un viejo cuaderno escolar. Reconocía las palabras y reconocía la voz.

> Vengo de Castlepatrick con el corazón en la solapa,
> y cualquier espadachín me lo puede acuchillar,
> recio como un diamante, como una cadena de plata,
> es noble como mi nombre y reluce como el mar.
> Porque vengo de Castlepatrick con el corazón en la solapa
> partido en dos pedazos por una muchacha guapa.

De repente, y con gran dolor, recordó como si estuviera ante sus ojos un terreno lleno de brezos que ocultaba una profunda excavación de arena blanca, con una pendiente iluminada por un sol deslumbrante. Era una visión sin nombre y sin palabras.

> Dicen que los de Liverpool no muestran el corazón
> lo tienen metido en las botas por si llega la ocasión,
> cuando entran en el infierno ya no pueden bailar
> pues lo único que baila es el fuego al crepitar.
> Porque vengo de Castlepatrick con el corazón en la solapa
> partido en dos pedazos por una muchacha guapa.
>
> Dicen que los de Belfast se tragan el corazón
> y siempre hablan de nosotros con gran excitación;
> piensan que somos todos un atajo de granujas,
> y que nos pasamos el día quemando perros y brujas.
> Porque vengo de Castlepatrick con el corazón en la solapa
> partido en dos pedazos por una muchacha guapa.

La voz calló, pero los últimos versos habían resonado con tanta claridad que era evidente que el cantor se había acercado en vez de alejarse.

Entonces Joan, sumergida en una especie de nube, oyó la conclusión a la que llegaba en su elocuente discurso el indomable turco:

—... Y si no rechazáis el sol que reaparece todas las mañanas levantándose en Oriente, no rechazaréis tampoco esa gran experiencia social, la gran doctrina poligámica que renace incesantemente en el Oriente y de allí se propaga al orbe entero. Porque al igual que el sol, se levanta en el este y no llega a su apogeo hasta que alcanza el cenit.

Sólo a medias se enteró del comentario encomiástico que el señor Leveson, el hombre de las gafas y la cara morena, dedicó a aquella elocuente conferencia y de la invitación que dirigió a todas las Almas Simples para que preguntasen cuanto les viniese en gana. Las Almas Simples, antes de resolverse a aceptar la invitación, desplegaron todo su repertorio de incómodas negativas y aspavientos de modestia. Lady Joan tardó un rato en darse cuenta de que la persona que por fin había tomado la palabra tras la petición de Leveson decía cosas que se apartaban de lo corriente.

VIII

Vox Populi, Vox Dei

—Estoy seguro –había declarado Mr. Leveson, secretario, con una sonrisa un poco forzada– de que después del histórico discurso que acabamos de oír, algunos de ustedes sentirán la necesidad de formular algunas preguntas o de pedir algunas aclaraciones que tendrán la virtud de engendrar un debate. Seguro que alguien quiere preguntar algo.

Después, con la vista puesta en un caballero de aire cansino sentado en la cuarta fila, preguntó con solicitud:

—¿Quizá Mr. Hinch?

Pero Mr. Hinch meneó la cabeza con una lánguida obstinación y dijo:

—Realmente, señor, no podría, no podría.

—Nos felicitaríamos todos –repuso Mr. Leveson– si alguna señora quisiese formular una pregunta.

En el silencio subsiguiente, por Dios sabe qué proceso psicológico, se formó la convicción de que una señora particularmente grande y gruesa (como diría el orador) sentada en la segunda fila tenía una pregunta que formular. Pero la expectación dio paso a la decepción debido a la inmovilidad de la dama, rígida como una estatua de cera. «¿Alguna otra pregunta?», insistía Mr. Leveson como si realmente ya se hubiese formulado alguna, con una actitud que reflejaba una especie de alivio.

En aquel momento se produjo un cierto revuelo en el fondo de la sala y en uno de los laterales. Hubo murmullos sofocados y voces que decían: «¡Anda, George! ¡Te toca a ti, George! ¿Que si hay más preguntas? ¡Ya lo creo!».

Mr. Leveson alzó la vista con una viveza que tenía mucho de alarma. Y se dio cuenta de que algunos hombres del pueblo, con su traje de faena, se habían introducido en la sala aprovechando que la puerta estaba abierta. No eran verdaderos campesinos, pertenecían más bien a esa clase, mitad labradora, mitad obrera, que se ve en los arrabales de las grandes estaciones balnearias. La palabra «señor» no forma parte de su repertorio y tienden a llamar George a todo bicho viviente.

Mr. Leveson comprendió la situación y la aceptó. Imitando el elevado ejemplo de lord Ivywood, hizo poco más o menos lo que éste hubiera hecho en semejante caso, pero con una timidez que ciertamente no estaba en las maneras del lord. Y los mismos hábitos de sociedad que eran responsables del malestar que sentía en presencia de tales sujetos le obligaban a disimular su malestar. La misma concepción moderna de la vida que le llevaba a sentir repugnancia ante aquellos harapos le conducía a dominar su repugnancia.

—Estoy seguro de que todos nos congratulamos –dijo nerviosamente– de ver que nuestros amigos de fuera vienen a sumarse a nuestra indagatoria. Claro está –agregó, lanzando a todas aquellas grandes señoras que le rodeaban una mirada circular acompañada de una sonrisa espantosa–, claro está que aquí todos somos demócratas. Tenemos todos la mayor confianza en la voz del pueblo y esas cosas. Si nuestro amigo que está en el fondo de la sala se aviene a formular brevemente su pregunta, creo que podremos dispensarle de que la formule por escrito.

Se renovaron las voces que jaleaban a George, que con justicia se oía llamar campeón y que echó a andar hacia el estrado con sus pantalones sujetos por dos cordeles. Parecía no haberse sentado desde su entrada en la sala y comenzó a hablar en lo que llamaremos el pasillo central.

—Pues, bueno –comenzó–, yo querría preguntar al propietario...

—Las preguntas –interrumpió Mr. Leveson, entregándose a la obstrucción del debate, que es el arte magno de los moderadores modernos–, las preguntas deben dirigirse al presidente si se trata de una cuestión de orden, al orador si conciernen a la conferencia.

—Entonces –dijo el paciente George– pregunto al orador ¿si no es verdad que cuando la cosa está fuera, también debe estar dentro? (Ruidosos aplausos en el fondo de la sala.)

Mr. Leveson estaba realmente intrigado; el asunto empezaba a olerle a chamusquina, pero el entusiasmo del Profeta de la Luna, que se inflamaba inmediatamente y con cualquier pregunta, no dejó margen a la intervención del presidente.

—¡Sí, realmente es ésa la esencia de nuestro mensaje! –decía el turco abriendo de par en par los brazos como para abrazar al mundo entero–. La manifestación exterior y la manifestación interior han de ser una misma cosa. ¡Y es precisamente esta misma verdad que acaba de ser apuntada por nuestro amigo, la que explica la aparente falta de todo simbolismo que se advierte en el islam! ¡Parece que desdeñemos el símbolo cabalmente porque sólo codiciamos el símbolo satisfactorio! Mi amigo del pasillo seguramente entrará en una mezquita y preguntará: «¿Dónde está la estatua de Alá?». Pero ¿sería capaz mi amigo del pasillo de realizar una estatua de Alá que mereciese la aprobación de todo el mundo?

Misysra Ammon se sentó satisfecho de su réplica, pero muchos de los presentes dudaron de que «su amigo del pasillo» participase de tal satisfacción. Aquel buscador de verdades se pasó el revés de la mano por la boca con aire dubitativo y repuso:

—No lo tome a mal, señor, pero, ¿no dice la ley que cuando eso está en el exterior, estamos en nuestro derecho? ¡He entrado aquí por pura casualidad, pero, caray, nunca he visto cosa igual! (Ruidosas carcajadas en el fondo.)

—No tiene necesidad de excusarse, amigo mío –exclamó con fervor el sabio oriental–. Me hago perfecto cargo de que no está acostumbrado a encontrarse en una escuela de verdad como ésta. ¡Pero la ley, la ley lo es todo! ¡La ley es Alá! La unidad más íntima de...

—Entonces... ¿no es lo que dice la ley?... –insistió el pertinaz George, y cada vez que invocaba la ley, los pobres, que son generalmente su víctima, aplaudían ruidosamente–. A mí no me gusta armar jaleo. Soy un ciudadano respetuoso de la ley, eso seguro –más aplausos–. Pero, ¿no dice la ley que si tienen puesto el letrero, y si pertenecen ustedes al gremio, deben servirnos?

—Me temo que no acabo de comprenderle –exclamó impaciente el turco–. ¿Que debo qué?

—¡Servirnos! –berreó un coro de voces recias desde el fondo de la sala, donde, evidentemente, había mucha más gente que antes.

—¿Serviros? –exclamó Misysra poniéndose en pie de un brinco–. ¡El santo Profeta bajó del cielo para serviros! ¡Hace un milenio que la virtud y el valor arden en deseos de serviros! Entre todas las creencias, la nuestra es por excelencia la que sirve. De todas las religiones, la nuestra es la que más piensa en serviros. Nuestro profeta máximo no es más que un siervo de Dios, como lo soy yo, como lo sois vosotros. Hasta hemos adoptado como símbolo un satélite y honramos a la Luna porque sirve a la Tierra y no pretende ser el Sol.

—Estoy seguro –intervino Mr. Leveson levantándose con una sonrisa llena de tacto– que el punto ha quedado dilucidado por el orador de la manera más elocuente y más precisa que pueda apetecerse. Y como los autos esperan a las señoras, algunas de las cuales han venido de bastante lejos... y creo que el programa...

Todas las señoras, por su parte, se habían apoderado de sus abrigos con rostros que expresaban desde la estupefacción hasta el terror puro y simple. Únicamente Joan se quedó atrás temblando de una emoción inexplicable. Mr. Hinch, que hasta entonces había permanecido mudo, se había deslizado hasta el sillón del presidente y le sugería:

—Es preciso que haga salir a las señoras. No sé qué es lo que están tramando, pero algo traman.

—Bueno –repetía el paciente George–, si es de ley, ¿dónde está?

—Señoras y señores –dijo Mr. Leveson multiplicando la gracia de sus ademanes–, me parece que hemos pasado una velada deliciosa.

—¡Pues nosotros no! –gritó una voz ruda que salía del fondo de la sala–. ¿Dónde está?

—Tenemos derecho a saberlo –dijo George–. ¿Dónde está?

—¿Dónde está el qué? –exclamó Leveson, secretario, al borde de un ataque de histeria–. ¿Qué quieren?

Mr. George, el ciudadano respetuoso de la ley, se volvió hacia atrás e hizo un gesto a un hombre que estaba en un rincón de la sala, diciéndole:

—¿Qué vas a tomar, Jim?

—Tomaré un whisky –contestó el hombre del rincón.

Lady Enid Wimpole, que se había quedado sobre todo por consideración a Joan, única dama que aún permanecía en la sala, la cogió por las muñecas y le dijo con voz angustiada:

—¡Por Dios, vámonos, querida! ¡Ya empiezan a decir barbaridades!

Lejos, sobre la franja húmeda de la playa, la marea borraba lentamente las huellas de dos ruedas y de cuatro pezuñas, que era precisamente lo que buscaba el llamado Humphrey Pump al conducir su asno y su carro por la arena con el agua hasta los tobillos.

—Supongo que se te ha pasado la borrachera –dijo con cierta severidad al coloso que caminaba pesada y casi humildemente a su lado, con el sable golpeándole la cadera–. Porque eso de ir a clavar el letrero ante aquel barracón de hojalata ha sido una estupidez. Casi nunca te he hablado de este modo, capitán, pero dudo que en todo el país encuentres otro hombre capaz de sacarte del lío como yo te he sacado. ¡Mira que ir a espantar a todas aquellas señoronas! No se le ocurre ni a un loco de remate. ¿Oíste los chillidos que pegaban?

—He oído algo peor antes de retirarme –dijo el hombretón sin levantar la cabeza–. He oído a una que reía... ¿O es que crees que no la he oído reír?

Hubo un silencio.

—No quería ser duro contigo –dijo Humphrey Pump con esa incorruptible bondad que constituye el fondo del carácter inglés y que podría salvar el alma de los ingleses–. Pero lo cierto es que no estaba seguro de que íbamos a salir bien parados de ésta. Tú eres más valiente que yo, y yo reconozco que tenía miedo por los dos. Si no hubiese conocido el camino del túnel abandonado, aún estaría asustado.

—¿Si no hubieses conocido el qué? –preguntó el capitán levantando por primera vez la cabeza.

—¡Venga, seguro que tú también conoces el túnel de Ivywood el *Chiflado*! –replicó Pump sin darle importancia–. Todos lo buscábamos cuando éramos chiquillos. Pero yo fui el único que lo encontró.

—Ten lástima de este desterrado –suplicó casi humildemente el capitán Dalroy–. Yo no sé que duele más, si las cosas que se olvidan o las que se recuerdan.

Mr. Pump quedó callado unos instantes; después volvió a tomar la palabra con más seriedad:

—La gente de Londres dice que deben erigirse monumentos, fijar placas en los muros, recoger fondos, componer epitafios y qué sé yo cuántas cosas en honor de las personas que han inventado trucos de éxito. Pero sólo un hombre que conozca el país en cuarenta millas a la redonda sabe que hay una cantidad de tipos, ¡de tipos listos!, que han inventado trucos y que han tenido que llevárselos a la tumba porque no llegaron a cuajar. Sin ir más lejos, ahí tienes al doctor Boone, de Gillin-Hugby, que llevaba la contra al doctor Collison y a su vacuna. Su tratamiento salvó de la viruela a sesenta enfermos, mientras que el doctor Collison mató a noventa y dos que estaban sanos. Pero Boone se ha visto obligado a callar porque hacía salir bigote a todas las mujeres que usaban su método. Era un resultado del tratamiento al que él no le daba demasiada importancia. También está el caso del pobre decano, Arthur, que inventó los globos antes que nadie. Pero en aquel entonces la gente no estaba dispuesta a esta clase de cosas, porque había un recrudecimiento de la hechicería, a pesar de los sermones de los pastores, y le hubieran obligado a confesar de dónde le vino la idea. Es comprensible que no le apeteciera firmar un papelito diciendo que la idea le vino contemplando al tonto del pueblo un día que se entretenía haciendo pompas de jabón con él. ¡Porque es lo único que hubiera podido declarar honradamente el bueno del decano! También está Jack Arlingham y su campana sumergible... Pero esa historia ya la conoces. Pues bien, lo mismito le ocurrió al hombre que construyó ese túnel: era uno de esos chiflados de la familia Ivywood. Hay más de un hombre, capitán, al que le han levantado una estatua en una plaza de Londres por haber ayudado a construir los ferrocarriles, y más de uno también que tiene el nombre inscrito en la abadía de Westminster por haber descubierto algún detalle relacionado con los barcos de vapor. Ese pobre Ivywood había descubierto las dos cosas juntas y le pusieron un loquero. Tuvo la idea de un tren que al meterse en el agua se transformaba en barco de vapor, y la cosa, según sus planos, no parecía imposible. Pero la familia estaba tan avergonzada del doble invento que no quería ni oír hablar del túnel. Creo que únicamente Bunchy Robinson y yo sabemos donde está. Llegaremos dentro de uno o dos minutos. Uno de los extremos está tapiado con piedras y en el otro han dejado crecer la maleza. Pero yo hace tiempo conseguí meter en él a un caballo de carreras, para esconderlo del coronel Chepstow, y creo que no me costará hacer lo mismo con este borrico. Francamente, después de lo que acabamos de hacer en Pebblewick, creo que es el único sitio en que estaremos tranquilos. No hay mejor escondrijo para esperar a que pase la tormenta y comenzar con nuevas energías. Aquí está. A primera vista parece que no se puede pasar detrás de la roca, ¿verdad? Pues sí se puede.

Una vez al otro lado de la roca, Dalroy se halló, no sin sorpresa, dentro de un largo cilindro, un túnel de tinieblas que terminaba en el otro extremo en una vaga mancha verdosa. Al oír a su espalda el ruido de los cascos del pollino y los pasos de su compañero se volvió, pero no percibió más que la negrura de un sótano sin luz. Se volvió entonces de cara a la mancha verde y se felicitó al ver que se ensanchaba a medida que él avanzaba y que se tornaba cada vez más brillante hasta ofrecer la coloración de una enorme esmeralda. Desembocó por fin bajo una bóveda de follaje formada por árboles jóvenes, pero plantados tan espesos y tan arrimados a la entrada del túnel, que revelaban a las claras su propósito de obstruirlo y sumergirlo en el olvido. La luz que se filtraba a través de los árboles era tan confusa y tan temblorosa que era difícil decir si provenía del alba o del claro de luna.

—Sé que por aquí hay agua –dijo Pump–. Cuando construían el túnel no podían cegar los manantiales y el viejo Ivywood llegó en el calor de una discusión a pegar al ingeniero hidráulico con un nivel de agua. Con este techo de matorrales aquí y con el mar detrás, podremos conseguir comida cuando se nos acabe el queso y el borrico puede pastar en cualquier parte. Y a propósito –añadió con cierta timidez–, perdona que te lo diga, pero creo que haríamos bien en guardar el ron para las grandes ocasiones. Es el mejor ron que puede encontrarse en Inglaterra y tal vez el último de esta calidad si continúa esta locura. Saber que va a estar aquí cuando nos haga falta nos dará mucho ánimo. El barril está casi lleno todavía.

Dalroy tendió la mano y estrechó la de su compañero.

—Hump –dijo con seriedad–, tienes razón. Es un depósito sagrado que pertenece a la humanidad entera y no lo beberemos más que para celebrar grandes victorias. Y para inaugurar la costumbre, voy a beber un trago inmediatamente para celebrar nuestra gloriosa victoria sobre Leveson y su templo de hojalata.

Vació su vaso y enseguida se sentó sobre el tonel como para volver la espalda a la tentación. Sus pupilas, azules como el centro de una diana, parecían cada vez más perdidas en la contemplación del follaje esmeraldino y se quedó largo rato sin hablar.

Por fin, dijo:

—Antes dijiste que uno de tus amigos, un caballero llamado Bunchy Robinson o como fuera, venía con frecuencia aquí.

—Sí, conocía el camino –dijo Pump llevando el asno al sitio en que la hierba crecía más abundante.

—¿Crees, pues, que tendremos el gusto de recibir una visita de Mr. Robinson? –inquirió el capitán.

—Lo dudo –contestó Pump–, a menos que en la cárcel de Blackstone sean algo descuidados.

Y diciendo esto puso el queso en el lugar más resguardado del túnel. Dalroy continuaba sentado en el tonel con la barbilla apoyada en la palma de la mano y la mirada fija en el misterio verde del follaje.

—Estás muy pensativo, capitán –observó Humphrey.

—Los pensamientos más profundos son lugares comunes –dijo Dalroy–. Por eso creo en la democracia, algo de lo que no sabes mucho, viejo *tory* sanguinario. Y el mayor lugar común es esa *vanitas vanitatem*; lo cual no es pesimismo, sino exactamente lo contrario. Es la futilidad del hombre lo que le hace creer que es un dios. Y pienso en aquel viejo chiflado, paseando sobre esta hierba y viendo cómo construían su túnel, con el alma inflamada de cuanto veía en el futuro. Veía cómo el mundo entero cambiaba de aspecto y el mar se cubría de sus novísimos artefactos y ahora –su voz se quebró al llegar a este punto–, ahora es un sitio con pasto para pollinos y muy tranquilo para descansar.

—Sí –respondió Pump, que sabía que el capitán estaba pensando además en otras cosas.

Éste prosiguió, meditativo:

—Y pienso también en otro lord Ivywood más conocido, que también ha tenido una gran visión. Porque la suya, después de todo, es una gran visión, y aunque sea un pedante, es un hombre valiente. Él también quiere abrir un túnel, un túnel de Oriente a Occidente, para hacer más británico el imperio de Asia, para realizar lo que él llama la orientalización del Imperio británico y que yo llamo la ruina de la cristiandad. Y yo me pregunto ahora si la lúcida inteligencia y la valerosa voluntad de un loco tendrán fuerza bastante para abrir ese túnel, como todo parece indicar actualmente, o si, por el contrario, restan todavía en vuestra Inglaterra vida y energía suficientes para dejar ese proyecto en el mismo estado que este túnel, es decir, enterrado por los bosques ingleses y devastado por los mares ingleses.

El silencio volvió a espesarse entre los dos y no se oyó más que el ruido que producía el asno al pastar. Como había observado Dalroy, era un sitio muy tranquilo para descansar.

En cambio, Pebblewick estaba agitadísimo aquella noche. El jefe de la policía leyó públicamente el decreto sobre los disturbios y dirigió las citaciones pertinentes, a pesar de lo cual los que habían visto el letrero clavado ante la capilla se pegaron con los que no lo habían visto; y, al día siguiente, los niños y los naturalistas que buscan conchas u otros objetos a la orilla del mar descubrieron en la arena algunos jirones del traje de J. Leveson y algunos fragmentos de palastro acanalado.

IX

La eminente crítica y Mr. Hibbs

Pebblewick se enorgullecía de poseer un periódico vespertino de gran iniciativa llamado *El Globo de Pebblewick* y uno de los mayores orgullos en la vida de su editor fue la publicación de una edición especial dedicada a la desaparición del letrero fantasma de manera casi simultánea a dicho acontecimiento. Y en la algarada que provocó, suerte tuvieron los hombres-anuncio de estar protegidos por los cartelones que llevaban y en los que se leía:

LA TABERNA FANTASMA

Un cuento de hadas en Pebblewick
Edición especial

El periódico que se anunciaba de este modo contenía una información completa y más o menos exacta de lo ocurrido, o de lo que parecía haber ocurrido, en presencia de George y de sus numerosos partidarios:

> George Burn, carpintero de nuestra ciudad, y Samuel Gripes, carretero al servicio de los señores Jay y Gubbins, cerveceros, pasaban en compañía de varios habitantes de Pebblewick por delante del pabellón recién erigido en la playa oeste para la celebración de toda clase de reuniones y conocido con el nombre de pequeño Salón Universal. Viendo a su entrada uno de esos letreros al extremo de un poste, hoy rarísimos, dedujeron con lógica irrefutable que en aquel sitio, a diferencia de otros, estaba autorizada la venta de bebidas alcohólicas. Las personas que se reunían en el interior afirmaron desconocer el hecho y cuando unos y otros salieron a la calle –despuésde algunas escenas deplorables, que afortunadamente no ocasionaron muerte alguna– se dieron cuenta de que dicho letrero había sido robado o destruido. Todas las personas que participaron en el asunto estaban perfectamente serenas, y aunque hubieran querido no hubieran hallado dónde embriagarse. El misterio está siendo objetode una investigación.

Pero esta información espontánea debía su exactitud a la honradez accidental del director. Agréguese que los periódicos vespertinos son, en general, más honrados que los de la mañana porque casi siempre están redactados por subalternos tan mal retribuidos y abrumados de trabajo urgente que la copia no pasa por manos de personas temerosas que no dejarían de retocarlo. De modo que, cuando al día siguiente aparecieron los periódicos matutinos, la historia del escurridizo letrero había sufrido una alteración sutil, pero notable. En el diario de mayor tirada e influencia en la comarca, el problema había sido confiado a un caballero conocido bajo el nombre –extraño para los que no eran periodistas– de Hibbs Nobstante. El apodo de Nobstante se lo había ganado a fuerza de exagerar, hasta convertirla en manía, su tendencia a suavizar sus opiniones, que prácticamente se desvanecían bajo una retahíla de «peros», «no obstante», «por más que» y demás conjunciones adversativas. A medida que aumentaban sus emolumentos (algo que suele ser del agrado de directores y propietarios de periódicos) y el número de sus antiguos amigos disminuía (porque el más generoso de los amigos acababa por resentirse ante un éxito que no tiene nada que ver con el infeccioso sabor de la gloría), estimó cada vez más su valor de diplomático y de hombre «que dice siempre lo que conviene». Pero ésa fue también su perdición intelectual; de tan diplomático como se volvió, acabó por resultar oscuro, farragoso, en una palabra, ininteligible. Los que lo conocían no dudaban en proclamar que cuanto decía era lo que se tenía que decir, la palabra oportuna; pero se hubieran visto apurados para explicar qué es lo que había dicho. Desde sus comienzos, había demostrado particulares aptitudes para cultivar uno de los mayores artificios del periodismo moderno, o sea, para dejar a un lado lo esencial de la cuestión, como si fuese algo que no corre prisa, y dedicarse con esmero a cualquier aspecto secundario. De modo que podía escribir: «Pensemos como pensemos sobre la vivisección de los niños pobres, todos estamos de acuerdo al exigir que sea practicada por cirujanos debidamente cualificados». Y en la época más oscura de su diplomático estilo, parecía inclinarse a olvidar enteramente la cuestión principal, y consagrarse a un tema por completo diferente, relacionado con ella mediante alguna tenue y esquiva asociación de ideas. En sus días más penosos podía escribir lo siguiente: «Pensemos como quiera que pensemos sobre la vivisección de los niños pobres, está fuera de toda duda que la influencia del Vaticano se halla en plena decadencia». Conquistó su apodo gracias a un párrafo cuya paternidad se le atribuía sobre el atentado del que fue víctima el presidente de los Estados Unidos, herido en Nueva Orleans por el disparo de un loco. Este párrafo decía así: «El presidente pasó buena noche y su estado ha mejorado notablemente. No obstante, el asesino no es un alemán como se creyó primeramente». Este misterioso «no obstante» mantuvo perplejos durante horas a los lectores empeñados en entenderlo, hasta que perdiendo el juicio sintieron también ganas de emprenderla a tiros con alguien.

Hibbs Nobstante era un hombre alto y flaco, de cabello amarillento y maneras suaves y conciliadoras, pero en lo íntimo era un hombre arrogante y orgulloso. En Cambridge había sido amigo de Leveson y en aquella época los dos presumían de ser «moderados» en política. Pero cuando a uno le han hundido el sombrero hasta las narices y se ha visto obligado a echar a correr dejando parte de la levita en manos ajenas, y ha tenido que acelerar aún más al observar que varias personas de mayor fuerza que uno mismo le obsequian con una lluvia de ladrillos, los sentimientos de moderación, políticos o no políticos, suelen evaporarse. Hibbs Nobstante ya había redactado una nota sobre el suceso de Pebblewick que, en la medida en que sus artículos decían algo, decía la verdad sobre lo acontecido. Por lo demás, sus motivos para escribir sobre el asunto eran, como siempre, complejos. Sabía, por una parte, que el propietario del periódico tenía la afición del espiritismo y que, por consiguiente, sería peligroso no insertar una historia misteriosa y sobrenatural. Sabía, por otra parte, que por lo menos dos de los prósperos comerciantes que habían certificado la autenticidad de la historia eran miembros entusiastas del Partido. Sabía, por fin, que perteneciendo lord Ivywood al Otro Partido, su deber era combatirlo moderadamente. Le atacaría, pues, más o menos vagamente, dando crédito a un hecho que venía apoyado por sólidos testimonios exteriores, cosa que no acontecía con numerosas noticias engendradas por entero en las oficinas de la redacción. Teniendo presentes todas estas consideraciones, Hibbs Nobstante se disponía a presentar un artículo de carácter confirmatorio, cuando la aparición de Mr. Leveson con el cuello arrancado y las gafas rotas y la conversación subsiguiente, que sostuvieron a puerta cerrada los antiguos condiscípulos, condujeron al ilustre periodista a modificar un poco sus propósitos. Naturalmente, no llegó a escribir de nuevo el artículo; Nobstante no pertenecía a esa divina casta de hombres que crean sin cesar cosas nuevas. Se limitó a recortar y a retocar su primer artículo de manera que lo transformó en algo que dejó muy atrás cuanto había salido de su pluma, convirtiéndolo en un artículo estupefaciente que aún hoy es recordado con cariño por las personas cultivadas que coleccionan las peores muestras literarias del mundo.

Lo cierto es que comenzaba con una fórmula relativamente aceptable:

«Por más que todos conservemos nuestros puntos de vista más o menos progresistas sobre la cuestión tan vieja como debatida de los letreros de las tabernas, no dejaremos por ello de admitir con unanimidad que las escenas que se han desarrollado en Pebblewick distan de hacer honor a los que en ellas tomaron parte.» Pero inmediatamente el hombre se sumergía en un mar de absurdidades. Era un artículo maravilloso, donde el lector podía encontrar las opiniones de Mr. Hibbs sobre todos los temas, excepto el que se trataba. La primera parte de la siguiente frase dejaba entender con relativa claridad que, de haberse hallado presente, Mr. Hibbs no hubiera prestado el menor apoyo a los matarifes de San Bartolomé ni a los de las Matanzas de Septiembre.[1] Pero en la segunda mitad de dicha oración se apresuraba a añadir que como hace tiempo nadie se proponía reproducir semejantes atrocidades y, además, cualquier tentativa para impedirlas resultaba actualmente un poco tardía, él se consideraba autorizado a experimentar la más calurosa simpatía hacia la nación francesa. Insistía por lo demás en que dicha amistad sólo debía expresarse en francés, llamándola *entente* en el idioma que los mozos de

[1]Noche de San Bartolomé o noche de los cuchillos largos: masacre de hugonotes (protestantes franceses seguidores de Calvino) en París el 24 de agosto de 1572, día de San Bartolomé, ordenada por Catalina de Médici, madre del futuro Luis XIII.

Matanzas de Septiembre: ejecuciones de monárquicos y presuntos traidores a la Revolución Francesa en 1792.

café inculcan a los turistas y no «entendimiento» en la lengua que entiende el pueblo. A partir de la primera mitad de la frase siguiente, el lector podía inferir que Mr. Hibbs había leído a Milton, por lo menos el pasaje que alude a los hijos de Belial, y después, que no entendía una jota en cuestión de vino malo por no hablar del bueno. A continuación hacía una alusión a la corrupción del Imperio romano para acabar citando al doctor Clifford. Continuaba con un alegato bastante flojo en favor de la eugenesia y una ardiente catilinaria contra el servicio militar obligatorio, ya que no era propiamente eugenésico. Con esto concluía. El título del artículo era: «El motín de Pebblewick».

Con todo, sólo cometiendo una injusticia podríamos callar que el tal artículo valió a este caótico paladín un considerable montón de cartas de lectores. Hay que suponer que los que escriben cartas a los periódicos, al igual que cuantos ejercen alguna influencia en el Estado moderno, forman una congregación excéntrica. Pero al revés de lo que pasa con los abogados, financieros, diputados, hombres de ciencia, aquellos son gente que pertenecen a todas las clases sociales, a todas las promociones, edades, sectas y sexos así como a todos los grados de la chifladura. Las cartas que recibió Hibbs por su artículo pueden aún consultarse en los polvorientos archivos del periódico.

Una anciana de la parte más poblada de los Midlands escribía para señalar que quizá en la costa en que habían ocurrido los sucesos se hallara realmente un viejo navío embarrancado. «Mr. Leveson pudo no advertirlo y a aquella hora tardía tomarlo por un letrero; no tendría nada de particular, sobre todo tratándose de una persona más o menos miope. Mi propia vista no cesa de acortarse de un tiempo a esta parte, pero sigo siendo lectora asidua de su periódico.» Si la diplomacia de Hibbs hubiese dejado en libertad una sola fibra de su carácter se habría puesto a reír o a llorar después de una carta de este género; o se habría embriagado o entrado en una orden monástica.

Pero, fiel a su genio y a su figura, la midió con un lápiz y comprobó que era un poco larga para insertarla en el periódico. Se recibió también la carta de un teórico, de la peor especie de teóricos. No hay mal irreparable en el teórico que inventa una nueva teoría para cada nuevo fenómeno. Pero el teórico que primero elabora una nueva teoría y después ve pruebas de dicha teoría en todo, es el más peligroso enemigo de la razón humana. La carta se disparaba como un tiro cuando se aprieta el gatillo: «¿Acaso no está resuelto todo el asunto en Ex 4, 3?[2] Adjunto a la presente varios panfletos en los que he demostrado este punto de la manera más concluyente, los cuales no han sido rebatidos, ni siquiera comentados, por ningún obispo ni pretendido ministro de la Iglesia libre. La relación entre la estaca o el poste y la serpiente, tan claramente indicada por la Escritura, no resulta menos evidente en este caso. Moisés da fe con toda precisión de cómo un poste o estaca se transformó en serpiente. Todos sabemos que cuantos se entregan a las bebidas espirituosas tienden a afirmar que han visto una serpiente. No tiene, pues, nada de particular que hubieran visto un poste en el estado previo a su transformación. Véase también Deut 18, 2». La carta continuaba así durante treinta y tres páginas de apretada escritura y esta vez Mr. Hibbs estaba en su derecho al encontrarla un poco larga.

» [2]Éxodo, capítulo 4, versículos 2 y 3: "Y Jehová dijo: ¿Qué es eso que tienes en tu mano? Y él respondió: Una vara. / Y él le dijo: Échala en tierra. Y él la echó en tierra, y se tornó en culebra: y Moisés huía de ella".

Tampoco faltó el corresponsal científico que se despachaba de este modo: «¿No nos hallaremos quizá en presencia de un efecto de acústica?». Un salón de actos construido con palastro acanalado ya le parecía algo indigno de su confianza. La misma palabra «salón» (añadía con espíritu cómico) hacía eco en ocasiones en el interior de edificios fabricados con dicho material, de forma que tomaba la forma de «Salomón», provocando numerosos embrollos teológicos y confusiones de todo tipo. En vista de tales circunstancias, deseaba llamar la atención del director sobre algunos curiosos detalles relacionados con la presencia o la ausencia del letrero. Era un hecho que numerosos testigos y, especialmente los más respetables, insistían en referirse a algo que debía hallarse «fuera». La palabra se repite al menos cinco veces en las denuncias de los querellantes. Ahora bien: tenemos el derecho de inferir, sin por ello infringir ninguna regla científica, que la insólita expresión «letrero» es un error de acústica debido a la deformación de «dentro». Esta palabra ha podido entrar en la discusión de la manera más natural del mundo, ya sea para aludir al edificio, ya para referirse a las personas, desde el momento que lo que se debate es una cuestión de higiene. La firma de esta carta decía: «Un estudiante de Medicina»; los fragmentos más absurdos de la misma fueron insertados en el periódico.

Hubo un gracioso que escribió diciendo que a su juicio en aquel asunto no había nada de extraordinario ni de inexplicable. A él también le había sucedido ver un letrero al entrar en una taberna y a la salida no estar en condiciones de dar con él. Esta carta, la única que tenía cierto valor literario, fue eliminada por Hibbs con un ademán despectivo.

Un caballero culto, pero algo frívolo, se limitaba a ofrecer una sencilla sugerencia. ¿Había alguien leído el cuento de H. G. Wells sobre la curva del espacio? La carta estaba redactada de tal manera que parecía suponer que sólo él, además del propio Wells, había oído hablar del relato. La historia en cuestión probaba que era perfectamente posible que los ojos de un hombre se hallasen en una parte del mundo mientras sus pies estaban en otra. El caballero hacía esta sugerencia por si resultaba útil para resolver el misterio. El montón de cartas a que fue a sumarse indicaba bien a las claras la utilidad que tenía.

Hubo también, claro está, un hombre que vio en todo aquello un complot contra la insularidad británica. Pero como no precisaba si el delito principal de los invasores consistía en haber clavado el letrero o en quitarlo, el valor de sus observaciones fue poco estimado, ya que el resto de la carta trataba exclusivamente de la grosería verbal de un heladero italiano cuya relación con el asunto estaba insuficientemente desarrollada.

Y por último, y no por ello de menor importancia, había una avalancha de cartas de los que quieren resolver un problema que no han comprendido mediante la abolición de todo lo que ha contribuido a que se origine. ¿Quién no conoce esta clase de individuos? Si un barbero degüella a uno de sus clientes porque una muchacha cambió de pareja para un baile o para una excursión en burro por los brezales de Hampstead, no faltarán comentaristas que la emprenden contra todas las instituciones concomitantes. Tal crimen no se habría perpetrado si se hubiesen abolido los barberos o la repulsión que sienten las muchachas contra las barbas de varios días, o si se aboliesen todas las muchachas, o si se aboliesen los brezos y los espacios libres, o si se aboliesen los burros. Pero los burros, mucho me temo, nunca serán abolidos.

Desde luego, en el prado comunal de aquella discusión, los asnos se contaban por decenas. Algunos lectores esgrimían argumentos contra la democracia porque George era carpintero. Otros contra la inmigración porque Misysra Ammon era turco. Los de más allá proponían que se prohibiese a las mujeres asistir a conferencia de ninguna clase, sólo porque su presencia en la de marras había creado algunas dificultades tan leves como transitorias y, además, sin culpa por su parte. Los de acullá exigían la abolición de las estaciones balnearias; otros, más radicales, pedían que se suprimiesen las vacaciones. Alguno argumentaba de forma vaga contra la orilla del mar; otros se decantaban, más vagamente aún, por la abolición del mar. Todos aseguraban que si esto, que si aquello, que si las piedras, que si las algas, que si los visitantes extranjeros, que si el mal tiempo, o pretendían muy serios que una limpieza enérgica de las casetas de baño habría evitado semejante disturbio. Los discursos de unos y otros no tenían más que un pequeño defecto: que ninguno tenía la más remota idea de lo que realmente había ocurrido. Pero en esto no eran los únicos, pues nadie sabía con exactitud lo que había sucedido y nadie lo sabe todavía. Cosa naturalísima, porque si no fuese así no nos hubiese pasado por la cabeza la idea de escribir esta historia, cuyo objeto –¿es menester decirlo?– no es otro que el de exponer la lisa y llana verdad.

El artificioso y confuso estilo que constituía la única habilidad de Mr. Hibbs Nobstante había indudablemente obtenido un éxito, ya que todos seguían su argumentación, aunque quizá con más inteligencia y menos acaloramiento. Parecía cada vez más probable que una explicación divertida y escéptica no tardaría en salir a la luz y que con ella quedaría enterrado el asunto.

La historia del letrero y del salón construido en palastro acanalado se discutió y hasta fue puesta un poco en duda por los semanarios religiosos, pero así como las críticas de la Iglesia baja parecían dirigirse preferentemente contra el letrero, las de la Iglesia alta iban más bien contra el salón. No obstante, una y otra estaban contentas en afirmar que aquel acoplamiento resultaba disparatado, por no decir fabuloso. Las únicas instituciones intelectuales que parecieron aceptar la cosa con facilidad fueron los periódicos espiritistas, y su interpretación del hecho no hubiera satisfecho a Mr. George.

Sólo un año después los círculos filosóficos juzgaron que se había dicho la última palabra sobre la cuestión. En efecto, en la célebre obra del profesor Widge sobre *El historial de los fenómenos petropiscatoriales*, aparecía un juicio sobre el incidente y su alcance desde el punto de vista natural y sobrenatural, que tuvo no poca resonancia en el pensamiento moderno cuando se publicó en fragmentos en el *Hibbert Journal*. Todos los lectores recordarán la principal proposición sentada por el profesor Widge: la crítica moderna debe aplicar a la taumaturgia del lago Tiberíades los mismos principios que el doctor Bunk y otros investigadores han aplicado a la historia de las bodas de Canaán. Esto es lo que escribió: «Autoridades tan indiscutidas como Pink y Toscher –escribió el profesor–, han demostrado con una precisión que ningún espíritu libre osará poner en duda, que la taumaturgia acuavínica de Canaán está en abierta contradicción con la psicología del 'amo del festín' (según ha quedado fijada por los análisis modernos), y en realidad, con toda la psicología judeoaramea en aquella fase de su desarrollo; y no es menos penoso su desacuerdo con las elevadas ideas del aludido profesor de moral. Pero cuando alcancemos un nivel superior de desarrollo ético, probablemente consideraremos necesario aplicar los principios cananeos a acontecimientos ulteriores del mismo relato. Quien ha defendido este principio ha sido principalmente Huscher, que ha llegado a la conclusión de que todo el episodio es apócrifo; al paso que la teoría contraria, o sea, que el vino no era alcohólico sino aguado, está sostenida por un pensador tan eminente como Minus. Salta a la vista que si aplicamos esta alternativa a la supuesta pesca milagrosa, tendremos que admitir o bien que, como quiere Gilp, los peces estaban disecados y previamente dispuestos en el lago (véase la obra del reverendo Y. Wyse El vegetarianismo cristiano como sistema cósmico que expone vigorosamente dicha hipótesis), o bien, de acuerdo con la hipótesis huscheriana, negar toda autenticidad al relato piscatorio.

»»La dificultad con que chocan los críticos más audaces, sin olvidar a Pooke, cuando quieren adoptar esta actitud enteramente negativa, proviene de la improbabilidad de una narración tan detallada incluida en la frase tan superficial a que los críticos aluden. Pooke afirma con la firmeza característica de su razonamiento que según la teoría de Huscher una declaración tan metafórica, pero no por ello menos notable, como 'Os convertiré en pescadores de hombres',[3] se ha transformado, por extensión, en una crónica realista de los acontecimientos, crónica que no contiene, sin embargo, la menor mención, ni siquiera en los pasajes más evidentemente interpolados, de que jamás al retirar las redes del mar, o, mejor dicho, de la laguna, se haya hallado un hombre.

»»Tal vez parecerá un rasgo de petulancia o de mal gusto el disentir de la opinión de Pooke sobre un tema cualquiera, pero yo me atrevo a sugerir que ha sido precisamente su esplendor académico y la posición eminentísima que ocupa el venerable profesor (cuyo nonagésimo séptimo aniversario se celebró con inusitada magnificencia en Chicago el año pasado) lo que puede haberle impedido llegar a un conocimiento intuitivo de la manera en que nacen los errores en los espíritus vulgares. Me permito traer a colación un caso reciente que ha llegado a mi conocimiento (en verdad de una manera indirecta, pero no sin un estudio diligente de cuantos informes han llegado hasta mí). Este caso presenta un curioso paralelismo con esas antiguas conversiones de un pasaje en un acontecimiento real, confirmando la ley de Huscher.

»»Este hecho tuvo lugar en Pebblewick, en el sur de Inglaterra. La población se hallaba sumida desde hacía tiempo en un peligroso estado de excitación religiosa. El gran genio místico que después ha alterado tan profundamente nuestra actitud hacia todas las religiones del mundo, Misysra Ammon, había dado en la playa una serie de conferencias escuchadas por una muchedumbre entusiasta. Sus mítines se habían visto interrumpidos por servicios de niños celebrados de acuerdo con la ortodoxia más rígida y por la 'Liga de la Roseta Roja', la temible organización atea y anarquista. Y como si esto no bastara para desencadenar el torbellino del fanatismo, la antigua controversia popular entre los sublapsarianos moderados y los sublapsarianos intransigentes se reprodujo en aquella playa predestinada. Puede, pues, conjeturarse con toda legitimidad que en la atmósfera de Pebblewick, sobresaturada de teología, alguno de los polemistas

» [3]Mateo, capítulo 4, versículo 19: "Os convertiré en pescadores de hombres".

haya citado el texto: 'Una generación mala y adúltera busca un barco en el que llegar a buen puerto. Pero no encontrará barco alguno, como no sea el del profeta Jonás'.

»»Un espíritu de la contextura mental de Pooke admitirá difícilmente que ese texto produzca tal efecto a los campesinos ignorantes de la Inglaterra meridional que los arroje a la búsqueda de un barco real. Como quiera que sea, el barco del profeta Jonás se convirtió dentro de su inteligencia obtusa en su objeto de búsqueda. Se echaron a andar buscando, literalmente, una imagen de un barco, y algunos, víctimas de la alucinación de Smail, lo vieron realmente. El incidente, como se ve, ofrece una curiosa analogía con el relato evangélico y nos aporta una prueba decisiva a favor de la ley de Husher.»

Lord Ivywood felicitó públicamente al profesor Widge, diciéndole que había librado al país de algo que podía ser fuente de un diluvio de supersticiones. Pero en realidad era el pobre Hibbs quien había dado el primero y el más vigoroso de los golpes que dejaron tambaleando a la razón humana.

X

El carácter de «Quoodle»

En algún rincón de los numerosos jardines, terrazas, pabellones, caballerizas y otros parajes análogos pertenecientes a lord Ivywood nació un perro que fue obsequiado con el nombre de *Quoodle*. Lord Ivywood no le llamaba *Quoodle*; lord Ivywood era, por decirlo así, físicamente incapaz de articular semejante sonido. A lord Ivywood no le interesaban los perros; lo que sí le interesaba era la Causa de los perros y, más aún, mostrar su propio decoro intelectual. Jamás habría tolerado que se maltratase a un perro en su casa; ni a una rata, en cualquier caso; ni, tampoco, a un hombre. Pero aunque *Quoodle* no estaba maltratado, sí estaba descuidado desde el punto de vista social, cosa que al perro no le agradaba. Porque los perros desean más la compañía que los mimos que se les prodiga.

Lord Ivywood probablemente habría vendido aquel perro, pero consultó a los especialistas (como hacía en casi todos los asuntos en que no entendía y en muchos en que entendía) y sacó la impresión de que el perro, técnicamente considerado, carecía de valor, sobre todo por la mezcolanza de sus cualidades. Era una especie de cruce de foxterrier y de bulldog, aunque tirando más al segundo, lo que disminuía su valor comercial al paso que robustecía su quijada. Su señoría tenía también la impresión de que el perro hubiera podido ser utilizado como guardián si no fuese por su marcada afición a seguir la caza como un perro de muestra, pero pensaba que, incluso en esta segunda profesión, habría hecho un mal papel, porque nadaba con tanta gracia como un perro corriente. Mas no nos fiemos demasiado de las impresiones de lord Ivywood, que al formarlas quizás estaba pensando en la Piedra Negra de La Meca o en cualquier otro asunto del momento. En definitiva, la víctima de aquel exceso de dones naturales siguió calentando al sol de Ivywood una anatomía que no revelaba nada de su singular desgracia, como no sea su espantosa fealdad.

La que realmente quería a los perros era Joan Brett. Su carácter, no menos que su tragedia, consistía en que cuanto era natural en su manera de ser se mantenía vivo bajo todas las capas de artificialidad; olía desde tan lejos el perfume del espino blanco o del aire del mar como un perro puede olfatear su comida. Como la mayoría de los aristócratas, llevaba su cinismo hasta las puertas del reino de Satán y, en cierto sentido, era tan irreligiosa como lord Ivywood, si no más. Podía ser tan fría y altiva como él cuando le venía en gana. Y en el arte mundano de aparentar aburrimiento le daba mil vueltas cuando se lo proponía. La diferencia entre aquellas dos naturalezas consistía en que, a pesar de toda su sofisticación mundana, las formas elementales de conexión entre lady Joan y la naturaleza subsistían, mientras que las de lord Ivywood habían sido cercenadas. Para lady Joan el amanecer seguía siendo el momento en el que el sol salía y no el acto de encender una luz a manos de un eficiente criado cósmico. Para ella la primavera seguía siendo una de las cuatro estaciones del año y no simplemente la «temporada» de la ciudad. Para ella las gallinas y los gallos seguían siendo el complemento natural e indispensable de una casa de campo inglesa y no simplemente (como le había demostrado lord Ivywood con refuerzo de enciclopedias) unos animales de origen indio importados en época relativamente reciente por Alejandro Magno. Para ella un perro era un perro y no un animal superior o inferior o algo que participaba del carácter sagrado de la vida, ni algo que debe ir con o sin bozal, ni algo que debe o no someterse a la vivisección. Le constaba que se ocupaban del perro, como de hecho se ocupó de los perros de Constantinopla Abdul Hamid,[1] cuya vida estaba escribiendo lord Ivywood para la colección titulada *Potentados progresivos*. No se crea por ello que lady Joan fuese una sentimental o que tuviese deseos de convertir al perro en su mascota. Simplemente al pasar cerca de él sentía ganas de acariciarle a contrapelo o de darle el primer nombre que se le ocurría y olvidarlo al instante.

El hombre que estaba cortando el césped levantó la cabeza porque nunca había visto a *Quoodle* comportarse de aquella manera. *Quoodle* se empinó sobre sus patas, se sacudió y se echó a correr delante de la dama, guiándola hacia una escalera de hierro que ella no había utilizado nunca. Por primera vez, sin duda, Joan le miraba con atención y, al hacerlo, experimentaba un placer humorístico análogo al que sentía contemplando al Profeta de la Luna. Porque aquel complejo cuadrúpedo, con sus patas zambas de bulldog y su ridículo cuarto trasero, recordaba, visto por detrás, a un comandante retirado que camina contoneándose hacia su club.

El perro y la escalera de hierro la condujeron hasta una serie de piezas alargadas que formaban parte de un ala hasta entonces inhabitada de la casa de los Ivywood, abandonada sin duda por culpa de algún estrago obra del antepasado loco, cuyo recuerdo no le parecía útil evocar al último lord Ivywood, temeroso quizá de que perjudicase su carrera política. Pero Joan creyó notar señales recientes de una tentativa de restauración. En una de las habitaciones vacías se veía un bote de pintura blanca; en la otra una escalera de pintor y aquí y allá varillas de cortina. En la cuarta pieza había de hecho una cortina que pendía, solitaria y sin pareja, sobre el viejo arrimadero; se trataba de una opulenta tapicería de un dorado anaranjado, realzada por unas listas ondulantes de color carmesí que evocaban la imagen y la presencia de serpientes, aunque no ofreciesen nada que pudiese recordar ni la boca ni las órbitas de dichos animales.

En la habitación siguiente halló una especie de otomana tapizada de tela rayada,

[1]Chesterton puede referirse aquí a la masacre de unos 200.000 armenios ordenada por el sultán Abdul Hamid II entre 1894 y 1896.

plata y verde, que ocupaba el suelo vacío de la sala. Un impulso en que participaban la fatiga y la impudencia la llevó a sentarse, porque aquel asiento acababa de traerle a la memoria la divertida historia de una señora teósofa que tenía la costumbre de descansar en una otomana y que descubrió un buen día que se trataba de un faquir envuelto en su atavío oriental y postrado en éxtasis perfecto. No es que ella esperase sentarse también sobre un faquir, pero aquella idea bastaba para hacerla reír, porque ponía en ridículo a lord Ivywood. No habría podido decir si quería o detestaba a lord Ivywood, pero estaba segura de que habría gozado tomándole el pelo. En el mismo instante en que se había sentado en la otomana, el perro se sentó junto a la orla de su vestido.

Al poco rato se levantó, movimiento que el perro se apresuró a imitar, y prosiguió su paseo por aquellas salas interminables en que los hombres como Philip Ivywood se olvidan de que no son más que hombres. La sala siguiente estaba más adornada que la que acababa de dejar y la otra todavía más. Se adivinaba que el tema decorativo cuyo desarrollo estaba viendo debía de empezar en el otro extremo del edificio. Podía distinguir ya que el ala que estaba recorriendo terminaba por unas salas que ofrecían el aspecto de lo que se ve en el fondo de un calidoscopio, unas salas que parecían construidas con nidos de pájaros exóticos y de fuegos artificiales petrificados. Mientras observaba aquel espacio repleto de colores se dio cuenta de que lord Ivywood avanzaba hacia ella, vestido de negro y con una cara que resultaba más pálida en medio de aquella policromía. Hablaba solo, como hacen a menudo los oradores. No pareció advertir su presencia y Lady Joan tuvo que reprimir el grito instintivo y absurdo que le venía a los labios: ¡Está ciego!

Un minuto después él le decía que se felicitaba de su inesperada incursión, con la sorpresa y la amena simplicidad que cuadra a tales situaciones, mientras Joan se decía que acababa de descubrir el porqué su rostro le había parecido más descolorido y sombrío que de costumbre. Tal impresión se debía al contraste. Como sus antepasados que cazaban con halcón, el lord sostenía en el puño un ave de apariencia tropical, pequeña, de plumaje abigarrado, cuya cabeza, cuello y ojos tenían una expresión enteramente opuesta a la suya. Lady Joan nunca había visto una criatura viviente dotada de tanta vivacidad y arrogancia. Sus ojos provocativos, su cabecilla afilada, parecían desafiar a la vez a cincuenta gallos de pelea. No resultaba sorprendente, se dijo, que junto a aquella vistosa fierecilla con plumas, los cabellos pálidos y el rostro frío de lord Ivywood parecieran los cabellos y el rostro de un cadáver ambulante.

—No adivinarás nunca lo que es este pájaro –decía lord Ivywood con su acento más encantador–. Habrás oído hablar de él centenares de veces sin imaginar ni remotamente su aspecto. Es un bulbul.

—No lo habría adivinado nunca –replicó Joan– y me temo que nunca me he preocupado de adivinarlo. Me ha parecido siempre una especie de ruiseñor.

—Sí –contestó lord Ivywood–, pero éste es el verdadero bulbul, la especie oriental, el *Pycnonotus haemorrhous*. Y tú estás pensando en el *Daulias golzii*.

—Es muy posible –replicó Joan reprimiendo una sonrisa–. Es una verdadera obsesión. Me pregunto, ¿cuándo dejaré de pensar en el *Daulias golfillo*? Es «*golfillo*», ¿verdad?

Después, conmovida sin duda por la suave austeridad que reflejaban las facciones de su interlocutor, acarició con dedo leve al ave agresiva y deslumbrante.

—Es una monada –dijo.

Lo cual no agradó al cuadrúpedo que respondía al nombre de *Quoodle*. Semejante en esto a la mayoría de sus congéneres, gustaba de la compañía de los seres humanos mientras permanecían silenciosos, y les concedía una magnánima tolerancia durante todo el rato que se dedicaban a hablar entre ellos. Pero una conversación sobre otros animales ajenos a su especie hería a *Mr. Quoodle* en sus sentimientos más íntimos y respetables. Emitió un gruñido. Joan, inspirada por sus instintos, se agachó y le tiró de los pelos para repartir más equitativamente las atenciones monopolizadas hasta aquel momento por el *Pycnonotus haemorrhous*. Después dirigió la vista al decorado de la sala del fondo a la que habían llegado. Consistía en una marquetería multicolor no terminada aún, pero exquisita, completamente oriental. Por uno de sus ángulos, el ala entera del edificio parecía ir a acabar en la sala redonda y estrecha de un torreón que daba sobre el paisaje y que Joan, que conocía la casa desde su infancia, estaba segura de no haber visto nunca. Al otro lado, un orificio oscuro que se abría en la parte inferior de la marquetería inacabada le recordó de pronto algo que había olvidado.

—Estoy segura –dijo después del momento de éxtasis estético de rigor en tales casos– de que aquí había antes una escalera que conducía al antiguo huerto, a la capilla o algo por el estilo.

Ivywood inclinó gravemente la cabeza.

—Sí –dijo–, tienes razón... Era una escalera que conducía a las ruinas de la capilla medieval. Y, a decir verdad, a otras dependencias que no puedo considerar gloriosas para nuestra familia. Me temo que el escándalo del túnel, del que te habrá hablado tu madre, y las burlas que provocó no nos han hecho bien alguno en el condado; por eso, hoy no es más que un trozo de terreno junto al mar que he dejado que cubra la maleza. Pero si he cerrado el extremo de esta ala es por otra razón. Me gustaría que lo vieses con tus propios ojos.

La condujo entonces a la torre de la esquina en que terminaban las piezas recientemente restauradas y Joan, sensible a la belleza, no pudo reprimir un estremecimiento de bienestar ante lo que divisaba. Cinco ventanas moras delicadamente dibujadas dejaban ver desde los bronces amarillentos y las púrpuras del bosque otoñal hasta los reflejos del mar, semejantes a las plumas de un pavo real. No se veía casa ni objeto de ninguna clase, y por más que estaba familiarizada con aquel trecho de costa, comprendió que lo veía bajo un ángulo enteramente nuevo.

—Tú compones sonetos, ¿verdad? –preguntó Ivywood con una voz en que vibraba algo que se aproximaba a la emoción y que para ella era una novedad en él–. ¿Qué es lo primero que se te ocurre ante esas ventanas?

—¡Comprendo lo que quieres decir! –exclamó Joan después de un breve silencio–. «La misma que otras veces...»

—Sí –dijo él–, es lo mismo que yo siento: «... a peligrosos mares en tierras ya olvidadas...».[2]

[2]«Oda a un ruiseñor», de John Keats, traducción de Rafael Lobarte.

Se produjo otro silencio durante el cual el perro dio varias vueltas a la torre sin parar de husmear.

—¡Así es como quiero que sea! –dijo Ivywood con voz ahogada, pero muy conmovida–. Quiero que esto sea el fin de la casa. Quiero que esto sea el fin del mundo. ¿No te das cuenta de que la belleza del arte oriental consiste en esta coloración propia del extremo final de las cosas, como las diminutas nubes del alba o las islas bienaventuradas? Ves –y bajó la voz–, esta decoración tiene el poder de hacerme sentir ausente, distante, como si fuese un viajero de Oriente perdido en algún rincón del mundo y que los demás hombres están buscando. Cuando veo este esmalte, amarillo como un limón pálido, yo mismo me siento a cien leguas del punto en que realmente me hallo.

—Tienes razón –dijo Joan mirándolo con cierta sorpresa–, yo también he sentido lo mismo.

Como perdido en un sueño, Ivywood continuó:

—Realmente es verdad que este arte toma las alas de la mañana y se sumerge en lo hondo de los mares. Dicen que proscribe las formas vivas, pero estoy seguro de que su alfabeto se descifra tan bien como los rojos jeroglíficos de la aurora y del poniente que son las orlas de la vestidura divina.

—Nunca te había oído hablar así –dijo ella volviendo a acariciar con el dedo las plumas violetas de la avecilla oriental.

Mr. Quoodle no podía aguantar más. La opinión que el perro se había formado de la cámara de la torre y del arte oriental evidentemente era bastante mediana, y al ver las atenciones que Joan prodigaba a su rival decidió largarse. Atravesó trotando la sala grande y, habiendo hallado en la pared recién decorada un hueco que todavía no habían tapado y que daba a una antigua escalera oscura, bajó por ella rápidamente.

Lord Ivywood puso suavemente el pajarillo en la mano de la muchacha y acercándose a uno de los ventanales se asomó un poco.

—Mira –le dijo–, ¿no está aquí expresado lo que sentimos los dos? ¿No es ésta la mansión de ensueño colgada en la última estribación del mundo?

Le indicó que se acodara en el antepecho de una ventana, exactamente debajo del sitio en que pendía la jaula de metal dorado, verdadera joya de orfebre, destinada al pájaro.

—¡Oh, qué hermoso! –exclamó lady Joan–. Parece que estamos en un cuento de *Las mil y una noches*. Y que ésta es la torre de los genios gigantescos, cuyas almenas llegan a la luna, y que este pajarillo es un príncipe, encantado, preso en un palacio de oro colgado del lucero de la tarde.

Algo se disparó de repente en la parte oscura de su conciencia; algo que le produjo una sensación semejante a la que nos advierte que el tiempo está a punto de cambiar o la sensación que se experimenta cuando la música lejana que estábamos escuchando enmudece súbitamente.

—¿Dónde está el perro? –preguntó de pronto.

Ivywood la miró con ojos grises y afables.

—¿Había un perro aquí?

—Sí –dijo lady Joan devolviéndole el pájaro que él colocó cuidadosamente en la jaula.

El perro había bajado la espiral de una escalera sombría para ir a encontrar la luz del día en una parte del jardín que ni él ni nadie había visto desde hacía tiempo. Era un rincón de tierra invadido por la maleza y en el que no había más rastro de intervención humana que las ruinas de una capilla gótica hundida hasta la mitad en las ortigas y cuyos muros estaban cubiertos de líquenes y hongos. La mayor parte de aquella vegetación fungosa no hacía más que dar color a las piedras grises, cubriéndolas de una gama que iba desde el pardo basta el bronceado, pero algunas, especialmente en el lado más distante del edificio, ofrecían matices anaranjados y violáceos casi tan brillantes como las decoraciones de lord Ivywood. Un espectador de imaginación viva habría podido descubrir una especie de alegoría en aquellos santos y aquellos arcángeles derrumbados, rotos, que alimentaban una vegetación parasitaria de color dorado y sangriento. Pero a *Quoodle* nunca le había dado por las alegorías y se limitó a adentrarse en aquella jungla inglesa de tonos grisáceos. Sus frecuentes gruñidos contra las zarzas y las ortigas se parecían mucho a los de un hombre de ciudad que refunfuña cuando se encuentra en medio de una multitud que se mueve a empujones. Pero no por ello dejó de seguir adelante, pegada la nariz al suelo, como si hubiera olido algo que le interesase. Y, ciertamente, lo que descubrió era para interesar a un perro. Después de atravesar una última barrera de zarzales agrestes y amoratados, salió a un claro en forma semicircular relativamente desbrozado, pero provisto de unos cuantos árboles esbeltos tras los cuales, como telón de fondo, aparecía la bóveda de un túnel. Dicho túnel estaba obstruido por una empalizada carcomida que ofrecía el vago aspecto de un barracón para pantomimas. Ante ella un individuo robusto, vestido con una cazadora algo raída, manejaba una sartén abollada sobre una llama intermitente que despedía un olor a ron quemado. En la sartén, así como sobre el barril que hacía las veces de mesa en aquella cocina al aire libre, había muchos de los hongos pardos, grises y anaranjados que servían de adorno a los ángeles y a los dragones de piedra de la capilla derruida.

—¡Hola, amigo! –dijo el individuo de la cazadora con tranquilidad y sin levantar la vista del guiso–. Has venido a visitarnos, ¿eh? Entra, entra –lanzó un vistazo al perro y en seguida volvió a su tarea–. Si tuvieses media cola menos, valdrías un centenar de libras. ¿No has desayunado?

El perro se le acercó y empezó a buscar y a olfatear el suelo en torno a sus gastadas polainas de cuero. El hombre no separaba la vista de su cocina, que le ocupaba las dos manos, pero con el pie y con la rodilla hizo una caricia al perro, debajo de la mandíbula, caricia cuyo efecto (a decir de ciertos sabios) representa para el perro un placer equivalente al de un buen cigarro para el hombre. En aquel momento, un vozarrón parecido al de un ogro retumbó bajo el túnel.

—¿Con quién hablas? –dijo la voz.

Después, en lo alto de la pintoresca casucha, se abrió una especie de ventanilla y apareció una cabezota cubierta de una maraña rojiza y provista de dos ojos azules y redondos, enormes como los de un sapo gigante.

—¡Hump! –exclamó el ogro–, veo que mis consejos de moral no han servido de nada. Durante la última semana, he cantado al menos catorce canciones de mi propia cosecha y lo único que haces es robar perros. Me temo que vas a seguir el mal ejemplo del famoso pastor.

—No, no –contestó el hombre que manejaba la sartén, con aire juicioso–. El pastor Whitelady descubrió una excelente forma de volver a Pebblewick sin que lo vieran y yo he tenido la suerte de seguir su ejemplo. Pero creo que hizo una tontería al dedicarse a robar perros. Le excusa su juventud y que sólo sabía de teología. Yo conozco demasiado a los perros para dedicarme a robarlos.

—Entonces, ¿de dónde has sacado éste? –preguntó el hombre de la cabezota roja.

—Dejo que sea él el que me robe –contestó.

Y hay que reconocer que el perro se había sentado a su lado, muy tieso, muy arrogante, como si fuese un perro guardián retribuido con esplendidez e instalado allí desde antes de la apertura del túnel.

XI

Vegetarianismo de salón

La sociedad que se había reunido para oír al Profeta de la Luna con motivo de sus últimas alocuciones era mucho más selecta que el público burgués y relativamente variado de las Almas Simples. No obstante, miss Browning y su hermana Mrs. Mackintosh estaban allí porque lord Ivywood las había contratado como secretarias y no las dejaba un minuto de descanso. También se hallaban presentes Mr. Leveson, en cuyos talentos de organizador tenía fe lord Ivywood, y Mr. Hibbs, cuyo criterio político le merecía idéntica confianza, por lo menos cuando llegaba a descifrarlo. Mr. Hibbs, de pelo rubio y lacio, parecía nervioso. Mr. Leveson, de pelo moreno y lacio, también parecía nervioso. El resto de la concurrencia pertenecía al mundo de los Ivywood y al de las altas finanzas, que en Inglaterra, como en el continente, se halla siempre mezclado con la aristocracia. Lord Ivywood acogió casi con efusión a un diplomático extranjero, que no era otro que el silencioso representante de Alemania que había participado con él en la última conferencia de la Isla de los Olivos. El doctor Gluck no llevaba ya su discreto traje negro, sino que vestía un uniforme de diplomático con bordados sobre todas las costuras, espada al cinto y condecoraciones prusianas, austriacas y turcas sobre el pecho, porque al salir de la casa de los Ivywood tenía que asistir a una ceremonia con la realeza. Pero el ribete rojo de sus labios, su bigote ensortijado y sus inexpresivos ojos de almendra habían cambiado tanto como el rostro de un maniquí.

También el profeta había introducido una mejora en su indumentaria. Cuando predicaba en la playa, aparte del fez, su traje raído pero respetable era como el de cualquier oficinista inglés. Pero desde que frecuentaba la alta sociedad, es decir, las personas que cuidan sus sentidos con tanto mimo como sus almas, no podía seguir así. Tenía que transformarse en algo parecido a un loto o a un tulipán oriental recién cortado. Lucía, pues, un traje blanco largo y suelto, adornado con bordados color de fuego, y se tocaba la cabeza con un turbante verde pálido y dorado. Tenía que dar la impresión de que había llegado a Europa sobre una alfombra mágica o que acababa de caer de su paraíso lunar.

Las damas de la sociedad de Ivywood eran tal como las habíamos visto. Lady Enid

Wimpole seguía abrumando su elegante figura y su semblante tímido y serio con un estrambótico vestido, más parecido a un cortinaje sobre el que Aubrey Beardsley[1] hubiese pintado una procesión fúnebre, que a un traje. Lady Joan Brett mantenía la belleza de una noble mujer española que hubiese perdido todas sus ilusiones respecto a construir castillos en el aire.[2] La voluminosa dama que se negó a formular pregunta alguna en la reunión de las Almas Simples, y que ostentaba el nombre de lady Crump, feminista distinguida, daba la impresión de hallarse tan atiborrada de preguntas letales para los hombres que había dejado atrás el deseo de hablar para pasar a un estado de silenciosa hostilidad. Su única contribución a la ceremonia fue un silencio cargado y una mirada amenazadora. Por fin, la vieja lady Ivywood, que exhibía unas blondas tan bellas y tan antiguas como sus maneras, tenía ese aspecto siniestro que se ve a menudo en los padres de los intelectuales puros, con una cara de madre abandonada, más lastimosa aún que la de un niño abandonado.

—¿Con qué va a deleitarnos hoy? –preguntó lady Enid al profeta.

—Mi conferencia –contestó gravemente Misysra– versará sobre el cerdo.

Era un rasgo propio de su muy respetable sencillez el no darse cuenta de la incongruencia que había en los textos y los símbolos arbitrarios y aislados que escogía. Lady Enid no se sobresaltó ante la mención de aquel tema singular, procurando no perder la expresión de atención deferente que revestía por principio cuando se dirigía a personajes de aquella especie.

—El cerdo es un tema vastísimo –continuó el profeta trazando con la mano una serie de curvas como si dibujase en el aire un ejemplar especialmente voluminoso de dicho animal–. Su materia es copiosa. Me sorprende, por ejemplo, que los cristianos se admiren de que nosotros consideremos su contacto como un estigma, nosotros y otro pueblo del Libro. Y, sin embargo, los propios cristianos no dejáis de considerar al cerdo o al puerco como impuro, ya que con su nombre expresáis habitualmente vuestro desprecio y vuestra aversión. Decís: «¡Puerco, cochino!», mi querida señora, y no se os ocurre mencionar otro animal mucho más antipático, como el caimán.

—Ya veo –dijo la dama–. ¡Es maravilloso!

—Y cuando tenéis queja de alguien –continuó con exaltación el caballero turco al sentirse animado–, cuando tenéis queja de alguien ¿qué es lo que decís? A una criada desagradable no la llamáis «¡caballo!» o «¡camella!».

—Claro –apuntaló lady Enid.

—«¡La cochina de la criada!», decís en lenguaje informal –continuó el profeta, imperturbable–. Y, no obstante, consentís que ese horrible animal, ese monstruo, cuya sola invocación os parece bastante para dejar en el sitio a vuestro enemigo, se acerque a vuestra intimidad. Incorporáis el cerdo a vuestra propia persona.

Lady Enid empezaba apenas a dar señales de sorpresa ante semejante descripción de sus costumbres, cuando lady Joan indicó a lord Ivywood que tal vez sería mejor

[1] Aubrey Vincent Beardsley (1872-1898), artista inglés que ejerció una importante influencia en las artes gráficas del *art nouveau*.

[2] Se trata de un juego de palabras imposible de mantener en castellano: «(to build) castles in Spain» signfica «(construir) castillos en el aire».

que se llevase al conferenciante a su pupitre. Ivywood abrió entonces la marcha hacia una gran sala con numerosas sillas alineadas ante una especie de tarima y junto a unas mesas largas llenas de toda clase de refrescos. Y, señal del curioso entusiasmo que animaba a aquella sociedad, una de las mesitas estaba llena de manjares vegetales y de platos orientales. Se diría una mesa servida para satisfacción de un eremita indio extremadamente riguroso. Pero el hecho de que las otras mesitas más frecuentadas que la primera estuviesen repletas de platos de caza, langostas y champán no era menos significativo. Tampoco tuvo nada que objetar contra el champán de lord Ivywood Mr. Hibbs, que habría considerado más fuera de lugar meterse en un bar que en un burdel.

Y es que la conferencia no estaba exclusivamente consagrada al cerdo, y menos aún la reunión. Lord Ivywood, cuyo espíritu era un volcán rebosante de fantasías que pronto tomaban la forma de ambiciones, deseaba abrir un debate sobre los méritos comparados de la alimentación oriental y la alimentación occidental, y había comprendido que nada resultaba más a propósito para entrar en materia que aquella justificación del veto contra el cerdo que había iniciado Misysra. Él se reservaba para el segundo turno.

El profeta comenzó por unos cuantos despropósitos vertiginosos. Informó a su auditorio de que los ingleses habían vivido siempre en un terror inconfesado del cerdo por ser un símbolo sagrado del mal. Lo demostró por la costumbre general en Inglaterra de dibujar un cerdo guiñando el ojo. Lady Joan sonrió, pero sin poderlo remediar se preguntó si algunas aserciones de la ciencia moderna no serían tan fantásticas como la del turco como, por ejemplo, cuando determinados sabios han querido ver en la institución del «muchacho de honor», acompañante del novio que forma parte del cortejo en las bodas inglesas, un vestigio del matrimonio por rapto.

Afirmó a renglón seguido que ya se observaba el despertar de una nueva forma de entendimiento en algunos dichos populares en los que se expresa la repugnancia por la «imagen porcuna», pero sin rastro de miedo, más bien con el desdén racional de la duda, como en el caso de la expresión, ejemplificó el profeta, «¡Y un jamón con chorreras!».[3]

Lady Joan volvió a sonreír, pero preguntándose otra vez si aquella explicación no sería más forzada que la del historiador moderno que había querido probar la impopularidad del catolicismo en el reinado de los Tudor por la existencia de la expresión «galimatías»22.[4]

El conferenciante se lanzó entonces a la más laberíntica disquisición filológica para descubrir una relación entre los pecados de que se habla en las primeras páginas del Génesis y la palabra «jamón». Y también en aquella ocasión Joan hubo de preguntarse si todo aquello no era menos absurdo que otras disquisiciones que había oído sobre el hombre primitivo, desarrolladas por personas que no lo habían visto nunca.

[3]En el original Misysra cita el verso «rowley powley, gammon and spinach» de una cancioncilla sobre las andanzas de una rana intraducible al castellano pues, como muchas otras canciones infantiles, la elección de las palabras se basa en la rima y la sonoridad, por lo que el contenido no tiene una explicación lógica.

[4]En el original la expresión es «hocus pocus».

Sugirió después que si los irlandeses se habían visto reducidos al papel de guardianes de cerdos era porque constituían una casta inferior y envilecida, odiada por los sajones que no podían ver al cerdo. Y Joan se dijo que esto no era ni más ni menos descabellado que lo que había dicho sobre Irlanda un año antes un venerable archidiácono; lo cual condujo a un irlandés que ella conocía a tocar el *Shan Van Voght*[5] al piano antes de hacer trizas el instrumento.

De unos días a aquella parte, lady Joan Brett estaba pensativa. En parte se debía a aquella escena de la torre en la que había descubierto en Philip Ivywood un lado sensible y artístico que no le conocía, y, en parte, al día en que recibió malas noticias de la salud de su madre, noticias que, sin ser alarmantes, la obligaron a pensar en su soledad. En las sesiones anteriores no había hecho más que divertirse con las extravagancias del conferenciante que ahora peroraba sobre la tarima. Pero en esta ocasión experimentaba el extraño deseo de analizarlo y tratar de comprender cómo era posible que un hombre estuviese a la vez tan convencido, tan bien relacionado y tan lejos de la verdad. Y mientras escuchaba atentamente, cruzadas las manos sobre las rodillas, empezó a imaginar que ya lo comprendía.

Entretanto, el conferenciante se dedicaba a demostrar que a lo largo de la literatura inglesa la «imagen porcina» sólo se había empleado para significar desprecio. Y el conferenciante conocía bastante bien la historia y la literatura inglesa, más que ella y que su aristocrático auditorio. Pero Joan se percató de que, en cada caso, el conocimiento del turco era fragmentario, y lo que no conocía era el contexto. Desconocía la tradición. Y se sorprendió apuntando mentalmente cada ejemplo del discurso, como si redactara un acta de acusación.

Misysra Ammon sabía, cosa que ignoraban todos los ingleses presentes, que Ricardo II había sido llamado «jabalí» por un poeta del siglo XIII y «verraco» por un poeta del siglo XV. Pero, en cambio, no sabía ni una palabra de las tradiciones heráldicas y venatorias. No sabía algo que Joan, sin haber jamás pensado en ello, descubrió al instante, a saber, que los animales valientes y duros de pelar eran a los ojos de una época caballeresca animales nobles. El jabalí, por consiguiente, era un símbolo honroso y su cabeza servía de emblema a los más gloriosos capitanes. Ahora bien: Misysra se esforzaba en probar que Ricardo no había sido llamado «cerdo» hasta que cayó fiambre en la batalla de Bosworth.

Misysra sabía, cosa que ignoraban casi todos los ingleses presentes, que no había existido nadie que se llamase lord Bacon, apelación que no fue más que un seudónimo de lord Verulam o lord St. Albans. Lo que no sabía y lo que Joan comprendió por puro instinto en aquel instante, es que un título no es más que un simple juego de palabras, mientras que un apellido es algo serio. Bacon era un caballero cuyo apellido real era Bacon, cualesquiera que fuesen sus títulos. Pero Misysra se esforzaba en probar que Bacon era un apodo injurioso que le había valido su impopularidad y su caída.

Misysra Ammon sabía también, cosa que ignoraban casi todos los ingleses presentes, que Shelley tenía un amigo llamado Hogg, que una vez le jugó una mala pasada. Trató de probar inmediatamente que si aquel hombre fue llamado Hogg, que en len-

[5]Canción patriótica irlandesa.

gua inglesa también significa verraco, se debía a su mal comportamiento con Shelley. Y para reforzar tal argumento recordó que otro poeta, casi contemporáneo, también se llamaba Hogg. Lo que se le escapaba es una cosa que Joan había comprendido siempre por intuición, o sea, la naturaleza de las gentes que intervenían en tales historias, las tradiciones de aristócratas como Shelley o los poetas escoceses de la frontera como el Pastor de Ettrick.[6]

El conferenciante terminó con un pasaje impenetrablemente oscuro en que salieron a relucir los «cochinos» y los «coches» y que lady Joan renunció a comprender. «¿Cómo es posible que Philip Ivywood tome en serio estas cosas», se preguntó, y mientras se lo preguntaba, lord Ivywood se puso en pie.

Como Pitt y como Gladstone,[7] poseía el don de la dicción clásica; incluso cuando improvisaba, sus palabras se combinaban correctamente, cada una en su sitio como las columnas de un ejército bien disciplinado. Y Joan no tardó en notar que, a pesar de su oscuridad, la última frase del conferenciante había proporcionado a Ivywood la introducción perfecta para su discurso. Estaba segura de que los dos se habían puesto previamente de acuerdo.

—Recuerdo, aunque no hay motivo para que vosotros lo recordéis también, que cuando tuve hace días el honor de preceder en el uso de la palabra al conferenciante ilustre al que hoy tengo el honor de suceder, adelanté una afirmación que, a pesar de su sencillez, debió de parecer paradójica a muchos de mis oyentes. Dije entonces de manera más o menos explícita que la religión de Mahoma era la religión del progreso. Lo cual está en tan abierta contradicción con las convenciones y con los prejuicios históricos, que no me sorprenderá, ni me enojará que la opinión pública inglesa tarde todavía algún tiempo en admitir el hecho. Creo, sin embargo, señoras y señores, que ese tiempo va a quedar notablemente acortado por obra del notable alegato que acabamos de oír. Porque en la alimentación musulmana se halla un excelente ejemplo de la aptitud que tienen para una purificación progresiva, no menos que en su actitud ante las bebidas alcohólicas. Y además ilustra a la perfección lo que me he atrevido a llamar «principio de la Media Luna» o «principio del Cuarto Creciente», el principio del crecimiento perpetuo hacia la perfección infinita.

»En principio la religión musulmana no prohíbe el consumo de la carne. Pero de acuerdo con el principio de crecimiento que es la fórmula orgánica de su desarrollo, ha señalado el camino de una perfección que tal vez no sea todavía aplicable a nuestra naturaleza, al indicar, mediante un ejemplo sencillo pero impresionante, el peligro que implica el consumo de carne, al suspender ante nuestros ojos el repugnante y asqueroso esqueleto porcino como una advertencia, como una señal. En el tránsito gradual de la humanidad desde un sistema de alimentación grosero y sanguinario a otro sis-

[6]Apodo con el que se conocía, por su primera ocupación laboral y su lugar de nacimiento, al poeta escocés James Hogg (1770-1835), gran amigo de Walter Scott. Ambos se criaron en la zona fronteriza de Escocia con Inglaterra.

[7]William Pitt el Viejo (1708-1778), primer ministro británico del partido whig (1766-68).
William Ewart Gladstone (1809-1898), primer ministro británico del partido liberal (1868-74, 1880-85, 1886 y 1892-94).

tema más refinado, es el semita el que ha mostrado el camino. Es él, en cierta manera, quien ha empezado por lanzar una especie de anatema simbólico sobre la bestia por antonomasia, la bestia de las bestias. Con el instinto de un auténtico místico, ha elegido para proscribirlo de nuestros festines canibalescos al animal que simultáneamente alude a los dos aspectos de la suprema ética vegetariana. El cerdo es a la vez la criatura que mayor piedad nos inspira por su impotencia y que mayor asco nos produce por su fealdad.

»Sería insensato afirmar que no surgirá dificultad alguna a causa de las diferencias de nivel moral que se dan entre las distintas razas. Por ello se ha dicho siempre, y no sin razón, que los seguidores del Profeta que se habían especializado en las artes de la guerra entraron en contacto, que tenía poco de amistoso, con los hindúes que se habían especializado en las artes de la paz. Igualmente tenemos que confesar que el adelanto conseguido en materia de alimentación por los hindúes sobre los mahometanos es tan importante como el de los mahometanos sobre los europeos en materia de bebidas.

»Por otra parte, señoras y señores, conviene recordar sin descanso que todas las descripciones de conflictos habidos entre hindúes y mahometanos nos llegan por conducto de cristianos y, por consiguiente, deben ponerse en cuarentena. Pero, volviendo a nuestro tema, ¿cómo podemos descuidar una señal de peligro tan visible como la constituida por la prohibición de comer cerdo? ¿No hemos estado a punto de ver cómo todo un imperio se escurría de nuestras manos untadas de grasa de vaca? ¿No se inundaron de sangre los pozos de Kanpur porque nosotros no respetamos el horror que sienten los orientales por la efusión de una sangre sagrada?

»No obstante, si propusiésemos a todos el abandono gradual de la carne, tal como ordena el budismo y en parte el islam, algunas personas que se alteran ante la sola vista del progreso podrían preguntarnos: ¿dónde comienza la prohibición de la carne? ¿Puedo comer ostras? ¿Huevos? ¿Beber leche? A lo cual responderé: Puede. Puede comer y beber cuanto sea necesario en el estado que ha alcanzado en su evolución hacia un ideal de vida material más claro y más elevado. Si –agregó gravemente– me fuese lícito bromear sobre semejante tema, diría: Comed diez docenas de ostras hoy, si ello os ha de permitir no comer más que cinco mañana. Porque, decidme: ¿ha habido otra manera de realizar cualquier progreso en las costumbres públicas o privadas? ¿Por ventura el caníbal primitivo no se sorprendería ante la distinción que establecemos nosotros entre animales y personas? Todos los historiadores están de acuerdo cuando se trata de honrar a los hugonotes y al gran príncipe hugonote Enrique IV. Ninguno osará negar que su deseo de que cada francés tuviera todos los días una gallina que echar al puchero constituía una alta aspiración humanitaria. Mas no faltaremos al respeto debido a dicho gran hombre si ascendemos a concepciones más elevadas respecto a la suerte de la gallina, ya que en nuestra augusta ascensión hacia la verdad tenemos derecho a pasar sobre figuras de mayor alcance aún que la de Enrique de Navarra. De acuerdo en este punto con el islam, concedo y concederé siempre un gran lugar a la eminente figura, mítica o real, que está en el origen del cristianismo. Y estoy seguro de que la fábula, por lo demás increíble e irritante, que narra el chapuzón en el mar de una manada de cerdos es una alegoría que nos revela cuán precozmente se presintió que en todo animal existe un demonio que nos invita a devorarlo. No puedo dudar tampoco de que la historia del hijo pródigo que abandona sus pecados en el corral de sus cerdos es una ilustración de la tesis sentada por el Profeta de la Luna. Pero también en este caso es implacable el avance del progreso, y no pocos de nosotros hemos lamentado que los ecos gozosos que despertó la vuelta del hijo pródigo se vieran deshonrados por los berridos de agonía de un becerro.

»Por lo demás, quien ahora nos interrogue sobre la meta hacia la cual nos encaminamos desconoce la significación de la palabra progreso. Si tenemos que acabar viviendo sólo de la luz como dicen que hace el camaleón; si algún descubrimiento mágico semejante al del radio debe permitirnos un día transformar el propio metal en carne, sin tener que quebrar para ello el frágil abrigo de la vida, tiempo nos quedará para ocuparnos de tales cosas cuando efectivamente se hayan realizado. Por hoy nos basta haber alcanzado un nivel espiritual suficiente para querer que la cabeza viviente que abatimos no tenga ojos para acusarnos y que la hierba viva de que nos nutrimos no tenga voz, como la mandrágora, para echarnos en cara nuestra crueldad.

Lord Ivywood se volvió a sentar, sin dejar de mover sus labios descoloridos. Sin duda obedeciendo a lo acordado de antemano, Mr. Leveson se levantó y puso sobre la mesa el tema del vegetarianismo. Mr. Leveson expresó su parecer en el sentido de que el veto judaico y mahometano contra el cerdo era el verdadero origen del vegetarianismo. A su juicio, este veto constituía un inmenso avance y de ello sacaba argumento para subrayar el carácter progresivo de la religión del islam. Se afirmó en la idea de que las persecuciones infligidas a los hindúes por los mahometanos habían sido, sin duda alguna, muy exageradas; agregó que la rebelión india demostraba que Inglaterra no había respetado bastante los sentimientos de los orientales en esta materia. Estimaba que el vegetarianismo constituía un progreso sobre el cristianismo ortodoxo y que debíamos prepararnos a nuevos avances. Y como el secretario se había limitado a repetir punto por punto cuanto había dicho lord Ivywood, huelga indicar que este gentilhombre no dejó de felicitarlo por la audacia y la originalidad de los puntos de vista que acababa de exponer.

Obedeciendo a otra seña no menos concertada, Nobstante se levantó a continuación, aunque con aire algo indeciso, para apoyar a su predecesor. Empezó por declarar que sentía debilidad por la concisión. Él no era un orador, como lo era Bruto.[8] Únicamente con la pluma en la mano y ante su escritorio inundado de libros llegaba a sentir aquella sensación de responsabilidad confusa que era el solo placer de su vida. En aquel momento, sin embargo, se sentía algo más despierto que de costumbre, en parte porque le gustaba hallarse en casa de un lord; en parte por efecto del champán que probaba por primera vez y, en parte, porque el tema del progreso le brindaba una ocasión de lucir su don de sutilizar hasta el infinito.

—Sea cual sea nuestro punto de vista sobre la antigua disputa entre el islamismo y el budismo –comenzó con empaque solemne–, no hay manera de negar que la responsabilidad incumbe a las Iglesias cristianas. Si las Iglesias libres hubiesen accedido a

[8]Referencia al *Julio César* de Shakespeare.

dar un solo paso en el camino indicado por Mr. Opalstein, nos habríamos ahorrado no pocos conflictos teológicos.

En su estado actual, la situación le recordaba a Napoleón. Si de algo valía su opinión, se veía en la necesidad de afirmar que la Conferencia Wesleyana no había considerado con suficiente atención el problema de las verduras asiáticas. Evidentemente no sería él quien dedujese responsabilidades para nadie. Por nada del mundo querría culpar a nadie sobre el asunto. Nadie ignoraba las virtudes del doctor Coon. Todos sabían tan bien como él mismo que ningún obrero había prestado su concurso a la causa del progreso social con tanto ardor como Charles Chadder. Pero a veces se puede juzgar como indiscreción lo que en realidad no lo es, cosa que –él lo afirmaba sin temor– se había producido con excesiva frecuencia en los últimos tiempos. Era muy bonito eso de hablar del café, pero hay que recordar, sin que implique menosprecio a los canadienses, que todo ello ocurrió antes de 1891. Nadie se hallaba menos deseoso que él de ofender a los ritualistas, pero no vacilaba en afirmar que la cuestión que ponían sobre la mesa estaba mal planteada y que si bien, desde cierto punto de vista, los chivos...

Lady Joan se movió en su silla, como si se sintiese súbitamente atacada por un dolor. Y, en efecto, acababa de experimentar un nuevo acceso de su mal crónico. Era como casi todas las mujeres, incluso las de vida más confortable, valerosa ante la dolencia física, pero de vez en cuando la aquejaba un mal bautizado por los filósofos con muy diversos nombres, aunque ninguno tan filosófico como el de Aburrimiento.

Se dio cuenta de que no podría soportar a Hibbs ni un momento más. Sintió que si se quedaba allí oyendo hablar de chivos –fuese desde el punto de vista de Hibbs o el de cualquiera– se moriría. Abandonó su silla y se deslizó a un lado, simulando acercarse a las mesas de refrescos preparadas en el ala del edificio recientemente restaurada. Pronto llegó a las nuevas estancias orientales, cuyo

decorado estaba casi terminado, pero se abstuvo de probar un solo bocado de los manjares que cubrían las mesas. Se dejó caer en una otomana y allí se quedó con los ojos fijos en la cámara actualmente vacía de la torre mágica, en que Philip Ivywood le había hecho comprender que también él experimentaba alguna vez un deseo de belleza y de paz. Después de todo, era una especie de poeta a su manera, con una poesía más cercana a Shelley que a Shakespeare. Era cierto lo que había dicho sobre el torreón fantástico. Parecía, sin duda, el fin del mundo, y en cierto modo le mostraba a Joan que al final siempre hay un confín donde reina la serenidad.

Se incorporó apoyándose en el codo, emitiendo una breve risa. Acababa de aparecer un perro de aspecto grotesco y familiar que se acercaba a ella. Joan se agachó inmediatamente para levantarlo del suelo. Al levantarlo y alzar la vista, acababa de divisar algo que, en un sentido más cristiano y catastrófico, se le antojaba más evocador del fin del mundo que la estancia vacía de la torre.

XII

Los vegetarianos del bosque

El trabajo de freír hongos en una sartén abollada que había encontrado en la playa cuadraba muy bien a Humphrey Pump. Sin la menor pretensión de tener un conocimiento erudito, pertenecía a una casta de espíritus científicos que la ciencia moderna, por desgracia, ha expulsado de su seno. Era un naturalista a la antigua, como Gilbert White o Isaac Walton, que aprendía las cosas no por la vía académica, como un catedrático americano, sino, de hecho, como un indio americano. Cualquier verdad descubierta por un hombre de ciencia es sutilmente distinta de la que encuentra un hombre como hombre, porque su familia, sus amigos, sus convecinos, la clase social a que pertenece, sus costumbres, han hecho mella en su personalidad antes de que aprenda ninguna teoría. Sin duda, un botánico que diserta en una sesión de la Real Sociedad podrá afirmar que existen otras setas comestibles, además de los champiñones y las trufas. Pero mucho antes de llegar a ser botánico, y sobre todo botánico eminente, habrá tomado el hábito indefectible de no considerar como prácticamente comestibles más que los champiñones y las trufas. Sabrá que éstas son las que se consumen diariamente, que los champiñones forman parte de un lujo moderado, propio de las clases medias, mientras las trufas son, en cambio, un refinamiento mucho más costoso, reservado a las mesas ricas. Pero el naturalista inglés chapado a la antigua, cuyo primer representante fue Isaac Walton y Humphrey Pump uno de los últimos, habría en muchos casos empezado por el otro extremo y descubierto por experiencia –seguramente mucho más desastrosa– que si bien es cierto que unos hongos son comestibles y otros son venenosos, los primeros son, en definitiva, mayoría. Un hombre como Pump no tenía, pues, más miedo de un hongo que de un animal. No se estremecía pensando que una seta que crece sobre una piedra puede ser venenosa, como tampoco tendría por qué pensar que el perro que sale del bosque y se le acerca está rabioso. Conocía casi todas las especies de hongos y a los que pertenecían a especies ignoradas los trataba con una prudencia racional, porque para él la raza de esos duendes monópodos de extraños colores del bosque era una especie amiga del hombre.

—Ves –le decía a su amigo el capitán–, comer verduras y plantas no es malo, siempre que sepas lo que estás comiendo y comas tanto como necesites. Los burgueses se equivocan por dos razones. Primera, porque jamás se han encontrado en el caso de tener que comer una zanahoria o una patata porque es lo único que queda en la despensa, por lo que nunca han sabido, como lo sabe este burro, lo que significa tener ganas de comer una zanahoria. Solamente conocen las verduras como adorno de la carne. Saben que se come pato con guisantes y cuando se hacen vegetarianos no piensan más que en comer guisantes sin pato. Saben que es costumbre comer langosta con ensalada y cuando se hacen vegetarianos solamente piensan en comer ensalada sin langosta. ¡Ah!, pero su segundo error es peor que el primero. Hay muchas personas decentes por aquí, y más aún en el norte, que muy rara vez comen carne. En cambio, cuando la tienen delante, se atracan de ella. Bueno, pues con los burgueses pasa precisamente lo contrario. El burgués que no quiere comer carne en realidad no quiere comer nada. El supuesto vegetariano que va a la casa de Ivywood generalmente se parece a una vaca que estuviese tratando de alimentarse con sólo una brizna de hierba por día. Nosotros, capitán, de un tiempo a esta parte, hemos sido unos perfectos vegetarianos. Lo hemos sido para ahorrar el queso y nos ha costado poco porque hemos comido tanto como hemos querido.

—Lo que más cuesta –contestó Dalroy– es la abstinencia para ahorrar el contenido del tonel. Pero soy el primero en reconocer que me sienta bien. Y creo que esta abstinencia no me pesa porque podré interrumpirla cuando me dé la gana. Y a propósito –exclamó en seguida con uno de sus curiosos arrebatos de energía animal–, puesto a ser vegetariano, ¿por qué voy a dejar de beber? ¿Por qué no lo voy a ser también en cuestión de bebida? ¿Por qué no tomo vegetales de la manera más elevada, por así decirlo? El vegetariano sincero debería ser fiel al vino y a la cerveza, bebidas puramente vegetarianas, en vez de llenar el vaso de sangre de toro o de elefante, como supongo que hacen los partidarios convencidos del régimen carnoso. ¿Qué pasa?

—Nada –contestó Pump–, sólo miro si llega un visitante que suele aparecer a esta hora. ¡Bah, será que voy adelantado!

—No lo hubiera dicho nunca de ti –respondió el capitán–. Pero lo que decía es que beber licores fermentados es el triunfo del vegetarianismo. ¡Eso me da una idea! Podría componer una canción sobre el tema, como por ejemplo:

> Soy de los que beben ron
> a la moda marinera,
> y cerveza en garrafón
> a la moda de Baviera.
> También le tengo afición
> a la ginebra y al vino
> pues si son de vegetales
> todos los zumos combino.

—¡Vaya! Se abre una verdadera mina de delicias líricas y edificación del espíritu. ¡Y se puede tratar desde infinitos puntos de vista! Vamos a ver cómo sería la segunda estrofa... Algo así como...

> Al salir de un bodegón

muy alegre y campechano
le sacudí un pescozón
a mi amigo Mariano.

Él no se lo tomó bien
porque es un cerebro enano
que no sabe comprender
que yo soy vegetariano.

—Creo que de aquí podría sacar algo realmente instructivo para la especie humana. ¡Hola! ¿Es ésta la visita que esperabas?

El cuadrúpedo llamado *Quoodle* acababa de salir del bosque con un minuto largo de retraso respecto a su horario habitual y se aposentó junto al pie izquierdo de Pump con un aire preocupado.

—¡Buen chico! Parece –dijo el capitán– que nos has tomado cariño. Mucho me temo que en casa de Ivywood no lo tratan como se merece. Pero no quiero decir nada malo de Ivywood, Hump. No quisiera que su alma pudiese acusar a la mía de haber concebido contra él ninguna crítica mezquina. Quiero ser justo con él, porque le odio a muerte y le hago responsable de haberme arrebatado todas mis razones de existir. De todas maneras no creo que sea nada malo decir que no comprende a los animales, él no es tonto y sin duda lo reconocería. Por eso mismo es incapaz de comprender el lado animal del hombre. Todavía no se ha enterado de que tú ves y oyes veinte veces mejor que él. Tampoco sabe que mi circulación es mejor que la suya. Lo cual explica que haya reclutado un montón de seres extraños como colaboradores. No los ha mirado nunca de la manera que tú y yo estamos mirando a ese perro. En la conferencia de la Isla de los Olivos había un tipo llamado Gluck, amigo de Ivywood y que, seguramente por la influencia de su señoría, representaba a Alemania. Querido Pump, te aseguro que era un sujeto que un caballero como Ivywood no debió tocar ni con pinzas. No a causa de su raza, si es que la tenía, sino a causa de su persona. Se trata de un tipo despreciable, un vulgar cotilla, un soplón indecente... Pero cálmate, Hump; no te dejes dominar por la cólera como sueles hacer en cuanto hablamos de individuos así. Utiliza el sedante que te he recetado, compón versos.

A un doctor Gluck conocí,
narigudo extraordinario,
con muy poco de alemán
y mucho menos de ario.
Para él fue todo el lechón
en un tridente ensartado.
¡Yo me quedo con el ron,
porque soy vegetariano!

—Si eres un auténtico vegetariano –dijo Humphrey Pump– te recomiendo acercarte a probar estas setas. El lactario está bueno crudo e incluso frío. Las oronjas están mejor si se cocinan.

—Tienes razón –dijo Dalroy sentándose con todos los síntomas de un apetito silencioso–. Me callo porque como dice el poeta:

Sé callar en la posada,
no chisto en el bodegón.
Me digo: en boca cerrada
no entra mosca ni moscón.
Pero aquí, cuchillo en mano,
como setas sin temor,
que no me falta el valor
de un buen vegetariano.

Y atacó su ración con tal entusiasmo que no tardó en hacerla desaparecer. Enseguida lanzó una melancólica ojeada al barril, se puso en pie de un brinco y agarrando el poste con el letrero, que estaba arrimado a la empalizada, lo clavó en el suelo como si fuese un pendón. Su voz más recia que antes entonó:

Lord Ivywood puede talar,
talar sus bosques a porfía.
Pero...

—¿Sabes una cosa? –dijo Hump que acababa su comida–. Ya estoy un poco harto de ese sonsonete.

—¿Harto, dices? –replicó el irlandés en tono indignado–. Pues entonces voy a cantar una canción aún más larga con una melodía aún más tonta y siempre sobre los vegetarianos. Y, además, voy a bailar hasta que te pongas a llorar y me ofrezcas la mitad de tu reino y, entonces, pediré que me sirvan la cabeza de Mr. Leveson en esa sartén porque mi canción, permíteme que te diga, es una canción oriental en honor de un antiguo sultán de Babilonia, y debería ser cantada en palacios de marfil rodeados de palmeras y con acompañamiento de un coro de bulbules.

Y empezó a bramar otra balada de su cosecha sobre el vegetarianismo:

El rey de los judíos Nabucodonosor,
que, puesto en cuatro patas, andaba por los prados,
creyó haber descubierto el método mejor
para vivir en paz, tranquilo y sin cuidados:
paciendo hierba fresca con íntimo fervor.
Tra-ra-la-la...

Las gentes rutinarias le trataron peor
que el réprobo más réprobo, maldito del señor.
Que es cosa bien sabida que los innovadores
cosechan más injurias que coronas de flores.
Y así le pasó al rey Nabucodonosor.
Tra-ra-la-la...

Mientras iba cantando, Dalroy se había puesto a danzar como una bailarina, sin dejar de blandir el poste con su letrero. *Quoodle*, muy interesado por las evoluciones de aquel corpachón enorme, abrió los ojos y enderezó las orejas. En virtud de una de esas asombrosas transformaciones que se producen en el perro más sedentario, pareció comprender de pronto que aquella danza era un juego y se puso a ladrar, a correr en torno del bailarín y a saltar tan alto que se diría que se le iba a agarrar al cuello. Y por más que el marino, en cuestión de perros no fuese tan entendido como un campesino, entendía lo bastante para saber que no tenía nada que temer. Además, el vozarrón con que cantaba era capaz de cubrir los ladridos de toda una jauría.

Lord Foulon[1] el oscuro mató franceses sin pena,
pensó que era una cosa muy moderna y amena
ofrecerles forraje en lugar de pan y queso,
así que lo atraparon y lo llenaron de yeso.
Tra-ra-la-la...

Por su orgullo y su pasión perdió de esta forma la vida,
pero es para nosotros ya historia conocida
que los hombres avanzados pagan con dolor
como el rey de los judíos Nabucodonosor.

A Scudder el americano también le gustaba reír
y la misma idea moderna se propuso repetir:
ofrecerles vil forraje en bandejas de madera
a cientos de irlandeses construyendo carreteras.
Tra-ra-la-la...

Por su gran creatividad y su poco despilfarro
un día lo atraparon y embadurnaron de barro,
mas no es la primera vez que apedrean al trasgresor
como al rey de los judíos Nabucodonosor.

Con un abandono que, incluso en él, resultaba insólito, se metió danzando a través de los zarzales que rodeaban la capilla en ruinas, mientras el perro, convencido al fin de que no se trataba de un juego, sino de una expedición, quizá en busca de caza, se le adelantaba ladrando, olfateando el rastro que sus propias patas habían impreso ya en aquellos matorrales. Y antes de que Patrick Dalroy se diese cuenta de lo que hacía o recordase que en las manos portaba el letrero de la taberna, se halló ante la puerta de una especie de torrecilla que ocupaba la esquina de un edificio que, a pesar de sus esfuerzos, no recordaba haber visto. *Quoodle* inmediatamente trepó por los escalones de la estrecha y sombría escalera que conducía al interior de la torre; después, se volvió hacia su compañero con las orejas tiesas.

Sucede a veces que los acontecimientos piden demasiado al carácter de un hombre. En aquella ocasión, hubiera resultado excesivo pretender que Patrick Dalroy no

[1]José Francisco Foulon (1715-1789), consejero de Estado francés ajusticiado por la multitud al comienzo de la Revolución Francesa. Foulon recomendó, al enterarse de las quejas del pueblo necesitado de pan, que comieran heno.

aceptase semejante invitación. Hincando de un solo golpe el poste en el suelo cubierto de zarzas y de hierba espesa, encogió sus gigantescos hombros, pasó la puerta y empezó a subir la escalera. La oscuridad era completa; sólo después de haber recorrido dos curvas de las que describía la escalera, percibió una especie de resplandor; venía de una abertura en el muro que le pareció tan incómoda como el orificio de una gruta de Cornualles. Era tan baja que a duras penas logró dar paso a su corpulencia. El perro, familiarizado con aquel hueco, lo había salvado de un brinco, y después se volvió reclamando la presencia de Dalroy.

Si se hubiese hallado en el interior de una casa corriente, el capitán se habría arrepentido instantáneamente de su indiscreción y habría dado media vuelta. Pero el decorado que le rodeaba era totalmente diferente a cuanto había visto o creído posible hasta aquel día.

Su primera impresión fue que había entrado en la parte más apartada y secreta de un castillo encantado. Cada pieza parecía nacer de la siguiente, como los cuentos de *Las mil y una noches*. La ornamentación también pertenecía al mismo estilo, a un tiempo espléndida y opulenta, pero también fría y monótona. Se diría que habían construido un palacio de púrpura dentro de un palacio verde y un palacio de oro dentro del palacio de púrpura. Las puertas que daban paso de una estancia a otra tenían celosías cuyo curioso dibujo recordaba un mar ondulante y por algún motivo (el mismo que en un barco, pensó) le mareaba, infundiéndole la idea de que todo aquello era hermoso pero vagamente maléfico como las tristes y torcidas galerías del Rey de los Gusanos.

También se sentía, sin llegar a saber por qué, como una mosca en la pared o en el techo. ¿Era porque le recordaba a los pensiles de Babilonia o al Castillo Occidental del Sol y la Mansión Oriental de la Luna?[2] Le vino entonces a la memoria una época de su niñez en que había estado enfermo en cama durante mucho tiempo ante un papel pintado de aspecto vagamente oriental en el que había una serie de corredores vacíos y sin fin, iluminados con vivos colores. Recordaba también una mosca que avanzaba por uno de aquellos pasillos y a su tierna imaginación le había parecido que aquellos corredores estaban muertos y que las moscas, al pasar, los resucitaban.

—¡Dios mío! –exclamó–. ¡Será esta la verdadera diferencia entre Oriente y Occidente! El opulento Oriente ofrece cuanto se necesita para la aventura excepto los hombres que podrían vivirla. Tal vez eso explique perfectamente la tradición de las Cruzadas. ¿Sería ésta la idea de Dios cuando creó Europa y Asia? Ellos ponen el decorado y nosotros, los actores. Tal vez... De todas maneras en este palacio oriental se encuentran tres cosas extraviadas que son lo menos oriental del mundo: un buen perro, un sable recto y un irlandés.

En verdad, mientras avanzaba por aquel telescopio de colores tropicales, Dalroy experimentaba algo así como la libertad fatalista propia de los héroes (¿o deberíamos decir villanos?) de *Las mil y una noches*. Nada le hubiera extrañado en aquel lugar. No le hubiera admirado ver surgir de uno de aquellos jarros de porcelana que ocupaban un ángulo de la pieza una espiral de humo azul o amarillo, emanación del aceite de un mago. Casi no habría pestañeado si por debajo de las cortinas o de las puertas cerra-

[2]Este castillo pertenece a los cuentos tradicionales del folclore noruego.

das hubiese empezado a chorrear una sangre sombría, o si un negro mudo vestido de blanco hubiese aparecido llevando en la mano la cuerda de un arco después de haber hecho su trabajo. No le hubiera sorprendido despertar a un sultán al entrar en una de las habitaciones, con la consiguiente muerte tormentosa por haber cometido tal ultraje. Y no obstante, lo que vio le sorprendió de veras y entonces se dio cuenta de que no había parado de dar vueltas en el laberinto de su mente. Porque lo que tenía ante sus ojos era ni más ni menos el sueño de sus sueños.

Lo que veía cuadraba mejor a una mansión oriental que cuanto había imaginado hasta el momento. Sobre un diván de color rojo sangre, entre cojines anaranjados, yacía una mujer extraordinariamente hermosa cuyo cutis moreno habría envidiado una princesa de un cuento árabe. De todos modos, lo que le conmovía y le agitaba, no era esta congruencia entre la figura y el decorado, sino al contrario, su incongruencia. No era la rareza del espectáculo, sino su familiaridad lo que le dejó clavado en el sitio.

El perro, en cambio, echó a correr y la princesa del sofá le recibió cariñosamente, levantándolo sobre sus cortas patas traseras. Entonces alzó los ojos y quedó petrificada.

—Bismillah –dijo cortésmente el viajero oriental–, que vuestra sombra no se vuelva ni más delgada ni más recia. El comendador de los creyentes ha delegado al más humilde de sus siervos para que os devuelva este perro. No ha querido haceros esperar el tiempo necesario para reunir los quince mayores diamantes de la Luna y por eso se resigna a traéroslo sin collar. Los responsables de tamaño retraso serán azotados inmediatamente con colas de dragón hasta que lancen el último suspiro...

Pero la tremenda sorpresa que se reflejaba en el rostro de la joven le devolvió su vocabulario habitual.

—En dos palabras –concluyó– y en nombre del Profeta: un perro. Ojalá, Joan, que esto no sea un sueño.

—No lo es –contestó la muchacha, recobrando el habla–. Pero quién sabe si valdría más que fuese un sueño.

—Tal vez –prosiguió razonablemente el sonámbulo–; pero, ¿qué eres si no eres un sueño ni una visión? ¿Qué son todas estas estancias sino un sueño o una pesadilla?

—Estamos en la nueva ala de la casa de los Ivywood –dijo con dificultad la dama llamada Joan–. Lord Ivywood las ha mandado decorar al estilo oriental. Ahora está presidiendo un debate interesantísimo en defensa del vegetarianismo en Oriente. He salido un instante porque tenía demasiado calor.

—¿Vegetarianismo? –exclamó Dalroy con súbita exasperación poco justificada–. Esas mesas bien surtidas no tienen nada de vegetarianas.

Y al decir esto señalaba una de las mesas largas y estrechas que en casi todas las salas brindaban abundante fiambre y vinos caros.

—¡Tiene que ser tolerante! –exclamó a su vez Joan, que parecía estar a punto de encolerizarse–. ¡No puede pretender que personas que no fueron nunca vegetarianas se conviertan de repente!

—No tendría nada de particular –dijo Dalroy atravesando la estancia para acercarse a una de las mesas–. Oye, veo que tus amigos los ascetas le han dado al champán un buen repaso. No me creerás, Joan, pero hace más de un mes que no pruebo el alcohol.

Mientras hablaba había llenado una copa grande de las que se usan para mezclar vinos y se la había bebido de un trago.

Lady Joan se levantó, rígida, pero un poco temblorosa:

—¡Eso está muy mal, Pat! –exclamó–. No hagas el tonto. ¡Ya sabes que no es por el alcohol! Pero no has sido invitado y él no lo sabe. No es propio de ti.

—De acuerdo, se lo dejaré apuntado –replicó el pelirrojo con calma–. Sé exactamente lo que cuesta una copa de ese champán.

Y después de trazar cuatro palabras con lápiz en un menú, lo colocó sobre la mesa con tres chelines encima.

—¡Ahora sí que le has hecho la peor de las afrentas! –dijo lady Joan, blanca de indignación–. ¡Sabes tan bien como yo que ni siquiera va a tocar tu dinero!

Patrick Dalroy la miró durante varios segundos con una expresión extraña que a ella le pareció desconcertante.

—Qué curioso –observó al fin sin vestigio de cólera–; ahora eres tú quien ofende a Philip Ivywood. Yo le juzgo perfectamente capaz de aniquilar a Inglaterra y al orbe entero. Pero si soy sincero tengo que reconocer que no faltará jamás a su palabra y que la mantendrá con tanta más escrupulosidad cuanto más arbitraria sea. No comprenderás jamás a un hombre así si no te das cuenta de que puede hacerse esclavo de una convención, incluso de una recién introducida. Por una simple enmienda introducida a última hora en un texto legislativo es capaz de experimentar un sentimiento semejante al que tú puedas tener por tu madre o por Inglaterra.

—¡No empieces a filosofar! –interrumpió lady Joan–. ¿No comprendes que tu aparición me trastorna?

—Sólo quiero que comprendas la situación –replicó él–. Lord Ivywood me ha dicho en persona, con sus propios labios esmerados, que podía entrar a beber licores fermentados siempre que viese un letrero público. Y no va a cambiar ahora una convención. Seguramente si me encuentra aquí me mandará meter en la cárcel por ladrón, por vagabundo o en cualquier otro concepto. Pero no me echará en cara el champán. Así que aceptará los tres chelines y yo estaré honrando su gloriosa coherencia.

—No entiendo ni una palabra de lo que dices –dijo Joan–. Pero, ¿por dónde has entrado? ¿Cómo te voy a sacar de aquí? Parece que no te das cuenta de que estás en la casa de los Ivywood.

—Es que ahora tiene un cartel con otro nombre –dijo Patrick con gran naturalidad y condujo a la muchacha hasta el extremo del corredor en que se abría la última sala de la torre, por la que había entrado.

Obedeciendo a su indicación, lady Joan lanzó una rápida ojeada por el ventanal del que pendía la jaula dorada del pájaro color de púrpura y vio clavada ante la puerta medio entornada de la escalera el letrero, tan tieso y firme como si llevase siglos allí plantado.

—Como ves, estamos otra vez en El Viejo Navío –dijo el capitán–. ¿Quieres un licor que no sea demasiado fuerte?

Acompañó sus palabras con un ademán tan alegre y desenfadado que las facciones de lady Joan revelaron una emoción muy distinta del sentimiento que habría querido manifestar.

—¡Vaya! –exclamó Patrick con una satisfacción formidable–. ¡Todavía puedo hacerte reír!

Y atrayéndola violentamente contra su pecho le dio un beso y desapareció repentinamente de la torre encantada, dejándola sola, en pie, sobrecogida, sosteniendo con una mano su cabellera de azabache.

XIII

La batalla del túnel

Difícilmente conocerá nadie los sentimientos de lady Brett después de su segundo *tête-à-tête* en la torre. Pero cualesquiera que fuesen, su instinto femenino le decía que había que actuar: había reparado en que Dalroy había escrito algo en el dorso de un menú y sólo Dios sabría lo que sería, pero su temperamento profano no estaba satisfecho con que sólo la divinidad lo supiera. Regresó, pues, rápidamente, haciendo revolar su falda, hacia la mesa en que Dalroy había dejado su mensaje. Pero a medida que se acercaba, su paso se tornaba más lento y el vuelo de su falda más corto, y es que junto a la mesa en cuestión estaba lord Ivywood, leyendo las palabras de Dalroy con los ojos y la cara entornados hacia el papel, de forma que se acentuaba el óvalo alargado y perfecto de su rostro. Volvió a dejar la minuta con total naturalidad y, al ver a Joan, le dirigió una sonrisa de extremada simpatía.

—¿Has salido a tomar el fresco? –dijo–. Yo también, realmente hace demasiado calor. El doctor Gluck está a punto de pronunciar un discurso notabilísimo, pero no he podido quedarme a escucharlo. ¿No te parece que ha quedado bien mi decorado oriental? Es una especie de vegetarianismo estético, ¿verdad?

La llevó de una estancia a otra, haciéndole notar las medias lunas de color limón y las granadas purpúreas empleadas como temas decorativos; tan embebidos en su conversación estaban que por dos veces pasaron por delante de la puerta en que se celebraba la reunión sin apenas prestar atención a la inequívoca voz del diplomático Gluck, que se oía con perfecta claridad:

—Ciertamente, debemos antes a los judíos que a los árabes la idea de que el cerdo es impuro. No soy de los que abrigan prejuicios contra los judíos, que son tan comunes en mi familia como en todas las familias prusianas, aristocráticas y militares. A mi modo de ver, nosotros, los nobles prusianos, se lo debemos casi todo a los judíos. Son ellos los que han infundido en nuestras toscas virtudes teutónicas ese toque de refinamiento, esa superioridad intelectual...

Y la voz se perdía por los pasillos mientras lord Ivywood, por su parte, disertaba copiosamente sobre el empleo de las plumas de pavo real en el decorado y sobre ciertas interpretaciones orientales y extravagantes de la utilización del meandro griego en el embellecimiento de las paredes. Pero, al deshacer por tercera vez el paseo, oyeron un rumor de aplausos que anunciaba el fin de la conferencia, y vieron que la gente salía en tropel de la sala.

Con serena rapidez, lord Ivywood se apoderó de las personas que le hacían falta. Había acorralado a Leveson y parecía pedirle algo que obviamente ninguno de los dos quería hacer.

—Si el señor se empeña –se oyó decir a Leveson– iré yo mismo, claro está. Pero me permito opinar que hay otras cosas que reclaman mi atención con vistas a los proyectos inmediatos del señor. Y si pudiera hacerlo otra persona...

Si Philip, lord Ivywood, hubiese sido capaz de mirar, lo que se dice mirar, a una persona, se habría percatado de que J. Leveson, secretario, sufría una conocidísima dolencia, excusable en todo hombre y particularmente en alguien a quien le han hundido el sombrero de copa hasta los ojos y ha tenido que correr para salvar la vida.

Pero lord Ivywood se limitó a contestar:

—Bueno, bueno, busque a alguien que le acompañe. ¿Por qué no su amigo Hibbs?

Leveson fue en pos de Hibbs, que rondaba parándose en cada mesa para sorber una copa de champán.

—Hibbs –le dijo Leveson en tono bastante agitado–, ¿querría prestar un servicio a lord Ivywood? Parece que hay un hombre en el jardín, precisamente a la entrada de esa torre. Se trata de un individuo que ha dejado un mensaje para lord Ivywood y el señor tiene el deber de ponerle en manos de las autoridades si se puede dar con él. Tal vez no podamos, porque se haya largado ya, o porque haya mandado la misiva desde lejos. Naturalmente, lord Ivywood no quiere alarmar a las señoras ni ponerse en ridículo llamando a la policía inútilmente. Desearía, pues, que una persona sensata y con tacto, como usted, bajase a echar un vistazo junto a la torre y volviese a comunicarle si ha descubierto a alguien. Iría yo mismo, pero mi presencia es necesaria en la casa.

Hibbs meneó la cabeza y se sirvió otra copa de champán.

—Lo desagradable –continuó Leveson– es que, al parecer, se trata de un malhechor muy listo, «un hombre extraño y peligroso», me ha dicho su señoría, y es posible que se haya alojado en un escondite excelente, en un túnel abandonado que conduce a la playa, detrás de la capilla que se encuentra en la parte agreste del jardín. Como ve, el sitio no puede estar mejor escogido; si le buscan por el extremo de la playa, él se escapa por el del bosque y viceversa. Para mandar venir a la policía se necesitaría un buen rato y diez veces más para que pudiese llegar al otro cabo, es decir, al sitio en que el túnel desemboca en el mar, sobre todo porque el mar alcanza en dos o tres puntos los acantilados, entre la casa de los Ivywood y Pebblewick. No hay, pues, que inspirarle recelo, porque si no tomará la delantera. De modo que si encuentra a alguien por ahí, le habla como si tal cosa y vuelve aquí a avisarnos. No llamaremos a la policía hasta que usted regrese. Háblele como si pasara por allí por casualidad. Su señoría desea que su presencia parezca puramente casual.

—Desea que mi presencia parezca puramente casual... –repitió Hibbs con gravedad.

Y cuando el inquieto Leveson hubo desaparecido, Hibbs tomó aún un par de copas de champán, consciente de que un lord le acababa de confiar una alta misión diplomática. En seguida salió por el hueco que llevaba a la escalera, la bajó y no tardó en descubrir el sendero que conducía al jardín abandonado y a los matorrales.

Anochecía y una luna precoz brillaba sobre la capilla en ruinas, dando a los hongos un lustre que los asemejaba a las escamas de un dragón. La brisa era fresca y ejerció sobre Mr. Hibbs una notable influencia. Se sorprendió al verse interesado por la escena y muy particularmente por una seta blanca moteada de puntitos pardos. La idea de que existiera un hongo blanco con puntitos pardos le hizo reír. Después, pronunciando meticulosamente cada sílaba, dijo: «Su señoría desea que mi presencia parezca puramente casual». Luego trató de recordar otra cosa que le había dicho Leveson...

Empezó a abrirse paso a través del matorral que rodeaba la capilla, pero halló bajo sus plantas un piso mucho más desigual y difícil de lo que había previsto.

Resbaló e intentó detener la caída agarrándose a un ángel mutilado que se alzaba en un ángulo del edificio gótico. Desgraciadamente el ángel estaba despegado y se tambaleaba sobre su zócalo. Durante unos segundos pareció que Mr. Hibbs estuviese bailando al claro de luna, con un ángel por pareja, con tanta pasión como irreverencia. Pero no tardaron en caer cada cual por su lado, tras lo cual Mr. Hibbs quedó tendido de bruces en la hierba emitiendo unos sonidos incomprensibles. Podría perfectamente haberse quedado en aquella postura o, por lo menos, haber experimentado ciertas dificultades para levantarse, si no hubiese sobrevenido una nueva circunstancia. Al verlo de bruces, *Quoodle*, que le había seguido por la escalera con solicitud naturalísima, se puso a ladrar como si se hubiese pegado fuego a la casa.

Tales ladridos provocaron, como respuesta, unos recios pasos que venían de la parte más alejada del soto; uno o dos minutos después el hombretón pelirrojo miraba con manifiesta sorpresa al hombre que yacía en el suelo. Fue el momento que eligió Hibbs para repetir con una voz que surgía entre su rostro y la tierra:

—Que mi presencia parezca puramente casual.

—Lo parece –dijo el capitán–. ¿Le ayudo a levantarse? ¿Se ha hecho daño?

Amablemente le alzó del suelo y le miró verdaderamente preocupado. Con la caída, el enviado de lord Ivywood se había despejado un poco y de su mejilla manaba sangre de un rasguño más aparatoso que grave.

—Vaya, lo siento –dijo Patrick Dalroy cordialmente–. Venga a sentarse un momento en nuestro campamento. Mi amigo Pump volverá de un momento a otro y es un médico formidable.

Pero si su amigo Pump era un médico formidable, el capitán era todo lo contrario, pues en vez de diagnosticar inmediatamente la clase de mal que aquejaba a Mr. Hibbs, le obligó a sentarse y, movido por el resorte de su naturaleza hospitalaria, se apresuró a ofrecerle una copa de ron.

En cuanto se echó aquel refuerzo, los ojos de Mr. Hibbs se abrieron de par en par, pero sobre un mundo enteramente nuevo.

—... sea cual sea nuestro punto de vista... –dijo y en seguida se puso a contemplar los matorrales con expresión de sagacidad y contento.

Se llevó la mano al bolsillo y lo revolvió como quien busca una carta que le han encargado echar al correo. Sólo sacó un viejo bloc de periodista que llevaba consigo cuando esperaba tener ocasión de entrevistar a alguien. Por aquel contacto se despertó su instinto profesional.

—Así pues... ¿su opinión... sobre el vegetarianismo, coronel Pump?

—Es una lata –contestó inmediatamente quien había sido obsequiado con aquel título inesperado.

—¿Podemos afirmar –insistió Hibbs alegremente pasando una hoja de su bloc– que es vegetariano convencido?

—No; nada convencido –contestó Dalroy imperturbable.

—«No está convencido» –murmuró Hibbs, trazando garabatos con el lápiz al revés–. ¿Y qué alimento le parece mejor para un verdadero vegetariano?

—Cardos borriqueros –contestó el capitán con cierta fatiga–. Pero no estoy muy enterado, ¿comprende?

—Lord Ivywood, vegetariano convencido –dijo Mr. Hibbs meneando la cabeza con veneración–. Lord Ivywood ha dicho: tacto. Háblele con naturalidad... Y así le hablo. Así, con naturalidad.

En aquel momento, Humphrey Pump salió de la parte menos espesa del bosque tirando del asno que precisamente acababa de administrarse una buena ración de los vegetales recomendados por Dalroy a los vegetarianos convencidos. El perro pegó un brinco y fue a su encuentro. Pump, que era el hombre más cortés del mundo, no dijo esta boca es mía, pero al primer vistazo se dio cuenta de lo que Dalroy debió advertir antes de ofrecer un vaso de ron a su inesperada visita.

—Lord Ivywood –murmuraba el periodista diplomático–, lord Ivywood ha dicho: «Háblele como si pasase casualmente por allí». Eso es. Eso es tacto. Le hablo como si pasase casualmente... Tacto, tacto... No van a llegar nadando, al otro lado del túnel está el mar y los acantilados... No creo que sepan nadar...

Volvió a agarrar su cuaderno de notas y buscó el lápiz en vano.

—Un buen tema para una encuesta: ¿sabe nadar la policía?

—¿La policía? –repitió Dalroy en un silencio de muerte. El perro enderezó las orejas y el tabernero se quedó quieto.

—Primero, ir a ver a lord Ivywood; segundo, poner policía al otro lado de túnel. Primero es tontería si no hay segundo, segundo es tontería si no hay primero. Que mi presencia parezca puramente casual.

—Voy a poner los arreos al burro –dijo Pump.

—¿Pasará por esa puerta? –preguntó Dalroy, indicando con un gesto la entrada de la rudimentaria empalizada con que habían disimulado el túnel–. ¿O mejor la rompo?

—Pasará perfectamente –respondió Pump–. Ya pensé en ello cuando la hice. Y creo incluso que voy a llevarlo hasta el otro extremo del túnel antes de cargarlo. Lo mejor será que arranques uno de esos abetos jóvenes para obstruir la puerta. Eso les entretendrá uno o dos minutos; de todas maneras tenemos tiempo de sobra.

Llevó al asno junto al carro y le puso los arreos con sumo cuidado; como buen hombre astuto, en el sentido sano de la palabra, sabía que es preciso dejar transcurrir con parsimonia el tiempo para sacar el máximo provecho. Después hizo pasar el animal y el carrito a través de la precaria barricada. *Quoodle*, cómo no, le seguía de cerca.

—Discúlpeme, pero tengo que arrancar un árbol –dijo cortésmente Dalroy a su invitado, como si se excusase al coger una cerilla. Y uniendo el hecho a la palabra, descuajó un tierno abeto, como si aún se hallase en la Isla de los Olivos, y lo cargó sobre la espalda, como si fuese la clava de Hércules.

Entretanto, en la casa de Ivywood el propietario de la misma ya había telefoneado un par de veces a Pebblewick. No solía tolerar un retraso semejante y, aunque no expresó su impaciencia en palabras, bien se echaba de ver en sus idas y venidas. Hubiera preferido no llamar a la policía sin antes haber recibido noticias de su embajador, pero pensó que una pequeña conferencia preliminar con determinadas autoridades policíacas que conocía allanaría el camino. Descubriendo a Leveson, que se había refugiado en un rincón, dio bruscamente media vuelta y le disparó esta orden:

—Es necesario que vaya a ver qué le ha sucedido a Hibbs. Si hay alguna ocupación que le retiene aquí, le doy permiso para abandonarla. Sí no, me veré obligado...

En aquel momento vibró el timbre del teléfono y el aristócrata se abalanzó sobre el aparato con una prisa en él desacostumbrada. Leveson, por su parte, comprendió que no tenía más remedio que ejecutar la orden que le acababan de dar o perder el empleo. Marchó, pues, hacia la escalera, sin detenerse más que una vez en el camino y precisamente junto a la misma mesa en que Hibbs se detuviera para sorber dos copas del mismo brebaje. Nadie, sin embargo, ose atribuirle los móviles frívolos y mundanos que inspiraron a Mr. Hibbs. No: Mr. Leveson no bebió por gusto; de hecho, ni siquiera sabía con certeza lo que se estaba metiendo en el cuerpo. Su motivo para beber era mucho más sencillo: un sentimiento descrito acertadamente en el lenguaje jurídico como miedo por la integridad física.

En parte reanimado, pero no reconciliado con la idea de correr una aventura, bajó con precaución la escalera y lanzó una mirada al soto buscando el rastro de su compañero de diplomacia. Ni los ojos ni los oídos le trajeron dato alguno, si se exceptúa una especie de canción que sonaba a lo lejos pero que aumentaba en volumen a medida que Leveson avanzaba. Las primeras palabras que oyó decían algo así:

> ¡Nada de leche de vaca,
> nada de leche de cabra,
> que el jerez sienta mejor
> y comunica otro ardor
> al buen vegetariano!

Leveson no podía identificar el terrorífico vozarrón que entonaba aquella canción. Pero sintió la extraña y turbadora sospecha de que reconocía otra voz, trémula y refinada, aunque un poco cambiada, que repetía el estribillo.

> ¡y comunica otro ardor
> al buen vegetariano!

El terror iluminó sus entendederas y se hizo una idea aproximada de lo que había ocurrido. Con un suspiro de liberación, se dijo que tenía un excelente pretexto para volver a la casa. Echó a correr como una liebre mientras aquel bramido retumbaba en sus oídos como el rugido de un león.

Halló a lord Ivywood en conferencia con el doctor Gluck y con Mr. Bullrose, el administrador, cuyos ojos de sapo dejaban comprender que no había vuelto del asombro que le produjera el cuento del letrero fantasma que circulaba por la campiña inglesa; no obstante, para ser justos con él, hay que reconocer que era el más eficaz y valiente de los consejeros de lord Ivywood presentes en el lugar.

—Me temo que, sin hacerlo adrede –balbuceó Leveson–, Mr. Hibbs... Temo que... temo que el hombre esté a punto de escaparse, milord. Mejor sería llamar a la policía.

Lord Ivywood se volvió al administrador.

—Vaya a ver lo que sucede –le dijo sencillamente–. Yo iré en cuanto haya llamado a la policía. Y reúna a algunos criados provistos de garrotes o con lo que hallen a mano. Por suerte, las damas ya se retiraron. ¡Oiga! ¿Es la policía?

Bullrose bajó al soto y por diversas razones lo atravesó con menos dificultades que el histriónico Hibbs. La luna brillaba con insólito resplandor, de modo que toda la escena estaba bañada en una claridad argentina. En aquella límpida atmósfera, distinguió a un hombre de altísima estatura, de pelo alborotado, que llevaba bajo el brazo un enorme queso redondo, mientras que con el índice de su mano libre señalaba a un perro con el que parecía entablar una conversación.

El administrador tenía el deber y el deseo de detener con hábiles palabras al hombre que acababa de identificar como responsable del misterio del letrero. Pero hay personas que por más que quieran no pueden ser corteses y Mr. Bullrose era de su gremio.

—Lord Ivywood quiere saber qué es lo que hace usted aquí –dijo bruscamente.

—No caigas, sin embargo, en el error, querido *Quoodle* –decía Dalroy al perro que no separaba sus insondables miradas del rostro de su interlocutor–, no caigas, querido *Quoodle*, en el error común de suponer que la expresión «buen perro» se emplea aquí en un sentido absoluto. Un perro sólo se califica de bueno o malo relativamente a una serie de deberes definidos por la civilización humana.

—¿Qué hace aquí? –repitió Mr. Bullrose.

—Un perro, querido *Quoodle* –prosiguió el capitán– no puede ser tan bueno ni tan malo como un hombre. Aún voy más lejos. Casi te diré que un perro no puede ser tan estúpido como un hombre. No sería capaz de ser tan imbécil en su calidad de perro como pueden serlo ciertos hombres en calidad de hombres.

—¿Quiere contestarme? –gritó el administrador.

—Es esto precisamente lo más lamentable –continuó el capitán, cuyo monólogo parecía hipnotizar la atención del perro–; es esto precisamente lo más lamentable, porque esta insuficiencia mental se manifiesta a veces en los buenos, por más que supongo que sería fácil encontrar ejemplos de lo contrario. Ahí tienes, por ejemplo, esa persona que se halla a poca distancia de nosotros y que es a la vez estúpida y malvada. Pero, ¡cuidadito, *Quoodle*! Fíjate bien en que el mal concepto en que le tenemos proviene no de sus defectos *intelectuales*, sino de sus flaquezas *morales*. Si yo te digo: «Muérdele, *Quood-*

le!» o «¡Que no escape, *Quoodle*!», no olvides que es únicamente su maldad y no su estupidez lo que me mueve a darte esta orden. Su estupidez no bastaría para autorizarme a pronunciar, en el tono realista que empleo en este instante, la orden: «¡Muérdele, *Quoodle*!».

—¡Maldito sea! Párelo –chilló Mr. Bullrose huyendo, mientras *Quoodle*, que sentía correr por sus venas la sangre del bulldog progenitor, le perseguía.

—Si Mr. Bullrose decide encaramarse a un árbol o a un poste con letrero y todo –continuó Dalroy (y realmente, el administrador se había agarrado ya al poste susodicho porque le había parecido más sólido que los tiernos abetos que le rodeaban)– entonces, amigo *Quoodle*, no le pierdas de vista y confío en que sabrás recordarle constantemente que si se encuentra a esa altura no es por estupidez sino por maldad.

—¡Alguien pagará cara esta farsa! –dijo el administrador que se agarraba al poste como el mono a su cocotero, mientras *Quoodle* desde el suelo le testimoniaba un vivo interés–. ¡Se van a acordar de esto! Ahí está el señor Ivywood con la policía.

—¡Buenos días, milord! –dijo Dalroy mientras Ivywood, más pálido aún que de costumbre por obra de la luna, avanzaba hacia ellos a través del soto. Parecía que el destino gustase de poner su lividez en contraste con los colores más suntuosos, y en aquel momento, para no faltar a la regla, le daba relieve el pomposo uniforme diplomático del doctor Gluck que le seguía.

—Me alegro de verle, milord –dijo Dalroy en tono majestuoso–. Siempre resulta algo violento tratar los asuntos con un representante, sobre todo para el representante.

—Capitán Dalroy –dijo lord Ivywood con una dignidad perfecta–, siento que nos encontremos en semejantes circunstancias Y creo conveniente advertirle que la policía llegará aquí en breve.

—¡Ya era hora! –dijo Dalroy meneando la cabeza–. No había visto una cosa tan grotesca en mi vida. Y conste que me duele porque es un amigo suyo. Confiemos en que la policía evitará que aparezca en los periódicos la casa de Ivywood. Pero yo nunca consentiré que haya una ley para el rico y otra para el pobre; sería una gran vergüenza que un hombre que se ha puesto en semejante estado pueda salir impune con sólo decir que pilló la mona en casa de su señoría.

—No le entiendo –dijo lord Ivywood–. ¿De qué me habla?

—De él –replicó el capitán designando con gracioso gesto un tronco de árbol que yacía a un metro del túnel–, del pobre hombre por quien se molesta en venir la policía.

Lord Ivywood fijó la vista en el tronco y quizá por primera vez en su semblante se dibujó un cándido asombro.

Y es que encima del tronco aparecían dos objetos gemelos en los cuales, después de un detenido examen, reconoció las suelas de unos zapatos de charol que se ofrecían a su vista como solicitando su opinión sobre la necesidad de un remiendo. Era todo lo que se veía de Mr. Hibbs, que estuvo sentado en el tronco hasta que se cayó de espaldas y que se diría enteramente satisfecho de su nueva postura.

Su señoría se caló las gafas que le echaban diez años encima y preguntó con voz metálica:

—¿Qué significa esto?

El único efecto que produjo la pregunta sobre el honrado y fiel Hibbs fue el de moverle a agitar débilmente las piernas, sin duda para saludar la presencia de su soberano.

Era evidente que desesperaba del éxito de toda tentativa para levantarse. Dalroy se le acercó en unas cuantas zancadas, y alzándole por el cuello del traje, le exhibió inerte, con los ojos perdidos, a todos los presentes.

—No serán necesarios muchos policías para llevarlo a la comisaría –dijo el capitán–. Lo siento, lord Ivywood, pero creo que no puede pedirme que vuelva a hacer la vista gorda. No podemos hacerlo –dijo meneando la cabeza con aire inexorable–. Mr. Pump y yo hemos velado siempre por el buen nombre de nuestro establecimiento. El Viejo Navío se ha ganado una reputación que mantener en todo el país, de hecho en sitios muy diferentes. Y en todos, por estrambóticos que fuesen, la gente ha opinado que era un lugar sosegado y familiar. El Viejo Navío es una casa seria. No crea que puede mandarnos a todos sus alborotadores y borrachos...

—Capitán Dalroy –interrumpió Ivywood sin inmutarse–, me parece que sufre una confusión que no sería digno mantener un segundo más. Sean cuales sean las consecuencias que deriven del estado de este caballero y el significado de estos extraordinarios incidentes, cuando hablé de la policía quise darle a entender que vendrían por usted y su cómplice.

—¡Por mí! –exclamó el capitán aparentando una inmensa estupefacción–. ¡Pero si yo no cometí la menor falta en toda mi vida!

—Ha vendido alcohol contraviniendo el artículo 5º de la Ley sobre...

—¡Pero tenemos letrero! –arguyó Dalroy agitado–. Y usted dijo que si había letrero todo estaba en regla. ¡Mire, mire nuestro nuevo letrero, el letrero del Administrador Alpinista!

Mr. Bullrose no había despegado los labios, porque sin duda se daba cuenta de que su posición no tenía nada de digna y prefería esperar a que su amo se alejase. Cuando éste levantó los ojos, se creyó transportado a un planeta de monstruos.

Mientras el lord se reponía del susto, Patrick Dalroy decía con vivacidad:

—Como ustedes pueden ver aquí todo es correcto. No puede mandarnos a la cárcel porque tenemos letrero, un letrero viviente. Tampoco puede mandarnos encerrar por vagabundos o por indigentes. Tenemos medios de subsistencia (y al decir esto descargaba una palmada vigorosa sobre el enorme queso que resonaba como un tambor) que no pueden estar más a la vista. ¡Y al olfato! –y con gesto brusco puso el queso casi debajo de las narices de lord Ivywood.

Después girando sobre sus talones, dio un fortísimo empellón a la puerta de la empalizada, y lanzó el queso por la pendiente del túnel por el que dio vueltas con un ruido atronador hasta que un grito de Pump anunció que había llegado a su destino. Era éste el único artículo de su equipaje que quedaba al lado de acá del túnel. Cuando Dalroy se volvió su actitud era otra totalmente distinta.

—Veamos ahora de qué puede acusarme, Ivywood. Le voy a proponer una cosa. Si me concede un solo favor, le prometo que me entregaré a la policía tranquilamente en cuanto llegue. Pero déjeme elegir mi delito.

—No le comprendo –respondió fríamente el otro–. ¿De qué delito me habla? ¿A qué favor se refiere?

El capitán Dalroy desenvainó la espada que pendía siempre junto a su uniforme descolorido. La hoja relumbró gloriosamente bajo el rayo de luna mientras la tendía en dirección del doctor Gluck.

—Coja la espada de ese usurero –dijo–. Tiene poco más o menos la misma longitud que la mía y si usted quiere las cambiaremos. Concédame diez minutos en un claro del bosque. Y así es muy posible que desaparezca de su camino político de una manera más propia de unos enemigos que en su día fueron amigos, que si me manda prender por dos polizontes que cualquiera de sus antepasados se hubiera avergonzado de emplear. Por otra parte, también es posible que cuando llegue la policía halle un motivo legítimo para echarme el guante.

Hubo un largo silencio y el duende de la chanza reapareció en el espíritu de Dalroy:

—Mr. Bullrose, desde el trono que ocupa, domina el campo y podrá velar por que se cumplan las reglas. Por mi parte, mi padrino será Mr. Hibbs.

—Me veo obligado a declinar la invitación del capitán Dalroy –dijo al fin Ivywood con un tono extraño–. Y no es porque..

Pero antes de que pudiese acabar la frase, Leveson interrumpió gritando:

—¡Aquí está la policía!

Dalroy, que tenía la costumbre de dejar las cosas para última hora, arrancó el letrero, al que Bullrose seguía agarrado, le obligó a caer con una sacudida como si fuese un fruto maduro y se lanzó ruidosamente hacia el túnel seguido de *Quoodle*. Antes de que Ivywood, el más veloz de su grupo, pudiese entrar, Dalroy había vuelto a empujar la puerta de tablas y la había atrancado con el abeto. No había tenido tiempo de devolver la espada a su vaina.

—Derriben esa puerta –dijo Ivywood tranquilamente–. Aún no han acabado de cargar su vehículo.

Obedeciendo sus órdenes sin el menor entusiasmo, Bullrose y Leveson levantaron el tronco de árbol del que había salido Hibbs y después de haberlo balanceado de adelante atrás y de atrás adelante como un ariete, hundieron la puerta. Lord Ivywood se abalanzó al interior.

Una voz sosegada le interpeló desde el otro cabo del túnel. Había en esta voz que brotaba de las tinieblas algo de conmovedor y de terrible. Si Philip Ivywood hubiese sido un poeta en lugar de todo lo contrario, es decir, un esteta, habría comprendido que todo el pueblo y el pasado de Inglaterra estaba pronunciando su oráculo desde el fondo de aquella caverna. Pero como era lo que era, no oyó más que la voz de un tabernero perseguido por la policía. Con todo, no pudo menos de detenerse, como paralizado por un hechizo.

—Milord, quisiera decirle una palabra. Yo también estudié el catecismo y no tengo nada de radical. Desearía que reflexionase sobre lo que me ha hecho. Me ha robado una casa que era mía del mismo modo que ésta es suya. Ha convertido en un vagabundo harapiento a quien fue en otro tiempo un hombre respetado en la iglesia y en el mercado. Y ahora me quiere mandar a una celda o a que me azoten con un látigo. Permita que le pregunte: ¿qué cree que pienso de usted? Porque vaya a Londres para arreglar sus asuntos con los lores del Parlamento y traiga montones de papelajos llenos de palabras largas, ¿cree que tiene mejor aspecto a los ojos de sus víctimas? Por lo que veo, es simplemente un amo malvado, como los que Dios castigó en tiempo antiguos; como Squire Varney, a quien mataron las comadrejas en Holly Wood. Bueno, pues el pastor nos ha dicho siempre que se podía disparar contra los ladrones. Y quiero prevenir a su señoría –concluyó respetuosamente– de que tengo un fusil.

Ivywood dio inmediatamente un paso hacia delante y pronunció con una voz estremecida por una emoción indefinible:

—La policía está aquí, pero voy a detenerle con mis propias manos.

Sonó un tiro que repercutió en los mil ecos del túnel. A lord Ivywood se le doblaron las piernas y se derrumbó en el suelo con una bala encima de la rodilla.

Casi simultáneamente, un grito y un ladrido anunciaron que el carro estaba completamente cargado y que echaba a andar. La carga no sólo estaba completa, sino aumentada, porque un segundo antes de arrancar, *Mr. Quoodle* saltó dentro del vehículo y mientras éste avanzaba dando tumbos, el perro se mantenía muy tieso y con cierto empaque solemne.

XIV

La criatura que el hombre olvida

A pesar del revuelo que produjo la herida de lord Ivywood y de las dificultades con que luchó la policía para abrirse camino a lo largo de la costa, es casi seguro que los fugitivos de la taberna rodante hubiesen sido atrapados si un incidente que, curiosamente, tenía su origen en los debates que se desarrollaban en Ivywood sobre el vegetarianismo no lo hubiese impedido.

Lord Ivywood tardó en descubrir lo que acontecía en su jardín por culpa, principalmente, de un largo discurso que Joan no había oído y que fue pronunciado antes de la alocución final del doctor Gluck. Desde luego se trataba de la charla de un excéntrico. La mayoría de los oyentes y casi todos los oradores eran, en un género o en otro, verdaderos excéntricos. Pero el orador a que nos referimos ahora era un excéntrico muy rico y de buena familia, diputado y juez de paz, un pariente de lady Enid y una personalidad conocidísima en el mundo literario y artístico. En definitiva, que podía ser lo que le diese la gana, desde un revolucionario hasta un pesado.

Dorian Wimpole empezó a darse a conocer fuera de su clase social con el extravagante nombre de poeta de los pájaros. Su primer libro, que traducía los trinos y los cantos de las aves en una serie de soliloquios fantásticos y profundos de estos filósofos con plumas, contenía una gran dosis de inventiva y elegancia. Desgraciadamente era de los que tienden a tomar demasiado en serio sus propias fantasías y cuyas extravagancias, perfectamente legítimas, carecen del aliño de la ironía. Así, en una de sus últimas obras, cuando explicaba la «Fábula del ángel», que sentaba la teoría de que las criaturas aéreas pertenecen a un orden más elevado que los humanos o los antropoides, adoptaba un tono que parecía casi excesivamente serio. Y cuando presentó una enmienda al proyecto de construcción del pueblo modelo de Peaceways suscrito por lord Ivywood, pidiendo que por razones de higiene las casas tuviesen la forma de nidos colgados de los árboles, muchos echaron de menos su primitivo estilo. Pero cuando, persistiendo en el nuevo, fue más allá de los pájaros y llenó sus poemas de una hipotética psicología de la fauna terrestre, el contenido resultaba cada vez más críptico, y la crítica lady Susan no vaciló en calificar aquella etapa de período de decadencia. Eran textos de muy difícil lectura porque presentaban himnos imaginarios, canciones de amor y canciones de guerra de animales de ínfima raza sin una sola palabra de explicación previa. De modo que alguien, buscando una composición a propósito para un salón, daba con la titulada «Canto de amor del desierto», que empezaba así:

> Su cabeza se yergue entre las estrellas.
> Su joroba está henchida de orgullo...

De manera que el cumplido, para dedicarlo a una dama, parecía un poco extravagante hasta que el lector se percataba de que los personajes del idilio eran una pareja de camellos. Sorpresa análoga esperaba al lector del poema titulado sencillamente «La marcha de la democracia» y que empezaba con estos versos:

> Camaradas, marchemos sin cesar,
> roamos las puertas y las tarimas..

El consejo, para estar dedicado a los proletarios, resultaba de una utilidad discutible, pero siguiendo la lectura se acababa comprendiendo que se trataba de una llamada a la solidaridad social en boca de una rata elocuente y ambiciosa. Lord Ivywood había incluso reñido a su lírico pariente por el realismo desbocado de un poema titulado «Canción de los bebedores», hasta que el poeta le tranquilizó explicándole que los bebedores eran unos bisontes y que la bebida no era más que agua clara. Su visión del marido perfecto, descrito en función de los sentimientos de una joven morsa hembra, era sugerente y profunda; pero sin duda habría sido corregida por cualquiera que hubiera experimentado tales sentimientos. En fin, su soneto titulado «Maternidad» pintaba al escorpión cachorro de una manera vívida y convincente, sin por ello lograr hacerlo completamente simpático. Conviene, de todos modos, reconocer que por principio solía aplicarse a los casos más difíciles, declarando a quien quería oírle que el poeta no tenía derecho a olvidar a la más humilde de las criaturas.

Pertenecía al mismo tipo rubio que su primo, con bigote y cabello largo, y unos ojos azules que tendían a la distracción; vestía muy bien con cierta negligencia intencionada, llevaba un abrigo de terciopelo marrón y en su anillo la efigie de uno de los animales que veneraron los egipcios.

Su discurso había sido agradable, elegante y muy largo. Tema: la ostra. Había protestado enérgicamente contra la sugerencia formulada por algunas personas de carácter humanitario, vegetarianos acérrimos en otros puntos, que pretendían que tratándose de organismos tan elementales cabía hacer una excepción.

El hombre, explicó, hasta cuando llega a su cenit no cesa en su manía de querer excomulgar del cosmos a algún ciudadano o de olvidar a alguna criatura de la que debió acordarse. En este periodo de la Historia, se ve que la criatura no era otra que la ostra. Y había descrito pesadamente la tragedia de la ostra, con imaginación, con toques pintorescos, abundancia de peces fantásticos, arrecifes de coral y seres barbudos que surcan las costas y la verdosa oscuridad de los abismos del mar.

—¿Por qué ironía horrible –exclamó– la ostra es la única de las criaturas inferiores que llamamos indígenas? Hablamos de ella como de una criatura realmente autóctona, ¡cuando en realidad no es más que una desterrada universal! ¿Puede concebirse algo más lamentable que el terror eterno de ese molusco impotente? ¿Qué puede ser más atroz que la lágrima de una ostra? La propia naturaleza la ha cerrado con el sello marmóreo de la eternidad. Esta criatura olvidada por el hombre atestigua una verdad que no podemos olvidar. Porque los llantos de las viudas y de los cautivos se pueden secar como los de los niños, se evaporan como las brumas de la mañana o los charcos que quedan cuando el río regresa a su cauce. ¡Pero el llanto de la ostra es una perla!

El poeta de los pájaros se había dejado arrastrar por su propia elocuencia de tal modo que cuando terminó la reunión, se encaminó inmediatamente, con el rostro aún acalorado, hacia el auto que le esperaba desde hacía rato. El chófer le vio llegar con un suspiro de alivio.

—De momento lléveme a casa –dijo el poeta, fijando en la luna sus ojos inspirados.

Le gustaba mucho viajar en automóvil, porque le parecía que estimulaba su numen, y aquel día había paseado desde primera hora de la mañana, sin haber dormido apenas la noche anterior. No había casi despegado los labios hasta la hora de su conferencia de Ivywood. Tampoco deseaba hablar a nadie durante las horas siguientes a su discurso. Su imaginación galopaba. Se había puesto un abrigo de pieles sobre su chaqué de terciopelo, pero sin abrochárselo porque ante el esplendor del claro de luna había olvidado la frescura de la noche. Sólo percibía dos cosas: la rapidez del vehículo y la de su pensamiento. Experimentaba una especie de furor omnisciente y le parecía que volaba con todas las aves que se deslizaban planeando por encima de los bosques, que saltaba con las ardillas de rama en rama, que se identificaba con los árboles que habían resistido al vendaval.

De todos modos, al cabo de un rato se inclinó hacia delante y golpeó el cristal que le separaba del chófer. Éste se encogió bruscamente de hombros y dio un frenazo. Dorian Wimpole acababa de ver a un lado del camino algo que afectaba al mismo tiempo a sus propias tradiciones y a las de su clase; algo que afectaba por igual a Wimpole y a Dorian.

Dos hombres bastante mal vestidos, uno de ellos con unos botines raídos y el otro arropado con unos trapos que parecían restos de un disfraz y con un pelo tan rojo que se diría una peluca, estaban parados junto a un seto, aparentemente ocupados en cargar un carro tirado por un asno. Dos objetos de forma redondeada, más o menos parecidos a dos baldes, descansaban sobre la carretera, junto a las ruedas y no lejos de una especie de poste tirado en el suelo. En realidad, el hombre de los botines raídos acababa de dar de comer y beber al asno, y ahora se ocupaba de ajustarle los arreos de una manera más cómoda. Pero a Dorian Wimpole no le pareció que aquel tipo de hombre fuera capaz de tales cuidados. Fue entonces cuando le vino a la mente la idea de que su omnipotencia no pertenecía solamente al ramo poético, sino que él también era un caballero, un magistrado, diputado, etc. Y mientras fuese magistrado no debía permitir que la ignorancia o la brutalidad se ejerciesen sobre los animales, y no lo permitiría, sobre todo después de promulgada la última ley Ivywood. Se acercó, pues, al carro y dijo solemnemente:

—Están cargando con exceso a ese animal y eso es un delito castigado por la ley. Van a venir conmigo a la comisaría.

Humphrey Pump, que siempre trataba a los animales con consideración y que había procurado hacer lo mismo con cualquier caballero, si se deja aparte la bala que acababa de alojar en la rodilla de uno de ellos, se quedó tan sorprendido y tan afectado que no supo qué contestar. Retrocedió dos pasos y se contentó con mirar sucesivamente al poeta, al asno, al barril, al queso y al poste que yacía en el suelo.

Pero el capitán Dalroy, con la facultad de reacción rápida de su temperamento nacional, dirigió al poeta y juez de paz un saludo lleno de irónica insolencia:

—Sin duda el señor se interesa por los asnos –dijo.

—Me intereso por todo lo que los hombres suelen descuidar –contestó el poeta con elegante altivez–. Pero especialmente por lo que, como este asno, el hombre olvida con más facilidad.

Las dos frases bastaron para que Pump comprendiese que aquellos dos aristócratas excéntricos se habían reconocido inconscientemente. Y el hecho de que el reconocimiento fuese inconsciente parecía excluirlo del debate. Por eso, después de haber removido el polvo de la carretera con la punta de sus zapatos gastados, atravesó lentamente el arroyo inundado de luna para ir a charlar con el chófer.

—¿Está muy lejos de aquí la comisaría más cercana? –preguntó.

La contestación del chófer fue un ruido monosilábico que puede quizá transcribirse así: «N'sé». Se ha intentado representar estos sonidos con otras letras, pero la impresión resultante es siempre de agnosticismo.

Hubo algo, sin embargo, en la brutalidad de la abreviatura que obligó al astuto y por ende sensato Mr. Pump a examinar con mayor cuidado la cara del hombre. Observó entonces que no era solamente la luz de la luna lo que le daba una tez lívida.

Con esa torpe delicadeza que era una de sus características más inglesas, Pump volvió a examinar al hombre y comprobó que el brazo con que se apoyaba pesadamente sobre el coche temblaba. Conocía lo bastante a sus conciudadanos para saber que para decirles algo, fuese con la intención que fuese, debía emplear un tono indiferente.

—Me figuro que estarán cerca de casa. Debe de estar un poco molido, ¿no?

El chófer soltó un taco entre dientes y escupió a la carretera.

Pump se sumió en un silencio comprensivo y el chófer, como si no esperase más, estalló en un discurso incoherente como si se hallase en otro sitio:

—¡Mucha belleza del alba y yo aquí sin desayunar! ¡En casa de Ivywood se ponen las botas y yo me quedo sin comer! ¡Y mientras él se *jarta* de dulces y de champán, yo esperando en la puerta! ¡Y ahora, lo que faltaba, a saludar a un burro!

—¿No me diga que se ha pasado el día sin probar bocado? –dijo Pump con voz seriamente alarmada.

—¿Que si he comido? –replicó el chófer con una ironía fúnebre–. ¡Claro que no!

Pump atravesó otra vez la carretera, agarró el queso con el brazo izquierdo y lo apoyó en el asiento al lado del chófer. Después, su mano derecha desapareció en una de sus faltriqueras y volvió a salir de sus profundidades con un gran cuchillo que relumbró varias veces bajo la luz sosegada de la luna.

El chófer se quedó unos segundos en suspenso, contemplando el queso con los ojos fuera de las órbitas, mientras el cuchillo temblaba en su mano. Después se puso a cortar pedazos del inesperado manjar con una alegría que bajo la luz blanca y mágica daba a sus facciones una expresión horrible.

Pump tenía experiencia en aquel género de cosas y sabía que del mismo modo que a veces basta un bocado para conjurar la embriaguez, otras veces basta un pequeño sorbo de líquido para evitar la indigestión. Era imposible impedir que aquel hombre siguiese devorando queso. Lo único, pues, que cabía hacer era darle una gota de ron, tanto más cuanto que se trataba de un ron de primera calidad y mucho mejor que el que hubiera podido procurarse en cualquiera de las tabernas que aún subsistían. Atravesó por tercera vez la carretera y trajo el barrilillo; lo colocó al lado del queso y, con su maña acostumbrada, llenó el cubilete que llevaba en el bolsillo.

Pero ante aquel espectáculo los ojos del hombre se iluminaron a la vez de terror y de deseo.

—¡Pero no puede hacer eso! –murmuró con voz ronca–. Le van a meter en la cárcel... ¡Sin receta del médico, sin letrero... no puede!

Volvió una vez más Mr. Pump a atravesar la carretera. Cuando estuvo junto a los dos polemistas, vaciló un momento; pero la actitud de los dos extravagantes aristócratas, que no paraban de trocar frases y actitudes junto al arroyo, le convenció de que para ellos el resto del mundo ya no existía. Recogió, pues, el poste que yacía en el suelo y lo encajó humorísticamente entre el barril y el queso.

El cubilete temblaba en manos del chófer como antes el cuchillo. Pero cuando levantó los ojos y vio el poste coronado por el barco de madera, no sólo pareció que recobraba el valor, sino que de las profundidades de un mar insondable le llegaba una oleada de audacia. Era el viejo y olvidado valor del pueblo.

Lanzó una ojeada a la sombría arboleda que le rodeaba y sorbió de un solo trago el líquido de oro, como si se tratase de una verdadera pócima mágica. Al cabo de unos segundos de silencio, amaneció en sus ojos una especie de brillo metálico. Los ojos pardos y vigilantes de Humphrey Pump no habían parado de observarlo con una ansiedad cercana al miedo. Se diría que era un

hombre víctima de un encantamiento o que se había convertido en estatua. Pero de pronto se animó.

—¡Tendrá cara! –dijo–. Se va a enterar. Le voy a dar algo que no se espera.

—¿Qué quiere decir? –preguntó el tabernero.

—¡Lo que quiero decir! –contestó el chófer, que había recobrado el dominio de sí mismo–. Le voy a dar un borriquito.

Mr. Pump pareció turbarse.

—¿Cree usted –dijo fingiendo que no se lo tomaba en serio– que se le puede confiar un burro?

—¡Ya lo creo! –dijo el hombre–. Es muy amable con los burros. Y nosotros somos bien burros de ser tan amables con él.

Pump seguía mirándole con aire de duda, como si no le comprendiese. Miró con ansiedad a los dos hombres y vio que seguían discutiendo. Por diferentes que fueran en los demás aspectos, coincidían en su capacidad de olvidarlo todo: clase social, hora, sitio, el entorno físico que les rodeaba, por el placer de cruzar argumentos sutiles y de desarrollar una polémica igualada.

Así, cuando el capitán comenzó por invocar en tono de chanza el hecho de que al fin y al cabo el asno era suyo, ya que lo había comprado y pagado a un calderero, la comisaría desapareció de la mente de Wimpole, lo mismo, hay que reconocerlo, que el asno y el carro. Lo único que subsistió fue la necesidad de disipar el prejuicio de la propiedad privada.

—Yo no poseo nada –dijo el poeta agitando sus manos vacías–, salvo en el sentido en que lo poseo todo, todo cuanto existe. Todo depende de si se utiliza en beneficio o en contra del fin cósmico más elevado.

—¿De veras? –replicó Dalroy–. ¿Y en qué forma sirve al fin cósmico con la posesión de ese automóvil?

—Me ayuda –dijo Wimpole con admirable sencillez–, me ayuda a inspirarme para escribir mis poemas.

—Y si se le pudiese utilizar para un fin más elevado, admitiendo que esto sea posible, si a nuestro cosmos se le antojase darle otro objetivo, ¿en qué quedaría su derecho de propiedad?

—Si fuese así –replicó Dorian dignamente–, acataría sus decretos sin quejarme. Del mismo modo que usted no tendrá derecho a queja si le retiran de las manos ese burro cuando usted lo rebaja en la escala de los valores cósmicos.

—¿Y de dónde saca que quiero rebajarlo? –preguntó Dalroy.

—Tengo la firme convicción –replicó Wimpole– de que estaba a punto de subirse encima.

La verdad es que el capitán había esbozado en broma el gesto de pasar su enorme pierna por encima del pollino.

—¿Me equivoco?

—Sí –respondió el capitán–; no monto nunca en un burro. ¡Me da miedo!

—¡Miedo de un burro! –exclamó Wimpole incrédulo.

—No, miedo de una comparación histórica –dijo Dalroy.

Hubo una breve pausa y Wimpole dijo con bastante frialdad:

—¡Bah!, hace bastante tiempo que hemos superado esas comparaciones.

—Seguramente –dijo el capitán irlandés–. Es increíble la facilidad con que se olvida la crucifixión de otro hombre.

—En el presente caso –replicó el otro con un tonillo hiriente– creo que se trata de la crucifixión de un asno.

—¿De modo que es usted el que dibujó la antigua caricatura romana del asno crucificado? –exclamó Dalroy con acento de sorpresa–. ¡Pues hay que confesar que se conserva muy bien! ¡Parece muy joven! Claro que si el asno está crucificado hay que descrucificarlo. Pero, ¿está seguro –agregó con mucha gravedad– de saber descrucificar un asno? Le puedo asegurar que es un arte extremadamente difícil. Es cuestión de maña. Sucede lo mismo que con los especialistas en enfermedades raras, que apenas tienen ocasión de practicar. Suponiendo que en virtud de los objetivos superiores del cosmos, yo no esté capacitado para ocuparme de este borrico, la verdad, no puedo menos que alarmarme un poco ante la responsabilidad que implica confiárselo a usted. ¿Comprenderá usted a ese borrico? Es un animal delicado. Es un asno de espíritu complejo. ¿Cómo voy a creer que después de un trato tan breve puede estar al corriente de todas sus simpatías y antipatías?

Quoodle, que había permanecido sentado, tan inmóvil como una esfinge, a la sombra de unos pinos, de pronto fue trotando hasta el centro de la carretera y volvió por donde había venido. Un leve rumor mecánico le obligó a retroceder corriendo y la cesación del propio ruido lo llevó otra vez a su punto de partida. Pero Dorian Wimpole estaba demasiado absorto en sus elucubraciones para prestar atención al perro o al motor.

—En todo caso, yo no me voy a montar en el burro –dijo orgullosamente–, pero esto es sólo un detalle. Debe bastarle saber que le deja en manos de la única persona realmente capaz de comprenderle; en las manos de quien ha explorado cielos y mares para no desdeñar a ninguna criatura por ínfima que sea.

—Sí, pero ésta es una criatura muy particular –dijo el capitán en tono ansioso–. Padece las repugnancias más estrambóticas. No puede, por ejemplo, sufrir la presencia de un auto, sobre todo si el motor suena, como en el suyo, aunque esté parado. No tiene nada grave contra los abrigos de piel, pero si lleva debajo un chaqué de terciopelo marrón, es capaz de morderle. Y hay que evitarle el encuentro con determinadas personas. No creo que usted haya dado con ninguna... Son esos que creen que todo hombre con ingresos inferiores a doscientas libras por año es infaliblemente un bruto y un borracho, mientras que el que tiene más de dos mil libras es digno de presidir el Juicio Final. Si se compromete a no dejar que nuestro asno frecuente... ¡Eh! ¡Eh!

Dio media vuelta presa de verdadera inquietud, y se precipitó a la persecución del perro, que a su vez perseguía el auto, y saltó dentro del vehículo. El capitán le imitó con la intención de desalojarlo. Pero antes de que pudiese llevar a cabo su propósito se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. El coche corría a gran velocidad. Levantó los ojos y descubrió el letrero de El Viejo Navío, enarbolado en la parte delantera como si fuese un estandarte rígido, y a Pump, con el barrilillo de ron y el queso, instalado sólidamente junto al chófer.

Para él aquel incidente era un terremoto más desconcertante que para los demás; sin embargo, conservó la presencia de espíritu para asomarse por la ventanilla y gritar:

—La máquina queda en buenas manos; ¡nunca hice daño a un motor!

Atrás, cada vez más lejos, quedaban Dorian Wimpole y el asno, sumidos en el mágico pinar bañado por la luz de la luna.

Para una mente mística que sigue siendo una mente (cosa que no siempre ocurre) es difícil encontrar dos objetos más conmovedores y más simbólicos que un poeta y un asno. Y el asno era un asno de una autenticidad a toda prueba, igual de auténtico que el poeta en su papel de poeta, por más que en ocasiones se asemejaba mucho al otro animal. El interés que el poeta inspiraba al asno no nos será nunca revelado. Pero el interés que el asno inspiraba al poeta era realmente sincero e incluso sobrevivió a aquel insólito encuentro acontecido en la impresionante soledad de los bosques.

Creo, no obstante, que el poeta hubiese aclarado parte del enigma de haber visto el semblante rígido y pálido del hombre que conducía sentado al volante de su coche perdido. Si lo hubiese visto quizás habría recordado el nombre y llegado quizás a comprender la naturaleza de cierto animal que no es burro ni ostra, sino la criatura que el hombre olvida más fácilmente desde la hora en que olvidó a Dios en el Paraíso.

XV

Las canciones del club del automóvil

Mientras el auto desfilaba velozmente a través de un paisaje de plata y de sombra, entre bosques de pinos y abetos, Dalroy sacó varias veces la cabeza por la ventanilla para tratar de reprender al chófer, sin resultado alguno. Al fin se contentó con preguntarle adónde iba.

—A casa –gruñó el chófer con voz casi ininteligible–. A casa de mi madre.

—¿Y dónde vive? –preguntó Dalroy, tal vez con menos aplomo que de costumbre.

—En Gales –respondió el hombre–. No la he visto desde que nací, pero no importa.

—No olvide –dijo Dalroy con cierta vacilación– que le pueden detener. Este auto es del caballerete que hemos dejado en cuadro, sin nada que llevarse a la boca.

—Ya tiene su burro –gruñó el chófer–. Que se lo coma con salsa de cardos. Si tuviese el vientre tan vacío como yo, le bastaría.

Humphrey Pump bajó el cristal que le separaba del interior del vehículo y volvió la cabeza para hablar a su amigo por encima del ángulo que formaban su codo y su hombro.

—Mucho me temo que por el momento la cosa no tenga remedio –dijo–. Como suele decirse, ha perdido la chaveta.

—¿Suele decirse eso? –preguntó el capitán, con inquietud–. En Ítaca no oí jamás nada semejante.

—Bromas aparte, creo que vale más dejarlo tranquilo –respondió el tabernero con expresión ladina–. Sería capaz de estrellarnos contra un tren en marcha, como Dandy Mutton cuando conducía sin prestar atención. Después, con mandar el auto de vuelta a Ivywood a la primera ocasión, estaremos listos. Por otra parte, una nochecita en compañía del burro no le hará ningún daño al caballero. Estoy seguro de que el asno le puede enseñar muchas cosas.

—Es cierto que ha negado el principio de la propiedad individual –dijo Dalroy, meditabundo–. Pero supongo que pensaba en una casa fija al suelo. Tal vez considere que una casa circulante como ésta es una posesión de carácter más duradero. Pero lo que nunca he llegado a comprender –dijo pasándose la mano por su frente cansada–, lo que nunca he llegado a comprender... ¿Has notado lo que realmente resulta estrambótico en toda esa gente, amigo Hump?

El auto siguió rodando en medio de un confortable silencio de Pump y el irlandés prosiguió:

—Ese poeta envuelto en sus pieles no era un mal sujeto. Lord Ivywood no es cruel, es inhumano. Pero ese poeta no era inhumano. Era ignorante como casi todos los hombres con cultura. Lo que choca en ellos es que siempre quieren ser sencillos y jamás despejan una sola complicación. Si les toca escoger entre el bistec y los pepinillos, verás que suprimen el bistec y se quedan con los pepinillos. Si les toca elegir entre un prado y un auto, sacrifican el prado. ¿Sabes por qué? No sacrifican más que lo que les une a los demás hombres. Ve a comer con un millonario que pertenezca a una liga prohibicionista y no verás nunca que haya suprimido los entremeses ni los cinco entrantes, ni siquiera el café. Pero habrá suprimido el oporto o el jerez, porque los pobres lo beben como los ricos. Sigue observando y verás que no suprime los cubiertos de plata, pero en cambio ha suprimido la carne porque a los pobres les gusta... ¡cuando pueden hincarle el diente! Luego verás que no ha abolido los jardines lujosos ni las mansiones suntuosas. ¿Por qué? Porque son cosas vedadas a los pobres. Pero presumirá de levantarse temprano, porque el sueño es un bien que está al alcance de todas las fortunas. Es prácticamente lo único que todo el mundo puede disfrutar. Pero nadie oyó decir que un filántropo renuncie a la gasolina, a su máquina de escribir o a sus criados. ¡Ni loco! Sólo se priva de las cosas simples y universales. Renunciará a la cerveza, a la carne o al sueño... porque esos placeres le recuerdan que no es más que un hombre.

Humphrey Pump meneó la cabeza, pero no despegó los labios, y la voz de Dalroy, hundido en su asiento, se elevó de pronto con una especie de vertiginosa irreverencia, como solía ocurrirle al recordar alguna canción de su cosecha.

—Éste era el caso –dijo– del difunto señor Mondragón, que fue mucho tiempo popular entre la aristocracia inglesa, que le tuvo por un campechano demócrata del oeste, hasta un día en que fue derribado por seis hombres cuyas mujeres Mondragón había hecho matar a tiros por sus detectives privados, al desembarcar desprevenido en tierra americana.

El diputado Mondragón
nada menos que millonario,
sintió siempre un extraordinario
horror de la complicación.

Por megáfono disponía
su desayuno cada mañana.
Diez automóviles tenía
para dar vuelta a la manzana
y preparar su reelección.
Una mecánica ingeniosa,
instalada bajo el colchón,
ponía en pie a Mondragón
al apuntar el alba rosa.

Y otra, no menos bien pensada,
le aseaba y le pulía,
le afeitaba y le vestía,
como si no hiciese nada.

El diputado Mondragón
nada menos que millonario,
sintió siempre un extraordinario
horror de la complicación.
Él no usa pieles de pantera,
él brilla con su propia luz,
luz de modestia, luz sincera.
¡Ah, qué elegante sobriedad!
Toda la prensa americana,
con curiosa unanimidad,
le proclamó, cada mañana,
dechado de simplicidad.

El diputado Mondragón
nada menos que millonario,
sintió siempre un extraordinario
horror de la complicación.

Sobre su tumba no se lloró,
no tuvo exequias ni velatorio.
Pulcramente se consumió
dentro del horno crematorio.
Él no fue pasto de gusanos.
Él no abandonó ninguna flor,
ni dejó un poco de dolor,
como acostumbran los humanos.

El diputado Mondragón
nada menos que millonario,
sintió siempre un extraordinario
horror de la complicación.

Varias veces había intentado Mr. Pump interrumpir la canción, pero todas sus tentativas habían resultado tan vanas como las que hiciera Dalroy para detener el vehículo. El furor del chófer no había hecho más que acelerar al oír los gorgoritos frenéticos que retumbaban detrás de él, y Pump hizo lo que pudo para reanudar la conversación.

—Bien, capitán –dijo en tono amistoso–. No estoy enteramente de acuerdo en este punto. Sin duda uno puede fiarse excesivamente de los extranjeros como hizo el pobre Thompson; pero también se puede exagerar en sentido inverso. Tía Sara perdió lo menos mil libras de esta manera. Le dije y le repetí que no era un negro, pero no me hizo caso. Y naturalmente, son cosas que ofenden a un embajador, aunque sea austriaco. Me parece que no eres demasiado justo con los extranjeros, capitán. Fíjate, por ejemplo, en los americanos. Como puedes imaginar, más de uno pasó por Pebblewick. Pues bien;

entre todos los que he conocido no había ni una mala persona, no he visto un solo americano desagradable o estúpido... ni un americano que no fuese simpático.

—Comprendo –dijo Dalroy–. Quieres decir que no has encontrado un solo americano que no se encariñase con El Viejo Navío.

—Quizá sea eso –dijo el tabernero–; pero me parece que El Viejo Navío tampoco ponía mala cara a los americanos.

—Vosotros los ingleses sois increíbles –dijo el irlandés con una súbita y sombría calma–. A veces me parece que a pesar de todo quizá tengáis salvación.

Y después de una nueva pausa declaró:

—Siempre tienes razón, Pump, no debería hablarse de este modo de los yanquis. Los ricos son en todas partes la escoria de la tierra. Y la mayoría de los americanos son de lo más educado, de lo más inteligente y de lo más íntegro que circula por el ancho mundo. Pero muchos aseguran que la cosa es así porque gran número de verdaderos americanos son irlandeses.

Pump no dijo nada y el capitán volvió a pegar la hebra:

—Aunque –dijo– resulta difícil para un hombre y sobre todo para un hombre que, como yo, pertenece a un país pequeño, comprender en qué consiste eso de sentirse americano; especialmente en materia de nacionalidad... No me gustaría que me encargasen escribir el himno nacional americano; por suerte, no parece probable que me obsequien con ese encargo. El penoso secreto de mi incapacidad para escribir una canción patriótica americana se irá conmigo a la tumba.

—Pero si se tratase de Inglaterra –dijo audazmente Pump–, aún podría ser peor.

—¡Ingleses, tiranos sanguinarios! –exclamó con indignación–. Me cuesta tanto imaginar un inglés a punto de cantar como imaginar a este perro haciendo gorgoritos.

Mr. Humphrey Pump sacó de un bolsillo el papel en que había escrito los pecados y el fatal destino de los tenderos, y buscó en el otro un lápiz.

—¡Hombre! ¿No irás a componer la «Balada de *Quoodle*»?

Al escuchar su nombre, *Quoodle* había enderezado las orejas. Pump sonrió tímidamente. En lo íntimo, se sentía halagado por la admiración que le manifestaba Dalroy por su primera tentativa poética y en realidad no carecía de un cierto don para versificar como para todo lo lúdico. Y sus lecturas, aunque hechas a la buena de Dios, no pecaron nunca de bajas ni de vulgares.

—Bueno –dijo en son de excusa–, pero a condición de que escribas esa canción sobre Inglaterra.

—¡Bueno, si sólo es eso! –dijo Patrick con un ancho suspiro que expresaba todo lo contrario a la repugnancia–. En algo hemos de pasar el rato mientras este vehículo sigue corriendo, y ¿qué más

inocente que el canto? *Las canciones del club del automóvil*. ¡Suena bastante aristocrático!

E inmediatamente empezó a emborronar la sobrecubierta de un librito que llevaba en el bolsillo, *Noctes Ambrosianae*, de Wilson.[1] De vez en cuando suspendía la escritura

[1] John Wilson (1785-1854) escribió la mayoría de textos de la sección «Noctes Ambrosianae», que, compuesta de diálogos imaginarios, aparecía regularmente en la revista *Blackwood's Magazine* y fue publicada

y fijaba la vista en Pump y en el perro cuyos movimientos le divertían. El propietario de El Viejo Navío, bien encajado en su asiento, tenía un aire magistral, chupaba el lápiz y dirigía a *Quoodle* una mirada increíblemente ausente. De vez en cuando, se rascaba el cráneo, provisto de pelo castaño, con la punta del lápiz y después trazaba una palabra sobre el papel, mientras que *Mr. Quoodle*, con la curiosa facultad de comprensión que tienen los perros y que tal vez no sea más que una descarada simulación, daba señales de haber adivinado lo que pasaba y se izaba sobre las patas de delante y ladeaba la cabeza como posando para un retrato.

Sucedió, pues, que el poema de Pump, aunque más largo, como les ocurre a menudo a los poetas inexpertos, estuvo listo antes, mientras que el de Dalroy, que era cortísimo y que hacia al final estaba escrito a trompicones, tardó algo más.

En tales circunstancias se dio a conocer por primera vez la canción familiarmente llamada «Sin nariz» y más correctamente conocida bajo el título de «Canción de *Quoodle*». Véase una muestra de sus estrofas:

Aunque no es cosa nueva,
es cosa bien feliz
que a los pobres hijos de Eva
no les sirva la nariz.

No saben, si no lo ven,
que el sol está en su poniente
y que el mundo es un Edén
que huele diversamente.

Ni el agua que salta y bulle
tiene para ellos olor,
ni el bicho que se escabulle
les deja rastro de amor.

Su nariz es un ornato
a veces bien relativo.
Todos carecen de olfato,
que es el sentido más vivo.

Por eso, *Quoodle*, los ves
hacer muchas tonterías
y a fuerza de dar traspiés
llegar al fin de sus días.

El perro, en cambio, recibe
mil mensajes delicados
de cuanto respira y vive
en los montes y en los prados.

¡Oh, nuestro Dios soberano!,
¿por qué misterio infeliz
dotaste al rebaño humano
de tan inútil nariz?

---

en cinco volúmenes en 1854. También adquirió fama gracias esta sección Hogg.

Este poema contiene también hacia el final síntomas de impaciencia, y el historiador de estos hechos (que no tiene otro objetivo que la verdad) se ve obligado a confesar que fue modificado parcialmente de acuerdo con las críticas del capitán y más tarde enriquecido por el poeta de los pájaros en persona.

En aquella primera audición, el poema fue notablemente realzado por un brillante coro de ladridos entonados por Mr. Patrick Dalroy e inmediatamente reproducidos con singular realismo por *Mr. Quoodle*. Lo cual dificultó no poco a Dalroy el cumplimiento de la obligación contratada en el trato, o sea, el recitado de su poesía mucho más corta, dedicada a los supuestos sentimientos de un inglés. Hay que confesar que al principio su voz adolecía de inseguridad, como si revelase la incertidumbre con que abordaba el problema que se había propuesto. El presente narrador (que no tiene más objetivo que la verdad) se ha constreñido, sin embargo, a copiar su obra punto por punto.

San Jorge bendito, patrón de Inglaterra,
tú, que, antes de dar muerte al infernal Dragón,
bebiste tu cerveza en pote de latón,
a modo de buen inglés, que, en paz como en la guerra,
no engulle un mal bocado sin darle un remojón.

San Jorge bendito, patrón de Inglaterra,
de la ínclita doncella valiente defensor,
tú no merecías ser nuestro protector
si no tuvieses ya el aire de la tierra,
y, a modo de buen inglés, tomases el asado
con su acompañamiento de guisante granado.

San Jorge bendito, patrón de Inglaterra,
con gran honor alzamos tu escudo y tu blasón
e invocando tu nombre partimos a la guerra.
Y como antaño hicieron los hijos de Albión,
no admitimos manduca sin vino a discreción.

—Una canción muy filosófica –dijo Dalroy sacudiendo la cabeza con solemnidad–; una canción llena de pensamientos profundos. Creo que dice aproximadamente la verdad sobre los ingleses. Vuestros enemigos piensan que sois estúpidos y entre vosotros presumís de ser ilógicos, lo cual es poco más o menos la única cosa realmente estúpida de que se les puede acusar. ¡Como si alguien hubiese llegado a edificar un imperio o una simple choza diciendo que dos y dos son cinco! ¡O como si uno fuese tanto más fuerte cuanto más incapaz de comprender cualquier cosa, ya sea el juego de bolos o la química! Pero escucha la verdad en lo que te concierne, Hump. Vosotros los ingleses sois un pueblo de artistas y, por consiguiente, razonáis, como he dicho en la canción, por asociación de ideas. No admitís la posesión de una cosa sin otra que naturalmente la acompaña. Y porque piensan que sois incapaces de imaginar una aldea sin su lord y su pastor, o una universidad sin su portón de madera y su tradicional oporto, os dan fama de conservadores. Pero es porque sois sensibles, no porque seáis estúpidos, que no os gusta separaros de las cosas familiares. Cuando os dicen, Hump, que tenéis una debilidad por las medias tintas, por realizar concesiones, no hacen más que mentir o que adularos. Voy a decirte una cosa, Hump: toda revolución conlleva concesiones. ¿Crees que Wolfe Tone o Charles Stewart Parnell[2] no se han visto jamás obligados a aceptar concesiones? Y es precisamente porque no podéis soportar las concesiones por lo que le tenéis miedo a la revolución. Si estuvieseis realmente obligados a restaurar El Viejo Navío u Oxford, os encontraríais en la necesidad de elegir qué es lo que vais a destruir y qué es lo que vais a mantener, y eso os partiría el alma.

Se quedó un rato con los ojos fijos, rojo y pensativo el semblante; por fin, algo sombrío, agregó:

—Este procedimiento estético no tiene más que dos pequeños inconvenientes que te voy a explicar, Hump. El primero, precisamente, es el responsable de que estemos huyendo en este vehículo. En cuanto la bella y armoniosa máquina que habéis fabricado y pulido con amor cae en poder de un nuevo tipo de hombre que la dirige en un sentido radicalmente nuevo, entonces, créeme, para ti sería cien veces preferible vivir bajo las constituciones de papel de los Condorcet y de los Sieyès. Cuando la oligarquía inglesa está dirigida por un inglés que carece del espíritu inglés, les cae encima un lord Ivywood y entráis en esta pesadilla cuyo fin sólo Dios puede prever.

El auto había devorado ya unos cuantos kilómetros más, cuando concluyó con voz grave y melancólica:

—En lo que toca al segundo inconveniente, mi querido esteta, es como sigue: si errando a la ventura por el planeta vais a parar a una isla del Atlántico, que vamos a llamar Atlántida, y la isla se niega a admitir todas vuestras ideas juntas, lo más probable es que decidáis no darle absolutamente *nada*. Y diréis para vosotros: «Esperemos que no tarden en morirse de hambre». Entonces, para aquella isla, os convertiréis en los más sordos y los más crueles de los tiranos.

Amanecía, y Pump, que conocía de forma casi instintiva los confines de su país, habría jurado que el pueblo que acababan de dejar pertenecía a un nuevo territorio y que se asemejaba a los que se hallan junto a la frontera occidental de Inglaterra. Lo que el chófer contó de su madre quizá no fuera más que un chiste, pero lo cierto es que habían corrido en la dirección que había dicho.

La luz blanca de la mañana iluminaba el empedrado gris de las calles en forma de charcos de leche derramada. Algunos proletarios madrugadores, que se sentían más cansados al levantarse que la mayor parte de los hombres al acostarse, daban a entender con su actitud resignada que era inútil deplorar el caso.

Pero las dos o tres casas últimas que encontraron y que también parecían demasiado cansadas para aguantarse en pie, sumieron al capitán en una nueva excitación somnolienta.

—Como es sabido, existen dos clases de idealistas. Y, si no es sabido, debería serlo. Están los que idealizan la realidad y están los que, ¡rarísimos!, realizan el ideal. Un

[2]Theobald Wolfe Tone (1763-1798) y Charles Stewart Parnell (1846-1891) fueron destacados defensores de la independencia irlandesa.

pueblo de tendencia estética, como el inglés, se contenta generalmente con idealizar la realidad. Esto es lo que he tratado de expresar en esta canción...

—¡Por el amor de Dios, capitán! –protestó el tabernero–. ¡No abusemos!

—Es lo que he tratado de expresar en una canción –repitió Dalroy, con acento de resolución implacable– y te la voy a cantar con todos los requisitos de dicción, musicalidad y de...

Se paró porque todo el universo acababa de pararse. Las vallas galopantes se habían detenido en seco como obedeciendo a un clarín imperioso. Se había suspendido el desfile de los bosques. Las últimas casas se habían cuadrado bruscamente, como ante un jefe. Y todo porque del interior del auto había salido una detonación semejante a un pistoletazo.

El chófer descendió lentamente del auto y adoptó diferentes posturas trágicas para estudiar los distintos órganos del coche. Se le vio abrir y cerrar una serie de tapas y tapaderas de la carrocería, palpando, doblando y tocando cosas.

—Voy a tener que arreglármelas para meter el auto en ese garaje de allá abajo –dijo entonces con una voz pesada y ronca que aún no le conocían.

A renglón seguido lanzó una mirada a los grandes bosques y a la carretera y se mordió los labios como un gran general que acaba de cometer un error grave. Su expresión continuaba siendo sombría, pero cuando abrió la boca, su voz sonaba unos tonos más baja, acercándose a la que le era habitual.

—Compréndanme, lo que acaba de suceder es muy grave. No creo que pueda salvarme ni ante la policía más permisiva del mundo... Incluso si consigo volver...

—¿Volver? –repitió Dalroy abriendo unos ojos azules y redondos como los de un toro–. ¿Volver adónde?

—Pues verá –explicó el chófer en tono ya enteramente razonable–. Yo tenía ganas de demostrarle que quien conducía era yo y no él. Mi mala suerte ha querido que le hiciese una avería... y si *ustedes* se quedan en su coche...

El capitán Patrick Dalroy saltó tan velozmente del auto que por poco se cae. El perro le imitó, ladrando furiosamente.

—Hump –dijo el capitán con voz tranquila–, acabo de comprender algo de vosotros que no había entendido nunca.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Tenía razón aquel francés que dijo algo así como que los ingleses se manifiestan en Trafalgar Square, más que para liberarse de un tirano, para liberar sus nervios. Este amigo, aquí presente, estaba dispuesto a sublevarse cuando nos arrastró en su fuga. Sublevarse y permanecer sentado le resultaba imposible. Estoy seguro de que lees *Punch*,[3] ¿verdad? Tú y *Punch* debéis de ser los dos únicos sobrevivientes de la era victoriana. ¿Te acuerdas de la leyenda que iba al pie de una viñeta en la que dos irlandeses se emboscan detrás una tapia para disparar contra un terrateniente inglés cuando pase? Uno de los irlandeses comprueba que el propietario se retrasa y dice: «¡Espero que al

[3]Semanario de humor gráfico que comenzó a publicarse en 1841 y se cerró por primera vez en 1992. En 1996 se reanudó su publicación, aunque su escaso éxito llevó a su cierre en junio de 2002.

pobre señor no le haya ocurrido nada!». Pues bien, es una historia completamente auténtica. Conocí íntimamente al irlandés en cuestión. Sólo que voy a revelarte un secreto: ¡Era inglés!

Entretanto, el chófer había dado marcha atrás prudentemente, hasta la entrada del garaje, vecino de una lechería, de la que sólo la separaba un pasaje estrecho y sombrío, no mayor que la puerta de una casa. No obstante, debía de ser más espacioso de lo que aparentaba porque Dalroy consiguió entrar.

Debió de hacer una seña al chófer para que le siguiese, porque éste le fue a la zaga y reapareció casi enseguida con gesto algo cohibido y metiéndose unos billetes en el bolsillo. Después de una nueva visita al garaje, reapareció por segunda vez con un cargamento de accesorios.

Mr. Humphrey Pump había observado sus idas y venidas con interés. Aquel lugar, aunque apartado, era evidentemente frecuentado por los automovilistas. Por lo menos así lo daba a entender un automovilista, enmascarado y envuelto en un guardapolvo, que se acercaba para hablarle. Pero, ¿por qué demonios aquel automovilista le tendía las distintas piezas de un disfraz tan horrible como el suyo, mientras del casco de cuero y de las gafas protectoras emanaba una voz sobradamente conocida?

—Ponte esto, Hump, vamos a hacer una visita al lechero. Estoy esperando el auto. ¿Qué auto?, me preguntarás, insaciable buscador de la verdad. Pues el que acabo de comprar y que tú vas a conducir.

Entretanto, el chófer, presa de remordimientos, llegó finalmente, después de muchas aventuras, al bosquecillo bañado de luna en que había dejado a su señor, mano a mano con un borrico. Pero su señor y el borrico ya habían desaparecido.

XVI

Los siete estados de ánimo de Dorian

Es muy probable que el eterno reloj de todos los lunáticos, que con tanto brillo iluminaba aquella noche –como un penique de plata–, ejerciese alguna influencia mágica. Ya que no solamente había iniciado a Mr. Hibbs en el culto de Dionisos y a Mr. Bullrose en las costumbres arbóreas de sus antepasados, sino que asistió también a una notable y valiosa metamorfosis en Mr. Dorian Wimpole, el poeta de los pájaros. Ni más malvado ni más tonto que Shelley, era un hombre que había esterilizado su espíritu a lo largo de una existencia pasada en un mundo insincero e indirecto, en el que las palabras sustituían a las cosas. No había tenido la menor intención de matar de hambre a su chófer, ni se había dado cuenta de que el hecho de olvidarlo completamente era un crimen aún más grave. Pero a medida que pasaron las horas y se halló solo con el asno y la luna, fue atravesando una serie de fases vehementes que sus amigos cultos hubieran calificado de estados de ánimo.

El primero, me duele decirlo, consistió en un terrible ataque de odio puro y negro. Como no tenía la más vaga idea de los agravios que había inferido al chófer, suponía que se había dejado intimidar o sobornar por los demoníacos verdugos del pollino. Y en aquel momento él mismo hubiese sido mucho más capaz de atormentar al chófer que lo fue jamás Mr. Pump de torturar a un asno, porque no hay hombre cuerdo que sea capaz de odiar a un animal. Mientras disparaba a puntapiés las piedras de la carretera, deseaba que cada una de ellas hubiese sido el chófer fugitivo; mientras arrancaba a puñados los helechos del bosque, se hacía la ilusión de que le tiraba de los pelos. Llegó a dar puñetazos a los árboles, en los cuales parecía hallar una forma y una expresión que le recordaban el objeto de su odio. Pero pronto hubo de renunciar a aquel ejercicio porque en aquel combate unilateral los árboles conservaban no menuda ventaja. Pero el bosque y el mundo entero no eran más que una especie de encarnación panteísta del chófer, y Mr. Wimpole lo aporreaba dondequiera que creyese verlo.

El lector reflexivo no dejará de notar que Mr. Wimpole, al hacer esto, se había elevado considerablemente en lo que él mismo habría llamado «la escala de los valores cósmicos».

Porque, después de haber amado de veras a una criatura, nada mejor que odiarla, sobre todo cuando esa criatura es un hombre más pobre que uno mismo y del que se está separado por toda la rigidez de los hábitos sociales. Tener ganas de matar a un hombre es al menos reconocer que existe, y más de uno ha visto amanecer en su alma un sentimiento democrático sólo porque ha deseado apalear a su mayordomo. Y sabemos, por el testimonio irrefutable de Mr. Humphrey Pump, que fue después de perseguir a su bibliotecario pistola en mano a través de tres villas cuando sir Merriman se convirtió para siempre a las doctrinas radicales.

Por lo demás, la rabia sirvió de desahogo al poeta, que vino pronto a desembocar en otro estado de espíritu más sensato y reflexivo.

—¡Así es como se portan esos malditos primates y después tienen la desfachatez de decir que el burro es un ser inferior! ¡Y quiso montarlo! ¡Qué le parecería que el burro le montara a él! ¡Pobre animalito!

Al sentirse acariciado, el paciente cuadrúpedo dirigió una tierna mirada a Dorian Wimpole, que descubrió con una especie de sorpresa subconsciente que quería de veras a aquel asno. Al mismo tiempo, de forma inconsciente, algo se desveló y le dijo que en realidad no había querido nunca a un animal.

Sus poesías sobre las criaturas menos celebradas eran sinceras, tan sinceras como frías. Cuando afirmaba que amaba a un tiburón, lo único que quería decir es que no tenía motivo alguno para detestarlo, en lo cual estaba en lo cierto. Por mucha razón que tengamos para evitar a un tiburón, no tenemos motivo para odiarlo. Y cualquier monstruo del abismo es una criatura inofensiva, mientras permanezca en un acuario... o en un soneto.

Pero comprendía ahora que su amor a las criaturas acababa de transformarse y seguía un camino inverso al habitual. El asno ya no era un animal ajeno, sino un compañero. Le resultaba simpático a causa de su cercanía, no a causa de su alejamiento. Si la ostra le atrajo, fue porque era absolutamente distinta del hombre, como no sea que se considere rasgo de vanidad humana y masculina la barba que lleva el susodicho molusco, al igual que arbitrariamente se puede considerar, como afirmaba Dorian en uno de sus poemas, que la vanidad femenina se encuentra en la belleza de una perla. Pero en el curso de aquella desesperante velada en el místico anfiteatro de pinos, lo que le acercó al asno fue su relativa semejanza con el hombre, el hecho de que tuviera ojos para ver y orejas para oír, aunque éstas fuesen de dimensiones desproporcionadas.

—El que tenga orejas para oír, que oiga –dijo rascando afectuosamente los amplios pabellones cubiertos de pelo gris–. ¿No levantas las orejas hacia el cielo? Tal vez serás el primero en oír la trompeta del Juicio Final.

Con un ademán que casi parecía una caricia humana, el asno frotó su hocico contra la manga. Y Dorian se preguntó, con sorpresa, cómo sería la caricia de una ostra. Cuanto le rodeaba estaba henchido de belleza, pero era terriblemente inhumano. Sólo en la primera explosión de su cólera había creído reconocer las facciones de un ex taxista de Kennington en la corteza de un pino. Ni árboles ni helechos tenían orejas largas, capaces de estremecerse, ni ojos tiernos capaces de mirar. Acarició de nuevo al burro.

El burro le había reconciliado con el paisaje y en su tercer estado de ánimo Wimpole comenzó a percibir belleza en cuanto le rodeaba. Y a fuerza de reflexionar, ya no estaba tan seguro de que aquella belleza fuese inhumana. Sentía, por el contrario, que era cuando menos medio humana y que el halo de la luna que se ponía tras los pinos, si era bello, lo era porque evocaba la aureola suavemente irisada de un santo antiguo, y si los árboles eran nobles, lo eran porque erguían la cabeza altivamente, como las vírgenes.

Un mundo de ideas vagas y extrañamente familiares empezaba a invadir su espíritu. La más clara se refería a una cierta «imagen de Dios» de la que había oído hablar. Cada vez veía mejor que todo lo que le rodeaba, desde las acederas y los helechos al borde de la carretera hasta el asno, estaba ennoblecido y santificado por su semejanza con otra cosa. Era como si fuesen dibujos de niños: los primeros esbozos precipitados y toscos de la naturaleza en su primer cuaderno de piedra.

Se había echado sobre un montón de agujas de pino para gozar a sus anchas de la sombra que invadía el pinar a medida que la luna se ponía. Nada hay más profundo ni más admirable que un bosque frondoso de pinos, impenetrable, cuando la sombra de los más próximos se perfila apenas sobre la de los más alejados, para formar un jaspeado de plata sobre gris y de gris sobre negro.

Se hallaba en un momento de tan puro deleite que cogió una aguja de pino y se puso a filosofar.

—¡Nos hablan de estar sentados sobre agujas! –exclamó–. Supongo que se refieren a la que Eva manejó en el Paraíso. ¡La leyenda tenía razón! ¡Imaginad lo que sería sentarse sobre todas las agujas de Londres! ¡O sobre todas las agujas de Sheffield! ¡Sobre cualquier clase de agujas, excepto las del Paraíso! ¡Ah, cuánta razón tenía la vieja leyenda! ¡Las agujas de Dios son más suaves que las alfombras de los hombres!

Miró con gusto los diminutos habitantes de la selva que salían arrastrándose de los verdosos repliegues del terreno. Recordó que en la leyenda los animales eran tan mansos y cómicos como el asno, y pensó entonces en Adán bautizando a los animales.

—Te llamaré *Meneón* –dijo a un escarabajillo.

Las babosas y los gusanos le inspiraron una curiosidad apasionada. Sentía, por unas y otros, un interés de tipo realista que no había experimentado nunca y que era exactamente de la misma naturaleza que el que siente un hombre por un ratón cuando se halla en la cárcel; el sentimiento de un hombre atado de pies y manos obligado a fascinarse por las cosas ínfimas. Y aunque las criaturas de la especie de los gusanos sólo se presentan de tarde en tarde, Wimpole se dio cuenta de que hubiese aguardado horas y horas por tener el gusto de conocerlas. Una, entre las demás, le llamó la atención por lo larga que era y por su manera de volver la cabeza en dirección de una de las patas delanteras del burro. Ciertamente, tenía cabeza, cosa que falta a la mayoría de gusanos.

Dorian Wimpole estaba poco versado en ciencias naturales; no conocía de ellas más que lo que había encontrado una vez hojeando una enciclopedia para atender a las necesidades de un villancico idealista. Pero como toda la información que entonces recabó no era más que una serie de hipótesis sobre el origen de la risa en las hienas, no le sirvió de mucho en este caso. Aunque conocía mal la historia natural, sabía lo suficiente para decirse que un gusano no tiene cabeza y menos una cabeza chata como una pica. Sabía lo bastante para recordar que existe aún en la campiña inglesa, aunque sea raro, un ser con la cabeza de dicha forma que repta por el suelo. En una palabra, sabía lo bastante para atravesar rápidamente la carretera y descargar un taconazo brutal sobre la columna vertebral del bicho y partirlo en dos pedazos, que siguieron retorciéndose unos instantes antes de inmovilizarse del todo.

Lanzó entonces un gran suspiro. El asno, cuya pata había corrido gran peligro, no dejó por ello de mirar a la víbora muerta con ojos de una inalterable dulzura. El propio Dorian la seguía contemplando con sentimientos que no acertaba a detener ni a comprender hasta que recordó cómo un rato antes había comparado aquel bosquecillo al Edén.

—E incluso en el Edén... –dijo finalmente; y entonces las palabras de Fitzgerald[1] se detuvieron en sus labios.

Y mientras se entretenía con tales palabras y tales pensamientos ocurrió algo a su alrededor; algo que había escrito y leído miles de veces, pero que no había visto nunca en la vida. De pronto se filtró a través del follaje una débil claridad nacarada más misteriosa que el claro de luna. Parecía irrumpir por todas las rendijas, por todas las puertas y ventanas del bosque, pálida y silenciosa, pero confiada como un hombre que acude puntual a una cita; pronto su vestido blanco se adornó con festones rojos y dorados y su nombre era amanecer.

Rato hacía ya que los pájaros habían empezado a cantar sonoramente, sin llamar la atención del poeta de los pájaros. Pero cuando el trovador vio con sus propios ojos cómo la densa luz del día desbordaba por encima de los bosques y de la carretera, experimentó una emoción curiosa. En pie, inmóvil, sobrecogido y deslumbrado, había visto desarrollarse el mágico espectáculo hasta su apoteosis; hasta que las piñas y los helechos, el asno vivo y la víbora muerta aparecieron tan distintos como en pleno mediodía o como en una pintura prerrafaelista. Y en aquel momento ingresó, como de un empujón, en su cuarto estado de ánimo y cogió la brida del asno con ademán de llevárselo.

—¡Qué diablo! –proclamó con voz gozosa como la del gallo que acababa de sonar en un corral lejano–. No todo el mundo ha matado a una serpiente.

En seguida agregó en tono más reflexivo:

—Apuesto a que el doctor Gluck jamás ha llegado a tanto. Ven, borrico, vamos a buscar aventuras.

Combatir el mal es el origen de todo placer y hasta de toda diversión. Ahora que acababa de matar la serpiente, el bosque entero parecía alegrarse. Era una de las falacias de su cuadrilla poética la de colgarle a cada emoción una etiqueta literaria, pero en este caso no sería inexacto decir que había pasado del estado de espíritu de Maeterlinck al de Whitman y del de Whitman al de Stevenson. No había sido únicamente por afectación hipócrita por lo que había expresado su gusto por los pájaros dorados de Asia o por los pólipos purpúreos de los mares del sur, como no era tampoco por hipocresía que iba a buscar aventuras cómicas a lo largo de una carretera inglesa. Y no fue culpa suya, sino pura desgracia, si la primera de sus aventuras resultó también la última y demasiado cómica para reírse.

[1] Alusión a Edward Fitzgerald (1809-1893), poeta inglés.

Ya se había caldeado el cielo lívido de la mañana hasta tomar un azul pálido en que navegaban esas nubecillas sonrosadas y rollizas que sin duda dieron origen a la leyenda de los cerdos voladores. En la hierba los insectos charlaban con tal jovialidad que hasta la brizna más insignificante parecía dotada de lengua. Todos los objetos que quebraban la línea del horizonte parecían elegidos expresamente para animar aquella alegre aventura. Se divisaba un molino de viento que pudo estar habitado por el molinero de Chaucer o ser embestido por el héroe de Cervantes. Había un viejo campanario con techo de plomo, escalado quizá por Robert Clive.[2] Y lejos, hacia Pebblewick y hacia el mar, se columbraban los restos de dos postes desconchados que, según asegura hoy Humphrey Pump, constituyen los vestigios de un columpio de niño, pero que para los turistas no pueden ser más que los restos de una antigua horca. Nada tiene de particular que en el júbilo de aquella mañana Dorian y su asno marchasen a buen paso carretera adelante. El asno hacía pensar a Dorian en Sancho Panza.

No se interrumpió su gozosa meditación sobre la carretera blanca y la brisa hasta que el claxon de un auto hirió sus oídos mientras el suelo se estremecía bajo la sacudida de unas ruedas

bruscamente frenadas y una mano pesada caía imperiosamente sobre su hombro. Levantó la vista y contempló el uniforme completo de un inspector de policía. La cara le tenía sin cuidado. Pero fue en aquel momento cuando entró en su quinto estado de ánimo, el de lo inesperado, que el vulgo suele denominar Asombro.

En su estupefacción volvió los ojos al auto que tan bruscamente acababa de detenerse. El hombre del volante se mantenía tan tieso y tan impasible que Dorian comprendió en seguida que era otro policía. Pero en el asiento de detrás aparecía un personaje, de muy otro talante, que le sorprendió aún más porque estaba seguro de haberle visto ya en alguna parte. Era un individuo largo y delgado, con hombros caídos y vestido con un desaliño que no impedía darse cuenta de que ordinariamente vestía con más corrección. Sus cabellos eran de un rubio claro y uno de sus mechones se empinaba sobre la frente como el plumero de una garza, uno de los animales predilectos de Dorian. Otro mechón le caía sobre el ojo, encarnando la parábola de la viga en el ojo. Sus ojos, con o sin vigas, tenían una expresión algo desconcertada, mientras el personaje trataba nerviosamente de arreglarse el nudo de la corbata. Dicho individuo no era otro que Hibbs, que apenas estaba repuesto de aventuras que constituían para él una completa novedad.

—¿Qué diablos desean de mí? –preguntó Wimpole al policía.

Su rostro, en que se leía una sorpresa no menor que su inocencia, debió de influir, junto con ciertos detalles de la indumentaria, en los juicios del agente de la autoridad.

—Pues tiene que ver con este burro, señor.

—¿Acaso imagina que lo he robado? –exclamó el aristócrata, indignado–. ¡Vamos, esto es una locura! Unos ladrones me roban el coche y salen pitando. ¡Yo salvo su burro arriesgando mi vida y ahora resulta que es a mí a quien detienen por haberlo robado!

---

[2]Robert Clive, barón de Plassey (1725-1774), gobernador británico de Bengala. Se dice que se sentó sobre las gárgolas de la iglesia de St. Mary, en Market Drayton.

El elegante traje del aristócrata sin duda debía de ser más elocuente que sus palabras, porque el policía dejó caer la mano que había puesto sobre su hombro y, después de consultar unos papeles que llevaba en la otra, volvió a atravesar la carretera para ir a conversar con el individuo del cabello alborotado que se había quedado en el coche.

—Parece que se trata del carro y del burro, pero el traje no encaja con la descripción que nos ha dado.

Mr. Hibbs no conservaba más que un recuerdo sumamente vago y turbio de lo que había visto. Ni siquiera podía distinguir lo que había visto de lo que había soñado. Si hubiese sido sincero habría confesado que sólo recordaba una especie de pesadilla verde en una selva, en la cual se hallaba en poder de un ogro de cuatro metros de estatura con una cabellera de fuego y vestido como Robin Hood. Pero su inveterada costumbre de «dejar las cosas como están» le había hecho tan incapaz de confesar a nadie ni a sí mismo lo que pensaba realmente, como de escupir en un salón o de ponerse a cantar en aquel instante. Por el momento no tenía más que tres motivos o razones de obrar: 1º, no admitir que se había emborrachado; 2º, no dejar escapar a nadie de los que lord Ivywood podía querer interrogar, y 3º, y último, no perder su reputación de hombre sagaz y diplomático.

—Como puede ver –continuó el inspector–, esa persona lleva un chaqué de terciopelo marrón y un gabán de pieles y en las notas que he tomado consta que usted me dijo que el individuo de marras llevaba una especie de uniforme.

—Quien dice uniforme –repuso Mr. Hibbs con un fruncimiento de cejas muy intelectual–, quien dice uniforme, quiere decir varias cosas. Algunos de nuestros amigos no enfocan el asunto del mismo modo que nosotros –y sonrió con indulgencia–. Algunos de nuestros amigos se oponen quizás al empleo del vocablo «uniforme». Pero, vamos por partes... No se trataba, por ejemplo, de un uniforme de policía. Ja, ja...

—Así lo espero –dijo el inspector de manera cortante.

—Pero, no obstante... –dijo Hibbs volviendo a dar al fin con su talismán verbal–, quizá se trataba de un terciopelo pardo, en la oscuridad...

El inspector acogió esta sugerencia con cierto asombro.

—¡Pero, por Dios, si había una luna que alumbraba como a pleno sol! –protestó.

—¡Sí, sí! –exclamó Hibbs en un tono en que se mezclaban agradablemente la certeza con la impaciencia–. Sí... pero la luna decolora las cosas. Las flores y los objetos...

—¡Vamos a ver: usted dijo que el más grande de los dos era pelirrojo!

—¡Rubio! ¡Rubio! –replicó Hibbs agitando las manos con una especie de ligereza solemne–. Era un pelo que podía ser rojizo, amarillento y hasta castaño.

Sacudió la cabeza y concluyó, dando a las palabras todo el peso posible:

—Teutónico, ¡puramente teutónico!

El inspector empezaba a admirarse de que, después del desconcierto consiguiente a la herida de lord Ivywood, le hubiesen puesto bajo la dirección de semejante guía. La verdad es que fue Leveson quien, fiel a su sistema de escurrir el bulto fingiéndose muy atareado, había descubierto a Hibbs sentado a una mesa, junto a una ventana abierta, con ojos somnolientos, pelo alborotado, y a punto de tomar cierta medicina para aclararse la cabeza. Al ver que razonaba con cierta lucidez, aprovechó sin escrúpulos la semiinconsciencia en que todavía se hallaba sumido, para endosarle la misión de guiar a la policía en su persecución de los fugitivos. Pensó que incluso a la mente de un borracho que comenzaba a recuperar la sobriedad podría confiársele la tarea de reconocer a alguien tan inconfundible como el capitán.

Pero por más que el diplomático se hallase aún bajo el efecto de sus recientes excesos, su terror de las responsabilidades y su capacidad para la diplomacia ya estaban otra vez en alerta. Tenía la seguridad de que el hombre del gabán de pieles, de un modo u otro, tenía que ver en el asunto, puesto que no es corriente que las personas con gabán de pieles vayan tirando de un burro. Temía

irritar a lord Ivywood y temía también comprometer su reputación a los ojos de la policía.

—Usted tiene plenos poderes –le dijo gravemente–. Es legítimo que use de ellos en provecho del interés público. Opino que por el momento obraría perfectamente deteniendo a ese hombre.

—¿Y el otro? –preguntó el policía arrugando el entrecejo–. ¿Cree que ha huido?

—¿El otro? –repitió Hibbs, fija la mirada en el lejano molino de viento como para apreciar un matiz delicado recién introducido en un problema ya sobradamente complejo.

—¡Qué diablos, no me diga que no recuerda si eran dos o uno solo! –exclamó el policía.

El cerebro de Hibbs comenzó a caer en la cuenta, para su exasperación, de que precisamente sobre aquel punto no podía fijar sus recuerdos. Había oído decir y había leído en las publicaciones humorísticas que los borrachos ven las cosas dobles y que cuando tienen ante la vista dos faroles de gas, por lo menos uno es (como diría la Crítica Eminente) puramente subjetivo. Novato en la materia, se inclinaba a pensar, de acuerdo con las ideas corrientes, que los dos hombres que había creído ver en realidad pudieron ser uno solo bajo los efectos del alcohol.

—Dos hombres, o un hombre, ¿comprende? –decía con una especie de despreocupación–. Más tarde tocaremos el tema numérico. De todos modos, no podían ser muchos. Eso está fuera de duda. Y, como decía lord Goschen: «Con la estadística puede probarse todo».

En aquel momento surgió una interrupción al otro lado de la carretera.

—¿Y hasta cuándo creen que voy a estar esperándoles a ustedes y a sus Goschen, grandísimos imbéciles? –fueron las palabras irritadas que brotaron de labios del poeta de los pájaros.

—¡Que me aspen si soporto esto un minuto más! Vamos, borrico, vamos y esperemos que nuestra próxima aventura sea más divertida. Esta gente pertenece a una raza muy inferior a la tuya.

Cogió la brida del animal y lo arrastró con tanta prisa que se diría que iba a ponerlo al galope.

Desgraciadamente, aquella desdeñosa tentativa para reconquistar la libertad era la única cosa que podía inclinar la inteligencia del inspector a cometer el error que precisamente quería evitar. Si Wimpole se hubiese estado quieto un par de minutos más, el inspector, que no tenía un pelo de tonto, habría acabado por comprender la inconsistencia de la versión de Hibbs. Hubo, pues, refriega, no sin intercambio de coscorrones, y, por fin, el honorable Dorian Wimpole, acompañado de su asno y de su carro, se vio conducido hasta el pueblo más cercano en que había una comisaría. Le metieron en un calabozo. Y fue en este calabozo donde alcanzó su sexto estado de ánimo.

Sus protestas fueron tan ruidosas y convincentes, y su gabán era de manera tan indiscutible un gabán de pieles, que al cabo de un tiempo perdido en inútiles pesquisas, decidieron trasladarlo aquella misma tarde a casa de los Ivywood, donde había un magistrado momentáneamente inmovilizado por la bala que acababan de extraerle de la rodilla.

Hallaron a lord Ivywood tendido en una otomana violeta, en medio del batiburrillo decorativo de sus habitaciones orientales. Cuando entraron los policías con su presa, fijó la vista en otro punto de la estancia, como si se preparase con impasibilidad enteramente romana para la aparición de un enemigo implacable. Pero lady Enid Wimpole, que se había constituido en enfermera del herido, lanzó un grito agudo y los tres primos se encontraron frente a frente. Era fácil adivinar que los tres eran primos, ya que todos tenían cabello rubio (como había apreciado sagazmente Mr. Hibbs). Pero el semblante de dos de aquellas personas rubias expresaba asombro, mientras que en el tercero predominaba la rabia.

—Lo siento mucho –dijo Ivywood después de haber oído el relato completo–. Temo mucho que esos fanáticos sean capaces de todo y comprendo que les guardes rencor porque te han robado el auto.

—Te equivocas, Philip –contestó enfáticamente el poeta–. No tengo el menor resentimiento contra ellos porque me hayan robado el coche. Lo que me inspira un gran resentimiento es la existencia constante sobre el mundo de este idiota –dijo señalando al serio Mr. Hibbs–, de este otro idiota –refiriéndose al inspector– y, ¡maldita sea!, de ese tercer idiota –y tendió el índice en dirección a lord Ivywood–. Te voy a hablar francamente, Philip. Si de veras hay alguien, como tú pretendes, que no tiene más empeño que desbaratar tus planes y convertir tu vida en un infierno... me felicito de poner mi coche a su disposición. Y ahora, buenas tardes.

—¿No te quedas a cenar? –preguntó Ivywood con una frialdad conciliadora.

—No, gracias –dijo el bardo retirándose–. Vuelvo a la ciudad.

El séptimo estado de ánimo de Dorian Wimpole tuvo su apoteosis en el Café Royal y consistió principalmente en un copioso consumo de ostras.

XVII

El poeta en el parlamento

Mientras Dorian Wimpole, diputado, magistrado, etc., hacía esta singular entrada, seguida de una salida aún más singular, lady Joan miraba fuera de los muros mágicos de la torre, que se había convertido, en sentido metafórico, no menos que en el literal, en el extremo final de la casa de Ivywood. La antigua brecha y la oscura escalera, por donde el can abandonado que respondía al nombre de *Quoodle* tenía costumbre de entrar y salir, estaban desde hacía tiempo obstruidas por un tabique cubierto de arabescos exquisitos. Su tema se desarrollaba con exclusión de toda forma animal, tal y como lo había diseñado Ivywood. Pero como todo buen dogmático no exento de lucidez, había comprendido muy bien todas las libertades que le consentía su propio dogma. Y en aquel extremo de la casa, Ivywood había admitido toda una constelación de soles y de lunas, con una Vía Láctea por zócalo y hasta algunos cometas a guisa de nota cómica. Dentro de su género, la cosa estaba bien ejecutada, como todas las que encargaba Ivywood para su uso personal, y cuando todas las cortinas de las ventanas de la torre estaban corridas, un poeta con cierta afición al champán como Hibbs hubiera podido creer que estaba contemplando un cielo estrellado tendido sobre el mar. Y, cosa más importante, Misysra Ammon, ese meticuloso pensador, no habría podido calificar a la luna de animal viviente sin caer en idolatría.

Pero Joan, que estaba viendo un cielo de verdad y un mar de verdad a través de una ventana de verdad, hacía tan poco caso de aquel estilo astronómico como de cualquier otro estilo. Se preguntaba por milésima vez, con una emoción teñida de mal humor, algo que quedaba sin respuesta. Se trataba de una pregunta de la que dependía su definitiva elección entre la ambición y el recuerdo. Lo que pesaba en la balanza era que la ambición era probablemente cosa realizable, mientras que el recuerdo probablemente no pasaría de recuerdo. Es el mismo peso que ha gravitado sobre el mismo platillo de la balanza desde que Satán se erigió en príncipe de este mundo. Pero las estrellas nocturnas brillaban cada vez más sobre la vieja costa rocosa y también tenían un peso similar al de los diamantes.

En el mismo instante en que llegaba a aquel punto de sus meditaciones, oyó detrás de ella el rápido frufrú de la falda de lady Enid que jamás se apresuraba sin motivo.

—¡Joan! ¡Ven en seguida, haz el favor! Creo que sólo tú eres capaz de detenerle.

Joan miró a lady Enid y se dio cuenta de que la joven estaba a punto de llorar. Palideció ligeramente y le preguntó sobresaltada por la causa de su inquietud.

—Philip dice que quiere ir a Londres con la pierna en este estado y no quiere atender a razones.

—Pero ¿qué ha pasado?

Lady Enid se declaró incapaz de contar lo que había pasado y será el autor quien se encargue momentáneamente del relato. El hecho escueto era que lord Ivywood, hojeando unos periódicos que tenía en su sofá, vino a fijar la vista en uno de la región de Midlands.

—Las noticias de Turquía –le había dicho Leveson con acento turbado– están en la otra página.

Pero lord Ivywood siguió recorriendo el lado de la página que no contenía las noticias de Turquía con la misma tranquilidad con que había leído el mensaje escrito por el capitán en el dorso de un menú.

En la página en que figuraba la información local destacaba un titular que rezaba así: «Más noticias sobre el misterio de Pebblewick. Presunta reaparición de la Taberna Fantasma». Y debajo, en letra más pequeña, se leía lo siguiente:

> Se nos comunica de Wyddington la noticia casi increíble de que el misterioso letrero de El Viejo Navío ha hecho su aparición en esta comarca, por más que las investigaciones de los hombres de ciencia han desechado tiempo ha semejantes supersticiones. Según la versión local, un lechero de Wyddington, llamado Mr. Simmons, estaba tras su mostrador cuando entraron en su tienda dos automovilistas y le pidieron un vaso de leche. Llevaban ambos la indumentaria habitual de los automovilistas, con gafas negras y el cuello levantado, de manera que no se posee dato alguno de su aspecto físico, excepto la extraordinaria estatura de uno de ellos. Al poco rato este último salió de la lechería para volver a entrar en compañía de uno de los más miserables ejemplares de vagabundo que se hayan visto, de los que deambulan pidiendo por las calles día y noche, desafiando a las autoridades. La suciedad y el hedor que despedía este individuo eran de tal índole que Mr. Simmons se negó en principio a servirle el vaso de leche que el más recio de los automovilistas se empeñaba en pagarle.Consintió al fin y entonces asistió a un incidente contra el que sin duda tenía derecho a protestar con toda energía.
>
> Después de haber dicho al vagabundo: «¡Pero, amigo, si casi no puede caminar!», el gigantón automovilista hizo una seña a su compañero, el cual se puso enseguida a agujerear una caja o baulito cilíndrico que parecía constituir su único equipaje y del que extrajo algunas gotas de un líquido amarillo que vertió en la leche del pobre harapiento. Se descubrió después que el líquido era ron y ya pueden suponerse cuáles fueron las protestas de Mr. Simmons. Mas el automovilista corpulento defendió con calor su gesto, como si se tratase realmente de un acto de caridad. «Este infeliz estaba a punto de perder el conocimiento –decía–. No estaría más agotado de frío y de necesidad si se le hubiese encontrado sobre una balsa en medio del mar. Y si usted le hubiera encontrado sobre una balsa, le habría dado un trago de ron... ¡Sí, por san Patricio, aunque fuese usted el peor de los piratas y después decidiera ahorcarlo!» Mr. Simmons le replicó, muy dignamente, que allí, en la

lechería, no había por qué hablar de balsas y que no podía tolerar aquel lenguaje. Agregó después que se exponía a ser perseguido judicialmente por consumo de alcohol en su establecimiento pues no tenía letrero que le autorizara a ello. Al oír esto el automovilista le dio esta sorprendente respuesta: «¿Cómo que no tiene letrero, picarón? ¿O cree que no sé reconocer el letrero de El Viejo Navío?». Completamente convencido de que sus visitantes se hallaban en estado de embriaguez, rehusó el vaso de ron que le ofrecían con insistencia y salió al umbral de su establecimiento en busca de un policía. Allí descubrió, sin apenas dar crédito a lo que veía, que ya había un policía, ocupado en dispersar una muchedumbre que se había congregado para mirar un objeto colocado detrás de él. «Al darme la vuelta –explicó el lechero en su declaración– descubrí algo que era sin duda un letrero de esas tabernas de baja estofa que antes abundaban en Inglaterra.» Por lo demás, no pudo en manera alguna explicar la presencia del letrero, y como el letrero legitimaba, sin lugar a dudas, la acción de los automovilistas, el policía se negó a intervenir.

Últimas noticias. Los dos automovilistas han abandonado Wyddington sin mayor problema en un pequeño coche de dos plazas. No habría pistas sobre su destino de no ser por otro incidente. Parece que cuando esperaban a tomar su segundo vaso de leche uno de ellos pidió información al lechero sobre una lata que le era desconocida y que no era sino la Leche de la Montaña que ahora recomiendan con frecuencia los médicos. El automovilista más alto (que curiosamente parecía desconocer la evolución de la ciencia y la sociedad modernas) le preguntó a su compañero si lo conocía, a lo que el otro respondió que se trataba de la leche elaborada en la comunidad modélica de Peaceways bajo la supervisión personal del doctor Meadows, distinguido inventor y filántropo. Al oír esto el automovilista alto, de carácter notablemente irresponsable, compró dicha lata, afirmando al recibirla que le serviría para recordar la dirección.

Últimas noticias. Nos felicitamos en poder comunicar a nuestros lectores que la leyenda de El Viejo Navío se ha disuelto una vez más bajo el robusto escepticismo de la ciencia. Nuestro reportero especial se ha personado en Wyddington, a donde llegó cuando los mistificadores habían desaparecido. Pero después de haber examinado minuciosamente la fachada de la lechería de Mr. Simmons puede afirmar que no halló en ella el menor vestigio del presunto letrero.

Lord Ivywood dejó el periódico y fijó la vista en la rica y ondulante decoración de las paredes, como pudo hacerlo un gran general al descubrir la ocasión de hundir al enemigo mediante un brusco cambio de su plan de campaña. Su perfil pálido y clásico estaba tan inmóvil como el de un camafeo, pero cuantos le conocían sabían que tras aquella máscara impasible, su mente funcionaba con la rapidez de un coche de carreras que ha superado con creces la velocidad máxima.

Volvió la cabeza y dijo:

—Dígale a Hicks que traiga el coche grande dentro de media hora. Dentro se puede instalar un sofá. Y dígale al jardinero que corte un palo de unos cinco pies y que le clave un travesaño para que me sirva de muleta. Esta noche me voy a Londres.

La mandíbula inferior de Mr. Leveson se desprendió literalmente a causa de la sorpresa.

—El doctor le ha prescrito tres semanas de reposo absoluto –dijo–. ¿Puedo permitirme una pregunta? ¿Adónde quiere ir?

—Al Parlamento –contestó lacónicamente.

—Pero, señor, yo podría llevar el recado.

—Un recado sí –admitió lord Ivywood–; pero me temo que no le dejarán pronunciar un discurso.

Lady Enid, que había llegado unos momentos después, había tratado en vano de hacerle cambiar de opinión. Y cuando Joan regresó de la torre se halló con lord Ivywood en pie, sostenido por una rudimentaria muleta, obra del jardinero, y lo admiró como nunca había hecho. Mientras le llevaban escaleras abajo y le ayudaron a instalarse dentro del vehículo –que no le ofrecía más que limitadas comodidades–, Joan sintió que era digno de su antiguo linaje, digno de aquellas colinas y de aquel mar.

Porque sentía en él aquel soplo divino, aquel soplo que viene no se sabe de dónde y que se llama Voluntad del Hombre y que es la única justificación de su vida. El estridente berrido de la bocina le sonó como un centenar de trompetas, como las que en otro tiempo convocaron a sus antepasados a las glorias de la Tercera Cruzada.

Tales honores marciales, en cierto sentido estratégico, no habrían resultado inmerecidos. Lord Ivywood realmente había abarcado de un vistazo napoleónico toda la situación que se le presentaba y rápidamente había formado un plan para hacerle frente de una manera digna de un gran conquistador. Las realidades del momento se habían desplegado ante sus ojos y las había subrayado una tras otra en su mente como con un lápiz.

Por de pronto, adivinó que Dalroy intentaría algo contra la aldea modelo. Era el típico sitio al que sentiría la necesidad de acudir. Sabía que Dalroy era incapaz de resistirse ante la oportunidad de montar jaleo en un lugar así.

En segundo lugar, se dio cuenta de que si no se las arreglaba para encontrar a Dalroy en aquel pueblo, es probable que después ya no diera con él en parte alguna, porque él y Mr. Pump eran muy hábiles para borrar sus huellas.

En tercer lugar, por un atento examen del mapa había llegado a calcular, reloj en mano, que para llegar a aquella región en un coche de escasa potencia como el que llevaban necesitarían dos días por lo bajo y tres en total para intentar algo decisivo. Tenía, pues, el tiempo justo para desbaratar sus planes.

En cuarto lugar, comprendía que desde el día en que Dalroy había dado la vuelta al letrero de El Viejo Navío para tirar al suelo al policía, había también dado la vuelta a la ley de Ivywood para volverla contra su propio autor. Lord Ivywood había pensado, y no sin razón, que al no dejar subsistir los letreros más que en ciertos lugares selectos que pueden permitirse el lujo de ser excéntricos y prohibir en el resto del país aquellos símbolos pintorescos, llegaría en la práctica a suprimir la venta del alcohol en todo el territorio. Los letreros podían mantenerse como un favor que se otorgaba a sí misma la clase dominante. Si un aristócrata quería tomarse las libertades de un bohemio, tenía la puerta abierta de par en par, pero si un bohemio pretendía gozar de las mismas libertades consentidas a un aristócrata, la puerta se cerraba a cal y canto. De este modo esperaba lord Ivywood que los antiguos letreros degenerarían en una simple curiosidad como el ciripolen o el hidromiel que aún se toma en algunas localidades. Pero sus cálculos, como los de muchos hombres de Estado, no habían tenido en cuenta que hasta la madera puede transformarse en cosa moviente. Y mientras sus inasequibles enemigos pudiesen clavar su letrero donde les diese la gana, con regocijo o con repulsa del pueblo –eso era indiferente–, la ley quedaba burlada y la insurrección era patente. Sólo una cosa, desde aquel momento, era peor que la aparición de El Viejo Navío: su desaparición.

Se dio perfecta cuenta de que era su propia ley la que garantizaba la actuación de los rebeldes, ya que las autoridades locales vacilaban en intervenir contra un signo que de tan raro como era se había vuelto imponente. Era, pues, indispensable que se modificase la ley. Y que se modificase inmediatamente, a ser posible antes de que los fugitivos hubiesen salido de la aldea modelo de Peaceways.

Esto acontecía en martes. Era precisamente el día en que cualquier miembro del Parlamento puede presentar un proyecto de ley, de los que no suscitan mayor oposición, y hacerlo aprobar sin debate si ninguno de los miembros presentes se oponía a ello. Y tenía la impresión de que ninguno de los miembros del Parlamento tendría nada que decir contra una enmienda introducida en una ley que llevaba su nombre y presentada por él en persona.

No se le escapaba tampoco que con dicha enmienda era posible solventar este asunto de una manera definitiva. Bastaba con modificar la parte en que la ley decía (Ivywood conocía su ley de memoria, como un hombre de carácter más jovial conoce su canción favorita): «Si dicho letrero se encuentra en el establecimiento se autoriza la venta de bebidas alcohólicas» por «La venta de bebidas alcohólicas queda autorizada en todos los establecimientos que tengan letreros, a condición de que los líquidos expedidos estén depositados desde tres días antes en los susodichos locales». Era un jaque mate en pocas jugadas. El Parlamento no se molestaría en discutir una enmienda de esta índole y la rebelión de El Viejo Navío y del rey de Ítaca quedaría definitivamente aplastada.

Como hemos dicho, algo de napoleónico debía de existir en el espíritu de aquel hombre cuando su plan fue concebido y planeado antes de que divisase el cuadrante luminoso del gran reloj que brilla junto al Parlamento y que se diese cuenta de que llegaba a tiempo.

Pero dio la casualidad de que poco más o menos al mismo tiempo, otro caballero de rango equivalente y, aunque indirectamente, de la misma familia, después de haber dejado el restaurante de Regent Street y el cuadrilátero de Piccadilly, bajaba tranquilamente a lo largo de Whitehall y lanzase una mirada al mismo ojo ciclópeo que esparcía su luz rojiza en la torre del Big Ben.

El poeta de los pájaros, que en esto se asemejaba a muchos otros estetas, conocía tan mal la vida de la ciudad como la del campo. Lo que no quita que se hubiese acordado de un buen establecimiento para cenar y, mientras desfilaba por delante de ciertos grandes clubes construidos en piedra tallada que parecían sarcófagos asirios, se acordó de que pertenecía a varios de ellos. Así, cuando columbró a lo lejos, majestuosamente asentado a la orilla del río, el que muy inexactamente se ha dado en llamar el mejor club de Londres, también conocido como el Parlamento, se acordó que también era miembro de él. No recordaba muy bien cuál era la circunscripción del sur de Inglaterra que le había confiado su representación, pero sabía con certeza que podía entrar en la casa si así le convenía. Quizás él no hubiera explicado la cosa de este modo, pero sabía que, en una oligarquía, las personas tienen más importancia que los derechos, y las tarjetas de visita más peso que las papeletas de votación. Hacía años que no había puesto los pies en la Cámara de los Comunes, porque el voto que a él le tocaba contrarrestar de una manera permanente era el de un célebre patriota al que el Gobierno había encomendado la misión de alojarse en un manicomio. Incluso en sus momentos de mayor obcecación, jamás había sentido el menor respeto a la política y se había apresurado a poner a sus propios líderes de partido y a los líderes de los patriotas en la lista de las criaturas que conviene olvidar. Sólo había pronunciado un discurso realmente elocuente y lo había dedicado a los gorilas, pero después se dio cuenta de que había hablado contra su propio partido. De todos modos, el Parlamento le parecía un lugar imposible. Hasta el mismo lord Ivywood sólo se personaba en él para determinados asuntos que no podían arreglarse en ninguna otra parte, como sucedía con el de aquella noche.

Ivywood era lo que suele llamarse «un par por cortesía», lo que quiere decir que su sitio se hallaba en los Comunes y desde hacía tiempo en las filas de la oposición. Pero por más que no frecuentase a menudo la casa, conocía lo bastante sus costumbres para saber que no debía entrar en la Cámara. Cojeando llegó al salón para los fumadores (aunque no fumaba nunca), se procuró un cigarrillo inútil y un papel que le hacía mucha falta y redactó una nota breve, pero cuidadosamente calculada, destinada a un miembro del Gobierno que sabía que se hallaba presente. Después de mandarle la nota, aguardó.

También, en el exterior, Mr. Dorian Wimpole estaba esperando. Acodado en la baranda de Westminster Bridge, miraba pasar el agua. Mientras tanto se unía a las ostras de una manera más solemne y sólida de lo que jamás imaginara, acompañándolas con un brebaje estrictamente vegetariano que lleva el nombre estrellado y nobilísimo de Nuits. Se sentía en paz con todas las cosas y, en cierto sentido, hasta con la política. Era una de esas horas vespertinas y mágicas, en que las luces rojizas o doradas de las mansiones humanas se reflejan en el río como duendes que danzan sobre las aguas, mientras el día se retarda todavía en un cielo verde, frío y delicado. El río le sugería algo de esa gloriosa y sonriente tristeza que dos ingleses han expresado mediante la imagen de un viejo barco de vela que se desvanece como un fantasma: Turner en pintura y Henry Newbolt en poesía. Había vuelto a la tierra como un hombre caído de la luna y como no era sólo un poeta sino un amante de su país, experimentaba una cierta tristeza. Su melancolía estaba, sin embargo, impregnada de esa fe inconmovible, aunque un poco falta de sentido, que pocos ingleses dejan de experimentar incluso en nuestra época cuando vislumbran Westminster o la altura coronada por la catedral de San Pablo.

> Mientras fluya el río sagrado,
> mientras siga en pie la sagrada colina...

Murmuró, recordando, con recuerdo de colegial, la balada sobre el lago Regillus.[1]

---

[1]Referencia a «The Battle of the Lake Regillus», contenida en *The Lays of Ancient Rome* de Thomas

Mientras fluya el río sagrado,
mientras siga en pie la sagrada colina
los viejos farsantes, fatuos y achacosos,
que bostezan escuchando sus propias mentiras,
recibirán los debidos honores,
en ese execrable sanedrín donde
por falta de luz confunden sus sombreros
en una sala emponzoñada con tan pocas
ventanas como el infierno.

Aliviado por haber traspuesto las palabras de Macaulay de este modo que sus amigos cultos conocían como *vers libre*, llegó a la puerta de los Comunes y se metió por ella.

Como carecía de la experiencia de lord Ivywood, se fue directamente al salón de sesiones y se sentó en un banco tapizado de verde. Al principio tuvo la impresión de que no iba a haber sesión, pero acabó por distinguir algunas sombras vagas que dormitaban en los escaños mientras que una voz senil, complicada con un acento de Essex, salmodiaba monótonamente frases no separadas por puntuación alguna:

—... sin el menor deseo de considerar esta proposición más que bajo su verdadero aspecto y no creo que el preopinante haya agregado nada a su reputación al presentarla bajo un aspecto que los que piensan como yo no pueden menos de considerar inexacto y por lo que a mí respecta me hallo perfectamente libre de decir que si en su deseo de arreglar el asunto principal ha adoptado ese procedimiento arbitrario e incluso revolucionario por lo que se refiere a los pizarrines, es de temer que se vea desbordado por los experimentos que le siguen y que querrán aplicar la misma medida a los lápices con mina de plomo y si personalmente sería el último que descendiese a caldear el debate mediante personalismos debo confesar que a mi modo de ver mi honorable contradictor no ha hecho más que imprimirle carácter personal de modo que él debe deplorarlo antes que nadie no tengo intención alguna de emplear términos poco parlamentarios y usía sin duda señor presidente no me lo permitiría debo decir a mi honorable preopinante que el sillón de ruedas a que ha aludido irónicamente no tiene nada que ver con este debate y que seré el último...

Dorian Wimpole acababa de levantarse para escabullirse, cuando le detuvo la aparición de alguien que acababa de entrar para entregar una nota al hombre de los párpados pesados, que en aquel momento gobernaba a toda Inglaterra desde la primera fila de asientos. Al ver que volvía a salir, Dorian experimentó como un dulzor de amarga esperanza (como habría podido escribir en una de sus primeras poesías), en la idea de que al fin iba a ocurrir algo con sentido, y salió detrás de él con ligereza.

En aquel momento, el gobernante solitario y adormilado de Gran Bretaña descendió a las criptas subterráneas de aquel templo de la libertad y entró en una estancia en que Wimpole se asombró de encontrar a su primo Ivywood sentado a una mesita contra la cual se apoyaba una larga muleta, y tan tranquilo como Long John Silver, el cojo de *La*

Babbington Macaulay (1800-1859), escritor, historiador y político británico.

isla del tesoro. El joven de los párpados pesados fue a sentarse delante de él y entablaron una conversación que Wimpole, naturalmente, no pudo escuchar.

Se retiró a una habitación vecina, en la que se procuró sin la menor dificultad café y licor, un excelente licor cuyo sabor había olvidado hacía tiempo y que se aplicó a recordar varias veces.

Estaba colocado de tal manera que lord Ivywood no pudo salir sin pasar por delante de él y esperó con exquisita paciencia. Lo que le chocó fue que un timbre se pusiese de vez en cuando a sonar en distintas salas. Y cada vez que sonaban los timbres, lord Ivywood movía la cabeza como si formase parte del mecanismo eléctrico, mientras el joven se levantaba y como un cabritillo echaba a correr al piso superior para volver pocos momentos después y reanudar la conversación. A la tercera vez que se produjo aquel fenómeno, el poeta empezó a notar que muchos de los que ocupaban las estancias vecinas también galopaban escalera arriba como obedeciendo al son de la campanilla, para reaparecer al poco rato a paso algo menos rápido que expresaba algo así como la satisfacción del deber cumplido. Lo que no sabía es que el deber en cuestión era nada menos que el mismísimo fundamento del Gobierno representativo y el único medio para que las reivindicaciones de Cumberland o de Cornualles llegasen hasta el Rey de Inglaterra.

De pronto, el joven se levantó sin el estímulo del timbre, y salió a grandes zancadas. Y el poeta, sin querer, le oyó decir, mientras emborronaba unas notas antes de abandonar la mesa: «El alcohol podrá venderse si tres días antes estuvo depositado en el local... Creo que podremos, pero no antes de media hora».

Diciendo esto se lanzó de nuevo escalera arriba y cuando Dorian vio a Ivywood, que avanzaba penosamente apoyándose en una rústica muleta, experimentó la misma mudanza repentina que Joan un rato antes. Se levantó apresuradamente de la mesa que ocupaba y que se hallaba en uno de los comedores particulares y tocó el codo de su primo:

—Quería disculparme, Philip –le dijo–. Lamento sinceramente lo que te he dicho esta tarde. Una noche al raso y en la cárcel pone los nervios de punta, pero lo que no me perdono es no haber sabido darme cuenta de que tú no tienes culpa alguna. No habría imaginado nunca que vendrías esta noche aquí con la pierna en este estado. Haces mal en fatigarte de este modo. Siéntate un momento, te lo suplico.

Le pareció que el rostro pálido y frío de Philip se suavizaba un poco, pero la extensión de semejante suavidad no podrá apreciarse hasta que los hombres como él dejen de ser un enigma para los que los rodean. Lo cierto es que separó la muleta de debajo del brazo y se sentó enfrente de Dorian. El poeta golpeó la mesa con fuerza y llamó: «¡Mozo!», como si se hallase en un restaurante abarrotado. En seguida, y antes de que Ivywood hubiese tenido tiempo de protestar, declaró:

—Es una suerte que nos hayamos encontrado. ¿Supongo que has venido para tomar la palabra? Me gustaría mucho oírte. No siempre hemos estado de acuerdo, pero ¡qué caramba!, si algo bueno queda en la literatura son tus discursos que leo en los periódicos. Aquel que termina: «... la muerte es el cierre postrero de las puertas de hierro de la derrota», amigo, ¡lo menos hay que remontarse hasta el último discurso de Strafford para hallar un inglés semejante! Déjame que vaya a escucharte. Ya sabes que tengo escaño.

—Como quieras –se apresuró a decir Ivywood–, pero te advierto que no diré gran cosa esta noche.

Su mirada se posó en la pared que había detrás de Wimpole, mientras unos surcos tempestuosos se marcaban en su frente. Para el éxito de su brillante plan de emergencia era indispensable que los Comunes no formulasen observación alguna contra su enmienda.

Un mozo había acudido a la llamada de Wimpole y se mostró muy sorprendido por la presencia y la muleta de lord Ivywood. Ante el ademán de rechazo del noble cojo, Dorian llevó su abnegación hasta pedir una segunda copa de licor.

—Supongo que lo que vas a decir se refiere a tu ley sobre los establecimientos de bebidas. Me gustará mucho oír lo que dices. Puede que yo también tome la palabra. He pensado mucho en ello durante todo el día. Sabes lo que yo diría a la Cámara si estuviera en tu lugar: «En primer término, ¿creen ustedes posible la supresión completa de los establecimientos de bebidas? ¿Son ustedes lo suficientemente *importantes* como para pretenderlo? En resumidas cuentas, por justo o injusto que sea el principio, ¿se consideran más autorizados para impedir que el labrador se zampe su pinta de cerveza, que yo esta copa de Chartreuse?».

Al oír este vocablo, el mozo se acercó otra vez, pero lo que escuchó no era un encargo que entrase en sus atribuciones.

—¡Acuérdate del vicario! –decía Dorian meneando distraídamente la cabeza en dirección al camarero–. Acuérdate del buen vicario de la Iglesia alta, que, cuando le pidieron que predicase un sermón contra el alcohol, eligió por texto: «¡Dios mío, líbranos de las aguas del diluvio!». Te aseguro, Philip, que estás navegando por aguas más profundas de lo que supones. ¡*Vosotros* queréis suprimir la cerveza! ¡Queréis obligar a la gente de Devonshire a quedarse sin su lúpulo y a los de Kent sin su sidra! El destino de las tabernas se va a decidir en el salón caldeado que está aquí encima. ¡Cuidado, no sea que vuestro destino se resuelva en la taberna! ¡Cuidado, no sea que los ingleses vayan a juzgaros al mismo sitio en que se reúnen a menudo para hablar sobre otros cadáveres y otras cuestiones: en un bar! ¡Cuidado! No sea que la última taberna que subsista al fin, cerrada y evitada como un lugar de perdición, sea ésta en que estoy bebiendo esta noche, simplemente porque es la peor taberna de la ciudad. Ten cuidado, no sea que este sitio en que estamos ahora acabe teniendo la misma fama que los tugurios en que los marinos se embriagan y las muchachas se echan a perder. ¡Esto, esto es lo que yo les diría! –dijo levantándose con buen humor–. ¡Ya veremos, ya veremos si la insignia que se acaba destruyendo es la de El Viejo Navío o la de la Maza y el Cetro35![2] Ya veremos, como dijo el famoso cervecero, si habrá algún perro que ladre cuando os vayáis...

[2]«Mace and Bauble»: estos términos son símbolos de la Cámara de los Comunes británica desde que Oliver Cromwell disolvió el Parlamento inglés, en 1653, diciendo a sus seguidores: «Take away that bauble» («Llevaos ese cetro»), refiriéndose a la maza, utilizada de forma ritual durante las intervenciones de los diputados.

Lord Ivywood lo observaba con una calma perfecta. Otra idea acababa de ingresar en su espíritu. Sabía que por más que su primo estuviese excitado, no estaba absolutamente ebrio y sabía también que era muy capaz de hablar e incluso de hablar bien. No ignoraba tampoco que cualquier discurso, fuese malo o bueno, haría añicos su plan y la taberna errante seguiría su camino como si tal cosa. Y recordaba que un hombre que ha velado toda la noche en un bosque, que no se acuesta y que al llegar la noche siguiente bebe vino, está muy expuesto a un accidente que no es la embriaguez, sino algo mucho más sano.

—¿Supongo que no tardarás en hablar? –dijo Dorian con la vista en la mesa–. Me avisarás, ¿verdad? Sentiría perderme tu discurso. Ya no me acuerdo de las costumbres de la casa y estoy muy cansado. Me avisarás, ¿verdad?

—Sí –dijo Ivywood.

Hubo un silencio hasta que lord Ivywood lo interrumpió.

—La discusión es una cosa excelente, pero hay ocasiones en que perjudica más que favorece el juego de las instituciones parlamentarias.

No recibió respuesta alguna. Dorian estaba sentado como si mirase la mesa, pero en realidad estaba amodorrado. Casi al mismo tiempo, el representante del Gobierno, también medio adormilado, compareció a la puerta de la ancha sala e hizo una seña con ademán cansino.

Philip Ivywood se levantó ayudándose de la muleta y se quedó unos instantes en pie e inmóvil, fija la vista en el hombre dormido. Después, él y su muleta salieron de la estancia cojeando, dejando en su sitio al durmiente. Pero no fue lo único que dejó en aquella sala. También dejaba allí un cigarrillo intacto, su honor, toda la Inglaterra de sus antepasados, y todo lo que podía servir para distinguir el magno edificio erigido junto al río de una de esas tabernas en que se emborrachan los marineros. Subió al piso superior y despachó su asunto en veinte minutos. El discurso que pronunció en aquella ocasión fue el único de los suyos enteramente exento de elocuencia. Y a partir de aquel día no fue más que un simple fanático cuya mente sólo miraba hacia el futuro.

XVIII

La República de Peaceways

En una aldea próxima a Windermere o, si lo prefieren, en un lugar del país de Wordsworth, había una casa en que vivía un campesino. Hasta aquí la cosa no tiene nada de particular y el visitante sólo habría advertido la presencia de un viejo campechano y algo charlatán, provisto de una cara redonda como una sandía y de una barba blanca. Pero este personaje siempre insistía en que el invitado conociera a su padre, un hombre un poco más anciano que él con una barba algo más larga, pero que todavía conservaba una gran vitalidad. Los dos se juntaban entonces para iniciar al neófito en la sociedad de su abuelo, que tenía más de cien años y estaba muy orgulloso de ello.

A renglón seguido le revelaban que aquel milagro era debido a la leche. Y cantando las excelencias de aquel régimen maravilloso el más viejo de los tres empezaba y no acababa. Por lo demás, se podría decir que sus placeres eran exclusivamente de orden aritmético. Muchos hombres cuentan sus años con pesadumbre; él contaba los suyos con una vanidad pueril. Los hay que coleccionan sellos de correos o medallas; él coleccionaba días. Los periodistas que iban a interrogarle respecto a los acontecimientos históricos de que había podido ser testigo no sacaban nada en limpio salvo que se había puesto a beber leche en la época en que la mayoría de nosotros dejamos de mamar. Cuando le preguntaban si había vivido en 1815, contestaba que fue precisamente el año en que se percató de que no es una leche cualquiera la que conviene beber, sino la buena Leche de la Montaña, recomendada por el doctor Meadows. Tampoco os hubiese entendido si le hubieseis dicho que en aquel año, en una llanura cercana a Bruselas,[1] los muchachos de su generación conquistaron el amor de los dioses dejando su vida precozmente.

Sobra decir que fue el filantrópico doctor Meadows quien descubrió esta especie inmortal y sobre ellos edificó su filosofía dietética, dando origen también a las lecherías y granjas de Peaceways. Atrajo a su lado a muchos discípulos y partidarios adinerados e influyentes; jóvenes que, por decirlo así, se entrenan para ganar la marca de longevi-

[1] Se refiere a la derrota de Napoleón en Waterloo.

dad, anciano-niños y embriones de nonagenarios. Sería exagerado decir que espiaban el nacimiento de su primera cana como Fascination Fledgeby[2] espiaba el del primer pelo de su barba, pero es cosa cierta que habían desdeñado la belleza de las mujeres, la vieja idea de la muerte joven y gloriosa, seducidos por la búsqueda de la segunda infancia.

Peaceways estaba edificado en forma de ciudad jardín. Comprendía un círculo de casas en que trabajaban los obreros y en el centro del círculo se elevaba una pequeña ciudad muy decorativa en la que se vivía al aire libre. Era indiscutible que aquel plan, en conjunto, era mucho más sano que el de las grandes ciudades obreras y que este solo hecho explicaba en parte el sereno aspecto del doctor Meadows y de sus adeptos, si es que podemos mermar en lo más mínimo las maravillas de la Leche de la Montaña. El sitio estaba muy apartado de las grandes vías de comunicación inglesas y los habitantes podían gozar sin molestia alguna de un cielo tranquilo y de unos bosques amplios, a la vez que asimilaban cuanto pudiese haber de bueno en los métodos del doctor Meadows. Pero eso terminó con la irrupción de un pequeño y sucio automóvil en el medio del pueblo. El vehículo se detuvo junto a una de las isletas triangulares cubiertas de césped tan frecuentes en los cruces y descendieron dos hombres con gafas, uno alto y otro bajo, para ponerse en el centro del espacio herboso, como si fuesen dos bufones que se preparasen para ejecutar su número. Y, en efecto, lo eran.

Antes de entrar en la población se habían parado a la orilla de un magnífico arroyo de la montaña que se despeñaba para transformarse en río. Se quitaron los cascos y las gafas para comer algo de pan que habían comprado en Wyddington y beber agua del arroyo que se ensanchaba más abajo, en el valle de Peaceways.

—Tengo la impresión de que empiezo a aficionarme al agua –dijo el más alto de los dos caballeros–. Hasta ahora había creído que era una bebida demasiado peligrosa y que sólo debía administrarse a las personas que están a punto de desmayarse. Les sienta mucho mejor que el brandy. Además, imagínate qué desperdicio, dar de beber brandy a una persona que se está desmayando. Pero ya no soy tan fanático y hasta sin receta del médico consentiré que la beban. Entonces estaba dominado por la intransigencia moral de la juventud, por la inocencia y la fuerza de un corazón sin experiencia. Imaginaba que con sólo probarla una vez, ya iba a acostumbrarme a ella. Pero hoy empiezo a comprender que el agua tiene su lado bueno. ¡Ah, qué rica es cuando realmente se tiene sed! ¡Cómo burbujea, cómo gorgotea! ¡Qué fresca! Si bien se mira, es la mejor de las bebidas, a falta de otra. Y como dice la canción:

> Si buena es el agua
> mejor es el vino
> para conservarse
> contento y tranquilo.
> Si un ángel os brinda
> algún otro líquido,
> «¡Ah, gracias –decid–,

[2]Personaje de *Nuestro amigo común* (1865), de Charles Dickens.

»mas ya estoy servido!»

El té de Asia vino,
y es un mandarín
galante y pulido.
Las damas lo sorben
con gusto infinito
sin ver que exaspera
sus nervios cansinos.

Pero aunque oriental
el té es caballero
y no un vil rufián
de aliento fatal,
como el malvado cacao,[3]
que da a quien lo toma
un aire vulgar.

¿Y qué os diré ahora
del efervescente
diluvio de soda
que inunda la patria?
No es más que el castigo
de los que deshonran,
a fuerza de excesos,
al más noble vino.

—¡Tiene un gusto exquisito! Me pregunto de qué cosecha será. Yo diría que de 1881.

—En materia de gustos, nada está escrito –dijo el más bajo de los dos hombres–. Mr. Jack, que siempre andaba gastando bromas, llegó a servir agua en copas de licor y todo el mundo juraba que era un licor delicioso y preguntaba dónde podía adquirirse... excepto el almirante Guffin, que le descubrió un gusto de aceituna muy pronunciado. Pero para nuestros propósitos, el agua es lo mejor que hay.

Patrick meneó la cabeza en señal de aprobación y después dijo:

—Lo pondría en duda si no tuviese el consuelo de mirar esto –dijo dando un puntapié al barril de ron– y de pensar que nos echaremos un buen trago uno de estos días. Parece que estamos en un cuento de hadas, llevándolo de un lado a otro como si fuese el tesoro de un pirata. ¡Y qué buenas jugarretas podemos gastar a los demás con este ron! A propósito, ¿cuál es la broma que se me ocurrió esta mañana? Ah, sí, ¡ya lo sé! ¿Dónde está mi bote de leche?

Durante los veinte minutos siguientes se dedicó a manipular el barril y el bote de leche. Pump le contemplaba con un interés rayano en la angustia. Por fin, Patrick Dalroy levantó la cabeza, frunció las cejas y preguntó:

[3]David Langford escribe en *Digging Up the Future: On G.K. Chesterton* (Editorial Vector 100, 1980) que los versos «Cocoa is a cad and coward / Cocoa is a vulgar beast» son una sutil alusión a los Cadbury, familia chocolatera británica propietaria del Daily News, diario liberal del que dimitió Chesterton en 1911 para pasar a las filas del Daily Herald.

—¿Qué es eso?

—¿Qué? –preguntó a su vez el segundo viajero.

—Eso –dijo el capitán señalando a un personaje que iba hacia ellos por la carretera paralela al río–. ¿Qué significa eso?

El individuo en cuestión tenía una barba bastante larga y una cabellera que le caía sobre la espalda. En su rostro se dibujaba una expresión a un tiempo seria y tranquila. Su vestido, de buenas a primeras, le pareció un camisón al inexperto Mr. Pump, pero acabó por descubrir que era una especie de túnica de piel de cabra sin mezcla de la nociva lana de oveja. No llevaba calzado alguno. Avanzó hasta un recodo del río, después retrocedió bruscamente –como quien da por terminado un paseo– y volvió a la villa modelo de Peaceways.

—Debe de ser uno de los habitantes de esa villa de la leche –dijo Mr. Humphrey Pump con indulgencia–. Parecen un poco chiflados.

—No veo mal en ello –dijo Dalroy–; yo también tengo mis horas de desvarío. Pero un loco tiene por lo menos un mérito y conserva un vínculo con Dios. Un loco es siempre lógico. Pero, ¿qué relación hay entre beber leche a cántaros y llevar melena? La mayoría de los mortales nos hemos alimentado de leche cuando no teníamos pelo en la cabeza. ¿Cómo combinan las dos cosas? ¿Hay base para una asociación tan disparatada? ¿Querrán decir: leche-agua-agua de jabón-afeitarse-pelo? ¿O bien: leche-sociable-insociable-presidiarios-pelo? ¿Qué relación lógica existe entre tener mucho pelo y no llevar zapatos? ¿A qué viene eso? ¿No será: cabello-peluca-cuero cabelludo-zapatos de cuero? ¿O acaso: cabello-barba-ostra-orilla del mar-playa-pies descalzos? El hombre está expuesto al error, sobre todo en una época en que todo error nuevo recibe el nombre de movimiento, pero ¿por qué todas las locuras se irán a concentrar en un solo punto?

—Porque todos los locos tendrían que vivir juntos –dijo Humphrey–. Si hubieses visto lo que ocurrió en Crampton, donde quisieron realizar la idea de una granja-manicomio, comprenderías lo que quiere decir. La idea está muy bien, pero te aseguro que nunca dejarán que un aristócrata acabe enterrado hasta el cuello en el estiércol de una granja.

Tosió como para excusarse, y estaba a punto de reanudar la conversación cuando vio que su compañero metía el pote de leche y el barril en el auto antes de instalarse en él.

—Llévame a la guarida donde viven esos seres –dijo a Hump.

No llegaron de un solo tirón hasta el centro urbano de la tribu. Se separaron del río para seguir al hombre de la barba y de la pelliza de cabra; el hombre se detuvo ante una casa situada en las afueras del pueblo. Los dos aventureros también se detuvieron, movidos por la curiosidad, y en un principio quedaron satisfechos al verle salir rápidamente, como quien ha resuelto una transacción con una celeridad increíble. Pero, fijándose mejor, descubrieron que el hombre que salía no era el mismo que acababa de entrar, sino otro vestido de manera absolutamente idéntica. Prolongaron su estacionamiento por unos minutos y asistieron a un verdadero desfile de miembros de la secta del pelo de cabra, todos con el mismo sencillo uniforme.

—Debe de ser un templo o una capilla –murmuró Patrick–; aquí dentro deben de ofrecer una libación de leche de vaca o lo que sea. La broma dura demasiado, pero no tenemos más remedio que esperar a que la congregación se disperse.

Cuando por fin desapareció el último de aquellos fantasmas peludos, Dalroy echó pie a tierra y, después de clavar el poste con el letrero en el suelo con enorme violencia, llamó suavemente a la puerta.

El individuo que parecía dueño de la casa y de quien los dos últimos idealistas descalzos y melenudos se despedían de una manera por demás apresurada, no tenía pinta de ejercer las funciones que le suponía Dalroy.

El irlandés y Pump jamás habían visto un individuo de tan triste aspecto. Su semblante tenía esa rubicundez que no es síntoma de jovialidad, sino de indigestión permanente en la cabeza. Su bigote oscuro pendía desmañadamente y sus cejas parecían aún más oscuras y pesadas. Dalroy recordaba haber visto una expresión parecida en el rostro de las personas sujetas a una sumisión humillante, pero no acabó de establecer una relación entre aquel hecho y las pacatas virtudes de Peaceways. La cosa resultaba tanto más chocante cuanto que el hombre parecía en plena prosperidad. Llevaba un traje informal pero elegante y el interior de su casa parecía por lo menos cuatro veces más suntuoso que el exterior.

Pero lo que más le sorprendió fue que en vez de manifestar la curiosidad de un hombre bien educado que ve llegar a dos forasteros, dio muestras de ansiedad y de incomodidad. Durante el rato que duraron las disculpas y preguntas corteses, pero numerosas, que le dirigió Dalroy sobre la topografía y los alojamientos de Peaceways, sus ojos –que eran como los de un carnero degollado– iban constantemente desde un armario a la ventana. Acabó por levantarse y echar un vistazo a la carretera.

—Oh, sí, señor; Peaceways es un lugar muy saludable –dijo, mientras miraba por las rendijas de la persiana–. Sí, sí... Muy saludable... Pero, ¿qué les pasa ahí? Claro que la gente de aquí tiene también sus rarezas.

—No beben más que leche, ¿verdad? –preguntó Dalroy.

El dueño de la casa le lanzó una mirada más bien recelosa y emitió un gruñido.

—Eso dicen... –y volvió junto a la ventana.

—Compré un poco –dijo Patrick golpeando el pote de leche que llevaba cariñosamente bajo el brazo, como si un sentimiento vivísimo le impidiese separarse del recipiente que contenía el descubrimiento del doctor Meadows.

Los ojos saltones de su interlocutor se le salieron aún más de las órbitas como a impulso de la cólera... o de otra emoción análoga.

—¿Qué quieren ustedes? –refunfuñó–. ¿Son de la secreta o qué?

—Somos agentes y distribuidores de la buena Leche de la Montaña –anunció el capitán con énfasis–. ¿Quiere probarla?

El amo de la casa tomó el vaso con aire intrigado y bebió un sorbo; la expresión de su cara cambió enseguida de un modo sorprendente.

—¡Vaya! ¡Esta sí que es buena! –exclamó con una mueca de pícaro–. El golpe tiene gracia. Ya veo que están ustedes en el ajo.

Se acercó otra vez a la ventana y añadió:

—Pero, si estamos entre compadres, ¿qué diablos hacen los otros que no entran? Nunca tardan tanto.

—¿Quiénes son los otros? –preguntó Mr. Pump.

—La gente de Peaceways –dijo el hombre–. Siempre vienen antes de trabajar. El Dr. Meadows no quiere que trabajen muchas horas, porque no sería saludable o como quiera que lo llame; pero eso sí, siempre exige que sean puntuales. Otras veces llegan corriendo, con sus ropas pulcras, cuando suena el último bocinazo.

Abrió entonces la puerta, invitando a los que había en el exterior sin levantar demasiado la voz.

—Entrad de una vez o nos delataréis a todos si os quedáis ahí fuera como tontos.

Patrick también echó un vistazo al exterior y lo que descubrió no dejó de sorprenderle. Estaba acostumbrado a ver formarse grupos a la puerta de los establecimientos que decoraba con el letrero de El Viejo Navío, pero la gente que los integraba se contentaba con dar señales de una franca sorpresa o de un no menos franco regocijo. Pero las veinte o treinta personas que llevaban lo que Mr. Pump había creído un camisón y se habían congregado por la aparición del letrero se movían de un lado a otro como sonámbulos, en apariencia ciegos con respecto al barco pintado en madera; examinaban el horizonte, las nubes matinales y sólo se paraban furtivamente para murmurar unas palabras al oído del vecino. Pero cuando el propietario interpeló con su recia voz a uno de aquellos seres tan ostensiblemente abstraídos y le preguntó qué ocurría, el bebedor de leche no tuvo más remedio que mirar el letrero. Los ojos de carnero degollado y el rostro que los contenía le imitaron, y a continuación fueron presa inmediata de un apopléjico asombro:

—¿Qué demonios han puesto delante de mi casa? –interrogó–. Ahora me explico por qué no entran.

—Lo quitaré, si le parece –dijo Dalroy, y uniendo la acción a la palabra, arrancó el poste del suelo como quien coge una flor, para sorpresa de la gente allí congregada, que creía asistir a un cuento de hadas–. Pero, en compensación, querría que me explicase qué es lo que pasa aquí.

—Espere que les haya servido –replicó el dueño de la casa. Los de la pelliza de cabra se agolparon en el interior como un rebaño de corderos (o, si se quiere, de cabras), y bebieron un alcohol que Pump supuso de bajísima calidad. Cuando la última cabra hubo salido, el capitán Dalroy declaró:

—Le confieso que todo esto me parece el mundo al revés. Creía que, con la ley actual en la mano, se tenía derecho a beber donde hubiese letrero y no donde no lo hubiese.

—¡La ley! –exclamó el hombre con un violento desprecio–. ¿Acaso cree que esos imbéciles le tienen tanto miedo a la ley como al doctor?

—¿Y por qué le tienen miedo al doctor? –preguntó inocentemente Dalroy–. Oí decir siempre que Peaceways es una comunidad autónoma.

—¡Y un cuerno autónoma! –contestó sin entusiasmo–. Pero, ¿acaso no es él el propietario de todas las casas y puede ponerlos de patitas en la calle cuando se le antoje? ¿No es él quien les da trabajo y podría condenarlos al hambre en un mes? ¡La ley! –dijo con desdén.

Un momento después, clavó los codos en la mesa y empezó a explicar la situación con detalle.

—Yo era cervecero y tenía la mayor cervecería de la comarca. Sólo quedaban dos establecimientos que no fuesen míos, y al cabo de un tiempo los magistrados acabaron por retirarles la licencia. Hace diez años hubiese visto Cerveza Hugby en todas las tabernas del condado. Pero después de que subieran al poder esos malditos radicales, va lord Ivywood, jefe de nuestro partido, y se alía con ellos y deja que el doctor compre todos los terrenos, gracias a una nueva ley que decreta la desaparición de las tabernas. ¡Ha arruinado mi comercio para que él pueda vender su leche! Por suerte, tenía algunos ahorros y también me han pagado una indemnización. Yo me las compongo para seguir haciendo un poco de negocio de tapadillo. Pero, claro, no hago ni la mitad de lo que antes, porque la gente tiene miedo de que el doctor les pille. ¡Maldito viejo!

Y el hombre del traje elegante escupió sobre la alfombra.

—Yo también soy radical –dijo el irlandés en tono algo frío–. Para informes sobre el partido conservador hable con mi amigo Mr. Pump, que, naturalmente, está en todos los secretos de sus jefes. Pero debo decirle que me parece un radicalismo bien especial ese que consiste en beber y comer lo que ordene un amo loco, sencillamente porque es millonario. ¡Ah, libertad, cuántas reformas sociales complicadas y nocivas se perpetran en tu nombre! ¿A qué esperan para darle al viejo unas cuantas patadas en el culo en medio del pueblo? ¿Será por eso que no les dejan llevar zapatos?¿Y si lo metieran dentro de un bote de leche y lo echaran a rodar por una pendiente? Contra esto no tendría nada que objetar.

—No sé –dijo Pump con acento meditabundo–. En mi pueblo lo hizo la tía del joven Mr. Christian. Claro que las mujeres tienen una forma de ser muy especial.

—¡Óigame! –exclamó Dalroy–. Si clavo ese letrero delante de la puerta y me quedo aquí para ayudarle a servir, ¿tendría usted valor para hacerles frente? ¡Estaría en su derecho y le aseguro que si vienen a coaccionarle se las entenderán conmigo! Vamos a poner el letrero en la calle y podrá vender su mercancía abiertamente, como un hombre, y la historia inglesa le recordará como a un libertador.

El ex soberano de las Cervecerías Hugby bajó la vista tristemente. No pertenecía a la casta de bebedores ni de taberneros que encarnan los sentimientos revolucionarios.

—Bueno –dijo el capitán–, ¿quiere, por lo menos, venir conmigo, a animarme y aplaudirme si pronuncio un discurso en la plaza del mercado? Ande, venga con nosotros. Hay sitio en el coche.

—Si se empeña –replicó Mr. Hugby sin entusiasmo–. No hay duda de que si autorizan su negocio, probablemente harán lo mismo con el mío.

Y diciendo esto se puso un sombrero de copa y siguió al capitán y al tabernero hasta su coche. El decorado de la villa modelo casaba bastante mal con el sombrero de seda de Mr. Hugby. De hecho, parecía que el sombrero realzaba lo fantástico del lugar por contraste.

Hacía horas que había amanecido y la mañana era espléndida. En la parte del cielo que tocaba al círculo sombrío de las sierras y de sus bosques se veían aún las transparentes nubecillas de la aurora, delicadamente teñidas de rojo, verde y amarillo. Pero en lo alto, la bóveda celeste pasaba de color turquesa al azul brillante y denso sobre el cual otras nubes, los colosales cúmulos, parecían derribarse en una batalla de almohadas. La masa de los edificios era tan blanca como las nubes, de modo que si no fuese abusar de la metáfora, diríamos que parecían caídos del cielo. Pero la mayor parte de aquellas blancas mansiones estaban animadas por toques de colores vivos, ora por un adorno anaranjado, ora por un festón amarillo limón, como si hubiesen sido rozadas por el pincel de un niño gigante. Las casas no estaban cubiertas de paja, sin duda por razones higiénicas, sino por una especie de tejas del verde que se ve en las plumas de pavo real, probablemente adquiridas a precio bajo en un bazar prerrafaelista; o por ladrillos de color terracota. No tenían nada de inglés, ni se adaptaban al paisaje, revelando bien a las claras que no habían sido construidas por hombres libres, sino que obedecían al plan de un cacique antojadizo. No obstante, constituían un decorado realmente pintoresco si se las consideraba como una ciudad de duendes levantada para la puesta en escena de un cuento de hadas.

Y mucho me temo que los gestos y actitudes de Mr. Dalroy podrían encajar perfectamente en dicha representación. Por de pronto, dejó el letrero, el bote de leche y el barril de ron dentro del auto. Se despojó de su indumentaria de automovilista y reapareció en su uniforme verde que resultaba más insolente cuanto más andrajoso. Después, con una solicitud maternal, sacó del coche el bote de leche y lo depositó, con actitud casi reverencial, sobre el césped. Se colocó a su lado como Napoleón junto a una pieza de artillería, con una expresión tremendamente seria, por no decir severa. Desenvainó el sable y con su hoja golpeó la lata de metal, que vibró de una manera tan ensordecedora que Mr. Hugby se apresuró a saltar del auto y a alejarse tapándose los oídos con los dedos. Mr. Pump, en cambio, no se movió del volante, a sabiendas de que quizá fuera necesario salir a toda prisa.

—¡Vengan, vengan, vengan, gentes de Peaceways! –llamaba Dalroy sin dejar de tocar a rebato contra la lata y adaptando a la ocasión el famoso poema de Scott[4] en el que el proscrito clan de los MacGregor se reúne para luchar contra la injusticia–. ¡Nos han quitado la tierra, nos han quitado la tierra, gentes de Peaceways!

Dos o tres de los portadores de pelliza se acercaron al grupo, no sin haber lanzado a Mr. Hugby una mirada angustiosa. El capitán les chillaba como si se dirigiese a todo un ejército tendido en la llanura de Salisbury:[5]

—¡Ciudadanos –bramó, y a continuación comenzó a hablar de manera improvisada– prueben la única y auténtica Leche de la Montaña! La misma que Mahoma fue a buscar a la montaña. La verdadera leche de la Tierra Prometida, en que manaban la leche y la miel, la única que por su alta calidad pudo hacer sabrosa una mezcla tan poco agradable. ¡Pruébenla! ¡La única que cuenta con denominación de origen! ¿Puede alguien vivir sin leche? Incluso las ballenas la necesitan. ¡Si alguno de los presentes tiene en casa una ballena, no vacile; aproveche, que ésta es la ocasión! ¡A las

[4]El poema aparece en la novela *Rob Roy* (1818), de Walter Scott: «Then gather, gather, gather, Grigalach! / Gather, gather, gather, &c. /Ê(...) We're landless, landless, landless, / Grigalach! /ÊLandless, landless, landless».

[5]La meseta de Salisbury es un lugar habitual de adiestramiento del ejército británico desde 1897.

ballenas jóvenes les encanta! ¡Fíjense qué leche! ¡Y si no pueden fijarse en la leche porque está en la lata, fíjense qué lata! ¡Fíjense qué lata! ¡Tienen que fijarse! Cuando los hombres oyen una voz que les dice: «Lo tienes en el bote», los jóvenes y valientes responden: «Lo tengo en el bote» –y golpeaba con el sable una y otra vez el bote con un estridente ruido metálico, como el repicar de unas diabólicas campanas de acero.

Este discurso de introducción deja abierta las puertas a los críticos que lo quieran analizar como texto filosófico en lugar de considerar su valor teatral. El presente narrador (cuyo único objetivo es la verdad) se ve obligado a dejar constancia de que el éxito de esta arenga de Dalroy fue rotundo en lo que a sus propósitos se refiere: un numeroso grupo se sintió atraído por el ruido que metía aquel solo hombre que berreaba como toda una multitud. Multitudes hay que no tienen ningún deseo de provocar la insurrección, pero no hay ninguna que no se recree viendo que alguien se rebela en su lugar, y las oligarquías mejor aposentadas deberían meditar sobre este hecho.

El último triunfo de Dalroy, siento tener que decirlo, fue el de ofrecer a algunos de sus oyentes más cercanos una cata del inocente brebaje. El efecto fue asombroso. Los hubo que quedaron paralizados por la sorpresa. Otros se partían de risa y algunos se pusieron a dar gritos de entusiasmo. Pero todos fijaron sus miradas radiantes en el excéntrico predicador.

De pronto todo este entusiasmo se apagó y se ensombrecieron los rostros. Un vejete acababa de incorporarse al grupo; un vejete vestido de tela blanca con una barba puntiaguda y una cresta de pelo semejante al vello de los cardos, un vejete que cualquiera de los demás hombres allí presentes hubiera matado de un revés, incluso con la mano izquierda.

XIX

La hospitalidad del capitán

El doctor Moses Meadows, fuera ése su apellido o una versión inglesa del mismo, era oriundo de una pequeña ciudad de Alemania y había escrito sus dos primeras obras en lengua germana. Aquellos fueron sus mejores libros, pues al principio había sentido un verdadero entusiasmo por las ciencias naturales, entusiasmo desgraciadamente contaminado de hostilidad contra lo que él llamaba supersticiones, pero que muchos de nosotros consideramos como el alma del Estado. Tal entusiasmo se manifestó sobre todo en su primer libro, consagrado a demostrar que, «en la mujer, la suspensión del desarrollo mental está en relación con la falta de barba». En su segundo libro se dedicó especialmente a combatir las falsas ilusiones, y durante algún tiempo se consideró que había probado –para los ya convencidos, se entiende– que el «Fantasma del Tiempo había caminado en los tiempos recientes con especial rapidez, y el Mito de Cristo podía explicarse por el alcoholismo». Desgraciadamente, había acabado por dar con esa institución que se llama la Muerte y le dio por enfrentarse a ella. No hallando ninguna explicación racional de la costumbre de morir, tan extendida entre los contemporáneos, había llegado a la conclusión de que es una institución puramente tradicional (cosa que para él quería decir pasada de moda), y sólo pensaba en el modo de suprimirla o de retrasar sus efectos. Con lo cual se redujo el campo de sus especulaciones y perdió buena parte del áspero ardor que había humanizado el ateísmo de su juventud, cuando de buena gana se habría suicidado por el solo gusto de burlarse de la inexistencia de Dios. Su idealismo tardío se había vuelto cada vez más materialista, hasta degenerar en una serie de hipótesis volubles y descubrimientos sobre los alimentos más sanos. No vale la pena detenerse en lo que se llama su Período del Aceite; su Período de las Algas ha sido magistralmente expuesto en el valioso librito del profesor Nym, y por lo que se refiere a su Período de las Gelatinas, será preferible pasarlo por alto.

Durante una larga estancia en Inglaterra descubrió la longevidad especial de los bebedores de leche, y edificó sobre este hecho una teoría que, por lo menos al principio, fue enteramente sincera. Por desgracia, también fue acogida con éxito: la riqueza comenzó a fluir en dirección al inventor y propietario de la Leche de la Montaña. Fue entonces cuando empezó a sentir un cuarto y último entusiasmo, que no es raro en la vejez, pero que ciertamente no amplía el horizonte de las ideas.

Si en el altercado que suscitaron las bufonadas de Mr. Dalroy se mostró muy digno, no puede, en cambio, decirse que se mostrara muy tolerante, porque había perdido la costumbre de ver que en toda la extensión de sus dominios ocurriese algo sin su permiso. Empezó por insinuar que el capitán había robado el bote de la leche en alguno de sus depósitos, y mandó a varios obreros para que contasen las latas. Pero Dalroy tardó poco en sacarlo de su error:

—La he comprado en una tienda de Wyddington –dijo– y nunca he utilizado otra. Seguro que no me cree –y realmente costaba creerlo–, pero cuando entré en la tienda era un hombre muy pequeño. No hice más que tomar un vaso de su Leche de la Montaña y ¡míreme!

—No tiene derecho a vender esta leche aquí –dijo el doctor Meadows con un ligero acento alemán–. Usted no forma parte de mi plantilla. Yo no respondo de sus métodos. Usted no es un representante de la casa.

—Soy un anuncio viviente –replicó el capitán–. Le hacemos propaganda en toda Inglaterra. ¿Ve a aquel hombrecillo tan flaco que está allá? –continuó, señalando al indignado Mr. Pump–. Pues representa el personaje «Antes de la Leche de la Montaña». Yo, en cambio, soy el «Después» –concluyó el capitán con satisfacción.

—Se va usted a reír del juez –replicó el otro con voz amenazadora.

—Con mucho gusto –asintió Patrick–. Pero es preciso que le diga toda la verdad, señor, que la leche que vendemos nosotros no tiene nada que ver con la suya. Su gusto es enteramente distinto, como podrán confirmar estos señores.

Una risa contenida entre el público allí congregado provocó un comienzo de congestión en el rostro del eminente capitalista.

—Entonces es que uno de ustedes dos ha robado el bote, y, por consiguiente, son unos ladrones, o bien han agregado ingredientes extraños a mi descubrimiento, y entonces son ustedes unos adúlter.. adúlteros...

—Querrá decir adulteradores –corrigió Dalroy con amabilidad–. El príncipe Alberto siempre decía *adulterista*. ¡El bueno de Alberto! Parece que fue ayer. Pero es obvio que se trata de hoy. Y es tan claro como el agua que esta sustancia no tiene el mismo sabor que su leche. No puedo decirle exactamente a qué sabe –risas sofocadas en la multitud–, pero es una cosa que está entre el sabor de su primer caramelo y el del cigarro de su padre. Es inocente como el cielo y ardiente como el infierno. Tiene el mismo gusto que una paradoja o que una contradicción histórica... ¿Me explico? A quien más les gusta es a los hombres más sencillos, y siempre les recuerda la sal porque es azucarada. ¡Pruébela!

Y con ademán imperiosamente hospitalario tendió su largo brazo cuya mano sostenía un vasito. La invencible curiosidad del prusiano pudo más que su tiránica dignidad. Sorbió un trago del líquido y los ojos se le salieron de las órbitas.

—¡Ha mezclado algo con la leche! –fueron las primeras palabras que pronunció.

—Sí –respondió Dalroy–, y usted también, si es que no es un timador. ¿Quiere decirme por qué su leche se anuncia en todas partes como diferente de las demás si no le ha agregado nada para conseguir diferenciarla? ¿Por qué vale un vaso de su leche el triple que el vaso de leche de otra compañía, si no la ha mezclado con algo que lo justifique? Y ahora, óigame bien, doctor Meadows. El inspector del Servicio de Fraudes de este distrito es un hombre honrado. Tengo una lista de los veintidós hombres honrados que pertenecen a ese cuerpo. Voy a hacerle una proposición justa. Un inspector decidirá sobre el ingrediente que yo he agregado a mi leche si usted permite que haga lo mismo con la suya. Si no mezcla nada con su leche, ¿a qué vienen todas esas máquinas? ¿Quiere decirme ahora mismo qué es lo que le echa usted a su leche para que resulte tan extraordinariamente montañesa?

Hubo un largo silencio durante el cual la multitud se puso otra vez a reír por lo bajo. Pero el filántropo era víctima de un ataque de histeria y agitando los puños de manera completamente extraña a los ingleses allí reunidos, gritó.

—¡Aaag! ¡Ya sé lo que echa en la leche! ¡Ya lo creo! ¡Alcohol! No tiene letrero y ahora se va a reír del juez.

Entonces Dalroy se inclinó ceremoniosamente, fue hasta el auto y volvió con el enorme letrero de El Viejo Navío en que aparecía un barco de tres puentes con la cruz de San Jorge en la popa. Lo clavó en la estrecha tira de césped y lanzó una mirada a su alrededor.

—Resguardado en mi vieja taberna con sus paredes de robles, puedo reírme de un millón de jueces. En mi taberna todo es higiénico. Nada de techos bajos, nada de olor a rancio. Ventanas por todos lados, menos en el suelo. Y como he oído decir que quien vende bebidas fuertes debe al mismo tiempo vender alimentos, aquí tengo un queso, querido doctor Meadows, que le va a convertir en otro hombre. Eso espero. Por lo menos lo intentaremos.

Pero el doctor Meadows hacía rato que había sobrepasado el estado de cólera. La aparición del letrero le ponía en un apuro serio. Como acontece con la mayoría de los escépticos, aunque sean de la categoría de Bradlaugh, [1] era tan respetuoso de la ley como escéptico. Tenía un miedo horrible, en el fondo del cual había algo de razón, de que le encontraran culpable de algo en un juicio o en una investigación. También sufría la tragedia que hoy acucia a todos los habitantes de la Inglaterra moderna: la de estar seguro de que hay que respetar siempre la ley aunque no se esté nunca seguro de lo que manda. Recordaba vagamente que cuando lord Ivywood presentó o defendió la ley que llevaba su nombre, insistió muy especialmente sobre la importancia y sobre el significado de los letreros de las tabernas. Y temía exponerse, si vulneraba alguna disposición, a que le impusieran una multa e incluso a que lo metiesen en la cárcel, pese a su éxito como hombre de negocios. No es que ignorase la cantidad de cosas que podía objetar a la insolente afirmación de Dalroy. Un trozo de césped no es una taberna; el letrero no estaba siquiera hincado en tierra cuando el capitán había empezado a distribuir ron. Pero no ignoraba tampoco que estas circunstancias podían no ser decisivas ante el enigmático monstruo que es la ley inglesa. ¡Cuántas veces había visto que el juez hacía oídos sordos a objeciones de esta clase! En lo hondo de su espíritu, se daba cuenta de lo siguiente: lord Ivywood le había hecho rico; ¿a quién daría la razón lord Ivywood?

[1] Charles Bradlaugh (1833-1891), librepensador republicano conocido por sus críticas al cristianismo.

—Capitán –dijo Humphrey abriendo la boca por primera vez–, tengo la corazonada de que lo más prudente sería que nos largásemos.

—¡Tabernero inhospitalario! –exclamó el capitán con indignación–. ¡Con lo que me costó obtener una licencia para tu establecimiento! Pero, ¿qué es esto? ¿No ves que es el amanecer de la paz en la gran villa de Peaceways? Aún confío en que veremos al doctor Meadows tomando un trago antes de cerrar. Entretanto, nuestro colega Hugby va a decirnos cuatro palabras.

Mientras hablaba iba repartiendo leche con ron a su alrededor, y el doctor estaba demasiado aterrorizado por los tecnicismos de la ley inglesa como para atreverse a chistar.

Cuando Mr. Hugby oyó pronunciar su nombre pegó tal brinco que estuvo a punto de caérsele el sombrero de copa. Aceptó, sin embargo, un vaso de la nueva Leche de la Montaña y, apenas se humedeció el gaznate, su rostro se inflamó de elocuencia antes incluso de haber dicho palabra.

—Viene un automóvil por la carretera de la sierra –dijo Pump tranquilamente–. Dentro de diez minutos habrá atravesado el último puente y estará aquí.

—¿Y qué? –replicó el capitán con impaciencia–. Se diría que es la primera vez que ves un coche.

—En este valle, y en esta mañana, sí, es la primera vez.

—Señor presidente –dijo Mr. Hugby, que a punto estuvo de decir a continuación «señor vicepresidente» por el hábito de los banquetes gremiales de otro tiempo–, estoy seguro de que aquí todos somos respetuosos con la ley, y queremos seguir siendo amigos, sobre todo de nuestro buen amigo, el doctor Meadows, aquí presente; que nunca le falte un amigo o una botella de vino... o lo que sea, en nuestro camino hacia la prosperidad, etcétera. Pero como quiera que nuestro amigo, aquí presente, parece estar en su derecho puesto que posee un letrero, creo que hay que considerar las cosas con una nueva perspectiva, por así decirlo. Desde luego, yo admito que todas esas tabernuchas de tres al cuarto hacen más mal que bien, y es innegable que los que las frecuentan forman un hatajo de ignorantes que no valen más que una piara de cerdos. No seré yo quien critique al doctor por habernos librado de ello. Pero un gran negocio, dirigido como Dios manda, es un asunto bien distinto. Pues bien, amigos míos, todos ustedes saben que yo me dedicaba a esta clase de asuntos, cuando la promulgación de la ley me obligó a cerrar mis puertas –en este punto los hombres-chivo se miraron las pezuñas con un sentimiento de culpabilidad–. Pero tengo, no obstante, algunos ahorros y no vacilaría en invertirlos en El Viejo Navío si nuestro amigo, aquí presente, estuviese dispuesto a consentir que se desarrollase el negocio sobre sólidas bases empresariales. Y, sobre todo, si podemos agrandar un poco el local. ¡Je, je! Y si nuestro buen amigo el doctor...

—¡Grandísimo truhán! –estalló Meadows–. ¡Su buen amigo el doctor le va a leer a usted la cartilla delante del juez!

—¡Por Dios, tenga sentido de los negocios! –clamó el cervecero–. Lo mío no le va a quitar ventas. ¿No ve que es una clientela distinta? ¡Hay que tener sentido de los negocios!

—¡Yo no soy hombre de negocios! –declaró el sabio con una mirada fulminante–. Yo soy un servidor de la humanidad.

—Entonces –dijo Dalroy–, ¿por qué no sirve nunca a su amo?

—El coche ya ha cruzado el río –dijo Humphrey Pump.

—¡Lo que ustedes quieren es destruir mi obra! –chilló el doctor con una indignación sincera–. ¡Ahora que tengo construida esta villa, y que con mi esfuerzo le he inculcado sobriedad y salud, y que desde que apunta el día no hago más que velar por sus intereses, vienen a destruirla vendiendo su bárbara e infecta cerveza! ¿Y encima se atreve a llamarme amigo? ¡Yo no soy su buen amigo!

—No sabría qué decirle a eso –gruñó Hugby–, pero en ese caso, no quiere usted vender...

Un auto se detuvo en medio de una nube de polvo y bajaron de él media docena de hombres. A pesar de sus guardapolvos, Pump comprobó que la mayor parte tenía la estatura y el ademán de la policía. Uno de ellos, que se apartaba ostensiblemente de la regla, se quitó las gafas y apareció la faz morena y atontada de J. Leveson, secretario. Se acercó inmediatamente al viejecito millonario, que le reconoció enseguida y le estrechó la mano. Hablaron unos instantes, hojeando varios documentos de aspecto oficial. Por fin, el doctor Meadows tosió para aclarar la voz y se dirigió a la multitud.

—Tengo la satisfacción de poderles anunciar que este escandaloso desafío a la ley ha llegado demasiado tarde. Con la prontitud que le caracteriza, lord Ivywood ha comunicado inmediatamente a lugares de tanta importancia como éste una modificación en el texto de la ley que hace imposible una tentativa de este género.

—Esta noche dormiremos en la cárcel –dijo Mr. Pump–. Ya lo sabía yo.

—Baste decirles –continuó el millonario– que según la redacción actual de la ley, todo propietario de taberna, aunque tenga un letrero, puede ser penado con cárcel si vende alcohol que no haga tres días que esté en el establecimiento.

—Me imaginaba que era algo así –refunfuñó Pump–. ¿Nos entregamos, capitán, o intentamos huir?

A pesar de su habitual descaro, el propio Dalroy parecía atónito y sin palabras. Con ojos mortecinos contemplaba el abismo celeste que se abría encima de él como si, a la manera de Shelley, pudiese obtener inspiración de cualquier nubecilla blanca o del impecable azul del firmamento.

Por fin murmuró con voz reposada estas dos sílabas:

—¡Vender!

Pump le lanzó una mirada cómplice mientras una expresión singular se desparramaba sobre su rostro. El doctor saboreaba su triunfo con demasiada satisfacción para poder cazar las intenciones del capitán.

—Vender alcohol, ésta es la expresión exacta de la ley –insistió, agitando la hoja azulada en que estaba impreso el nuevo producto de la sabiduría parlamentaria.

—En tal caso la ley no me concierne –dijo el capitán Dalroy con una cortés indiferencia–. Yo no he vendido alcohol; yo lo he distribuido gratis. ¿Vio alguno de los presentes que recibiese dinero? Soy un filántropo, ni más ni menos que el doctor Meadows. Soy igualito que él.

Leveson y Meadows se miraron. Mientras el rostro de aquél se llenó de consternación, el de éste reflejaba otra vez su terror ante las complicaciones legales.

—Me propongo quedarme aún varias semanas en esta localidad –dijo el capitán apoyándose elegantemente en el bote de leche–, y seguiré distribuyendo gratuitamente esta inmejorable bebida a cuantos lo soliciten. Me consta que la comarca anda escasa de esta sustancia y estoy seguro de que nadie querrá oponerse a este acto de puro altruismo y por lo demás perfectamente legal.

En este punto se equivocaba pues varios de los presentes parecían oponerse con todas sus fuerzas a semejante acto. Y lo curioso fue que no eran ni Meadows, con rostro demacrado y fanático, ni Leveson, con su rostro ovino y oscuro, los que más se distinguían en esta protesta.

El que revelaba una antipatía más profunda contra aquel rasgo caritativo era Hugby, el ex propietario de las Cervecerías Hugby. Sus ojos de carnero degollado se le salían materialmente de las órbitas, mientras vociferaba sin pensar en lo que decía.

—¿Y piensa que yo voy a dejar que continúe obsequiándonos con sus payasadas y robándome los clientes...?

El viejo Meadows se volvió en redondo, como si le hubiese picado una víbora:

—¿Y qué demonios vende a sus clientes, Mr. Hugby? –le preguntó.

El cervecero estallaba de cólera. Los chivos, siguiendo la costumbre que el poeta latino reconoce en los animales inferiores, miraban al suelo con obstinación, mientras que el hombre –representado por Mr. Patrick Dalroy–, seguía una interpretación libre pero feliz del pasaje literario latino: «miraba al cielo y con los ojos en alto contemplaba el dominio hereditario de su patria celeste».[2]

—Bueno –rugió Mr. Hugby–; lo único que le puedo decir es que si la policía no es ni siquiera capaz de meter entre rejas a un vagabundo harapiento, se acabó: no pago más impuestos y...

—Sí –interrumpió Dalroy con una voz cortante como un hacha–. Se acabó. Y son los cerveceros de su calaña los que a fuerza de vender venenos a los clientes han conseguido que la gente acabe por reclamar el cierre de todas las tabernas. Usted es peor que los abstemios y los abolicionistas, porque ha corrompido lo que ellos no conocieron siquiera. Y en cuanto a usted, eminente hombre de ciencia, idealista y demoledor de tabernas, permítame que le informe de algo. A usted no se le respeta, se le obedece. ¿Por qué va a tener que respetarle nadie? Nos dice que ha construido esta villa y que madruga para velar por ella. La ha construido por dinero y vela por ella para conseguir más dinero. ¿Por qué le voy a respetar? ¿Porque se preocupa de su digestión de viejo con el fin de vivir más que otros que valen el doble que usted? ¿Con qué título se proclama rey de este valle, usted, que no tiene más Dios que su barriga y que la teme más que la quiere? ¡Vaya, vaya a rezar, vejestorio, que todos los hombres tenemos que morir! Lea la Biblia como acostumbran en Alemania y como la leía usted para encontrar textos antes de releerla para hallarle faltas. Yo confieso que no la leo a menudo, pero aún recuerdo algunas palabras de la antigua traducción de Mulligan, a ver si le sirven de algo: «Si Dios –dijo, y al mismo tiempo hizo con la mano un gesto tan natural y tan grande

[2]Fragmento de *Las Metamorfosis*, de Ovidio.

que durante un momento la villa apareció como un juguete de cartón a los pies de un gigante–, si Dios no ha construido la ciudad, los que la han construido han trabajado en vano; y si Dios no protege sus murallas, en balde vela el vigía sobre ellas. Trabajáis en vano cuando os levantáis antes del alba y os alimentáis con pan de inquietud, porque Él da el sueño a sus elegidos». Esfuércese un poco para comprender lo que esto significa y no se preocupe en saber si es un texto elohísta. Y ahora, Hump, vámonos. Ya estoy harto de este decorado verde. Venga, lléname la copa –y colocó violentamente el barril en el coche–, ensilla mis caballos y llama a mis hombres. Y temblad, alegres cabras, en vuestro momento de gloria; porque aún no habéis oído el último sonido de mi lata.

Y con esta proclama improvisada y jubilosa se alejó el vehículo fugitivo; y sus dos tripulantes estaban ya a muchas millas de Peaceways cuando decidieron detenerse. Lo hicieron a orillas de aquel largo y noble río que no habían dejado a pesar de lo que habían corrido, y que ahora serpenteaba en mitad de un paisaje de altos helechales y de plateados abedules.

—A propósito –dijo de pronto Hump–, hay algo que no he comprendido. ¿Por qué tenía tanto miedo de que analizasen su leche? ¿Con qué venenos y productos químicos la mezcla?

—H20 –Contestó el capitán–. Yo la prefiero sin leche.

Y, en efecto, se agachó para beber agua del río como hiciera por la mañana.

XX

El turco y los futuristas

Mr. Adrian Crooke era un próspero farmacéutico cuya botica se hallaba en las inmediaciones de la estación de Victoria, aunque su cara expresaba más cosas de lo habitual en un farmacéutico próspero. Se trataba de un rostro extraño, precozmente envejecido y apergaminado, pero limpio y resuelto, con mucha vida en cada arruga. Y cuando se decidía a hablar, su conversación no desmentía sino que corroboraba semejante impresión. Había viajado mucho y poseía un abundante repertorio de anécdotas curiosas concernientes al aspecto más confidencial y a veces más siniestro de su profesión, historias relativas a las drogas de Asia o hipótesis sobre los ingredientes que utilizaron los grandes envenenadores del Renacimiento. Inútil decir que él, por su parte, era un farmacéutico respetable e íntegro como el que más, lo que le valía una clientela numerosa entre las familias, especialmente en las de las clases más elevadas. Pero le gustaba estudiar las épocas en que su arte había tenido que ver con el del hechicero e incluso a veces con el del criminal. De ahí que ciertas personas, aun cuando advertidas del carácter perfectamente inofensivo de su manía erudita, al salir de su tienda, sobre todo en determinadas noches brumosas, con la cabeza llena de historias de comedores de hachís o de envenenamientos con rosas, no podían sino imaginar que aquel establecimiento, con sus frascos de líquidos púrpuras o amarillentos que parecían llenos de sangre o de azufre, era un antro de magia negra.

Sin duda para saborear una conversación de dicho género y también para sorber una toma de cierta pócima reconstituyente, Mr. Hibbs Nobstante había entrado en aquella farmacia. Estaba todavía con el vasito en la mano cuando Leveson le divisó a través del escaparate. Lo cual no impidió que Hibbs manifestase una considerable sorpresa, acompañada de cierto embarazo, cuando Leveson entró a su vez y pidió un vaso de la misma sustancia. Lo cierto es que el cansancio y la tensión que parecía arrastrar Mr. Leveson justificaban dicha medicación.

—No estaba usted aquí estos últimos días, ¿verdad? –dijo Leveson–. ¡No ha habido suerte! Se nos han vuelto a escapar de las manos gracias a una nueva treta. La policía no quiso actuar y hasta el viejo Meadows pensó que podía haber complicaciones con la ley. Estoy hasta la coronilla. ¿Usted adónde va?

—Pensaba pasar por la exposición postfuturista –contestó Mr. Hibbs–. Creo que lord Ivywood estará allí. Va a enseñársela al profeta. No me las quiero dar de entendido en arte, pero dicen que está muy bien.

Hubo un largo silencio hasta que Mr. Leveson dijo:

—La gente siempre tiene prejuicios contra las ideas nuevas.

Se produjo otra pausa que al fin rompió Mr. Hibbs:

—Después de todo, lo mismo le pasó a James Whistler.[1]

Tranquilizado por esta especie de ritual, Mr. Leveson advirtió la presencia de Crooke y le dijo cordialmente:

—En su gremio sucede lo mismo, ¿verdad? Supongo que los grandes adelantados de la química se estrellaron ante la misma incomprensión.

—¡Fíjese en los Borgia! –replicó Mr. Crooke–. ¡No cayeron bien precisamente!

—¡Mira qué gracioso! –dijo Leveson con acento fatigado–. Bueno, ¡hasta luego! ¿Viene, Hibbs?

Y los dos caballeros, con chaqué y sombrero de copa, se alejaron de la farmacia. Hacía un hermoso día de sol, hermano gemelo del que había brillado tan espléndidamente sobre la villa de Peaceways, y el paseo, a través de una linda calle de casas altas y de árboles pequeños junto al río, les resultó agradabilísimo. La exposición estaba instalada en una galería pequeña pero famosa, cuyo edificio bastante rococó proyectaba los últimos peldaños de la escalera que le da acceso hasta casi tocar el agua del Támesis. Por todos lados el edificio estaba rodeado de macizos floridos y en el umbral, bajo un pórtico de aspecto bizantino, aparecía su viejo amigo Misysra Ammon, con una ancha sonrisa en la cara y un traje de insólito esplendor sobre los hombros. Pero ni siquiera al ver aquella flor perfumada del Oriente recobró fuerzas el ánimo desfallecido del secretario.

—¿Vienen a ver las decoraciones? –preguntó el profeta, radiante–. Ya están aprobadas. Ya las he aprobado.

—Hemos venido a ver los cuadros postfuturistas –dijo Hibbs, mientras Leveson persistía en su silencio.

—No hay cuadros –dijo el turco con sencillez–. Si hubiera cuadros yo no los hubiese aprobado. Para la gente de nuestra religión, amigos míos, los cuadros son mala cosa, son ídolos. Miren –dijo dando media vuelta y tendiendo, casi bajo sus narices, y en dirección de la galería, un índice solemne–, miren, no encontrarán ningún ídolo. Yo he mirado uno tras otro todos esos objetos con marco. ¡Y los apruebo! ¡Ni rastro de forma humana! ¡Ni de forma animal! Todas las decoraciones son tan buenas como en la mejor alfombra; no son dañinas. Lord Ivywood está feliz porque le he dicho que el islam progresa. Los antiguos musulmanes permitieron retratar las plantas. Aquí, ¡ni eso!

El don que tenía Hibbs para discernir las exigencias del tacto le condujo a juzgar poco prudente que el eminente Misysra siguiese perorando desde lo alto de los peldaños de la entrada en dirección al río y a los transeúntes. Procuró, pues, arrastrarlo al

[1]James Abbott McNeill Whistler (1834-1903), diseñador y artista gráfico estadounidense que defendió el arte moderno.

interior, donde hallaron a lord Ivywood con el rostro tan pálido como el de una estatua. Era la única estatua que los neomusulmanes podían reverenciar sin cometer pecado.

Sobre un sofá, parecida a una isla de púrpura en medio del océano reluciente del entarimado, estaba sentada Enid Wimpole, que sostenía una conversación animada con su primo Dorian, con el objeto de evitar la ruptura familiar que resultaba poco menos que inevitable después del incidente de Westminster. Detrás se vislumbraba la silueta de lady Joan Brett. Y aunque su actitud ante las pinturas postfuturistas no tenía nada de humilde ni de curiosa, justo es confesar que no parecía más aburrida del decorado que del suelo que pisaba o la sombrilla que llevaba puesta. Otros grupos del mismo medio mundano deambulaban por la sala. Es un mundo muy restringido y que, sin embargo, basta para gobernar un país, es decir, un país sin religión. Tiene, por otra parte, todas las flaquezas de una multitud y toda la exclusividad de una sociedad secreta.

Leveson se acercó enseguida a lord Ivywood y con papeles que sacó del bolsillo le estuvo describiendo lo ocurrido en Peaceways. El rostro de Ivywood permaneció impasible; estaba –o se suponía– por encima de ciertas cosas, y una de ellas era reñir a un inferior delante de gentes socialmente superiores a éste. De modo que nadie habría podido decir si estaba más o menos marmóreo que antes.

—He llevado a cabo todas las pesquisas imaginables –se oyó decir a Leveson– sobre el camino que han tomado, y los indicios más fiables apuntan a que han venido a Londres.

—Es probable –replicó la estatua–, y entonces será más fácil echarles el guante.

A fuerza de palabras –siento tener que decirlo, falsas en su mayoría–, lady Enid había al fin logrado impedir que Dorian se enfrentase públicamente a su primo. Pero hubiera demostrado conocer bien poco el temperamento masculino si hubiese imaginado que realmente apaciguaba la ira del poeta contra el político. Desde que había oído cómo Mr. Hibbs, con la mayor tranquilidad, daba orden al policía de que le detuviese, los sentimientos de Dorian Wimpole habían tomado un rumbo diametralmente opuesto al ideal de Mr. Hibbs, y la súbita aparición de aquel inocente diplomático bastó a transformar en catarata lo que sólo era un torrente. Pero como no podía insultar a Hibbs, al que apenas conocía, ni a Ivywood, con el que, aparentemente, al menos, acababa de reconciliarse, le era absolutamente indispensable descubrir alguna otra cosa que insultar. Cuantos aguardan con ilusión la aurora de los nuevos tiempos, sin duda tendrán un disgusto al saber que fue la escuela pictórica postfuturista el blanco de ese furor equivocadamente encaminado. En vano repitió Leveson varias veces: «La gente siempre tiene prejuicios contra las ideas nuevas»; en vano se tomó Hibbs el trabajo de repetir en los momentos más adecuados: «Lo mismo se dijo contra Whistler»; aquellos formalismos de salón no podían dominar la cólera de Dorian.

—Ese turco tiene más sentido común que tú –dijo–. Para él esto no es más que un papel bonito para decorar la pared, del que daría fiebre a un enfermo si no la tuviese ya. Pero llamarlo cuadros... también podríamos decir que son entradas para un espectáculo. Una entrada no es una entrada si no puedes ver el espectáculo. Un cuadro no es un cuadro si no puedes ver ningún cuadro. Se está mucho más cómodo sentado en casa que en un espectáculo en el que no hay nada que ver. Y se pasea también con más tranquilidad en casa que en una galería de pintura. Lo único que se puede decir a favor de una exposición o de un espectáculo es que hay algo que ver. Bueno, pues haz el favor de decirme qué es lo que hay que ver aquí.

—Con gusto –dijo lord Ivywood de buen humor, tendiendo la mano hacia la pared de enfrente–. Permíteme que te presente este *Retrato de señora mayor*.

—A ver, ¿cuál es? –preguntó Dorian imperturbable.

Mr. Hibbs se apresuró a señalar uno, pero tuvo la desgracia de detener su índice ante un cuadro titulado *Lluvia en los Apeninos*, con lo que no hizo más que aumentar la irritación de Wimpole. Claro que este error, según explicó luego el propio Hibbs, se debió a un codazo que sin querer le dio Mr. Wimpole y que había desviado su puntería. Fuese cual fuese la razón, lo cierto es que Mr. Hibbs se quedó tan confuso que no tuvo más remedio que acercarse al restaurante para zamparse tres empanadas de langosta y hasta una copa de aquel champán que fue responsable de su desgracia. Esta vez, sin embargo, supo detenerse después de la primera copa y su corrección diplomática salió indemne.

Al reincorporarse al grupo vio que Dorian Wimpole, olvidando el sitio, el momento y su amor propio, discutía con lord Ivywood, del mismo modo que en otra ocasión olvidó todo mientras discutía con el capitán Dalroy en un bosque sombrío, junto a un carro y un pollino. Philip Ivywood no estaba menos interesado en el debate y su fría mirada parecía cobrar cierto calor, a pesar de que su deleite no pasaba de la esfera puramente intelectual.

—Pues yo confío en todo lo que no se ha probado nunca; soy partidario de lo no experimentado aún –declaró sin alterar el tono de su voz bellamente modulada–. Dices que esto es cambiar la misma esencia del arte... Pero es que yo *quiero* cambiar la esencia misma del arte. La vida de toda cosa consiste en transformarse en algo distinto. La exageración es crecimiento.

—Pero, ¿la exageración de qué? –replicó Dorian–. En estos cuadros yo no llego a descubrir un solo vestigio de exageración; porque no puedo siquiera imaginar qué es lo que se han propuesto exagerar. No se puede exagerar la pluma de una vaca o las patas de una ballena. Uno puede, por diversión, dibujar una vaca con plumas o una ballena con patas. ¿Pero no comprendes, querido Philip, que la broma consiste en que parezca una vaca y no sólo una cosa con plumas? Y lo mismo pasa con las patas de la ballena. Hasta cierto punto, todo se puede combinar y todo se puede exagerar hasta cierto punto, pero más allá de ese punto, la identidad desaparece y con ella todo lo demás. En un centauro hay una parte que tiene que parecer humana. Y la sirena debe conservar su aspecto femenino, por más que el resto de su cuerpo obligue a pensar en un bacalao.

—En absoluto –dijo lord Ivywood con su voz inalterablemente tranquila–. Comprendo lo que quieres decir, pero no estoy de acuerdo contigo. Yo quisiera que el centauro acabase por transformarse en algo que no fuese ni hombre ni caballo.

—Pero no en algo que no tenga absolutamente nada ni de uno ni de otro.

—Sí –respondió lord Ivywood con la extraña frialdad de sus ojos desvaídos–, algo que no tenga nada ni de uno ni de otro.

—¿Y para qué? –preguntó Dorian–. Una cosa que se transforma del todo no se transforma en absoluto. Le falta punto de referencia. No conserva huella del cambio. Si mañana te levantas convertido en Mrs. Dope, serás sencillamente una vieja que alquila habitaciones en Broadstairs (y, por lo demás, no dudo que Mrs. Dope sea una persona más sensata y más feliz que tú). Pero, entonces, ¿en qué sentido habrías progresado? ¿Qué parte de ti habría mejorado? ¿No ves que el hecho primordial de toda identidad consiste en el límite impuesto a todo ser viviente? ¿No lo comprendes?

—No –gritó Philip con violencia contenida–. Niego que ninguna cosa viviente sea esclava de sus límites.

—Ahora –dijo Dorian– comprendo por qué nunca has escrito poesía aunque seas un buen orador.

Lady Joan, que miraba con expresión de aburrimiento una opulenta combinación de morado y de verde en que Misysra procuraba interesarle (rogándole que olvidase el título idolátrico, que decía: *Primera comunión entre nieves*), volvió de pronto el rostro hacia Dorian. Y en aquel momento el rostro de lady Joan habría dejado indiferente a muy pocos hombres, sobre todo si se les revelaba así, de repente.

—¿Por qué no iba a poder escribir poesía? –preguntó–. ¿Piensas que le molestarían los límites que imponen la rima y del acento?

El poeta se quedó silencioso unos instantes y después contestó:

—En parte, sí; pero me refiero a algo más que eso. Creo que entre parientes se puede hablar claro y repetir lo que todos dicen de él: carece del sentido del humor. Pero no es esto lo que le reprocho: lo malo es que también carece del sentido de lo patético. O sea, que no tiene la menor idea de las limitaciones humanas. Y éste es el motivo por el cual no puede escribir poesía.

El frío e impasible perfil de lord Ivywood estaba vuelto hacia un cuadrito negro y amarillo titulado *Entusiasmo*. Lady Joan colocó su rostro moreno y ansioso ante el suyo y le gritó con aire desafiante:

—Dorian dice que no tienes sentido de lo patético. Que no tienes sentido de los límites humanos.

Sin apartar los ojos del cuadro titulado Entusiasmo, Ivywood contestó sencillamente:

—En efecto; carezco del sentido de las limitaciones humanas –después se puso sus lentes de viejo para examinar mejor el cuadro. Se los quitó al poco rato y volvió hacia Joan un semblante más pálido que de costumbre.

—Joan –dijo–, quisiera ir donde no ha llegado hombre alguno y hallar una región más allá de la risa y de las lágrimas. Mi camino será totalmente mío, puesto que lo construiré yo mismo, como los romanos construían sus calzadas. Y mis aventuras no se desarrollarán en las cloacas ni en los bosques, sino en los confines del cerebro humano, que nunca se detiene. Quiero pensar cosas que nadie pensó antes que yo y amar algo que nadie haya podido amar... Quiero estar tan solo como lo estuvo el primer hombre.

—Dicen –repuso ella después de un silencio– que fue el primer hombre el de la caída.

—¿Te refieres a los curas? Sí, pero aun así tienen que admitir que el hombre, al caer, descubrió el bien y el mal. De la misma manera estos artistas se esfuerzan por descubrir una distinción que todavía desconocemos.

—¡Oh! –dijo Joan, posando en él una mirada impregnada de una curiosidad tan nueva como sincera–. ¿Pero entonces tú no ves nada en estas pinturas?

—Veo en ellas la ruptura de las barreras –dijo– y nada más.

Joan clavó por un instante la vista en el suelo, mientras la punta de su sombrilla trazaba vagos dibujos, como alguien que tiene materia sobre la que reflexionar. Después, bruscamente, repuso:

—Pero la ruptura de tales barreras quizá signifique la destrucción de todo.

Los ojos claros y descoloridos la miraron fijamente un instante.

—¡Es posible! –dijo Ivywood.

Dorian Wimpole, que se había alejado un poco para estudiar un cuadro, hizo un gesto brusco, mientras exclamaba: «¡Vaya! ¿Qué es esto?», y Mr. Hibbs miraba la entrada completamente atónito.

Dentro del marco del pórtico bizantino aparecía un mozo corpulento con un traje raído, pero meticulosamente limpio. Su rostro de facciones acusadas y rudas, pero de expresión inteligente, cobraba –gracias a la barba negra que lo subrayaba– un carácter que tenía algo de puritano. Pero cuando abrió la boca y dejó oír su acento del norte, pareció que toda su personalidad se revelaba de una vez:

—¡Anda! –dijo jovialmente–. ¡Qué de pinturas! Yo, la verdad, sólo vengo a echarme un trago. ¡Je, je!

Leveson y Hibbs se miraron. Y Leveson inmediatamente se precipitó afuera.

Lord Ivywood no había pestañeado siquiera, al paso que Mr. Wimpole, impulsado por una especie de curiosidad poética, se había acercado al hombre para examinarlo mejor.

—¡Es increíble! –exclamó lady Enid Wimpole con un murmullo que oyeron todos los presentes–. Este hombre está completamente bebido.

—No lo crea, guapa –contestó el hombre galantemente–. No he llenado el depósito desde la última feria de Hurley, que no fue ayer. Soy un honrado currante y voy de camino a casa, en Wharfdale. Una pinta de cerveza no hace daño a nadie.

—¿Está seguro, lo que se dice seguro, de no haber bebido demasiado? –intervino Dorian Wimpole con cierta curiosidad diplomática.

—No, no estoy borracho –respondió el hombre sin perder su jovialidad.

—Aunque estuviese usted en un establecimiento autorizado... –empezó a decir Dorian con las mismas precauciones oratorias.

—En la puerta está el letrero –interrumpió el intruso.

La expresión de trastorno que reflejaba el rostro de lady Joan desapareció de repente. Dio unos pasos hasta la entrada y volvió enseguida para dejarse caer en una otomana tapizada de violeta.

Pero Dorian parecía fascinado por sus averiguaciones sobre la respetabilidad de aquel «currante» de Wharfdale.

—Aunque se halle usted en un establecimiento autorizado para vender bebidas alcohólicas, si está usted ebrio se pueden negar a servirle. Y ahora dígame: ¿está borracho? ¿Sería capaz de distinguir si está lloviendo o no?

—Pues claro –dijo el hombre con plena convicción.

—¿Sería capaz de reconocer cualquier cosa de las que ve habitualmente en su pueblo? –prosiguió Dorian con un rigor verdaderamente científico–. ¿Por ejemplo, una mujer, o mejor dicho una vieja?

—Claro que sí –repitió el hombre con buen humor.

—Pero, por Dios, ¿a qué viene esto? –murmuró impaciente Enid.

—Me esfuerzo –dijo el poeta– por evitar que un hombre lleno de sentido común la emprenda contra todas estas tonterías. Perdone, caballero. Quería preguntarle si sería capaz de reconocer tales cosas en un cuadro. ¿Conoce la diferencia que hay entre un paisaje y un retrato? Disculpe mi insistencia, pero somos responsables del decoro del establecimiento.

Al llegar a este punto la susceptibilidad propia de la gente del norte se alzó como un vuelo de cornejas.

—No somos tan ignorantes, amigo –replicó–. En mi pueblo hay una galería de cuadros tan buena como las de Londres. ¡Y me la sé de memoria!

—Muchas gracias –dijo Wimpole, tendiendo el dedo hacia la pared–. Tenga la bondad de mirar estos cuadros. Uno representa una vieja y el otro un día de lluvia en la sierra. Se trata de un simple trámite y en cuanto lo haya usted cumplido le pondrán lo que desee.

El hombre del norte encorvó su corpachón ante los dos cuadros y los examinó pacientemente. El silencio que se produjo en aquellos instantes debió de resultar insoportable para lady Joan, porque se la vio levantarse con aire contrariado, asomarse a la ventana y salir fuera por la puerta grande.

Al cabo de un rato el improvisado crítico de arte se irguió de nuevo y volvió hacia los espectadores una cara en que la indecisión luchaba con la calma filosófica.

—Pues, señor –dijo–, después de todo quizá esté borracho.

—Su testimonio me basta –exclamó Dorian con alborozo–. Ha salvado a la civilización. Y no seré yo quien le niegue un trago.

Trajo del restaurante una enorme copa del champán que tanto agradaba a Hibbs y evitó pagarla por el elegante método de echarse a correr hasta salir de la galería y bajar los cuatro escalones que la separaban de la calle.

Allí estaba Joan. Por la ventanilla lateral había podido descubrir la increíble escena que presentía y que explicaba la absurda situación que acababa de desarrollarse en el interior. Vio el letrero en madera roja y azul de Mr. Pump, clavado en un parterre y brillando con toda la serenidad de una gigantesca flor tropical. Y, sin embargo, cuando estuvo en la puerta, después del brevísimo tiempo que necesitó para llegar a ella, el objeto había desaparecido como para recordar que sólo se trataba de un sueño fugaz. Dos hombres, entretanto, se instalaban en un pequeño automóvil que les aguardaba a poca distancia y se disponían a ponerlo en marcha. Sus trajes de automovilistas dificultaban su identificación, pero Joan los reconoció. Cuanto había en ella de escéptico y de estoico y de noble la obligó a quedarse quieta, rígida, como uno de los pilares del pórtico. Pero un perro que respondía al nombre de *Quoodle* se empinó de repente en el auto que se alejaba y, al verla, se puso a ladrar de alegría. Joan hubiese soportado todo lo demás, pero a la vista del inocente animal las lágrimas comenzaron a desbordar sus ojos.

Estas lágrimas no le impidieron ver la escena siguiente. Mr. Dorian Wimpole, que no iba vestido precisamente de automovilista, sino con un traje que combinaba el arte y la moda y que parecía perfecto para visitar una galería pictórica, no se sintió en forma alguna inclinado a permanecer inmóvil junto a las columnas de la entrada. Se lanzó a la carrera tras el auto y saltó dentro de él sin comprometer el equilibrio de su sombrero *whistleriano*.

—Buenas tardes –dijo a Dalroy en tono amable–. Espero que no haya olvidado que me debe un paseo.

XXI

La ciudad de vuelta y revuelta

Patrick Dalroy lanzó al invasor una mirada a un tiempo inquisitiva y divertida, y se limitó a decirle:

—Nunca pensé robarle el auto, de verdad.

—¡No se preocupe! –replicó Dorian–. Ya me lo han contado todo, y como en este asunto usted es como si dijésemos el perseguido, creo que no estaría bien que le ocultase mi disconformidad con Ivywood. No estoy de acuerdo con él o, mejor dicho, para hablar con precisión científica, él no está de acuerdo conmigo. No lo ha estado desde que me desperté de una siesta después de comerme unas ostras, y oí a un policía de la Cámara de los Comunes que me chillaba en los oídos: «¿Quién se va a casa?».

—¿De veras? –preguntó Dalroy juntando sus cejas hirsutas y rojas–. ¿Es esa la fórmula que emplean los guardias del Parlamento?

—Sí –respondió Wimpole distraídamente–, es una reminiscencia de la época en que los miembros del Parlamento corrían el peligro de que los atacasen en la calle.

—¿Y por qué será que ya no los atacan hoy en día? –repuso Dalroy en tono grave.

Hubo un silencio.

—Es todo un misterio –concluyó el capitán–. Pero no se puede negar que la fórmula «¿Quién se va a casa?» tiene gracia.

El capitán no escatimó las expresiones afables y las muestras de satisfacción por la inesperada visita del poeta, pero éste era lo bastante perspicaz para darse cuenta de que Patrick estaba ligeramente absorto. Mientras atravesaban con un ruido de terremoto el laberinto del sur de Londres (Pump había cruzado el puente de Westminster y se dirigía hacia las colinas de Surrey), los ojazos azules del coloso rojo no habían cesado de escrutar las calles por las que pasaban, y al cabo de varios silencios cada vez más prolongados, dijo:

—¿No le choca a usted el hecho de que cada vez haya más farmacias en Londres?

—¿Cree usted? –respondió Wimpole–. La verdad es que aquellas dos parecen muy cercanas.

—Sí, y las dos llevan el mismo nombre: Crooke –notó Dalroy–. Y por si fuese poco, acabo de ver otra tienda con el nombre de Crooke hace un momento. Parece que fuera una divinidad omnipresente.

—Será que tiene una empresa muy grande –observó Dorian Wimpole.

—Demasiado grande para los beneficios que da una farmacia –contestó Dalroy–. ¿Qué necesidad hay de poner dos a tan poca distancia? ¿Acaso mete la gente el pie derecho en una y el izquierdo en otra para que le extirpen los callos en ambas a la vez? ¿Será que toman un ácido en un establecimiento y un alcaloide en el otro, y luego esperan a que entren en efervescencia? ¿O quizá toman el veneno en uno y el antídoto en el otro? Me parece un exceso de refinamiento. Es casi como llevar una doble vida.

—Tal vez ese Mr. Crooke sea un farmacéutico con muy buena reputación –dijo Dorian–. A lo mejor alguno de sus productos tiene mucho éxito.

—Me parece que un entusiasmo de este género debe tener sus límites en el caso de una farmacia. Si una tienda vende un tabaco de primera, de primerísima clase, es posible que algún fumador, por gusto, aumente su dosis diaria de tabaco; pero no he oído decir nunca que alguien abuse del aceite de hígado de bacalao y menos del aceite de ricino porque sea de buena calidad.

Después de unos minutos de silencio dijo:

—¿Podríamos parar un momento aquí, Pump?

—Sí –contestó Humphrey–, pero sólo si prometes no armarla en la farmacia.

El auto se paró ante otra de las tiendas de Mr. Crooke –la cuarta que veían– y Dalroy se dirigió al interior. Antes de que Pump y su compañero hubiesen podido cruzar una sola palabra, reapareció el capitán con una curiosa expresión en el semblante, sobre todo en la boca.

—Mr. Wimpole –dijo Dalroy–, ¿querrá hacernos el honor de cenar con nosotros esta noche? A muchos les parecería una invitación poco formal para una cena menos convencional aún, porque es posible que tengamos que comer a la sombra de un árbol o al borde de un camino. Pero usted es hombre de gusto y el ron y el queso de Hump no necesitan disculpas. Verá qué festín. No sé si usted y yo somos amigos o enemigos, pero, sea como sea, esta noche habrá paz.

—Espero que amigos –dijo, sonriendo, el poeta–. Pero, ¿por qué va a haber paz precisamente esta noche?

—Porque mañana habrá guerra –contestó Patrick Dalroy–, cualquiera que sea el partido que elija. Acabo de descubrir algo muy curioso.

Y recayó en el silencio mientras dejaban atrás las últimas casas de Londres, para llegar a las colinas y a los bosques situados detrás de Croydon. Dalroy permanecía sumido en sus meditaciones. Dorian se sentía rozado por el leve aleteo del amodorramiento furtivo que suele apoderarse del que sale de improviso al aire libre después de haber permanecido largo rato en un salón caldeado, e incluso *Quoodle* se había dormido en el fondo del coche. Por lo que toca a Humphrey, era raro oírle hablar cuando tenía otra cosa que hacer. Fue así como desfilaron ante sus ojos vastos panoramas, como decorados en diapositivas, y pasaron largos intervalos de tiempo antes de que alguien tomase la palabra. El cielo dejaba el oro pálido y el verde de la tarde para recibir el azul brillante de una cálida noche de estío cuajada de estrellas. Los bordes del bosque, que surgían como una lluvia de flechas veloces, tenían vallas y setos en la primera parte del trayecto, y acabaron siendo interminables bloques de pinos oscuros cercados por empalizadas de madera grisácea. Pero pronto se terminaron los setos y los bosques de pinos se extendían de manera más irregular. La carretera se llenó de bifurcaciones y se volvió vaga y sinuosa. Media hora más tarde Dalroy empezó a observar una atmósfera romántica y algo evocadora en las ondulaciones del paisaje, mientras Humphrey Pump ya se había dado cuenta de que había traspuesto las fronteras de su tierra natal.

Si es posible que un solo detalle caracterice una atmósfera, diremos que la carretera se volvía cada vez no sólo más empinada, sino más sinuosa. Ya se asemejaba más a un camino que a una carretera y cobraba más carácter cuando parecía no llevar a ninguna parte o en los puntos en los que resultaba más accidentada. Les daba la impresión de que estaban subiendo a un monte elevado, formado por una serie de lomas redondas, algo así como una agrupación de cúpulas. Y entre estas cimas se encaramaba la carretera describiendo un sinfín de vueltas y revueltas. Era maravilla que a fuerza de virar sobre sí misma no llegase a estrangularse.

—A ver si al auto le va a dar un mareo y se despeña –dijo Dalroy.

—No me sorprendería –añadió Dorian mirándole con expresión radiante–. Como habrá podido comprobar, el mío era más estable.

Patrick se echó a reír no sin un dejo de confusión.

—Confío en que le devolvieran el auto en buen estado –le dijo–. Este no corre, pero se encarama que es un gusto, ya verá... porque parece que al caminito le quedan muchas cuestas. Y unas cuantas curvas.

—Si, la carretera es accidentada –dijo Dorian con acento reflexivo.

—Amigo –exclamó Patrick con una curiosa impaciencia–, usted es inglés y yo no. Debería usted saber por qué la carretera se retuerce de este modo. No hay derecho, ¡por todos los santos!, a acusar a los irlandeses de no comprender a Inglaterra cuando Inglaterra no se ha tomado aún la molestia de comprenderse a sí misma. Inglaterra no quiere decirnos por qué estos caminos dan tantas vueltas. ¡Los ingleses no nos lo quieren decir! ¡No quieren!

—¿Está seguro? –preguntó Dorian con ironía contenida.

Pero Dalroy, con su ironía resuelta, pegó un rugido de victoria

—¡Venga! –exclamó–. ¡Más canciones del Club del Automóvil! Aquí todos somos poetas, espero. Cada uno de nosotros escribirá algo sobre las carreteras en zigzag. Como ésta, por ejemplo –añadió mientras el vehículo parecía a punto de volcar en una zanja.

Y, realmente, las cuestas que embestía Hump parecían más indicadas para un chivo que para un automóvil de pocos caballos. Quizás aquella impresión exagerada era fruto del hábito de ver países llanos que habían adquirido sus dos compañeros de camino. Lo que experimentaban en aquel momento era una sensación mixta, en que entraba algo del mareo que produce el circular por el laberinto de Hampton Court y el que produce la escalera de caracol de la torre de Brujas.

—Es la carretera que lleva a la ciudad de Vuelta y Revuelta –dijo Dalroy jovialmente–. ¡Un sitio encantador! ¡Muy saludable! No tiene pérdida. Primero se tuerce a la izquierda, después a la derecha, se da la vuelta y vuelta a empezar. Con eso basta para mi canción. Vamos, gandules, ¿a qué esperáis para componer las vuestras?

—Voy a intentarlo –dijo Dorian fingiendo ligereza–. Pero está demasiado oscuro para escribir; se está haciendo de noche.

Efectivamente, una sombra acababa de deslizarse entre las estrellas y la tierra como el ala de un sombrero gigante. La colina, que parecía formada por un apiñamiento de pequeñas cúpulas, aunque lisa y calva en su base, aparecía coronada por una maraña de árboles prolíficos que hacía pensar en un pájaro que estuviese incubando sobre el nido. El bosque era más extenso e indefinido que el ramillete de árboles que domina la montaña de Chanctonbury, pero bastante parecido, enclavado en la misma posición elevada y romántica. Poco tardaron en llegar a aquel bosque, después de seguir los meandros de un camino forestal. El crepúsculo de esmeralda que se filtraba entre los ramajes, combinado con las contorsiones de las grandes raíces de los abedules, evocaba monstruos y profundidades oceánicas, tanto más cuanto que una larga estela de hongos bermejos y cobrizos, que podían tomarse por opulentas anémonas o medusas, enrojecía el suelo como un charco de ponientes dejado allí por el sol. Y al mismo tiempo, de manera bastante contradictoria, experimentaban una enérgica sensación de

altura y hasta de cercanía del cielo, y las pálidas estrellas de verano que las miraban por los intersticios del follaje parecían flores luminosas prendidas en las ramas del bosque.

Pero aunque habían entrado en el bosque como en una casa, la sensación que les dominaba era la de que estaban dando vueltas, de modo que les parecía que aquella alta mansión verde giraba como la cúpula de un faro o como el templo encantado de una comedia de magia. Las estrellas describían círculos en torno a sus cabezas y a Dorian le parecía estar seguro de que había visto dos veces el mismo abedul.

Llegaron por fin a un lugar central en que la colina se elevaba formando una especie de cono, elevando con ella una parte del bosque. Allí detuvo Pump el auto y, escalando la pendiente, se dirigió a las enormes raíces rampantes de un abedul muy grueso y muy bajo. Cubría las tres cuartas partes del cielo, más parecido a un pulpo que a un árbol; bajo la corona poco elevada de sus ramas se abría una especie de hoyo en forma de copa en la que Mr. Humphrey Pump, de El Viejo Navío, Pebblewick, desapareció de golpe y por entero.

Reapareció al poco rato con una escalera de cuerda que, amablemente, colgó del árbol para que sus compañeros pudiesen subir con comodidad. Pero el capitán prefirió pegar un brinco cogido a una de las ramas y dándose impulso con sus grandes piernas, dignas de un chimpancé. Cuando estuvieron todos instalados en el hueco con una rama por respaldo, tan cómodos como en un sofá, el propio Hump volvió a bajar y se ocupó de transportar las frugales provisiones. El perro seguía durmiendo en el auto.

—Supongo –dijo el capitán– que ésta es una de tus antiguas guaridas. Se ve que estás como en casa.

—Estoy en casa –respondió Hump con seriedad– allí donde esté el letrero de El Viejo Navío.

Y clavó el letrero rojo y azul en mitad de las setas como para invitar a los transeúntes a ir a echar un trago en las ramas del árbol.

El árbol ocupaba exactamente la cumbre de la boscosa colina y podían ver toda la campiña que habían atravesado, con sus caminos plateados que culebreaban como ríos. Se sentían tan exaltados que casi imaginaban que las estrellas eran de fuego y podían quemarles.

Dalroy dijo al fin:

—Estas carreteras me recuerdan las canciones que vamos a cantar. Tomemos un bocado, Hump, y recitemos después.

Humphrey había colgado un pequeño farol en una rama y se dispuso a abrir el barril de ron y cortar queso para todos.

—¡Qué extraordinario! –exclamó Dorian Wimpole–. ¡Me encuentro muy cómodo! Jamás he visto cosa igual, y este queso sabe a gloria.

—Ha hecho una peregrinación –respondió Dalroy–, o mejor dicho, una cruzada. Es un queso guerrero y heroico. «Queso entre quesos, queso sin par en el mundo», como ha dicho mi compatriota Mr. Yeats refiriéndose a una batalla de la que no me acuerdo. Parece casi increíble que un queso tan valiente haya podido salir de una criatura tan cobarde como una vaca. Me pregunto yo si no será que Hump por error, ha ordeñado a un toro. Sería una historia digna de las leyendas irlandesas, con su toque céltico y demás. Pero, no, creo que este queso proviene de la vaca de Dun, de Dunsmore Heath, que tenía unos cuernos más largos que los colmillos de un elefante, y que era tan feroz que hubo que pedir auxilio a uno de los grandes héroes de la caballería para que la combatiese. El ron también está bueno. Me lo he ganado con mi humildad cristiana. Porque de un mes a esta parte he descendido al nivel de un animalejo de los campos y he andado a cuatro patas como un abstemio. Hump, por favor, pasa la botella, o mejor dicho, el barril y recítanos de una vez esa poesía que tienes tantas ganas de sacar a la luz. Cada composición deberá llevar el mismo título, y el título tiene lo suyo: *Encuesta sobre las causas geológicas, históricas, agrícolas, psicológicas, psíquicas, morales, espirituales y teológicas de las curvas dobles, triples y cuádruples en las carreteras inglesas; llevada a cabo por una comisión secreta reunida al efecto en el hueco de un árbol por autoridades de criterio académico reconocido designadas por los miembros de la propia comisión, y que ha de entregarse al perro Quoodle; la comisión tiene la opción de aumentar sus miembros hasta el número que juzgue conveniente o de reducirlos en las mismas proporciones. ¡Dios salve al rey!*

Después de recitar esta retahíla con una sorprendente velocidad, añadió casi sin aliento: «Ése es el tono que ha de tener la cosa; un tono lírico».

Aunque mantenía su capacidad para improvisar estos cómicos discursos, Dalroy seguía dando la impresión de encontrarse distraído, como si su pensamiento no dejase de luchar con una idea importante que se resistiese a dejar el campo libre. Parecía estar en una especie de trance creativo y Humphrey Pump, que le conocía como si fuese su madre, sabía que no se trataba simplemente de

inspiración literaria. Porque, quizá para su desgracia, Patrick Dalroy era lo que se llama un hombre de acción, cosa que el capitán Dawson había comprendido perfectamente el día que se encontró embadurnado de verde de pies a cabeza. Y por muy aficionado que fuese a las bromas y a los versos, no había canto ni escritura que pudiese satisfacerle en el grado superlativo que le satisfacía la acción.

Por esta razón su aporte al certamen poético sobre los zigzags de las carreteras adoleció –y él fue el primero en reconocerlo– de premura y de descuido, al paso que Dorian, hombre de temperamento opuesto, es decir, más inclinado a registrar sus impresiones que a ir a su encuentro, descubrió que su amor a la belleza hallaba en aquel nido satisfacciones que nunca antes había conocido, y por eso se mostraba mucho más serio y más humano que de costumbre. El poema de Dalroy decía así:

Dicen algunos que Guy de Warwick,[1]
aquel que mató a la vaca gigante
y luego venció al jabalí poderoso
con mucho valor y una espada cortante,
acabó después con la serpiente
que asolaba cruelmente los montes;
y dicen que el camino es mareante
por los sieteÊtrozos retorcidos
de aquella serpiente agonizante.
No ha habido nunca científico alguno
que pruebe que esta historia sea cierta;
y yo creo que los caminos al girar
buscan la ciudad de Vuelta y Revuelta,
la alegre ciudad de Vuelta y Revuelta,
que al mundo entero va a marear.

Dicen las gentes que Robin Goodfellow[2]
recorría aquel bosque de abetos y pinos,
subía las colinas sin pena ni miedo
después de beber cervezas y vinos;
danzando y trepando la tierra escarbaba
riendo y cantando sin rumbo preciso
y dicen que así retorció los caminos.
Pero esta historia no voy a creer
o van a pensar que soy un pollino.
Paz y alegría podrás encontrar
si quieres llegar al final de la cuesta
por eso los caminos buscan sin cesar
la ruta escondida de Vuelta y Revuelta,
la alegre ciudad de Vuelta y Revuelta,
que al mundo entero va a marear.

Algunos dicen que sir Lancelot
el Santo Grial buscaba en un prado
y el mago Merlín torció los caminos
para convertirle en un ser desgraciado;
subía y bajaba el buen caballero

[1]Guy de Beauchamp, conde de Warwick (?-1315), noble anglonormando.

[2]Ser fantástico del folclore popular, también llamado Puck, que ayuda a los hombres en sus empresas. Es uno de los personajes de la comedia de Shakespeare *El sueño de una noche de verano*.

bajaba y subía las curvas absurdas
y no encontró nunca el vaso sagrado.
Pero este relato tampoco lo creo
pues luego dirían que soy un tarado.
Las gentes que quieren reír y cantar
no quieren guías ni explicaciones,
se echan al monte sin más preguntar
buscando la senda de Vuelta y Revuelta,
la alegre ciudad de Vuelta y Revuelta,
que al mundo entero va a marear.

Para completar el desahogo que sintió al liberar estos versos, Dalroy terminó su composición con un grito y, echándose al coleto un vaso lleno del licor marinero de su predilección, viró bruscamente apoyado en el brazo y se puso a contemplar el panorama que se extendía hacia Londres.

Dorian Wimpole, ebrio de ron dorado, de claro de luna y de aromas silvestres, leyó sus versos, que también tenían un carácter irónico, con una emoción desacostumbrada en él.

Antes de que el romano llegase a estos parajes
el borrachín inglés trazó nuestros caminos,
caminos caprichosos, caminos ondulantes,
que alegres y sin prisa, recorren la llanura,
vadean la corriente y escalan la montaña,
caminos que remedan la vida libre y pura.

No odié a Napoleón, no odié a nuestros señores,
y contra los franceses luché sin entusiasmo.
Mas ¡cómo destrocé sus pobres bayonetas,
en cuanto descubrí que, osados, pretendían,
tornar rectas y duras las curvas variopintas
que el borrachín inglés, artista del rodeo,
trazó con gran soltura, bebiéndose unas pintas!

Perdón tuvo su falta; detrás de sus pisadas
las flores de los campos sus pétalos abrieron.
Al fin cayó en un bache y el buen rosal
silvestre tendió para abrigarlo sus ramas amorosas.
También a Dios nosotros pedimos indulgencia,
que bien la necesita quien fue dando traspiés
por un largo camino que lleva a la demencia.

Mas ya ha volado el tiempo de loca juventud
y estamos ya llegando a la postrera etapa;
es hora de volver la vista hacia los lados
del áspero camino y dar con la taberna
del tabernero viudo, osease la Tumba.
Mas antes de alcanzar la entrada al Paraíso
nos quedan aún sorpresas alegres o penosas
en esta ruta abierta por un hombre indeciso.

—¿Has escrito algo, Hump? –preguntó Dalroy. Humphrey, que hacía un rato que garrapateaba a la luz del farol, alzó un rostro desesperado.

—Sí –dijo–, pero, hay que tener en cuenta que yo estoy en desventaja. Porque yo sé por qué la carretera da tantas vueltas y revueltas.

Y se puso a leer con voz rápida y monótona:

Media vuelta dio el camino
media vuelta dio a la izquierda
porque Pinker y un vecino
están trenzando una cuerda.
Ay, camino, ay, mi camino,
que ya diste el primer tumbo.
Media vuelta a la derecha,
otra vez cambio de rumbo
porque hay un mastín que acecha
al incauto viajero
y por poco que se achique
le hinca el diente en el trasero.
¡A la izquierda!, que hay un dique
que es preciso sortear.
Amparándose en su fuero,
nos prohíbe el caballero
que pisemos su encinar.
Después, ¡Dios mío, qué drama!
Un fantasma feo y alto
se agitaba entre la rama...
El camino pega un salto
y en el monte se encarama;
pero no por largo rato,
que da pronto con el hato
de un rebaño de carneros,
y aunque no son bichos fieros,
su tufillo no les place,
y por eso nuevamente
da la vuelta... Y la deshace,
por temor a unos villanos,
que han sentado su real
desde tiempo inmemorial
en aquel andurrial,
y que tienen buenas manos
para hurtar a los del pueblo
sus caballos y sus yeguas
y llevarlos a vender
a Dios sabe cuántas leguas.
El camino anda que anda,
a la diestra ha de volver
porque...

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta, Hump! –exclamó Dalroy aterrado–. No hace falta ser tan exhaustivo, ni tan científico. No hay que quitarle a las cosas el encanto de leyenda. ¿Queda mucho más?

—Sí –dijo Pump con la misma frialdad–. Todavía queda...

—¿Y es todo verdad? –preguntó Dorian Wimpole con interés.

—Sí –replicó Pump sonriendo–, absolutamente exacto.

—Ésa es precisamente mi crítica –dijo el capitán–. Aquí lo que necesitamos es leyenda. Lo que nos hace falta, sobre todo a esta hora de la noche, bebiendo ron y en nuestras primeras y últimas vacaciones, son mentiras. ¿Qué tal el ron? –preguntó a Wimpole.

—Del ron que estamos bebiendo precisamente en este momento encaramados en este árbol en concreto, opino que es un néctar elaborado para unos dioses jóvenes. Pero si es una pregunta general y sintética diré ¡que el ron... es ron!

—Probablemente le parecerá un poco dulce –replicó Dalroy con amargura–. ¡Sibarita! Por cierto, qué palabra más tonta es «hedonista». A los verdaderos voluptuosos les gustan las cosas amargas y no las dulzonas; les gusta el caviar, el curry... Son los santos los que prefieren las cosas azucaradas. Lo cierto, de todos modos, es que he conocido cinco mujeres santas y las cinco preferían el champán dulce al seco. Wimpole, ¿quiere que le cuente la vieja leyenda sobre el origen del ron? Ya dije que son leyendas lo que nos hace falta. Escúchela con atención para que pueda transmitirla a sus hijos, ya que por desgracia mis padres se olvidaron de transmitírmela a mí. Por este motivo mi relato, aparte de la típica introducción «Un labrador tenía tres hijos...», no debe nada a la tradición. Cuando los tres chicos se reunieron por última vez en la plaza de la aldea, los tres chupaban caña de azúcar. No obstante, ninguno de los tres estaba contento con su suerte y se separaron aquel mismo día. Uno de ellos se quedó en la alquería de su padre, a esperar con impaciencia el momento de heredarle. El otro se marchó a Londres a buscar fortuna, ya que, por lo visto, se hallan fortunas en esa ciudad dejada de la mano de Dios. El tercero se embarcó. Y los dos primeros se avergonzaron de chupar caña de azúcar y la tiraron, y el de la alquería se puso a beber cerveza cada vez más mala para ahorrar dinero; y el de la ciudad, a beber vinos cada vez más caros para demostrar a los demás que era rico. Pero el que se hizo a la mar embarcó con su caña de azúcar en la boca. Y San Pedro o San Andrés, el de los dos que atienda mejor a los marinos, transformó su caña de azúcar en licor para consuelo de los que navegan. Ésta es la explicación que da la gente de mar al origen del ron. Y, si no, pregúntele a un capitán que se esté embarcando con una mercancía insólita y una tripulación nueva, y le aseguro que estará de acuerdo con mi historia.

—En todo caso –dijo Dorian–, este ron es capaz de engendrar una leyenda. De todas maneras, creo que esto ya hubiera sido casi una leyenda sin el ron.

Patrick se irguió en su trono forestal con el curioso y sincero sentimiento de que le acababan de hacer justicia.

—Su poema era excelente –dijo–, y el mío muy malo. Y eso no sólo porque yo no soy, como usted, un poeta, sino también porque tenía otra canción en la cabeza con una melodía distinta.

Y con los ojos fijos en la carretera ondulante recitó como para él solo:

En la ciudad de cieno, un grito cada noche
recorre el Parlamento: «¿Quién vuelve a casa?»
Mas nadie le contesta, porque es una ciudad
de muertos que pasean, de muertos ambulantes.
Pero estos hombres morirán y al final comprenderán
porque Dios, que es clemente, protege a nuestra patria.
Hombres renacidos, ¿quién vuelve a casa?
Trompetas y tambores; ¿quién vuelve a casa?
Porque hay sangre en la tierra y sangre en el mar,
sangre en el cuerpo del hombre que vuelve a casa.
Y resuena una voz: ¿Quién lucha por la victoria?
¿Quién por la libertad? ¿Quién vuelve a casa?

Y aunque declamó estos versos con voz suave y ensimismada, había algo en su actitud que hubiese intrigado a cualquier persona que no le conociese bien.

—¿Me permite que le pregunte –dijo Dorian Wimpole riendo– por qué es necesario echar mano a la espada en este momento?

—Porque –contestó Dalroy– acabamos de cruzar los límites de la ciudad de Vuelta y Revuelta y no nos queda más que dar media vuelta.

Agitó entonces su arma en dirección a Londres y brilló en la espada un reflejo pálido que venía del este, donde el cielo gris empezaba a clarear.

XXII

Las pócimas de Mr. Crooke

Durante la siguiente visita que hizo a la oficina de Mr. Crooke, el farmacéutico místico y criminólogo, Mr. Hibbs tuvo la sorpresa de encontrar el local ampliado y embellecido por una espléndida decoración oriental. No sería exagerado decir que el establecimiento de Mr. Crooke ocupaba todo un lado de una de las calles más elegantes del West End; el otro lado estaba ocupado por la fría fachada de un edificio público. Y tampoco sería exagerado decir que Mr. Crooke se había convertido en el único tendero en la manzana. No por ello dejaba de mantenerse detrás del mostrador y de despachar con presteza y amabilidad la sustancia preferida por sus clientes. Desgraciadamente, la ley del eterno retorno parecía aplicarse con particular encarnizamiento en aquella farmacia, y –tras una conversación desenfadada y agradable con el farmacéutico sobre el vitriolo y su efecto en la felicidad humana– Mr. Hibbs tuvo la desagradable sorpresa de ver reaparecer a su querido amigo Leveson en aquel emporio de moda. No obstante, la irritación que anidaba en la mente de Mr. Joseph Leveson era tan viva que le

impidió darse cuenta de la de Hibbs.

—¡Vamos! –dijo parándose en mitad de la tienda–. ¡Bonita situación!

Una de las grandes tragedias de los diplomáticos consiste en que nunca pueden confesar lo que saben ni lo que ignoran. De ahí que Hibbs mostrara un semblante tan sagaz como impenetrable y contestara con una mueca: «Se refiere usted a la situación general, ¿verdad?».

—Me refiero a esa interminable historia de los letreros –replicó Leveson con impaciencia–. Figúrese usted que lord Ivywood, con la herida y todo, fue al Parlamento a arreglar definitivamente este asunto con una simple enmienda a la ley para que la venta no sea legal si los licores no se hallaban almacenados en el local con tres días de anticipación por lo menos.

—No debería ser ningún problema, ya me entiende –murmuró Hibbs con la discreta solemnidad de un iniciado.

—¡Claro que no! –exclamó el otro en el mismo tono irritado–. Y no lo fue. Pero ya veo que usted, como su señoría, es de los que ignoran que no todo son ventajas en esta manera de introducir leyes a la chita callando, sin llamar la atención del público, porque son impopulares. ¿No se le ha ocurrido a usted que ese procedimiento secreto destinado a evitar la oposición, puede también acarrear dificultades? Porque no es fácil mandar votar un texto sin que se entere el político importante y evitar al mismo tiempo el riesgo de que tampoco se entere el policía que tiene que aplicarla.

—Pero eso no puede ocurrir de ninguna manera –apuntó Nobstante.

—¿Que no puede ocurrir? –exclamó Leveson.

Sacó entonces unos cuantos periódicos, la mayoría locales, y un paquete de cartas y de telegramas.

—Escuche esto: «En un pueblo de Poltwell, Surrey, ocurrió ayer por la mañana un curioso incidente. La panadería de Mr. Whiteman se vio súbitamente asaltada por una partida de individuos sospechosos que se pusieron a pedir cerveza en vez de pan, justificando su demanda por la presencia de un objeto ornamental que aparecía delante de la tienda, objeto que, según afirmaban, era un letrero que reunía todos los requisitos legales». ¿Ve usted? No saben ni una palabra de la nueva enmienda! ¿Y qué me dice usted de lo que publica el *Clapton Conservator*?: «El desprecio que sienten los socialistas por la legalidad tuvo ayer una nueva corroboración. La multitud agolpada junto a una mercería en torno a un emblema socialista de madera se negó a disolverse a pesar de habérsele demostrado que su actitud era ilegal. Más tarde, los propietarios formaron una procesión detrás del emblema de mascarón». ¿Y esto otro?: «Últimas noticias. Un farmacéutico de Pimlico vio entrar ayer una muchedumbre que reclamaba cerveza, afirmando que la venta de dicha bebida pertenecía a su profesión. El boticario, como es natural, replicó que estaban equivocados, sobre todo después de la última ley. Pero la gente, al parecer, sigue atribuyendo al letrero una gran importancia, de modo que confunde a la multitud y, hasta cierto punto, paraliza a la policía.» ¿Qué me dice usted de esto? ¿No está claro que la taberna rodante ha vuelto a reírse de nosotros una vez más?

Hubo un silencio diplomático.

—¡Bueno! –preguntó el todavía irritado Leveson al todavía dubitativo Hibbs–. ¿Qué le parece?

Una persona mal informada del carácter relativista de los espíritus modernos creería sin duda que Mr. Hibbs no pensaba absolutamente nada. Sin embargo, sus explicaciones o su incapacidad para explicarse debían someterse pronto a otra prueba más positiva. Lord Ivywood compareció en la botica de Mr. Crooke.

—¡Buenos días, señores! –dijo mirándolos con un aire que se les antojó desconcertante–. ¡Buenos días, Mr. Crooke! Le traigo a usted una visita de importancia.

Y le presentó al sonriente Misysra. Aquella mañana el profeta lucía un atuendo relativamente discreto, que consistía en una combinación de anaranjado y violeta y lo que fuera. Pero su rostro irradiaba una alegría perenne.

—La Causa progresa –dijo–. En todas partes la Causa gana terreno. ¿Oyeron el magnífico discurso de su señoría?

Hibbs contestó gentilmente:

—Muchos le he oído a los que se podría aplicar ese calificativo.

—El profeta se refiere al que pronuncié con motivo de la enmienda a la ley sobre las papeletas de votación –dijo sin darse demasiada importancia lord Ivywood–. Me parece que para gobernar es imprescindible reconocer que el gran Imperio británico de Oriente forma uno con el gran Imperio británico de Occidente. Piensen ustedes en los estudiantes musulmanes de nuestras universidades. Pronto podrían ser mayoría. Y yo me pregunto –continuó con voz cada vez más pausada–, ¿este país está o no está dirigido por un gobierno representativo? Como saben ustedes, yo no soy un fanático de la democracia, pero creo que la destrucción de las instituciones representativas tendría consecuencias tan peligrosas como incalculables. Si queremos dar a los musulmanes el beneficio de nuestras instituciones representativas británicas, es preciso que evitemos la falta que hemos cometido en la organización militar de los hindúes y que nos ha llevado a la insurrección de los cipayos.[1] No se les debe pedir que tracen una cruz sobre las papeletas de votación, pues, aunque sea un detalle, podrían ofenderse. De modo que yo he introducido en la ley una pequeña enmienda que les deja la libertad de elegir entre la cruz, según la manera antigua, o un ligero signo curvo que representa la Media Luna y que además resulta más fácil de hacer. Creo que finalmente lo adoptará todo el mundo.

—Y así –dijo el turco radiante– esa leve curva, mucho más fácil de dibujar, va a reemplazar a la cruz, difícil, dura y cortante. También resulta más higiénica, porque, como podrá decirles nuestro buen y sabio farmacéutico, los doctores árabes, sarracenos y turcos fueron siempre los primeros médicos del mundo, y son ellos los que enseñaron la medicina a los bárbaros de los territorios francos. Y muchos de los remedios modernos, de los más populares ahora, son por ello de origen oriental.

—En efecto –contestó Crooke con su expresión fría y un tanto enigmática–. El polvo conocido con el nombre de «Arenina», que ha sido recientemente popularizado por Mr. Boze, ahora lord Helvellyn, y que primero experimentó en las aves, es pura y simplemente arena del desierto. Y lo que se encuentra en las recetas bajo el nombre de *Cannabis Indica* es lo que nuestros vecinos de Oriente suelen llamar con la forma más onomatopéyica *bhang*.[2]

—Del mismo modo –continuó Misysra haciendo con su mano morena tantos pases como un hipnotizador–, del mismo modo, el acto de trazar una media luna es higiénico y el de trazar una cruz no lo es. La media luna es como una ondita, como una hoja, como una plumita rizada –añadió haciendo ondular las manos con verdadero entusiasmo estético en dirección a las caprichosas decoraciones turcas que lord Ivywood había puesto de moda, y que habían adoptado no pocos establecimientos de lujo–. En cambio, cuando ustedes hacen una cruz se ven obligados a hacer la primera raya así –y barrió

[1]Cipayos era el nombre que recibían los soldados indígenas que militaban en el Ejército británico de la India. Entre 1857 y 1859 protagonizaron una rebelión, con epicentro en la actual Kanpur, contra el ultraje de sus tradiciones a manos de los británicos. Pese a su fracaso, el levantamiento provocó en 1858 el fin de la Compañía Británica de las Indias Orientales, con lo que la administración del país pasó a manos del trono británico.

[2]Uno de los nombres que recibe el cáñamo en la India y también una bebida elaborada con dicha planta.

el horizonte con su mano tendida– y luego tienen que volver y hacer la otra raya así –y trazó una vertical como si estuviera levantando un árbol pesado–. Y eso cansa mucho.

—A decir verdad, Mr. Crooke –dijo Ivywood con su habitual cortesía–, le traigo aquí al profeta para consultarle a usted, como autoridad en la materia, sobre el tema que precisamente acaba de mencionar: el uso del hachís o cáñamo. Me pregunto yo si los diversos sedantes y estimulantes orientales que existen deben ser objeto del mismo veto que hemos impuesto a la vulgar intoxicación por el alcohol. Claro está que he oído hablar de las visiones horribles o voluptuosas y de la demencia temporal de que eran víctimas los hashishin y su jefe, el Viejo de la Montaña.[3] Pero por otro lado no podemos confiar en la enorme imparcialidad cristiana con que se cuenta en este país la historia de las tribus orientales. ¿Cree usted que el uso del hachís resulta verdaderamente nocivo? –y se dirigió en primer lugar al profeta.

—Se ven mezquitas –replicó el profeta con candor–, muchas mezquitas, más mezquitas, cada vez más altas, hasta que alcanzan la luna y se oye una voz terrible que desciende de lo alto de la mezquita y que llama al almuecín como si fuese la voz de Alá. Después se ven mujeres y más mujeres, más de las que uno ha poseído en su vida. Y después uno se va rodando, rodando, hacia un gran mar rosa y morado, un mar de mujeres. Y por fin se duerme. Sólo lo probé una vez –concluyó con ingenuidad.

—¿Y qué opina usted, Mr. Crooke? –preguntó pensativo lord Ivywood.

—Opino que es cáñamo de principio a fin –dijo el boticario.

—Me temo que no le comprendo bien –insinuó lord Ivywood.

—Primero toman una bebida de cáñamo, luego hay un homicidio y después los ahorcan con una cuerda de cáñamo. Eso es lo que he visto en la India.

—Bien es verdad –continuó lord Ivywood en tono aún más reflexivo– que la cosa no es de origen musulmán. Y eso es algo que no mejora la opinión sobre los hashishin.

Y agregó con un candor no exento de nobleza:

—Y, por supuesto, su conexión con Luis IX no les recomienda.

Al cabo de un instante de silencio rompió de nuevo a hablar con la vista puesta en Mr. Crooke.

—Entonces, ¿no es de las cosas que más vende?

—No, milord –dijo el farmacéutico–, no es de las que más vendo.

Y él también miraba con fijeza a su interlocutor, y las arrugas de su rostro joven y a la vez viejo eran tan impenetrables como jeroglíficos.

—¡La Causa progresa! ¡Progresa por todas partes! –exclamó Misysra tendiendo el brazo y disipando una tensión momentánea de la que él no se había dado cuenta–. La curva higiénica de la Media Luna no tardará en suplantar el signo occidental de más. Ustedes ya lo utilizan para marcar la sílaba corta de su dáctilo, el cual, sin duda, también procede de Oriente. ¿Han visto el nuevo juego?

Su pregunta fue tan repentina que los demás se volvieron a mirar cómo sacaba de su faltriquera un objeto de colores vivos y abrillantado por el barniz, como los que venden

[3] La relación entre el rey francés Luis IX y los hashishin estaría basada en su asociación con los Caballeros Templarios –que a su vez tenían buenas relaciones con los hashishin, con los que intercambiaban conocimientos– durante dos desastrosas cruzadas que dirigió el monarca.

en las tiendas de juguetes. Examinándolo con atención, el objeto resultó compuesto por una especie de tablilla de pizarra azul dentro de un marco rojo y amarillo; sobre la pizarra estaban señaladas unas cuantas casillas y, como complemento, había diecisiete pizarrines en fundas de colores varios y un paquete de instrucciones que indicaba que se trataba de un juego recién importado de Oriente y llamado «Ceros y medias lunas».

Cosa curiosa, a pesar de su entusiasmo, lord Ivywood pareció contrariado por la exhibición de aquel invento asiático, sobre todo porque en aquel momento hubiera querido poder mirar a Mr. Crooke con la misma fijeza que él le miraba.

Hibbs tosió para romper el silencio y dijo:

—Está claro que todo lo que tenemos viene de Oriente y... –hizo una breve pausa, incapaz de recordar otra cosa que no fuera el curry, al que no sin razón era un gran aficionado; recordó entonces el cristianismo y también lo mencionó–. Todo lo que viene de Oriente es bueno, evidentemente –concluyó con un gesto de despreocupada omnisciencia.

Aquellas personas que en épocas posteriores, y bajo el dictado de otras modas, no alcanzan a entender como Misysra llegó a ejercer tal dominio sobre la mente de hombres como lord Ivywood, olvidan dos características del turco que resultan muy atractivas, sobre todo para otros hombres. Una de ellas era su capacidad para elaborar una teoría sobre cualquier tema que surgiera en la conversación. La otra consistía en que aunque las teorías emergían sin freno de su lengua, tenían cierta consistencia.

—En eso se equivoca –dijo con solemnidad–. Por ejemplo está el viento del este. A mí no me agrada. No es bueno. Y tengo la seguridad de que toda la calidez, la riqueza, los colores, los poemas y la religiosidad que Oriente tenía para ofrecer a Occidente se han visto emponzoñadas por este fenómeno del viento del este. Cuando vemos el estandarte verde del profeta, no pensamos en un prado verde en verano, pensamos en una ola verde en los mares del invierno; porque pensamos que lo agita el viento del este. Cuando leemos sobre las huríes de belleza lunar no pensamos en lunas semejantes a naranjas sino en lunas como bolas de nieve...

En ese momento realizó su aportación al debate una nueva voz que, aunque con un acento menos inteligible que el aquí expuesto, decía así:

—¡A ver hasta cuánto va a durar la conversación con ese judío en bata de estar por casa! ¡Si un judío en bata tiene derecho a beber, nosotros también! ¡Una cerveza, por favor, señorita!

Esta inesperada interrupción cambió el curso de la tertulia. El que así interrumpía era un robusto joven que parecía pertenecer al gremio de los albañiles. Miró a derecha e izquierda, tratando de

descubrir la hembra soltera a quien acababa de dirigirse con tanta ceremonia, y quedó desconcertado al no dar con ella.

Ivywood miró al hombre con aquella expresión petrificada que su físico y su palidez acompañaban con admirable perfección. Pero J. Leveson, secretario, no poseía la misma capacidad marmórea. Desde que comenzaron las hostilidades con El Viejo Navío, y, sobre todo, desde que se había enterado de que los pobres también son seres humanos, es decir, que podían pasar de la corrección a la brutalidad en un lapso de tiempo relativamente corto, había sentido amanecer el astro del pánico. Notó que dos individuos más estaban detrás del albañil y que uno de ellos parecía aconsejarle moderación, cosa que a Leveson le dio muy mala espina. Después alzó la vista y descubrió algo todavía peor.

En toda la longitud de los escaparates de la farmacia se veía una nube de caras curiosas. No era posible percibirlas con detalles porque anochecía, y los reflejos cegadores que despedían los globos de rubí y de amatista del escaparate contribuían a velarlas más que a iluminarlas. Pero los más cercanos aplastaban prácticamente sus narices contra los cristales, formando una multitud de manchitas blancas, e incluso los más lejanos estaban demasiado próximos para el gusto de Mr. Leveson. Por otra parte, no tardó en descubrir la silueta de un poste y de un tablón cuadrado en el extremo superior. No podía ver lo que decía en el tablón. No le hacía falta.

Los que habían visto en situaciones de este tipo a lord Ivywood podían comprender la importancia del papel que desempeñó en su época, a pesar de su rostro glacial y de sus dogmas esotéricos. Toda la nobleza negativa que cabe en un hombre, él la poseía. Distinto en esto de Nelson y de la mayoría de los héroes, no conocía el miedo. De ahí que jamás se desconcertase bajo los efectos de la sorpresa, sino que permaneciese frío y dueño de sí mismo en ocasiones que para el más pintado serían causa de turbación, cuando no de miedo.

—No les ocultaré, caballeros –dijo lord Ivywood–, que presentía algo así. No les ocultaré tampoco que si he entretenido a Mr. Crooke ha sido porque esperaba esto. Lejos de aconsejar que se disperse esa multitud, creo por el contrario que lo más apropiado es hacer espacio para todos en la tienda del señor Crooke. Me gustaría declarar ante un público, cuanto más numeroso mejor, que la ley ha sido modificada y que esa farsa de la taberna errante debe concluir. ¡Pasen, pasen todos! ¡Pasen y escuchen! –gritó a la multitud.

—Gracias –dijo un hombre cuya indumentaria le relacionaba con el servicio de autobuses y que asomaba detrás del albañil.

—Gracias, caballero –dijo un obrerito avispado, relojero de Croydon, que le seguía en el grupo.

—Gracias –repitió un empleado de Camberwell, que era el siguiente en aquella desconcertante procesión.

—Gracias –dijo Mr. Dorian Wimpole, que acababa de entrar llevando bajo el brazo un enorme queso redondo.

—Gracias –dijo el capitán Dalroy con su barrilito de ron.

—Muchas gracias –dijo a su vez Humphrey Pump, que entraba en la botica llevando el letrero de El Viejo Navío.

Me veo obligado a hacer constar que la muchedumbre que vino detrás se dispensó de toda expresión de agradecimiento. La farmacia estaba atestada de gente; Leveson, sin embargo, no apartaba la vista del sombrío presagio que constituía la masa que se aglomeraba ante los escaparates, y que no parecía haber disminuido al entrar parte de ella en la tienda.

—Señores –dijo Ivywood–. Las bromas, por buenas que sean, tienen su fin. Ésta ha durado ya demasiado para que se tome en serio. Aprovecho, pues, esta ocasión que se me ofrece de dirigirme a una asamblea tan representativa como ustedes, en un sitio tan céntrico como éste, para orientar a la opinión pública sobre el verdadero sentido de la ley. No entra dentro de mis propósitos decirles lo que pienso de las bromas del capitán Dalroy y de sus amigos, y de las que ustedes han sido víctimas en estas últimas semanas. Pero supongo que hasta el capitán Dalroy reconocerá que yo no bromeo.

—Completamente de acuerdo –dijo Dalroy con una inusitada seriedad rayana en la tristeza y añadió con un suspiro–, y como usted ha observado muy bien, se terminó la broma.

—Ese letrero –dijo Ivywood señalando el extraño barco azul–, se puede cortar para hacer leña. Nunca más volverá a arrastrar a la buena gente a una danza demoníaca. Compréndanlo ustedes de una vez antes de que los policías y los guardias se encarguen de enseñárselo. Están ustedes infringiendo la nueva ley. Ese letrero no significa nada. Tiene tanto valor para comprar o vender alcohol como esa farola.

—O sea que me quedo sin pinta de cerveza, ¿verdad, jefe? –dijo el albañil, cuyas grandes facciones despedían de pronto tales destellos de inteligencia que casi dañaban a la vista.

—Tome usted un vaso de ron –dijo Patrick.

—Capitán Dalroy –dijo lord Ivywood–, si da usted una sola gota de ron a ese hombre, estará infringiendo la ley y dormirá esta noche en la cárcel.

—¿Está usted seguro? –preguntó Patrick con una extraña expresión de impaciencia–. A lo mejor me escapo.

—Completamente seguro –respondió Ivywood–. La policía está preparada, como podrá comprobar usted mismo. En definitiva, este asunto se acabará aquí y ahora.

—Si pudiese echarle mano al policía que me ha dicho que aquí se podía beber un trago, le hundiría el casco en la cabeza, ¡se lo juro! –dijo el albañil–. ¿Por qué no nos explican las leyes?

—No tienen derecho a cambiar las leyes a escondidas –dijo el relojero–. ¡Al diablo con la nueva ley!

—¿Qué es eso de la nueva ley? –dijo el empleado.

—Las disposiciones contenidas en la nueva ley –dijo Ivywood con la fría cortesía del vencedor– establecen que queda prohibida la venta de alcohol, aunque sea bajo un letrero autorizado, si dicho alcohol no ha sido depositado tres días antes en el local. Es evidente, capitán Dalroy, que ese barrilito que trae usted no hace tres días que está aquí. Le ordeno, pues, que no lo destape y que se lo lleve ahora mismo.

—Creo yo –dijo Dalroy con aire candoroso– que lo mejor sería dejarlo aquí y esperar que pasen los tres días. Así tendremos ocasión de conocernos más a fondo.

Y lanzó sobre la multitud creciente que le rodeaba una rápida mirada bondadosa.

—Se lo prohíbo a usted –dijo su señoría con súbita irritación.

—Hombre –contestó Dalroy–, tiene usted razón. Sería un poco pesado. Voy a tomar una copita aquí y después me iré a dormir como un niño bueno.

—¡Antes lo detendrán! –amenazó Ivywood.

—Vaya, no está contento con nada –dijo Dalroy con simulada sorpresa–. Gracias, de todas maneras, por explicar la nueva ley con tanta claridad... «si el alcohol ha sido depositado con tres días de anticipación...», seguro que me acordaré. Siempre explica las cosas con tanta claridad... Pero ha cometido un leve error legal. La policía no me tocará ni un pelo.

—¿Por qué? –interrogó el aristócrata pálido de ira.

—¡Porque –exclamó Dalroy, cuya voz subió de tono como una trompeta al dar la orden de ataque–, porque no tendré que infringir la ley! Porque determinados licores alcohólicos hace más de tres días que se hallan en este local, por no decir más de tres meses. Porque este establecimiento no es ni más ni menos que una taberna, Philip Ivywood. Porque el hombre que está detrás del mostrador se gana la vida vendiendo alcohol a todos los cobardes y a todos los hipócritas con suficiente dinero para sobornar a un facultativo de manga ancha.

Y su dedo se disparó en dirección de los vasos de medicamento que estaban en el mostrador delante de Hibbs y de Leveson.

—¿Qué está bebiendo ese hombre? –preguntó.

Hibbs se apresuró a coger su vaso, pero el relojero, indignado, le había tomado la delantera y apuró de un solo trago su contenido.

—¡Whisky! –exclamó rompiendo el vaso contra el suelo.

—¡Tiene razón! –rugió el albañil con un gran frasco de farmacia en cada mano–. ¡Ahora somos nosotros los que vamos a corrernos la juerga! ¿Qué es ese frasco de ahí arriba? Para mí que es oporto. Cógelo, Bill.

Ivywood se volvió hacia Crooke y dijo casi sin mover los labios:

—Es mentira, ¿no?

—Es verdad –replicó Crooke sosteniéndole la mirada con firmeza–. ¡Piensa usted que ha creado el mundo y que por ello puede rehacerlo a su antojo!

—El mundo está mal hecho –dijo Ivywood en un tono aterrador–, y yo *voy* a rehacerlo a mi antojo.

Mientras pronunciaba estas palabras, el cristal del escaparate se venía abajo con estrépito y los globos luminosos se hacían añicos como si no pudiesen soportar la vibración de la blasfemia. Y por el boquete resultante les llegó un estrépito de voces confusas que impresiona más que el fragor de los elementos, el grito que los tiranos, por sordos que sean, acaban por oír: el tremendo clamor de las multitudes. A lo largo de la elegante avenida, los cristales de las farmacias de Crooke se derrumbaban bajo las embestidas del populacho. Un río de vinos de color oro y púrpura corría por las aceras.

—¡Y ahora, al aire libre! –exclamó Dalroy precipitándose al exterior de la botica con el letrero en alto, mientras el perro *Quoodle* ladraba con furia, y Dorian con el queso y Humphrey con el barril se disponían a seguirlo–. ¡Buenas noches, milord!

Nos veremos quizá pronto y mejor
en vuestro castillo de Tamworth.[4]

—¡Adelante, amigos míos, en marcha! ¡No perdáis tiempo en romper cristales! Acabamos de empezar.

[4]Versos de la obra poética *Marmion: A Tale of Flodden Field* (1808), de Walter Scott.

—¿Y adónde vamos? –preguntó el albañil.

—Vamos todos al Parlamento –contestó el capitán– poniéndose al frente de la muchedumbre.

Después de doblar dos o tres esquinas, en el final de la última y larga calle, Dorian Wimpole, que cerraba la marcha, divisó el ojo ciclópeo de la gran torre gris del Big Ben, aquel ojo de oro que había visto destacar sobre el fondo verdoso del cielo crepuscular en aquella noche tranquila y a la vez volcánica; la noche en que se vio traicionado a la vez por el sueño y por un amigo. Y casi a la misma distancia, a la cabeza de la procesión, podía ver el letrero del navío y de la cruz, como un emblema, mientras rugía una voz profunda:

Hombres renacidos, ¿quién vuelve a casa?
Trompetas y tambores; ¿quién vuelve a casa?
Y resuena una voz: ¿Quién lucha por la victoria?
¿Quién por la libertad? ¿Quién vuelve a casa?

XXIII

La marcha sobre Ivywood

Ese espíritu de las tormentas o águila de la libertad que es el alma repentina de las multitudes, había caído sobre Londres después de haber viajado durante varios siglos por el extranjero y de haberse detenido en otras capitales. Cosa difícil es determinar en qué momento el peligro resulta peor que la resignación y en qué otro la resignación resulta peor que el peligro. La explosión inicial tiene generalmente una causa estética, simbólica, o lo que algunos llamarían caprichosa. Ora es uno que dispara un pistoletazo o que se presenta vistiendo un uniforme impopular, ora es otro que menciona en voz alta un escándalo excluido con empeño de los periódicos, ora aquel que se quita o que no se quita el sombrero, y una multitud se echa a la calle y saquea la ciudad antes de que llegue la medianoche. Cuando el ejército de la revuelta, cada vez más denso, arrasó toda una calle ocupada por las farmacias de Mr. Crooke y marchó sobre el Parlamento y la Torre de Londres, en dirección al mar, los sociólogos –agazapados en su carbonera– pudieron conjeturar, gracias a aquella clarificadora oscuridad, un sinfín de explicaciones espirituales y materiales para aquella repentina tempestad que sacudía las almas de los hombres, pero ninguna de ellas resultaría satisfactoria. Sin duda, la embriaguez jugó un papel importante cuando se descubrió que las urnas que se creían de Esculapio pertenecían realmente al dominio de Baco, y muchos de los que rugían destrozando escaparates estaban simplemente saturados de vinos finos y de licores caros que ordinariamente, y con más comodidad, se degustan en los banquetes de las familias nobles y en los restaurantes del West End. Pero la mayoría de ellos habían estado borrachos otras muchas veces, y ninguna se les había ocurrido insurreccionarse; hubiera, pues, sido imposible, por más que se hubiese forzado la hipótesis, atribuirle la más pequeña parte del suceso. Lo que sí gozaba de un carácter general era el sentimiento de indignación contra los adinerados clientes de Crooke, que mantenían abierta para ellos una puerta que su vanidad se empeñaba en cerrar a las personas menos pudientes. Pero ninguna explicación serviría para relatar este hecho, ni ningún hombre podría preverlo.

Dorian Wimpole marchaba a la cola de la procesión que seguía engrosando por momentos. Durante un rato había perdido de vista al cortejo, al tener que perseguir el queso que se le había escapado de las manos y rodaba cuesta abajo en una de las calles empinadas que bajan hacia el río. Pero de unos días a aquella parte había adquirido la facultad de divertirse con los acontecimientos físicos y fortuitos que le sobrevenían, como si estuviese en una segunda juventud. Encontró un taxi descarriado y no le costó mucho encontrar de nuevo la insólita legión. Un policía con un ojo morado en el exterior de la Cámara de los Comunes le indicó cuál era la línea de avance o de retirada, o lo que fuere, del ejército popular; y en un par de minutos volvió a encontrar a aquella inconfundible multitud. Inconfundible, en primer término, porque a su cabeza marchaba un gigante de cabeza roja portando un trozo de mobiliario urbano de madera, y, en segundo lugar, porque hacía tiempo que ninguna multitud inglesa de aquellas dimensiones se había puesto en movimiento detrás de un hombre. Pero, aparte de estos signos, la muchedumbre podía confundirse con cualquier otra. Su aspecto se había modificado; parecía que le hubiesen salido cuernos y colmillos, y es que muchos de sus componentes blandían armas extrañas, como garfios de hierro, hachas y picos, y enormes lanzas con puntas de formas diversas.

Lo que aún era más raro eran las hileras de hombres que, armados de fusiles, marchaban con cierta disciplina. Otros les seguían armados de utensilios domésticos o de trabajo, como tajaderas de carne, hoces, martillos e incluso cuchillos de trinchar. Y es que tales armas no por ser caseras son menos peligrosas. Millones de homicidios lo prueban.

Dorian tuvo la suerte de encontrarse cara a cara con el capitán de la cabellera roja y se puso a andar a su lado. Humphrey Pump iba al otro lado, con el ilustre barrilillo colgado al cuello a guisa de tambor, mediante algo que parecían unos tirantes. Mr. Wimpole, por su parte, había aprovechado su breve ausencia para disponer el queso en forma más llevadera, dentro de una especie de mochila de tela impermeable. En ambos casos, dos personas de excelente complexión cobraban un aspecto monstruosamente deforme. El capitán, que parecía en el colmo de su buen humor, se divertía con ellos. Pero Dorian también tenía motivos de regocijo.

—¿Qué ha hecho con su tropa desde que ha perdido mi experta dirección? –preguntó riendo a Dalroy–. ¿Por qué demonios parece que la mitad vaya a pasar revista y la otra mitad salga de un baile de máscaras?

—Hemos hecho algunas compras –dijo el irlandés con cierto orgullo–. Somos los primos del campo que vienen a la ciudad para hacer sus compras. Descubrir gangas para mí es coser y cantar. ¡Mire esos fusiles! Nos han salido por nada. Nos hemos presentado en casa de todos los armeros de Londres y no hemos pagado mucho. Mejor dicho, no hemos pagado nada. ¿Es o no es una ganga? Después hemos recorrido las tiendas de saldos. Y le aseguro que cuando nos hemos retirado no quedaba nada por saldar. Y también hemos comprado ese retazo que cuelga del letrero. Debe de ser lo que las damas llaman foulard.

Dorian levantó la vista y comprobó que un burdo jirón de tela roja, recogido probablemente en un cubo de basura, ondeaba amarrado al poste del letrero a guisa de bandera revolucionaria.

—¿No es eso lo que las damas llaman foulard? –insistió el capitán con ansiedad–. En las tiendas de telas lo llaman así. Y como pronto voy a visitar a una dama, tendré que recordarlo.

—¿Ya ha terminado sus compras, si no es indiscreción? –dijo Dorian.

—Sí, pero falta una cosa –contestó el otro–. Necesito ir a una tienda de música, ya sabe, un sitio en que vendan pianos y cosas por el estilo.

—Óigame –objetó Dorian–, este queso ya es bastante pesado. ¿Piensa cargarme, además, con un piano?

—No me ha entendido –dijo el capitán con calma, y como acababa de ver una de dichas tiendas de música se precipitó por la puerta sin pensarlo más. Salió a los pocos momentos llevando un largo paquete bajo el brazo.

—¿No han hecho otra cosa que visitar tiendas? –preguntó Dorian.

—¡Que si no hemos hecho otra cosa! –exclamó Dalroy en tono indignado–. ¡Ya se ve que no tiene primos de provincias! Hemos hecho todo lo que hacía falta. Hemos ido a la Cámara de los Comunes, pero los Comunes no celebraban sesión, que es como decir que no estaban incubando los huevos de la legalidad. Hemos ido a la Torre de Londres. Los primos de provincias somos infatigables. Nos hemos llevado unos cuantos recuerdos de hierro y de acero. Hasta les hemos quitado la alabarda a los Comedores-de-Buey.[1] Y nos hemos permitido demostrarles que para comer buey, su única utilidad reconocida, es más práctico el uso del tenedor y del cuchillo que el de la alabarda. La verdad es que, cuando se la hemos quitado, parecían aliviados.

—¿Y ahora –dijo el otro sonriendo–, dónde vamos?

—¡Vamos otra vez de excursión! –exclamó Dalroy con júbilo–. ¡Los primos de provincias nunca se cansan! Voy a llevar a mis amigos a visitar una finca rústica que es quizá la más hermosa de Inglaterra. Nos vamos a Ivywood, muy cerca de la célebre estación balnearia de Pebblewick.

—Ya veo –dijo Dorian, y por primera vez lanzó una mirada de inteligente preocupación sobre las filas que marchaban detrás de ellos–. Capitán Dalroy –prosiguió Dorian Wimpole en un tono algo distinto–, hay una cosa que me intriga. Ivywood decía que la policía nos iba a arrestar, y aunque formamos una multitud bastante considerable, me resisto a creer que la policía, si sigue siendo como la conocí en mi juventud, renuncie a intervenir. ¿Dónde está la policía? Hemos recorrido la mitad de Londres con, perdóneme que se lo diga, armas de apariencia criminal y a pesar de las amenazas de lord Ivywood nadie nos ha parado.

—Este interesante tema que propone a mi estudio –dijo Dalroy alegremente– se subdivide en tres partes. Son tres las razones que tiene la policía para no intervenir en este asunto; porque es cierto que ni el peor de los enemigos de la policía podría decir que han intervenido.

Empezó a enumerarlas contándolas con sus dedazos y con muestras de la mayor seriedad.

—En primer lugar, usted ha pasado tiempo fuera de la ciudad. Probablemente no reconocería a un policía si lo tiene delante. No llevan casco como lo llevaban nuestros

[1] «Beaf Eaters» o alabarderos de la Guardia: se llama así a los veteranos que guardan la Torre de Londres.

regimientos después de que los prusianos los derrotaran. Llevan el fez porque son los turcos los que han ganado la guerra de ahora. No dude que cuando los chinos ganen alguna, llevarán coleta como ellos. Aquí tiene usted una rama importantísima de las ciencias morales y políticas. Es lo que se llama eficiencia.

»En segundo lugar –explicó el capitán–, probablemente no ha notado que gran parte de esos portadores de fez forman en este momento detrás de nosotros. Sí, sí, es verdad. ¿No recuerda que la Revolución francesa comenzó realmente porque una especie de milicia municipal se negó a disparar contra sus padres y sus mujeres? Creo incluso que llegaron a manifestar una cierta satisfacción al disparar en la dirección opuesta. Vienen muchos detrás de nosotros, se les distingue por su correaje y su manera de marcar el paso; pero no los mire demasiado, se ponen nerviosos.

—¿Y la tercera razón? –insistió Dorian.

—Por la misma razón que yo no libraría una batalla perdida de antemano. La gente acostumbrada a batirse no suele actuar así. Pero hay algo interesante en su pregunta. ¿Por qué no se ven más policías? ¿Por qué no se ven más soldados? Se lo voy a decir: quedan muy pocos policías y muy pocos soldados en Inglaterra.

—Reconozca –dijo Wimpole– que es éste un singular motivo de queja.

—Pero un motivo clarísimo para quien conoce a los soldados y a los marinos –respondió gravemente el capitán–. Le voy a decir la verdad. Los que nos gobiernan han acabado por contar con la simple y pura cobardía de la masa inglesa, tal como el perro de rebaño cuenta con la cobardía de los corderos. Y ahora, Mr. Wimpole, escuche bien lo que le voy a decir: ¿no comprende que a un pastor le saldrá mucho más económico limitar el número de perros si las ovejas son capaces de dirigirse solas? De esta forma se podría ver a un millón de ovejas dirigidas por un solo perro. Pero esto únicamente es posible porque son ovejas. Ahora, imagine que por un milagro esos mismos corderos se transforman en lobos. Son pocos los perros que podrían hacerles frente. Pero, y ésta es la conclusión a que quería llegar, en realidad, hay muy pocos perros con los que pelear.

—¿No querrá decir que el Ejército de Inglaterra está prácticamente disuelto? –objetó Dorian.

—Quedan aún los centinelas a la puerta de Whitehall –replicó Patrick en voz baja–. Pero, si he de ser franco, su pregunta me plantea una especie de dilema. No, el Ejército no está completamente disuelto, es cierto; pero el Ejército inglés... Vamos a ver, Wimpole, ¿ha oído hablar alguna vez del gran destino del Imperio?

—La frase me suena –replicó su compañero.

—Es una historia de cuatro episodios –dijo Dalroy–: Victoria sobre los bárbaros. Empleo de los bárbaros, alianza con los bárbaros, conquista por los bárbaros. Ése es el destino del Imperio.

—Me parece que empiezo a vislumbrar a dónde quiere ir a parar –aventuró Dorian Wimpole–. Realmente parece que Ivywood y las autoridades confían bastante en las tropas de cipayos.

—Y en otras tropas también–dijo Patrick–. Creo que le sorprenderá mucho cuando lo vea.

Caminó un rato en silencio y después volvió a hablar de forma repentina que, sin embargo, no implicaba cambio de tema.

—¿Sabe quién es el propietario actual de la finca vecina de Ivywood?

—No –replicó Dorian–. Me parece haber oído que a Ivywood le gusta aislarse.

—Y también le gusta aislar su propiedad –dijo Patrick en tono sombrío–. Y si salta la tapia de su jardín, Wimpole, hallará la respuesta a no pocas preguntas. Ah, no hay duda, los honorables

caballeros han tomado todas las precauciones necesarias para asegurar el orden y la defensa nacional... en cierto sentido.

Recayó entonces en un silencio irritado, y, pasaron varias aldeas antes de que volviera a hablar.

Seguían avanzando en la oscuridad y el alba les sorprendió en la parte más agreste y montaraz del país, donde las carreteras empiezan a hacer eses y ondulaciones. Dalroy lanzó una exclamación de gozo y tendió el brazo para señalar a Dorian un punto situado a cierta distancia. Ante las estrías plateadas y moradas del alba se podía distinguir una especie de cúpula violeta rematada por una corona de follaje de un verde oscuro; era el lugar que habían bautizado con el nombre de ciudad de Vuelta y Revuelta.

A su vista el buen humor de Dalroy pareció reanimarse, lo que habitualmente implicaba la amenaza de nuevas canciones.

—¿Ha compuesto algún poema últimamente? –le preguntó a Wimpole.

—La verdad es que no –respondió el poeta.

—Entonces –respondió el capitán con solemnidad mientras aclaraba su voz– va a oír uno de los míos, le guste o no. De hecho, cuanto menos le guste más largo será. Comienzo a comprender por qué los soldados cantan cuando marchan; y también entiendo por qué aguantan canciones tan horribles.

En torno a un árbol bailaban los druidas
sacrificando gente sin piedad,
mas al roble nunca humillaron
y lo trataron con humanidad.
Pero Ivywood, lord Ivywood,
pudre el árbol como la hiedra,[2]
como la hiedra trepa el malvado
hasta acabar con el árbol sagrado.

El rey Carlos se escondió en un roble
para escapar de una muerte segura;
y aunque era grande y cebado
al árbol trató con mesura.
Pero Ivywood, lord Ivywood,
pudre el árbol como la hiedra,
como la hiedra trepa el malvado
hasta acabar con el árbol sagrado.

[2]El juego de palabras no se mantiene en castellano, ya que «ivywood» significa literalmente «bosque de hiedra».

El noble Collingwood[3] taló muchos robles
para hacer barcos y echarse a la mar,
y así las tropas honraron al bosque
llevando su madera a navegar.
Pero Ivywood, lord Ivywood,
es un cínico insolente
y pudre el árbol sagrado
con su aliento pestilente.

Estaban entonces a punto de subir por un camino empinado que se deslizaba entre solemnes arboledas que parecían tan vigilantes como búhos al acecho. Y aunque la aurora cabalgaba por encima de ellos con sus banderas y sus estandartes de escarlata y de oro desplegados al viento, que aullaba como una trompetería triunfal, los bosques guardaban su secreto como un sótano profundo, y aunque el sol abriese en la sombra heridas semejantes a deslumbrantes esmeraldas, no podía penetrar plenamente en su interior.

—No me sorprendería que la hiedra descubriese pronto que el árbol sabe más de lo que parece –dijo Dorian.

—Claro que lo sabe –asintió el capitán–. El problema era que hasta hace poco el árbol no sabía que lo sabía.

De nuevo se impuso el silencio. A medida que subían, la cuesta se empinaba más y los árboles ponían más empeño en ocultar algo, alzándose como grises escudos de gigante.

—¿Te acuerdas de esta carretera, Hump? –preguntó Dalroy al tabernero.

—Sí –contestó Hump sin añadir palabra. Pero pocos hombres habían pronunciado una afirmación tan categórica.

Siguieron andando en silencio, y unas dos horas más tarde, sobre las once, Dalroy mandó hacer un alto en pleno bosque, recomendando a sus compañeros que descansasen unas cuantas horas. La impenetrabilidad del bosque, y la relativa suavidad de la alfombra de musgo y de hojarasca eran tan apropiadas para el reposo como inapropiada la hora. Y si alguien pretende que una multitud de gente del pueblo reclutada en las calles nunca seguiría a un jefe improvisado ni se echaría a dormir porque él lo manda, ese alguien no conoce la historia.

—Me temo –dijo Dalroy– que la cena va a tener que servirles de desayuno. Sé de un sitio excelente para tomar el desayuno, pero no para dormir: sería una imprudencia. Pero tenemos que dormir; así que no desempaquetaremos las provisiones hasta más tarde. Vamos a tendernos en el suelo como elfos del bosque, y todos los pájaros de temperamento laborioso quedan autorizados para cubrirme de hojas. La verdad es que las cosas que nos aguardan exigen que durmamos.

Cuando volvieron a emprender la marcha era casi media tarde, y la comida que Dalroy seguía, por chanza, llamando desayuno, tuvo lugar en las proximidades de esa

[3]Cuthbert Collingwood (1750-1810), almirante británico que sirvió bajo las órdenes de Nelson en Trafalgar. Se dice que dondequiera que iba plantaba una bellota con el fin de utilizar los árboles que crecieran para construir barcos.

hora misteriosa en que las damas que no han tomado el té se sienten en inminente peligro de muerte. El camino se iba tornando cada vez más escarpado y difícil y, por fin, Dalroy se dirigió a Dorian Wimpole.

—No deje caer el queso aquí porque no se detendría hasta la mitad del bosque, hágame caso. No hace falta recurrir a ningún cálculo trigonométrico o aritmético; he visto el caso con mis propios ojos. ¡Y lo que corrí para alcanzarlo!

Wimpole se dio cuenta de que llegaban a la estrecha cresta de un montículo, y, pocos momentos después, la extraña forma de los árboles le reveló lo que le habían ocultado hasta allí.

Habían recorrido los meandros de un camino forestal que se extendía junto al mar. Sobre una meseta elevada junto a la costa, algunos manzanos ofrecían frutos que ningún hombre hubiera comido por su sabor ácido y salitroso. El resto de la meseta era estéril y calva, pero Pump contemplaba cada pulgada de terreno como si fuese un lugar habitado.

—Aquí está el sitio en que vamos a desayunar –dijo señalando el barbecho herboso y desnudo–. Es la mejor taberna de Inglaterra.

Algunos de sus compañeros se echaron a reír, pero al momento pararon en seco, al verlo adelantarse y clavar el letrero de El Viejo Navío sobre el desolado promontorio.

—Y ahora –dijo–, que empiece la merienda campestre. Saca las provisiones, Pump. Y, como dice una canción que canté en otro tiempo:

> De Arabia has venido,
> Cabeza de Moro.
> El buen rey Ricardo
> te trajo consigo.
> En cada descanso
> del largo camino,
> clavó su estandarte
> honrado e invicto;
> clavó su estandarte
> que luce en sus pliegues
> Cabeza de Moro.

Caía la noche cuando la multitud –considerablemente engrosada por los numerosos descontentos que había en los terrenos de Ivywood– alcanzó las puertas de la mansión del lord. Desde un punto de vista estratégico y con miras a un ataque nocturno, esta circunstancia se podría considerar como una prueba de los talentos militares del capitán. Pero su manera de aprovecharla merecía el calificativo de excéntrica. Porque, después de haber repartido sus fuerzas y de haberles recomendado vigorosamente que guardasen unos minutos de silencio, se volvió a Pump y le declaró:

—Ahora, antes de pasar a la acción, voy a hacer un poco de ruido.

Sacó entonces de un envoltorio de papel marrón algo que parecía un instrumento de música.

—¿Va a llamar a Ivywood para negociar? –preguntó Dorian, intrigado–. ¿De qué se trata? ¿De un toque de corneta o algo por el estilo?

—No –dijo Patrick–; de una serenata.

XXIV

Los enigmas de Lady Joan

En una hermosa tarde en que el cielo claro sólo soportaba los arabescos violáceos del crepúsculo, Joan Brett recorría a paso lento el césped de la terraza superior de los jardines de Ivywood, donde los pavos reales arrastraban sus colas. Joan se parecía a aquellas aves gloriosas y no sólo por su belleza, sino también, podría decirse, por su inutilidad. Su cabeza tenía el mismo porte altivo, su cola no era menos opulenta y las circunstancias por las que atravesaba le daban frecuentes ganas de chillar. Porque, en realidad, de un tiempo a aquella parte, sentía que su existencia se cerraba sobre ella como un incomprensible marasmo, como un silencio continuo más difícil de soportar que un ruido persistente. Cada vez que se le ocurría mirar los setos de espino blanco del jardín, se le antojaban más altos que la vez anterior, como si aquellos muros vivientes pudiesen crecer indefinidamente hasta encerrarla. Cada vez que contemplaba el mar desde la torre, lo veía más lejano. De hecho, para ella, todas estas sensaciones indefinibles quedaban simbolizadas en la torrecilla cerrada por el nuevo tabique adornado al estilo oriental. En su infancia aquella ala terminaba en una puerta rota que daba a una escalera abandonada. A su vez, la escalera conducía a un bosquecillo descuidado y a un túnel olvidado al que ni ella ni nadie se sentía atraído. Pero, por lo menos, ella sabía lo que se encontraba más allá de la puerta rota y de la escalera abandonada. Mientras que ahora parecía que aquel trozo de tierra había sido vendido y agregado a la finca vecina, y, respecto a ésta, nadie parecía estar enterado de nada. Se le agudizó la sensación de que las cosas trataban de encerrarla. Mil detalles insignificantes contribuían a acentuar aquella sensación. Nada había podido averiguar sobre el nuevo vecino, que parecía ser un hombre de edad, muy deseoso de vivir aislado. La única cosa que pudo comunicarle miss Browning, la secretaria de Ivywood, fue que se trataba de un caballero del Mediterráneo, con lo cual igualmente se podía aludir a un americano que vive en Venecia que a un africano que habita cerca del Atlas. Esta ambigüedad probablemente era deliberada. Joan había divisado alguna vez criados con librea que se dedicaban a sus menesteres, y aquellas libreas no tenían nada de británico. Sin duda por culpa de su estado enfermizo, le molestaba comprobar que el uniforme de la antigua milicia de Pebblewick, bajo la influencia del prestigio adquirido por los turcos en la última guerra, había cambiado. Llevaban fez como los zuavos del Ejército francés y hay que confesar que eran mucho más prácticos que el pesado casco que lucían antes. Era, si se quiere, una nimiedad, pero que preocupaba a lady Joan, que, al igual que muchas mujeres inteligentes, era tan sutil como conservadora. Le daba la impresión de que estaban cambiando todo el mundo exterior y nadie le explicaba nada.

Pero no eran estas las inquietudes espirituales más serias que sufría durante aquella estancia en la casa de los Ivywood que había prolongado a ruegos de lady Ivywood y de su propia madre, que se encontraba muy enferma. Para decir las cosas cínicamente –como ella era muy capaz de decirlas–, Joan estaba enfrascada en la muy femenina tarea de intentar querer a un hombre. Pero semejante cinismo, como casi todos, resultaría falso; durante los días cruciales de aquel período, Joan realmente había sentido algo por aquel hombre.

Había sentido algo por él cuando le trajeron con la bala de Pump en la pierna, al ver que mantenía la calma y el aplomo mejor que los demás hombres que había en la estancia. Se había conmovido cuando él supo dominar el dolor con un temple admirable pese al mal cariz que tomaba la herida. Le gustó también cuando se abstuvo de dar muestras de resentimiento contra el irritado Dorian, y le entusiasmó cuando, apoyándose en su muleta, desoyendo consejos y súplicas, realizó su rápido e imprudente viaje a Londres. Pero, a pesar de la sensación de sentirse atrapada que hemos descrito, jamás le agradó tanto como aquella misma tarde, cuando, caminando penosamente con las muletas, había subido hasta la terraza del viejo jardín y se había acercado para hablarle entre los pavos reales. Él había llegado incluso a intentar acariciar la cabeza de un pavo como si se tratase de un perro. Le explicó entonces que aquellas magníficas aves, lógicamente, habían sido importadas de Oriente por el Imperio semioriental de Macedonia. A pesar de esto, Joan no pudo abstenerse de sospechar que él hasta entonces no se había dado cuenta de que hubiese pavos reales en la casa de Ivywood. Su mayor imperfección era lo orgulloso que estaba de la perfección de sus fuerzas intelectuales y morales; pero no advertía que en la parte inconsciente de su ser existía algo vagamente cómico que le favorecía mucho más que otras cosas a los ojos de aquella mujer.

—Se decía que era el ave de Juno –dijo–, pero estoy convencido de que Juno, lo mismo que tantos y tantos personajes de la mitología homérica, ha tenido un origen asiático.

—Pues a mí me ha parecido siempre que Juno poseía demasiada majestad para formar parte de un harén.

—Tú debes saberlo –replicó Ivywood con ademán cortés–, porque *jamás* vi a nadie que se pareciese a Juno tanto como tú. Pero opino que existe un error sobre lo que es la verdadera concepción árabe o hindú de la mujer. En cierta manera, es demasiado simple y demasiado sólida para que pueda comprenderla nuestra paradójica cristiandad. Hasta esa broma vulgar de que los turcos prefieren a las mujeres gordas es una prueba de lo que digo. Ellos, cuando expresan una supuesta preferencia, no se refieren a una mujer individual, sino a la mismísima feminidad como fuerza de la naturaleza.

—A veces esas seductoras teorías se me antojan un poco forzadas –dijo Joan–. El otro día, tu amigo Misysra llegó a decirme que en Turquía las mujeres gozaban de la mayor libertad, ya que se les permite llevar pantalones.

Ivywood contestó con una de sus glaciales y escasas sonrisas:

—El profeta revela de vez en cuando esa simplicidad que tan a menudo se hermana con el genio. No negaré que algunos de los argumentos que le he visto esgrimir me han parecido burdos y fantasiosos. Pero en lo fundamental tiene razón. Existe una clase de libertad que consiste en no rebelarse nunca contra la naturaleza, y creo que Oriente comprende mejor que nosotros esa libertad. Sin duda, Joan, es muy bonito considerar el amor a nuestra estrecha manera romántica, pero hay algo superior al amor de un amante e incluso al amor del amor.

—¿Y es...? –dijo Joan bajando los ojos.

—El amor del destino –dijo lord Ivywood con una especie de relámpago de pasión intelectual en los ojos–. ¿No dijo Nietzsche en alguna parte que la capacidad para recrearse en su propio destino es lo que distingue al héroe? Nos engañamos al pensar que los héroes y los santos del islam dicen *kismet*53 agachando la cabeza con tristeza. Pronuncian *kismet* con un grito de alegría. Lo que conviene; lo que debe ser; eso es lo que significa su *kismet*. En los cuentos árabes, el más perfecto de los príncipes se casa siempre con la más perfecta de las princesas, porque es lo que conviene, lo que debe ser. Los gigantes espirituales, los *djins* o genios, lo consiguen, hacen que se realicen los designios de la naturaleza. En las novelas de Europa, egoístas y sentimentales, la más perfecta de las princesas puede perfectamente dejarse raptar por un profesor de dibujo entrado en años. Tales cosas caen fuera del verdadero camino. El turco se sube a un caballo y galopa para ir a desposarse con la princesa más hermosa del mundo, conquista imperios para conseguirla y no se avergüenza de sus laureles.

Las nubes rugosas y moradas que orlaban la cola vespertina del cielo plateado, a los ojos de lady Joan se parecían cada vez más a los encajes y bordados de una cortina de plata de las cerradas galerías de la casa de Ivywood. Los pavos reales se tornaban más brillantes que de costumbre y, por primera vez, los vio como nacidos en la tierra maravillosa de *Las mil y una noches*.

—Joan –dijo Philip Ivywood casi susurrando bajo la luz del crepúsculo–, yo no me avergüenzo de mis laureles. No hallo sentido alguno a eso que los cristianos llaman humildad. Quiero ser el más grande de los hombres, si puedo llegar a serlo, y creo que puedo. Algo más fuerte que el amor, el destino y lo que debe ser, imponen que me case con la más bella de las mujeres. Y esa mujer está en este momento en medio de los pavos reales, más bella y más altiva que ellos.

Los ojos turbados de Joan estaban fijos en el horizonte y sus labios trémulos sólo pudieron suplicarle con una palabra que se callase.

—Joan –insistió Philip–, te he dicho que eres una mujer como la que pudo desear el mayor de los héroes. Déjame añadir ahora algo que sólo puedo decir después de haberte hablado de amor y de matrimonio. Cuando tenía veinte años y cursaba mis estudios en una ciudad de Alemania, me encontré una vez con eso que nuestro Occidente llama amor. Fue en una fiesta de pescadores de la costa, porque aquella ciudad estaba cerca del mar. Allí pudo terminar mi historia. Con semejante esposa me hubiese sido imposible llegar a ser diplomático; pero en aquella época esto me tenía sin cuidado. Pero poco tiempo después, viajando por la región de Flandes, me hallé encima de uno de los últimos meandros del Rin. Y se revelaron ciertas cosas sin las cuales hoy apestaría a pescado. Pensé en los innumerables parajes encantadores que el río había dejado detrás de su corriente. Allá en Suiza pudo consumir su joven energía en atravesar un paisaje elevado y rocoso, o en cualquier punto de Renania, perderse en un pantano cubierto de flores. Pero, no; él había proseguido su curso hasta el Mar del Norte, en perfecto cumplimiento del destino de un río.

De nuevo calló Joan y de nuevo continuó Philip:

—Hay otra cosa que quiero contarte y que no se habría podido decir antes de que el príncipe hubiese ofrecido su mano a la princesa. Es posible que Oriente lleve demasiado lejos su costumbre de los matrimonios entre niños. ¡Pero fíjate en todos esos otros matrimonios insensatos de juventud que acaban en desastre! ¿No crees que hubiera sido mejor que fuesen matrimonios entre niños? Los periódicos hablan siempre de la crueldad de las bodas reales. Pero me figuro que ni tú ni yo damos crédito a lo que dicen los periódicos. Sabemos que en Inglaterra no hay rey desde que su cabeza cayó segada en Whitehall.[1] Tú sabes que somos nosotros, tú y yo, nuestras familias, los verdaderos soberanos de Inglaterra y que nuestros casamientos son casamientos regios. Y deja que los ignorantes los llamen crueles. Nosotros nos contentamos con decir que exigen un corazón valiente, que es el blasón de la aristocracia. Joan –repitió con ternura–, tal vez tú también conociste tus paisajes rocosos y tus pantanos cubiertos de flores. Tal vez también conociste... a la hija de un pescador. Pero existe algo más grande y más simple que todo eso, algo que se encuentra en las grandes epopeyas de Asia: la más bella de las mujeres, el más grande de los hombres y el destino.

—Milord –contestó Joan adoptando, por un instinto misterioso, el estilo feudal–, ¿queréis concederme un breve plazo para pensar sobre todo esto? Pero quisiera que no pensarais que soy desleal, sea cual sea mi respuesta.

—Ni que decir tiene –dijo Ivywood, inclinándose profundamente entre ambas muletas. En seguida dio media vuelta y se alejó, cojeando, entre los pavos reales.

Durante los días sucesivos Joan se esforzó en sentar los cimientos de su destino terrestre. Era aún muy joven, pero le parecía que hacía miles de años que estaba viviendo ante aquella obsesionante pregunta. Se decía y se repetía que muchas mujeres que valían más que ella se habían contentado con un plato de segunda mesa, que no era tan de primera como el que se le brindaba. Pero había una cierta complejidad hasta en el ambiente. Le gustaba oír a Ivywood, como gusta escuchar a un virtuoso del violín. Hay, sin embargo, momentos terribles en los que ya no se sabe si se escucha al hombre o al instrumento.

Además, entre los habitantes de la casa de Ivywood reinaba un curioso, un extraño estado de ánimo, sobre todo desde la herida y la convalecencia de Ivywood; una atmósfera que no acertaba a definir, pero que le resultaba vagamente irritante. Tenía algo de glorioso... pero también de lánguido. Por un impulso, que no es poco frecuente entre las personas inteligentes de las clases altas, Joan sentía la imperiosa necesidad de hablar a

[1] Se refiere a la decapitación del rey inglés Carlos I en 1649.

una mujer sensata de la clase media o baja, y se lanzó, por así decirlo, en brazos de miss Browning, sedienta de comprensión.

Pero miss Browning, con su pelo rojo y rizado y su rostro pálido y despierto, emitió la misma nota indefinible. Lord Ivywood reinaba en ella en calidad de primer principio, como si fuese el Padre Tiempo en persona o el Señor de las Condiciones Meteorológicas. Le llamaba «Él». A la quinta vez que oyó a miss Browning llamarle «Él», Joan sintió, sin saber por qué, un hálito de invernadero.

—Lo mejor será –decía miss Browning– que no entorpezcamos su carrera, que es lo que verdaderamente cuenta. Y creo que cuanto más calladas estemos mejor. Tengo la impresión de que está meditando planes muy importantes. ¿Oyó lo que dijo el profeta la otra noche?

—La última cosa que me dijo el profeta –contestó la más morena de las dos mujeres con cierta hostilidad– es que cuando un inglés ve a un muchacho sano y fuerte exclama: «¡Creciente!». Mientras que al descubrir a un anciano angustiado por los problemas exclama: «¡Vaya cruz que lleva!».

Una mujer dotada de un rostro inteligente como su interlocutora no pudo menos de sonreír, pero no abandonó el tema que había elegido:

—El profeta dice que todo amor verdadero lleva en sí algo de predestinación. Y estoy segura de que él piensa lo mismo. Las personas se agrupan en torno a un centro como las estrellas pequeñas en torno a una grande, porque una estrella es un imán. No hay manera de equivocarse cuando el destino sopla como un vendaval; y opino que muchas cosas han sido mal juzgadas porque no se ha tenido en cuenta esto. Es muy bonito hablar de los matrimonios entre niños de la India...

—Miss Browning –dijo Joan–, ¿realmente le interesan a usted mucho los matrimonios entre niños?

—Bueno... –dijo miss Browning.

—¿A su hermana también le interesan? ¡Se lo voy a preguntar! –gritó Joan, precipitándose en la salita donde estaba Mrs. Mackintosh, sentada a una mesa y cumpliendo sus deberes de secretaria.

—Pues –dijo Mrs. Mackintosh, volviendo su semblante, más hermoso que el de su hermana– para mí los hindúes tienen razón. Si se deja libre iniciativa a los jóvenes, se casan con cualquiera. Nosotras mismas podríamos habernos casado con un negro, con una pescadora o con un criminal.

—Por favor, Mrs. Mackintosh –arguyó Joan, con una severa mirada de sus ojos negros–, sabe de sobra que usted no se hubiese casado con una pescadora... ¿Dónde está Enid? –concluyó de súbito.

—Lady Enid está hojeando partituras en el jardín de invierno.

Joan atravesó varias salas y halló a su rubia y pálida prima sentada al piano.

—¡Enid –exclamó–, sabes que siempre te he tenido mucho cariño! Por el amor de Dios, ¡dime lo que sucede en esta casa! Admiro a Philip igual que todo el mundo, pero ¿qué es lo que sucede en esta casa? ¿Por qué tengo la sensación de que todos estos jardines y todas estas salas me oprimen cada vez más? ¿Por qué todo me parece más monótono cada día? ¿Por qué todos repiten lo mismo? Yo no tengo costumbre de hacer metafísicas, pero detrás de todo esto hay un propósito. No hay otra forma de decirlo: hay un propósito... y yo no sé cuál es.

Lady Enid tocó varios compases a guisa de prólogo y empezó a hablar con la mano sobre el teclado:

—Yo tampoco, Joan. Yo tampoco sé cuál es. Sé lo que estás pensando. Pero precisamente porque hay un propósito creo en *él* y no confío más que en *él*.

Se puso a tocar distraídamente, suavemente, una balada de la región de Renania, y fue sin duda la música la que le sugirió la observación siguiente:

—Suponte, por ejemplo, que estás sobre uno de los últimos meandros del Rin, en el sitio en que desemboca en...

—¡Enid! –interrumpió Joan–, como digas: «en el Mar del Norte» me va a dar un ataque de nervios. Un ataque, ¿comprendes? Y me pondré a chillar más fuerte que todos los pavos reales juntos...

—¡Pero –replicó lady Enid con una expresión de desvarío– es que el Rin desemboca en el Mar del Norte!

—Estoy segura –contestó Joan insolentemente– de que para ti hubiera dado lo mismo que desembocase en un estanque de patos hasta el momento en que...

—¿Hasta qué momento? –interrogó Enid suspendiendo en seco sus arpegios.

—... en que sucedió algo que no puedo comprender –contestó Joan alejándose.

—Es a ti a quien yo no comprendo –replicó Enid Wimpole–. Pero si esta balada te aburre, puedo tocar otra cosa.

Y se puso de nuevo a hojear los cuadernos de música.

Joan desanduvo lo andado a través de las salas y volvió a sentarse en la que ocupaban las dos secretarias.

—¿Entonces? –inquirió la pelirroja y jovial Mrs. Mackintosh sin levantar la vista–, ¿ha llegado a alguna conclusión?

Durante un momento Joan parecía aún más angustiada de lo habitual en los últimos días, pero después declaró en un tono cándido y cordial que contrastaba con sus cejas fruncidas:

—La verdad es que no. Pero al menos he descubierto dos cosas; y las dos son sobre mí misma. He descubierto que amo el heroísmo, pero que no siento el culto del héroe.

—Lo cierto –replicó miss Browning con un deje de pedantería– es que un sentimiento procede del otro.

—Espero que no –dijo Joan.

—Pero, ¿qué puede hacerse por el héroe– insistió Mrs. Mackintosh, sin levantar la frente de sus papeles– sino adorarlo?

—¡Crucificarlo! –exclamó Joan, volviendo a sentir un violento malestar y levantándose de la silla–. Al menos así ocurre algo.

—¿Está cansada? –le preguntó la hermana del rostro inteligente.

—Sí –dijo Joan–. Siento el peor de los cansancios. El que no tiene motivo. Para ser sincera, creo que estoy cansada de esta casa.

—Es muy antigua, claro está –dijo Mrs. Browning–, y algunas de sus dependencias son todavía algo lúgubres; pero *él* la ha mejorado mucho. La decoración de la nueva sala y de la torrecilla, con sus medias lunas y sus estrellas, es realmente muy...

Entretanto, en la sala distante, lady Enid, que sin duda había dado con la partitura que buscaba, deslizaba sus dedos sobre el piano. Al oír las primeras notas, Joan Brett se irguió como una pantera.

—¡Gracias! –dijo con amable rudeza–. ¡Era eso, naturalmente! Ha encontrado exactamente la melodía que conviene. ¡Eso es lo que somos todas!

—Pero, ¿qué es lo que toca? –preguntó la secretaria sin comprender.

—Una melodía de arpa, de sacabuche, de salterio, de dulzaina, y de todos los instrumentos de música que tendremos que tocar –dijo Joan con una mezcla de furia y de dulzura– cuando nos postremos para adorar la Imagen Dorada erigida por Nabucodonosor, nuestro rey. ¡Mujeres! ¿Sabéis lo que es este sitio? ¿No sabéis por qué tantas puertas se cierran sobre tantas puertas y tantas rejas sobre tantas rejas? ¿Por qué todo está cubierto de cortinas y ahogado de cojines? ¿Y por qué las flores que nos sofocan con su aroma no son las de nuestros campos?

De la estancia lejana en que empezaba a caer la sombra, les llegó la voz fina y clara de Enid Wimpole:

> Menos que el polvo bajo las ruedas de tu carro
> y menos que la herrumbre, ausente de tu sable...[2]

—¿Sabéis lo que somos? –dijo lady Joan Brett–. ¡Somos un harén!

—Pero, ¡cómo!, ¿qué quiere decir? –exclamó la más joven de las dos secretarias, presa de gran agitación–. ¿Cómo? Lord Ivywood nunca...

—Sé lo que no ha hecho nunca. No sé siquiera –dijo Joan– si alguna vez lo va a hacer. No llegaré a comprender a este hombre, ni llegará nadie. Pero os aseguro que ésa es la intención. Es lo que somos y esta sala huele a poligamia tanto como a lirio.

—¿Qué te pasa, Joan? –exclamó lady Enid entrando en la habitación como un fantasma de alta alcurnia–. ¿Qué demonios te pasa? Estás blanca como la pared.

Joan, sin preocuparse de contestarle, continuó con su obstinada argumentación.

—Además, de sobra sabemos que le gusta hacer las cosas gradualmente. Es lo que él llama evolución, relatividad y expansión progresiva de los círculos del pensamiento. ¿Cómo sabemos que no lo está haciendo lentamente, con la idea de irnos acostumbrando a este género de vida a fin de que el paso siguiente nos choque menos? Nos aprisiona en la atmósfera de la casa antes de introducir –aquí se estremeció– esa institución. ¿Es menos estrafalario este plan que los otros de Philip Ivywood? ¿Más escandaloso que el que nos ha llevado a tener un cipayo por general en jefe y a Misysra Ammon como predicador en la abadía de Westminster, o que el que nos ha llevado a cerrar todas las tabernas de Inglaterra? Yo me niego a sufrir ninguna clase de expansión. Me niego a evolucionar. No quiero dejar de ser yo misma. Saldré de estos muros aunque tenga

[2]Del poema «Less Than the Dust», recogido en *The Garden of Kama* (1901), de Laurence Hope.

que vivir sin techo, y si no me dejan salir chillaré tan desesperadamente como si me hubieran encerrado en un antro del puerto.

Echó a correr hacia la cámara de la torrecilla, obedeciendo a una repentina necesidad de soledad, pero al pasar por delante del tabique de madera labrada que con sus decoraciones astronómicas condenaba la antigua ala del edificio, Enid vio cómo la golpeaba con el puño.

En la torrecilla le esperaba una extraña aventura. Se había refugiado en ella buscando un sitio para meditar a solas sobre la manera de liquidar el asunto con Ivywood cuando éste volviera de su viaje a Londres. Hablarle a la anciana lady Ivywood hubiera sido, realmente, tan inútil como describir las torturas chinas a un bebé. La tarde declinaba en calma, pálida y gris. Aquella parte de la finca de Ivywood era siempre la más solitaria. Grande fue, pues, su sorpresa cuando su ensueño de silencio y de melancolía se vio roto por un ruido, por un murmullo de pasos y de voces. Renació por unos momentos el silencio, pero una voz poderosa lo quebró de repente, acompañada por unos sones difíciles de definir, sones de laúd o quizá de viola:

> Señora, la luz muere allá en la altura.
> Como la luz dejadnos acabar.
> Vuestro guante fue prenda de ventura
> el día en que sonó la hora de amar.
>
> Corríamos gozosos
> los bosques de Ivywood,
> cantaba en nuestras almas
> la loca juventud.
>
> Señora, ¡cómo llueven los luceros!
> Mucho es la vida, pero no lo es todo.
> Tengo esperanza de volver a veros
> cuando mi alma se libre de este lodo.
>
> Alianza de oro me disteis por amor.
> Ha sido mi tesoro, no lo tuve mejor.

Se interrumpió el canto y el rumor entre los arbustos del exterior se convirtió en poco más que un susurro. Pero pronto los ruidos de pasos y voces se fueron generalizando alrededor de toda la casa; y el silencio de la noche era sustituido por algo vivo que definitivamente no podía ser solamente un hombre.

Oyó un grito a su espalda y Enid se precipitó en la estancia, tan pálida como sus lirios.

—¡Está ocurriendo algo terrible! –gritó–. El patio está lleno de hombres que vociferan, se ven antorchas por todos lados y...

Joan oyó los pasos apresurados de una multitud y distinguió a lo lejos otro canto que se elevaba, con aire de reto y de burla que decía:

> Pero Ivywood, lord Ivywood,
> pudre el árbol como la yedra...

—Creo –dijo Joan– que es el fin del mundo.

—Pero, ¿qué hace la policía? –exclamó temblando su prima–. No se les ve en ninguna parte desde que llevan el fez. Nos van a degollar...

Sonaron tres golpes solemnes y acompasados en el tabique esculpido que cerraba el fondo de la estancia, como si un gigante pidiese entrar a mazazos. Enid, que ya había juzgado violento el puñetazo de Joan, se estremeció. Y las dos muchachas miraron fascinadas las lunas, las estrellas y demás astros pintados sobre aquel tabique sagrado temblar y saltar como en el primer temblor del Juicio Final.

Entonces el Sol cayó del cielo, y la Luna y las estrellas se desprendieron y quedaron esparcidas sobre la alfombra persa; y por aquel hueco en el fin del mundo entró Patrick Dalroy, que llevaba una mandolina.

XXV

En el que se descubre al superhombre

—Les traigo un perrito –dijo Dalroy presentando al exuberante *Quoodle*–. Le he mandado traer hasta aquí en una canasta con una etiqueta que decía «Explosivos», una designación que me parece muy apropiada.

Al entrar se había inclinado ante lady Enid y había cogido la mano de Joan sin dar a entender otra intención que la de saludarla. Reanudó resueltamente la conversación, cuyo tema eran los perros.

—La gente que devuelve un perro a su propietario siempre inspira recelo –dijo–. A veces hasta se llega a insinuar que el mismo que trae el perro pudo ser el que se lo llevó. Claro está que en mi caso no cabe una suposición semejante. Pero, aún hay más: se acusa también a los que devuelven los perros, profesión cada día más próspera, de no ir más que a la caza de una recompensa. Esta acusación tiene mayor fundamento –dijo fijando en Joan una mirada azul imperturbable.

A renglón seguido, con un cambio de maneras más extraordinario que una revolución, incluso la que en aquel momento rugía alrededor del castillo, le tomó la mano y la besó diciendo con una seriedad desconcertante:

—Sé que rezarás por mi alma.

—Será mejor que reces tú por la mía, si es que la tengo. Pero, ¿por qué dices eso?

—Porque –contestó Patrick– podrás oír y hasta ver, si te asomas a la ventana de esta torre, algo que no se ha visto en Inglaterra desde la derrota del ejército del pobre Monmouth. En realidad, no ha habido nada comparable desde que chocaron Saladino y Ricardo Corazón de León. Sólo añadiré una cosa y es algo que ya sabes. He vivido amándote y moriré amándote. Es la única dimensión del Universo en que no me he perdido. Dejo el perro para que cuide de ti.

Y desapareció acto seguido por la vieja escalera de caracol.

Lady Enid no se explicaba por qué la multitud no había invadido ya la casa ni había entrado por aquella escalera. Pero Joan lo comprendía bastante bien. Poniendo en práctica la idea que más le seducía se dirigió a la cámara de la torrecilla y se puso a mirar desde sus numerosas ventanas. Desde allí divisaba el seto abandonado y el túnel, actualmente tapiado con altos paredones, que formaban parte del perímetro de la propiedad vecina. La alta barrera no le dejaba ver la entrada del túnel, y apenas divisaba la cima de los árboles que la obstruían. Pero un simple vistazo le bastó para comprender que Dalroy no había lanzado sus fuerzas sobre Ivywood, sino sobre la finca contigua.

Sus ojos pudieron contemplar entonces algo que más que un espectáculo era un torbellino. Ni ella, ni ninguno de los que tomaron parte en el hecho pudieron más tarde llegar a describirlo. Joan había visto cómo una ola enorme barría la escollera de Pebblewick de parte a parte, y se había preguntado cómo era posible que aquel enorme martillo no fuese más que una masa de agua. Pero no tenía la menor idea de lo que podía ser una ola inmensa cuando esa ola estaba compuesta de hombres.

Hacía tiempo que se había acostumbrado a considerar la empalizada construida junto al túnel por el nuevo propietario como algo tan inconmovible como las paredes del salón. Y, sin embargo, hubo de ver cómo la empalizada se abría y estallaba en mil pedazos ante la embestida de unos cuerpos humanos rebosantes de furia; la gran ola humana allanó el obstáculo con más violencia que ninguna otra ola. Pero cuando la empalizada quedó rota, vio algo que hizo tambalear su razón; porque de repente tuvo la impresión de que estaba viviendo en todas las épocas y las naciones a la vez. Aunque no pudo jamás describir aquella visión, no quiso admitir nunca que hubiese sido un sueño. Dijo, sí, que fue peor que un sueño y más real que la misma realidad. Allí había una larga hilera de soldados de carne y hueso que ofrecían un magnífico espectáculo. Pero aquellos soldados podrían haber sido de Aníbal o de Atila, habrían podido surgir de una tumba de las necrópolis de Sidón y de Babilonia, tan extraños le parecían a Joan. En aquella pradera inglesa, muy tiesos, con un sauce delante y tres abedules detrás, estaban los mismos soldados que siglos antes, a un centenar de millas de París, sucumbieron al ataque del rey Carlos, llamado *Martel*, en la batalla de Poitiers.

Flotaba sobre ellos el estandarte verde de esa religión que tan a menudo ha entrado en las grandes capitales de Occidente; que durante tanto tiempo tuvo sitiada a Viena, que con dificultad fue apartada de París, pero que jamás había llegado a poner sus pies en tierra inglesa. En uno de los extremos de la línea de batalla se podía ver a Philip Ivywood, con un uniforme que él mismo había diseñado, una mezcla del que llevaban los cipayos y el de las tropas turcas. La confusión de Joan aumentaba. Lo único que le aparecía con cierta claridad era que si Inglaterra había conquistado la India, Turquía había conquistado Inglaterra. Pero notó pronto que, a pesar de su brillante uniforme, no era Philip Ivywood quien mandaba las tropas. Un viejo con el rostro cruzado por una gran cicatriz, un rostro que no era de Europa, acababa de colocarse al frente de las huestes y cruzaba su acero con Dalroy, como en una antigua epopeya. Había venido para devolver la herida que le habían causado y que humillaba su frente, y la devolvió con creces, por más que al fin y a la postre fue él quien se desplomó bajo el brillo del sable. Cayó de cara y Dalroy le dedicó una mirada llena de algo más grande que piedad. La sangre manaba de la frente y de la muñeca de Patrick, pero hizo un saludo con su sable. Y mientras él saludaba pareció que el agonizante volvía al cielo su rostro. Como si por instinto conociese la orientación de los puntos cardinales con sólo mirar el cielo, Omán Pachá se arrastró un poco hacia la izquierda y expiró con la frente vuelta hacia

La Meca.

Después de esto Joan tenía la impresión de que la torrecilla girase a su alrededor, y ya no supo si lo que veía pertenecía al dominio de la historia o al de la profecía. Hubo algo en el hecho de sentirse aplastados por las armas de unos hombres morenos o amarillos, atrincherados secretamente en un prado inglés, que infundió a los ingleses una energía que no habían poseído desde hacía siglos. Torcido y roto estaba el sauce como en la batalla de Ashdown, cuando el rey Alfredo cargó por primera vez contra los daneses. Los abedules estaban empapados hasta el suelo en sangre mezclada de valerosos cristianos y de valerosos infieles. Joan perdió la noción de todo cuando una columna de los rebeldes cristianos, capitaneada por Humphrey, de El Viejo Navío, surgió del túnel abandonado y cegado, para atacar a los turcos por la retaguardia. Era el final.

La visión violenta y vertiginosa excedía los sentidos humanos. Ni pudo siquiera discernir claramente qué era lo que sucedía cuando una postrera tempestad de gritos y de golpes anunció el último y magnífico esfuerzo de los turcos. No es extraño, pues, que no oyese las palabras que dirigió lord Ivywood a un oficial turco que estaba a su lado, o mejor, a sí mismo:

—Fui hasta donde Dios no osó llegar nunca; estoy por encima de los ridículos superhombres tanto como ellos están por encima de los hombres. El cielo en que pondré mis pies no habrá sido pisado por ningún hombre antes que yo, y estoy solo en el Jardín. Cuanto ocurre a mi alrededor no es más que una solitaria recolección de flores... Cogeré esta y aquella...

La frase quedó interrumpida tan bruscamente que el oficial turco se volvió como para aguardar la continuación. Pero no hubo continuación.

Patrick y Joan caminaban por un mundo otra vez dulce y cálido, como sólo puede ser para unos pocos en un mundo en que al valor se le llama frenesí, y al amor, superstición. Patrick y Joan veían en cada árbol un amigo con los brazos abiertos y en cada cuesta la cola larga de un vestido de mujer. Un día subieron hasta la casa blanca que ahora albergaba al superhombre.

Pálido y sosegado el semblante, jugaba con briznas de hierba y flores esparcidas sobre una mesa. No hizo caso a los recién llegados, como no lo hacía a nada, y apenas parecía darse cuenta de la presencia de Enid Wimpole, que atendía a todas sus necesidades.

—Es completamente feliz –dijo ésta apaciblemente.

Joan, cuyo rostro moreno estaba radiante, no pudo abstenerse de replicar:

—¡Nosotros también somos muy felices!

—Sí –dijo Enid–, pero su felicidad es definitiva.

Y se echó a llorar.

—Lo sé –dijo Joan con lágrimas en los ojos mientras besaba a su prima.

FIN

Nota de la traducción

Para esta nueva versión en castellano de *The Flying Inn* hemos utilizado como base la traducción de Mario Pineda de 1942. No obstante, no se trata de una corrección o revisión, sino de una reescritura siguiendo con frecuencia el texto de Pineda pero sobre todo el original en inglés de Chesterton (en concreto, la edición de John Lane Company, Nueva York, 1914).

Las razones por las que hemos reescrito la traducción han sido varias. En primer lugar, el texto de Pineda se aleja innecesariamente de la literalidad en numerosas ocasiones, alargando frases con gran imaginación o recortándolas sin motivo aparente. Las omisiones del original afectan a veces a palabras, frases e incluso páginas enteras.

En el caso de las canciones los defectos de la edición en castellano de 1942 son especialmente graves: varias no aparecen en la traducción de Pineda y junto a ellas han desaparecido los párrafos que les servían de introducción. Por otro lado, buena parte de las canciones que sí aparecían en la traducción de 1942 han sido modificadas, en mayor o menor grado, en la versión que ahora presentamos.

Otro ejemplo del trabajo realizado en nuestra adaptación son los diálogos, que en la versión de Pineda resultaban demasiado pomposos (por ejemplo, por una utilización excesiva del tratamiento de usted, incluso entre personajes que son amigos desde la infancia) y poco naturales, con la consiguiente pérdida de la comicidad tan presente en Chesterton.

También se han eliminado en la nueva versión palabras o modismos castellanos arcaicos que, pese a estar en sintonía con la época del autor, resultan hoy incomprensibles en muchos casos y en otros dan un toque anticuado al texto.

Asimismo, aunque la traducción de Pineda cuenta con numerosos aciertos, no son pocos los errores de comprensión, producto quizá de una elaboración apresurada o, preferimos pensar, de la ausencia de un trabajo de corrección. A todo ello hay que sumar varias modificaciones misteriosas de la obra de Chesterton que quizá tengan que ver, por el año en que se publicó la novela en España, con censuras o autocensuras. En resumen, pese a que una parte importante de esta versión se debe a la traducción de Pineda, la cantidad de licencias en su texto son tantas que era necesario verter de nuevo la obra en castellano para recuperar todo lo que en las ediciones anteriores se había perdido.

Esta traducción está protegida –o liberada, según se mire– bajo licencia copyleft, una *perversión* del copyright que explícitamente permite (y alienta incluso) a hacer lo que nosotros hemos hecho con la traducción defectuosa de Pineda: rehacerla en cooperación con otros. Como decía Bertolt Brecht, todo debería pertenecer a quien lo mejora.

Canciones

Capítulo IV

The Saracen's Head looks down the lane, / Where we shall never drink wine again; / For the wicked old Women who feel well-bred / Have turned to a tea-shop the Saracen's Head. // The Saracen's Head out of Araby came, / King Richard riding in arms like flame, / And where he established his folk to be fed / He set up his spear–and the Saracen's Head. // But the Saracen's Head outlived the Kings, / It thought and it thought of most horrible things; / Of Health and of Soap and of Standard Bread, / And of Saracen drinks at the Saracen's Head. // So the Saracen's Head fulfils its name, / They drink no wine –a ridiculous game– / And I shall wonder until I'm dead, / How it ever came into the Saracen's Head.

Capítulo V

Old Noah, he had an ostrich farm, and fowls on the greatest scale; / He ate his egg with a ladle in an egg-cup big as a pail, / And the soup he took was Elephant Soup and the fish he took was Whale; / But they all were small to the cellar he took when he set out to sail; / And Noah, he often said to his wife when he sat down to dine, / «I don't care where the water goes if it doesn't get into the wine.» // The cataract of the cliff of heaven fell blinding off the brink, / As if it would wash the stars away as suds go down a sink, / The seven heavens came roaring down for the throats of hell to drink, / And Noah, he cocked his eye and said, «It looks like rain, I think», / The water has drowned the Matterhorn as deep as a Mendip mine, / But I don't care where the water goes if it doesn't get into the wine. // But Noah he sinned, and we have sinned; on tipsy feet we trod, / Till a great big black teetotaller was sent to us for a rod, / And you can't get wine at a P.S.A. or chapel or Eisteddfod; / For the Curse of Water has come again because of the wrath of God, // And water is on the Bishop's board and the Higher Thinker's shrine, / But I don't care where the water goes if it doesn't get into the wine.

King George that lives in London Town, / I hope they will defend his crown, / And Bonyparte be quite put down / On Christmas Day in the morning. // Old squire is gone to the Meet today / All in his –

Capítulo VI

The song of the sorrow of Melisande is a very weary song and a dreary song, / The glory of Mariana's grange had got into great decay, / The song of the Raven Never More has never been called a cheery song, / And the brightest things in Baudelaire are anything else but gay. // But who will write us a riding song, / Or a hunting song or a drinking song, / Fit for them that arose and rode, / When day and the wine were red? / But bring me a quart of claret out, / And I will write you a clinking song, / A song of war and a song of wine, / And a song to wake the dead. // The song of the fury of Fragolette is a florid song and a torrid song, / The song of the sorrow of Tara is sung to a harp unstrung, / The song of the cheerful Shropshire Kid I consider a perfectly horrid song, / And the song of the happy Futurist is a song that can't be sung. // But who will write us a riding song, / Or a fighting song or a drinking song, / Fit for the fathers of you and me, / That knew how to think and thrive? / But the song of Beauty and Art and Love / Is simply an utterly stinking song, / To double you up and drag you down, / And damn your soul alive.

God made the wicked Grocer, / For a mystery and a sign, / That men might shun the awful shops, / And go to inns to dine; / Where the bacon's on the rafter / And the wine is in the wood, / And God that made good laughter / Has seen that they are good. // The evil-hearted Grocer / Would call his mother «Ma'am,» / And bow at her and bob at her, / Her aged soul to damn; / And rub his horrid hands and ask, / What article was next; / Though mortis in articulo, / should be her proper text. // His props are not his children / But pert lads underpaid, / Who call out «Cash!» and bang about, / To work his wicked trade; / He keeps a lady in a cage, / Most cruelly all day, / And makes her count and calls her «Miss,» / Until she fades away. // The righteous minds of inn-keepers / Induce them now and then / To crack a bottle with a friend, / Or treat unmoneyed men; / But who hath seen the Grocer / Treat housemaids to his teas, / Or crack a bottle of fish-sauce, / Or stand a man a cheese? // He sells us sands of Araby / As sugar for cash down, / He sweeps his shop and sells the dust, / The purest salt in town; / He crams with cans of poisoned meat / Poor subjects of the King, / And when they die by thousands / Why, he laughs like anything. // The Wicked Grocer groces / In spirits and in wine, / Not frankly and in fellowship, / As men in inns to dine; / But packed with soap and sardines / And carried off by grooms, / For to be snatched by Duchesses, / And drunk in dressing-rooms. // The hell-instructed Grocer / Has a temple made of tin, / And the ruin of good inn-keepers / Is loudly urged therein; / But now the sands are running out / From sugar of a sort, / The Grocer trembles; for his time / Just like his weight is short.

CAPÍTULO VII

I come from Castlepatrick and my heart is on my sleeve, / And any sword or pistol boy can hit it with me leave, / It shines there for an epaulette, as golden as a flame, / As naked as me ancestors, as noble as me name. / For I come Castlepatrick and my heart is on my sleeve, / But a lady stole it from me on St. Gallowglass's Eve. // The folks that live in Liverpool, their heart is in their boots; / They go to Hell like lambs, they do, because the hooter hoots. / Where man may not be dancin', though the wheels may dance all day; / And men may not be smokin', but only chimneys may. / But I come Castlepatrick and my heart is on my sleeve, / But a lady stole it from me on St. Poleylander's Eve. // The folks that live in black Belfast, their heart is in their mouth; / They see us making murders in the meadows of the South; / They think a plough's a rack they do, and cattle-calls are creeds, / And they think we're burnin' witches when we're only burnin' weeds. / But I come from Castlepatrick, and me heart is on me sleeve; / But a lady stole it from me on St. Barnabas's Eve.

CAPÍTULOS XII - XIII

You will find me drinking rum / Like a sailor in a slum, / You will find me drinking beer like a Bavarian; / You will find me drinking gin / In the lowest kind of inn, / Because I am a rigid Vegetarian. // So I cleared the inn of wine, / And I tried to climb the Sign; / And I tried to hail the constable as «Marion»; / But he said I couldn't speak, / And he bowled me to the Beak, / Because I was a Happy Vegetarian. // Oh I knew a Doctor Gluck / And his nose it had a hook, / And his attitudes were anything but Aryan; / So I gave him all the pork / That I had, upon a fork; / Because I am myself a Vegetarian. // I am silent in the Club, / I am silent in the pub, / I am silent on a bally peak in Darien; / For I stuff away for life, / Shoving peaks in with a knife, / Because I am at heart a Vegetarian. // No more the milk of cows / Shall pollute my private house, / Than the milk of the wild mares of the Barbarian; / I will stick to port and sherry, / For they are so very, very, / So very, very, very Vegetarian. // O, Lord Ivywood may lop, / And his privilege is sylvan and riparian; / And is also free to top, / But –

Nebuchadnezzar, the King of the Jews, / Suffered from new and original views, / He crawled on his hands and knees it's said, / With grass in his mouth and a crown on his head, / With a wowtyiddly, etc. // Those in traditional paths that trod, / Thought the thing was curse from God; / But a Pioneer men always abuse, / Like Nebuchadnezzar the King of the Jews. // Black Lord Foulon the Frenchmen slew, / Thought it a Futurist thing to do; / He offered them grass

instead of bread, / So they stuffed him with grass when they cut off his head. / With a wowtyiddly, etc. // For the pride of his soul he perished then, / But of course it is always of Pride that men / A Man in Advance of his Age accuse / Like Nebuchadnezzar the King of the Jews. // Simeon Scudder of Styx, in Maine, / Thought of the thing and was at it again; / He gave good grass and water in pails / To a thousand Irishmen hammering rails, / With a wowtyiddly, etc. // Appetites differ, and tied to a stake, / He was tarred and feathered for Conscience Sake; / But stoning the prophets is ancient news, / Like Nebuchadnezzar the King of the Jews.

CAPÍTULO XV

Mr. Mandragon the Millionaire, he wouldn't have wine or wife, / He couldn't endure complexity; he lived the simple life; / He ordered his lunch by megaphone in manly, simple tones, / And used all his motors for canvassing voters, and twenty telephones; / Besides a dandy little machine, / Cunning and neat as ever was seen, / With a hundred pulleys and cranks between, / Made of iron and kept quite clean, / To hoist him out of his healthful bed on every day of his life, / And wash him and brush him and shave him and dress him to live the Simple Life. //

Mr. Mandragon was most refined and quietly, neatly dressed, / Say all the American newspapers that know refinement best; / Quiet and neat the hair and hat, and the coat quiet and neat, / A trouser worn upon either leg, while boots adorned the feet; / And not, as anyone might expect, / A Tiger Skin, all stripped and specked, / And a Peacock Hat with the tail erect, / A scarlet tunic with sunflowers decked. / That might have had a more marked effect, / And pleased the pride of a weaker man that yearned for wine or wife; / But fame and the flagon for Mr. Mandragon obscured the Simple Life. // Mr. Mandragon the Millionaire, I am happy to say, is dead. / He enjoyed a quiet funeral in a crematorium shed, / And he lies there fluffy and soft and grey and certainly quite refined, / When he might have rotted to flowers and fruit with Adam and all mankind. / Or been eaten by bears that fancy blood, / Or burnt on a big tall tower of wood, / In a towering flame as a heathen should, / Or even sat with us here at food, / Merrily taking twopenny rum and cheese with a pocket knife, / But these are luxuries lost for him that lived for the Simple Life.

The haven't got no noses / The fallen sons of Eve, / Even the smell of roses / Is not what they supposes, / But more than mind discloses, / And more than men believe. // They haven't got no noses, / They cannot even tell / When door and darkness closes / The park a Jew encloses, / Where even the Law of Moses / Will let you steal a smell; // The brilliant smell of water, / The brave smell of a stone, / The smell of dew and thunder / And old bones buried under, / Are things in which they blunder / And err, if left alone. // The wind from winter forests, / The scent of scentless flowers, / The breath of bride's adorning, / The smell of snare and warning, / The smell of Sunday morning, / God gave to us for ours. // And *Quoodle* here discloses / All things that *Quoodle* can; / They haven't got no noses, / They haven't got no noses, / And goodness only knowses / The Noselessness of Man.

St. George he was for England, / And before he killed the dragon / He drank a pint of English ale / Out of an English flagon. / For though he fast right readily / In hair-shirt or in mail, / It isn't safe to give him cakes / Unless you give him ale. // St. George he was for England, / And right gallantly set free / The lady left for dragon's meat / And tied up to a tree; / But since he stood for England / And knew what England means, / Unless you give him bacon, / You mustn't give him beans. // St. George he was for England, / And shall wear the shield he wore / When we go out in armour, / With the battle-cross before; / But though he is jolly company / And very pleased to dine, / It isn't safe to give him nuts / Unless you give him wine.

Capítulo XVIII

Feast on wine or fast on water, / And your honour shall stand sure; / God Almighty's son and daughter, / He the valiant, she the pure. / If an angel out of heaven / Brings you other things to drink, / Thank him for his kind intentions, / Go and pour them down the sink. // Tea is like the East he grows in, / A great yellow Mandarin, / With urbanity of manner, / And unconsciousness of sin; / All the women, like a harem, / At his pig-tail troop along, / And, like all the East he grows in, / He is Poison when he's strong. // Tea, although an Oriental, / Is a gentleman at least; / Cocoa is cad and coward, / Cocoa is a vulgar beast; / Cocoa is a dull, disloyal, / Lying, crawling cad and clown, / And may very well be grateful / To the fool that takes him down. // As for all the windy waters, / They were rained like trumpets down, / When good drink had been dishonoured / By the tipplers of the town. / When red wine had brought red ruin, / And the death-dance of our times, / Heaven sent us Soda Water / As a torment for our crimes.

Capítulo XXI

Some say that Guy of Warwick, / The man that killed the Cow, / And brake the mighty Boar alive, / Beyond the Bridge at Slough, / Went up against a Loathly Worm / That Wasted all the Downs, / And so the roads that twist and squirm / (If I may be allowed the term) / From the writhing of the stricken Worm / That died in seven towns. / I see no scientific proof / That this idea is sound, / And I should say they wound about / To find the town of Roundabout, / The merry town of Roundabout / That makes the world go round. // Some say that Robin Goodfellow, / Whose lantern lights the meads, / (To steal phrase Sir Walter Scott / In heaven no longer needs) / Such dance around the trysting-place / The moonstruck lover leads; / Which superstition I should scout; / There is more faith in honest doubt, / (As Tennyson has pointed out) / Than in those nasty creeds. / But peace and righteousness (St. John) / In Roundabout can kiss, / And since that's all that's found about / The pleasant town of Roundabout, / The roads they simply bound about, / To find out where it is. // Some say that when Sir Lancelot / Went forth to find the Grail, / Grey Merlin wrinkled up the roads / For hope that he should fail; / All roads led back to Lyonesse / And Camelot in the Vale; / I cannot yield assent to this / Extravagant hypothesis, / The plain, shrewd Briton will dismiss / Such rumours (Daily Mail). / But in the streets of Roundabout / Are no such factions found, / Or theories to expound about / Or roll upon the ground about, / In the happy town of Roundabout / That makes the world go round.

Before the Roman came to Rye or out to Severn strode, / The rolling English drunkard made the rolling English road. / A reeling road, a rolling road, that rambles round the shire, / And after him the parson ran, the sexton and the squire. / A merry road, a mazy road, and such as we did tread / That night we went to Birmingham by way of Beachy Head. // I knew no harm of Bonaparte and plenty of the Squire, / And for to fight the Frenchmen I did not much desire; / But I did bash their baggonets because they came arrayed / To straighten out the crooked road an English drunkard made, / Where you and I went down the lane with ale-mugs in our hands / The night we went to Glastonbury by way of Goodwin Sands. // His sins they were forgiven him; or why do flowers run / Behind him; and the hedges all strengthening in the sun? / The wild thing went from left to right and knew not which was which, / But the wild rose was above him when they found him in the ditch. / God pardon us, nor harden us; we did not see so clear / The night we went to Bannockburn by way of Brighton Pier. // My friends, we will not go again or ape an ancient rage, / Or stretch the folly of our youth to be the shame of age, / But walk with clearer eyes and ears this path that wandereth, / And see undrugged in evening light the decent inn of death; / For there is good news yet to heat and fine things to be seen / Before we go to Paradise by way of Kensal Green.

The road turned first toward the left / Where Pinker's quarry made the cleft; / The path turned next toward the right / Because the mastiff used to bite; / Then left, because of Slippery Height, / And then again toward the right. / We could not take the left because / It would have been against the laws; / Squire closed it in King William's day / Because it was a Right of Way. / Still Right; to dodge the ridge of chalk / Where Parson's Ghost it used to walk, / Till someone Parson used to know / Met him blind drunk in Callao. / Then left, a long way round, to skirt / The good land where old Doggy Burt / Was owner of the Crown and Cup, / And would not give his freehold up; / Right, missing the old river-bed, / They tried to make him take instead / Right, since they say Sir Gregory / Went mad and let the Gypsies be, / And so they have their camp secure. / And, though not honest, they are poor, / And that is something; then along / And first to right–no, I am wrong! / Second to right, of course; the first / Is what the holy sisters cursed, / And none defy their awful oaths / Since the policemen lost his clothes / Because of fairies; right again, / What used to be High Toby Lane, / Left by the double larch and right / Until the milestone is in sight, / Because the road is firm and good / From past the milestone to the wood; / And I was told by Dr. Lowe / Whom Mr. Wimpole's aunt would know, / Who lives at Oxford writing books, / And ain't so silly as he looks; / The Romans did that little bit / And we've done all the rest of it; / By which we hardly seem to score; / Left, and then forward as before / To where they nearly hanged Miss Browne, / Who told them not to cut her down, / But loose the rope or let her swing, / Because it was a waste of string; / Left once again by Hunker's Cleft, / And right beyond the elm, and left, / By Pill's right by Nineteen Nicks / And left –

In the city set upon slime and loam / They cry in their parliament «Who goes home?» / And there is no answer in arch or dome, / For none in the city of graves goes home / Yet these shall perish and understand, / For God has pity on this great land. / Men that are men again; who goes home? / Tocsin and trumpeter! Who goes home? / For there's blood on the field and blood on the foam, / And blood on the body when man goes home. / And a voice valedictory –Who is for Victory? / Who is for Liberty? Who goes home?

CAPÍTULO XXIII

The Druids waved their golden knives / And danced around the Oak / When they had sacrificed a man; / But though the learned search and scan / No single modern person can / Entirely see the joke; / But though they cut the throats of men / They cut not down the tree, / And from the blood the saplings spring / Of oak-woods yet to be. / But Ivywood, Lord Ivywood, / He rots the tree as ivy would, / He clings and crawls as ivy would / About the sacred tree. // King Charles he fled from Worcester fight / And hid him in the Oak; / In convent schools no man of tact / Would trace and praise his every act, / Or argue that he was in fact / A strict and sainted bloke. / But not by him the sacred woods / Have lost their fancies free, / And though he was extremely big / He did not break the tree. / But Ivywood, Lord Ivywood, / He breaks the tree as ivy would, / And eats the woods as ivy would / Between us and the sea. // Great Collingwood walked down the glade / And flung the acorns free, / That oaks might still be in the grove / As oaken as the beams above, / When the great Lover sailors love / Was kissed by Death at sea. / But though for him the oak-trees fell / To build the oaken ships, / The woodman worshipped what he smote / And honoured even the chips. / But Ivywood, Lord Ivywood, / He hates the tree as ivy would, / As the dragon of the ivy would / That has us in his grips.

CAPÍTULO XXIV

Lady, the light is dying in the skies, / Lady, and let us die when honour dies, / Your dear, dropped glove was like a gauntlet flung, / When you and I were young. / For something more than splendour stood; and ease was not the only good / About the woods in Ivywood when you and I were young. // Lady, the stars are falling pale and small, / Lady, we will not live if life be all / Forgetting those good stars in heaven hung / When all the world was young, / For more than gold was in a ring, and love was not a little thing / Between the trees in Ivywood when all the world was young.